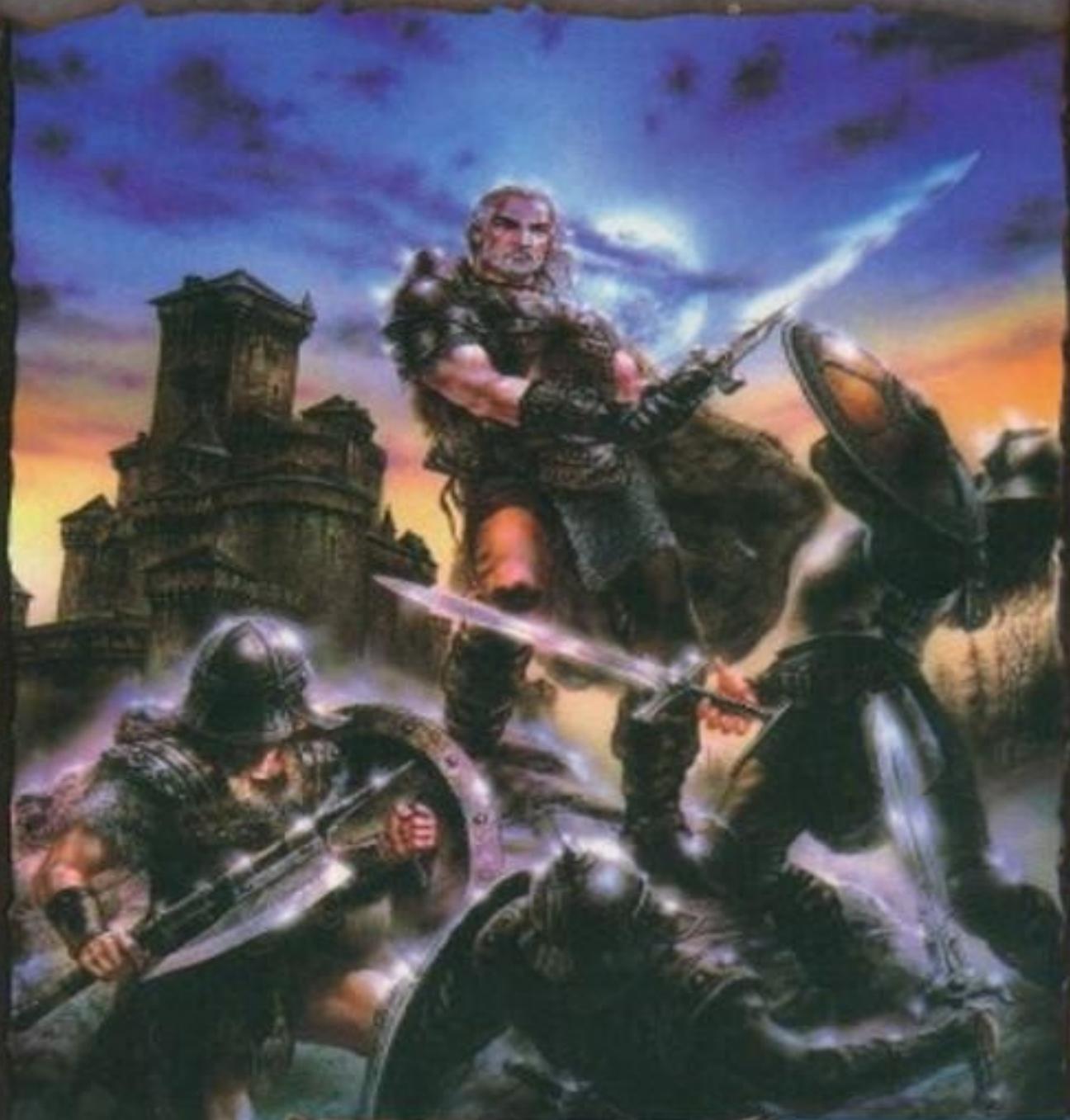


La Compañía Negra
LIBRO DOS

Sombras Fluctuantes



GLEN COOK

Lectulandia

«La Compañía Negra, soldados mercenarios al servicio de la Dama, se enfrenta a los Rebeldes de la Rosa Blanca. Son hombres duros, orgullosos de honrar sus contratos. La Dama es malvada, pero también lo son quienes profesan falsamente seguir a la Rosa Blanca, reencarnación de una heroína muerta hace siglos. Sin embargo, ahora algunos de los miembros de la Compañía han descubierto que la muchacha muda a la que rescataron y dieron refugio hace años es realmente la Rosa Blanca renacida. Ahora puede que haya un sendero hacia la luz, incluso para gente como ellos. Si pueden sobrevivir el tiempo suficiente».

Lejos de princesas elfas, príncipes prometidos, grandes palacios y mundos de ensueño, Glen Cook ha preferido un acercamiento más terrenal: un grupo de mercenarios envueltos en toda suerte de fregados, batallas, apuros y lances fantásticos para ganarse su honesto jornal teniendo como única herramienta el acero. Ellos serán nuestros ojos.

Tolkien y Howard han acuñado dos maneras incuestionables, e imitadas hasta el infinito, de escribir fantasía. Junto a ellos, únicamente dos nombres más han sobresalido por la personalidad de su producción en el mismo campo: Fritz Leiber y Glen Cook.

Hasta ahora, las novelas de Cook se habían editado con notable éxito en catorce países, lo que hace más inexplicable todavía su ausencia del mercado de lengua castellana.

Lectulandia

Glen Cook

Sombras fluctuantes

La Compañía Negra - 2

ePub r1.4
author 28.12.14

Título original: *Shadows Linger*
Glen Cook, 1984
Traducción: Domingo Santos
Diseño de portada: Luis Royo

Editor digital: arthor
Corrección de erratas: jlv
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A David G. Hartwell, sin el cual no
hubiera habido ni Espada ni Imperio del
Terror ni Pescadores Estelares.

Argumento

La Compañía Negra, soldados mercenarios al servicio de la Dama, se enfrenta a los Rebeldes de la Rosa Blanca. Son hombres duros, orgullosos de honrar sus contratos. La Dama es malvada, pero también lo son quienes profesan falsamente seguir a la Rosa Blanca, reencarnación de una heroína muerta hace siglos. Sin embargo, ahora algunos de los miembros de la Compañía han descubierto que la muchacha muda a la que rescataron y dieron refugio hace años es realmente la Rosa Blanca renacida. Ahora puede que haya un sendero hacia la luz, incluso para gente como ellos. Si pueden sobrevivir el tiempo suficiente.

ENEBRO

Todos los hombres nacen condenados, eso dicen los sabios. Todos maman del pecho de la Muerte.

Todos inclinan la cabeza ante el Monarca Silencioso. Ese Señor en la Sombra alza un dedo. Una pluma revolotea hasta el suelo. No hay razón alguna en Su canción. Los buenos mueren jóvenes. Los perversos prosperan. Es el rey de los Señores del Caos. Su aliento hiela todas las almas.

Hace mucho tiempo hallamos una ciudad dedicada a adorarle, pero ahora es tan vieja que ha perdido su dedicación. La tenebrosa majestad de su deidad se ha raído, ha sido olvidada por todos excepto por aquéllos que se mantienen a su sombra. Pero Enebro se enfrentó a un terror más inmediato, un espectro de anteayer que rezumó al presente desde una altura que dominaba la ciudad. Y debido a ello la Compañía Negra fue hasta allí, a aquella extraña ciudad mucho más allá de los límites del imperio de la Dama... Pero esto no es el principio. En el principio estábamos muy lejos. Sólo dos viejos amigos y un puñado de hombres nos reuniríamos más tarde para enfrentarnos cara a cara a la sombra.

TARJA: JUNTO AL CAMINO

Las cabezas de los dos niños asomaron por entre las hierbas como cabezas de marmotas. Contemplaron a los soldados que se aproximaban. El chico susurró:

—Deben de ser miles.

La columna se extendía más y más hacia atrás. El polvo que levantaba derivaba hacia arriba cubriendo la faz de una lejana montaña. El crujir y el tintinear de los arneses se hacía cada vez más fuerte.

El día era caluroso. Los niños sudaban. Sus pensamientos flotaban hacia un cercano arroyo y un chapuzón en un remanso que habían encontrado allí. Pero habían sido enviados a vigilar el camino. Los rumores decían que la Dama tenía intención de romper el renaciente movimiento Rebelde en la provincia de Tarja.

Y allí venían sus soldados. Más cerca ahora. Hombres hoscos, de aspecto duro. Veteranos. Lo bastante viejos como para haber ayudado a crear el desastre que se había abatido sobre los Rebeldes seis años antes y se había llevado, entre otro cuarto de millón de hombres, a su padre.

—¡Son ellos! —jadeó el chico. Miedo y maravilla llenaron su voz. Una reacia admiración—. Es la Compañía Negra.

La chica no sabía mucho sobre el enemigo.

—¿Cómo lo sabes?

El chico señaló a un hombre con aspecto de oso sobre un gran caballo ruano. Tenía el pelo plateado. Su porte indicaba que estaba acostumbrado a mandar.

—Ése es al que llaman el Capitán. El negro pequeño que va a su lado tiene que ser el hechicero llamado Un Ojo. ¿Ves su sombrero? Por eso puedes decirlo. Los que van detrás de él tienen que ser Elmo y el Teniente.

—¿Hay alguno de los Tomados con ellos? —La chica alzó la cabeza para ver mejor—. ¿Dónde están los otros famosos? —Ella era la más joven. El chico, con sus diez años, casi se consideraba un soldado de la Rosa Blanca.

Tiró de su hermana hacia abajo.

—¡Estúpida! ¿Quieres que te vean?

—¿Y qué si me ven?

El chico bufó. Ella había creído a su tío Neat cuando había dicho que el enemigo no hacía daño a los niños. El chico odiaba a su tío. El hombre no tenía redaños.

Nadie juramentado con la Rosa Blanca tenía redaños. Se limitaban a jugar a luchar contra la Dama. Lo más atrevido que hacían era emboscar a algún correo ocasional. Al menos el enemigo tenía valor.

Habían visto lo que habían sido enviados a ver. Tocó la muñeca de la chica.

—Vamos. —Se deslizaron por entre las hierbas, hacia la boscosa orilla del arroyo. Una sombra se alzó en su camino. Alzaron la vista y palidieron. Tres jinetes les

miraban fijamente desde sus monturas. El chico jadeó. Nadie podía haberse deslizado hasta allá arriba sin ser oído.

—¡Goblin!

El hombrecillo con rostro de rana en el centro del grupo sonrió.

—A tu servicio, muchacho.

El chico estaba aterrado, pero su mente no dejó de funcionar ni un momento.

Gritó:

—¡Corre! —Si uno de ellos podía escapar...

Goblin hizo un gesto circular. Un pálido fuego rosado se retorció entre sus dedos. Hizo un movimiento como de arrojar algo. El chico cayó, debatiéndose contra unas ataduras invisibles como una mosca atrapada en una telaraña. Su hermana se alejó lloriqueando una docena de pasos.

—Cogedlos —dijo Goblin a sus compañeros—. Seguro que nos contarán una historia interesante.

ENEBRO: EL LIRIO DE HIERRO

El Lirio se alza en el Sendero Floral en el corazón del Coturno, el peor barrio de Enebro, donde el sabor de la muerte flota en cada lengua y los hombres valoran menos la vida que una hora de calor o una comida decente. Su parte delantera se inclina contra su vecino de la derecha, aferrándose a él en busca de apoyo como uno de sus borrachos clientes. Su parte trasera se decanta en dirección opuesta. Sus costados de desnuda madera exhiben leprosas manchas de podredumbre gris. Sus ventanas están tapiadas con trozos de madera con harapos embutidos entre ellos. Su techo exhibe agujeros a través de los cuales aúlla y muerde el viento cuando sopla desde las montañas Wolander. En las montañas, incluso en un día de verano, los glaciares parpadean como distantes venas de plata.

Los vientos marinos son poco mejores. Traen consigo una helada humedad que mordisquea los huesos y envía témpanos de hielo derivando por el puerto.

Las escabrosas estribaciones de las Wolander se tienden hacia el mar, flanqueando el Río Puerto, formando como unas manos en copa que retienen la ciudad y el puerto. La ciudad cabalga el río, ascendiendo por las alturas a ambos lados.

La riqueza está en el propio Enebro, arriba y lejos del río. La gente del Coturno, cuando alza los ojos de su miseria, ve las casas de los ricos allá arriba, sus narices alzadas al aire, mirándose las unas a las otras a través del valle.

Más arriba todavía, coronando las crestas, hay dos castillos. En la altura el sur se alza Tejadura, bastión hereditario de los duques de Enebro. Tejadura se halla en una condición escandalosamente lamentable. A la mayoría de las estructura de Enebro les ocurre lo mismo.

Debajo de Tejadura se encuentra el centro devocional de Enebro, el Recinto, debajo del cual están las Catacumbas. Allá descansan medio centenar de generaciones, aguardando el Día del Tránsito, protegidos por los Custodios de los Muertos.

En el risco norte se alza una fortaleza incompleta llamada simplemente el castillo negro. Su arquitectura es extraña. Grotescos monstruos se asoman por sus almenas. Las serpientes se retuercen en congeladas agonías en sus paredes. No hay uniones en el material parecido a la obsidiana que lo forma. Y el lugar crece.

La gente de Enebro ignora la existencia del castillo, su crecimiento. No desean saber lo que ocurre allá arriba. Raras veces tienen tiempo de detenerse en su lucha constante por la supervivencia para alzar los ojos hasta tan arriba.

TARJA: EMBOSCADA

Robé un siete, abrí, descarté un tres y contemplé un solitario as. A mi izquierda, Prestamista murmuró:

—Ya está otra vez. Inexpresivo como una roca.

Le miré con curiosidad.

—¿Qué te hace decir eso?

Robó, maldijo, se descartó.

—Pones una cara como un cadáver cuando te va bien la jugada, Matasanos. Incluso los ojos.

Arrope robó, maldijo, descartó un cinco.

—Tiene razón, Matasanos. Te vuelves tan ilegible que eres legible. Vamos, Otto.

Otto miró su mano, luego la pila, como si pudiera conjurar una victoria de entre las mandíbulas de la derrota. Robó.

—Mierda. —Descartó la carta que había cogido, un rey. Yo mostré mi as y recogí todas mis ganancias.

Arrope miró por encima de mi hombro mientras Otto recogía las cartas. Sus ojos eran duros y fríos.

—¿Qué? —pregunté.

—Nuestro anfitrión está reuniendo todo su valor. Buscando una forma de salir y advertirles.

Me volví. Lo mismo hicieron los demás. Uno tras otro el tabernero y sus clientes bajaron sus miradas y se hundieron en sí mismos. Todos menos el hombre alto y muy moreno sentado solo entre las sombras cerca del fuego. Guiñó un ojo y alzó la jarra, como saludando. Enarqué las cejas. Su respuesta fue una sonrisa.

Otto repartió.

—Ciento noventa y tres —dije.

Arrope frunció el ceño.

—Maldito seas, Matasanos —dijo sin emoción. Yo había estado contando manos. Eran el perfecto tictaquear de los relojes de nuestras vidas como hermanos de la Compañía Negra. Había jugado más de diez mil manos desde la batalla en Hechizo. Sólo los propios dioses saben cuántas he jugado antes de que empezara a contarlas.

—¿Crees que nos han barruntado? —preguntó Prestamista. Estaba nervioso. El aguardar produce esas cosas.

—No veo cómo. —Arrope dispuso su mano con exagerado cuidado. Un movimiento delator: tenía algo caliente. Reexaminé mis cartas. Veintiuno. Probablemente me quemaría, pero la mejor forma de detenerle... Depositó las cartas sobre la mesa.

—Veintiuno.

Otto farfulló.

—Hijo de puta. —Depositó sus cartas. Su mano era fuerte también. Pero sumaba veintidós a causa de un rey. Arrope tenía tres nueves, un as y un tres. Sonriendo, recogí de nuevo mis ganancias.

—Si ganas ésta, vamos a revisar tus mangas —gruñó Prestamista. Recogí las cartas y empecé a barajar.

Las bisagras de la puerta de atrás chirriaron. Todo el mundo se inmovilizó, miró hacia la puerta de la cocina. Unos hombres se agitaron al otro lado.

—¡Crespo! ¿Dónde demonios estás?

El tabernero miró a Arrope, sufrió mil y una agonías. Arrope le hizo una seña. El tabernero alzó la voz:

—Aquí fuera, Pulcro.

—Seguid jugando —susurró Arrope. Empecé a repartir.

Un hombre de unos cuarenta años entró procedente de la cocina. Varios otros le siguieron. Todos iban vestidos de verde moteado. Llevaban arcos cruzados a la espalda. El llamado Pulcro dijo:

—Deben de haber cogido a los chicos. No sé cómo, pero... —Vio algo en los ojos de Crespo—. ¿Qué ocurre?

Teníamos a Crespo lo suficientemente intimidado. No nos delató.

Sin dejar de mirar mis cartas, extraje mi tubo de resorte. Mis compañeros hicieron lo mismo. Prestamista desechó la carta que había robado, un dos. Normalmente intenta ir bajo. Su juego traicionaba su nerviosismo.

Arrope tomó la carta descartada y extendió un as–dos–tres. Descartó un ocho.

Uno de los compañeros de Pulcro gimió:

—Ya os dije que no debíamos enviar chicos. —Sonó como si diera vida de nuevo a una antigua discusión.

—No necesito ningún ya–te–lo–dije —gruñó Pulcro—. Crespo, pedí una reunión. Tendremos que dispersar el grupo.

—No sabemos nada seguro, Pulcro —dijo otro verde—. Ya conoces a los chicos.

—Te estás engañando a ti mismo. Los sabuesos de la Dama están tras nuestro rastro.

—Os dije que hubiéramos debido golpear esos... —dijo el gimoteante de antes. Guardó silencio, dándose cuenta, un momento demasiado tarde, de que había desconocidos presentes, de que todos los clientes regulares parecían pálidos.

Pulcro tendió la mano hacia su espada.

Eran nueve, si contabas a Crespo y algunos clientes que podían involucrarse. Arrope volcó la mesa de juego. Disparamos nuestros tubos de resorte. Cuatro dardos envenenados surcaron la sala común. Extrajimos nuestras espadas.

Sólo duró unos segundos.

—¿Todo el mundo está bien? —preguntó Arrope.

—Yo me hice un rasguño —dijo Otto. Lo comprobé. Nada de lo que preocuparse.

—Detrás de la barra, amigo —le dijo Arrope a Crespo, al que había preservado—. Vosotros, poned otra vez en orden este lugar. Prestamista, vigílalos. Si piensan siquiera en salirse de la fila, mátalos.

—¿Qué hago con los cuerpos?

—Arrójalos al pozo.

Puse la mesa de nuevo en pie, me senté, desdoblé una hoja de papel. En ella estaba esbozada la cadena de mando de los insurgentes en Tarja. Taché PULCRO. Estaba en un nivel medio.

—Crespo —dije—. Ven aquí.

El tabernero se acercó con el ansia de un perro que espera ser apaleado.

—Tranquilo. Te saldrás con bien de ésta. Si cooperas. Dime quiénes eran esos hombres.

Tosió y tartamudeó. Predecible.

—Sólo los nombres —indiqué. Miró al papel con el ceño fruncido. No sabía leer—. ¿Crespo? Te recuerdo que hay un lugar un tanto estrecho para poder nadar, abajo en el pozo, con un montón de cadáveres.

Tragó saliva, lanzó una ojeada a toda la sala. Miré al hombre cerca del fuego. No se había movido durante todo el encuentro. Incluso ahora miraba con aparente indiferencia.

Crespo empezó a recitar nombres.

Algunos estaban en mi lista, otros no. Supuse que los que no estaban eran mensajeros. Tarja había sido escrupulosamente inspeccionada.

El último cadáver desapareció. Le entregué a Crespo una pequeña moneda de oro. Tragó saliva. Sus clientes le miraron con ojos poco amistosos. Sonreí.

—Por los servicios prestados.

Crespo palideció, miró la moneda. Era el beso de la muerte. Sus clientes pensarían que había ayudado a organizar la emboscada.

—Bien —susurré—. ¿Quieres salirte de esto con vida?

Me miró entre el miedo y el odio.

—¿Quiénes infiernos sois vosotros? —preguntó en un ronco susurro.

—La Compañía Negra, Crespo. La Compañía Negra.

No sé cómo lo consiguió, pero se puso más blanco todavía.

ENEBRO: CHOZO DE CASTAÑAS

El día era frío y gris y húmedo, silencioso, brumoso y lúgubre. Las conversaciones en El Lirio de Hierro consistían en hoscos monosílabos pronunciados delante de un insignificante fuego.

Entonces llegó la llovizna, tendiendo sus cortinas sobre el mundo. Formas grises y pardas se acurrucaban desanimadas a lo largo de la mugrienta y lodosa calle. Era un día arrancado completo del seno de la desesperación. Dentro de El Lirio, Chozo de Castañas alzó la vista de su tarea de limpiar sus jarras. Quitarles el polvo, lo llamaba. Nadie usaba sus vasijas de gres de imitación porque nadie pedía aquel vino agrio y barato. Nadie podía soportarlo.

El Lirio se alzaba en el lado sur del Sendero Floral. La barra de Chozo miraba a la puerta, a seis metros de profundidad en las sombras de la sala común. Un conjunto de pequeñas mesas, cada una con su acompañamiento de desvencijados taburetes, presentaban un peligroso laberinto para el cliente que entraba de la luz del sol. Media docena de columnas de apoyo toscamente desbastadas formaban un conjunto de obstáculos adicionales. Las vigas del techo eran demasiado bajas para un hombre alto. Las planchas del suelo estaban cuarteadas y curvadas y crujían, y cualquier cosa derramada sobre ellas desaparecía de inmediato por las rendijas.

Las paredes estaban decoradas con variopintos objetos antiguos y curiosidades dejadas por los clientes, que no tenían el menor significado para nadie que entrara hoy. Chozo de Castañas era demasiado perezoso para quitarles el polvo o retirarlos.

La sala común formaba una L alrededor del extremo de esta barra, más allá de la chimenea, cerca de la cual estaban las mejores mesas. Más allá de la chimenea, en las sombras más profundas, a un metro de la puerta de la cocina, se hallaba la base de la escalera que subía a las habitaciones.

A este oscuro laberinto penetró un hombrecillo con aspecto de comadreja. Llevaba un fajo de leña.

—Chozo. ¿Puedo?

—Demonios, ¿por qué no, Asa? Todos nos beneficiaremos. —El fuego se había visto reducido a un fondo de grisáceas ascuas.

Asa se deslizó a la chimenea. El grupo que había allí se apartó hoscamente. Asa se situó al lado de la madre de Chozo. La vieja Junio era ciega. No podía decir quién era el que se sentaba a su lado. El hombre colocó su fajo delante de él y empezó a agitar las brasas.

—¿Nada nuevo en los muelles hoy? —preguntó Chozo.

Asa sacudió negativamente la cabeza.

—No ha llegado nada. No ha salido nada. Sólo se han ofertado cinco trabajos. Descargar carros. La gente se ha peleado por ellos.

Chozo asintió. Asa no era un luchador. Tampoco le gustaba el trabajo honrado.

—Querida, una cerveza para Asa. —Chozo hizo un gesto mientras hablaba. Su sirvienta tomó la maltratada jarra y la llevó junto al fuego.

A Chozo no le gustaba el hombrecillo. Era un rastrero, un ladrón, un mentiroso, un gorrón, el tipo de hombre que vendería a su hermana por un par de monedas de cobre. Siempre estaba gimiendo y quejándose, y era un cobarde. Pero se había convertido en un proyecto para Chozo, que estaba dispuesto a usar un poco de caridad. Asa era uno de los sin hogar que Chozo permitía dormir en el suelo de la sala común siempre que trajeran algo de leña para el fuego. Dejar que los sin hogar durmieran en el suelo de la sala común no aportaba monedas a su caja, pero aseguraba algo de calor para los huesos artríticos de Junio.

Encontrar madera en Enebro en invierno era más difícil que encontrar trabajo. Chozo se sentía regocijado ante la determinación de Asa de eludir un empleo honesto.

El crepitar del fuego mató el silencio. Chozo dejó a un lado su sucio trapo. Se situó de pie detrás de su madre, con las manos tendidas hacia el fuego. Empezaron a dolerle las uñas. No se había dado cuenta de lo fríos que estaban sus dedos.

Iba a ser un invierno largo y frío.

—Asa, ¿tienes alguna fuente de leña regular? —Chozo no podía permitirse combustible. Hoy en día la madera para el fuego era embarcada en el Río Puerto hacia algún lugar lejano corriente arriba. Era cara. En su juventud...

—No. —Asa miraba fijamente las llamas. El olor a pino se extendió por todo El Lirio. Chozo se preocupó por su chimenea. Otro invierno, y no la había hecho deshollar. Un incendio en la chimenea podía destruirle.

Las cosas tenían que cambiar pronto. Estaba al límite, metido en deudas hasta las orejas. Estaba desesperado.

—Chozo.

Miró a las mesas, a su único auténtico cliente de pago.

—¿Cuervo?

—Vuelve a llenar, por favor.

Chozo buscó a Linda. Había desaparecido. Maldijo suavemente. No servía de nada llamarla. La muchacha era sorda, era preciso comunicarse con ella por signos. Todo un valor, había pensado cuando Cuervo le sugirió que la contratara. En El Lirio se susurraban incontables secretos. Pensó que podían acudir más susurradores si podían hablar sin miedo a ser oídos.

Asintió con la cabeza, tomó la jarra de Cuervo. No le gustaba Cuervo, en parte porque Cuervo tenía éxito en el juego de Asa. Cuervo no tenía medios visibles de vida, y sin embargo siempre tenía dinero. Otra razón era porque Cuervo era más joven, más fuerte y más sano que la media de los clientes de El Lirio. Era una anomalía. El Lirio se hallaba al final de la ladera del Coturno, cerca de los muelles. Atraía a todos los borrachos, putas baratas, soplones, vagabundos y toda la escoria

humana que reflúa hasta aquel último remanso antes de que la oscuridad se los tragara. Chozo se desesperaba a veces ante la idea de que su precioso establecimiento no era más que una última estación de tránsito.

Cuervo no pertenecía a aquel lugar. Podía permitirse algo mejor. Chozo hubiera deseado tener el valor necesario para echarle. Cuervo hacía que se le erizara la piel, sentado en su mesa de la esquina, con sus muertos ojos martilleando púas de hierro de sospecha hacia cualquiera que entrase en la taberna, limpiándose interminablemente las uñas con un cuchillo afilado como una navaja, hablando tan sólo unas pocas palabras átonas cada vez que alguien insinuaba la idea de llevarse a Linda escaleras arriba... Todo aquello desconcertaba a Chozo. Aunque no había ninguna conexión obvia, Cuervo protegía a la muchacha como si fuera su hija virgen. ¿Para qué era una puta de taberna, si no?

Chozo se estremeció, apartó aquellos pensamientos de su cabeza. Necesitaba a Cuervo. Necesitaba a cualquier cliente de pago que pudiera conseguir. Estaba sobreviviendo de plegarias.

Llevó el vino. Cuervo depositó tres monedas en su palma. Una de ellas era una leva de plata.

—¿Señor?

—Trae algo de leña decente, Chozo. Si quisiera congelarme me quedaría fuera.

—¡Sí, señor! —Chozo fue a la puerta, escrutó la calle. El almacén de madera de Listones estaba tan sólo a una manzana de distancia.

La llovizna se había convertido en una helada lluvia. La lodosa calle se estaba encostrando.

—Va a nevar antes de que oscurezca —informó a nadie en particular.

—Dentro o fuera —gruñó Cuervo—. No malgastes el poco calor que hay.

Chozo se deslizó fuera. Esperaba poder alcanzar el almacén de Listones antes de que el frío empezara a doler.

Dos figuras surgieron de entre la helada lluvia. Una era un gigante. Ambas estaban inclinadas hacia adelante, con trapos alrededor de sus cuellos para impedir que el hielo se deslizara por sus nuca.

Chozo cargó de vuelta a El Lirio.

—Voy a salir por la parte de atrás —hizo señas—. Linda, estoy fuera. No me has visto desde esta mañana.

—¿Krage? —hizo signos la muchacha.

—Krage —admitió Chozo. Se dirigió a toda prisa a la cocina, tomó su deshilachado sobretodo de su percha, se lo puso. Tuvo que tirar dos veces del cerrojo de la puerta antes de conseguir abrirlo.

Una malévola sonrisa a la que le faltaban tres dientes le saludó cuando se metió en el frío. Un aliento horrible asaltó sus fosas nasales. Un sucio dedo se clavó en su pecho.

—¿Vas a alguna parte, Chozo?

—Hola, Rojo. Sólo iba a buscar un poco de leña a Listones.

—No, no irás. —El dedo empujó, Chozo retrocedió hasta encontrarse de nuevo en la sala común.

Sudoroso, preguntó:

—¿Una jarra de vino?

—Eso sería muy considerado por tu parte, Chozo. Que sean tres.

—¿Tres? —la voz de Chozo se quebró.

—No me digas que no sabías que Krage está de camino.

—No, no lo sabía —mintió Chozo.

La sonrisa con tres dientes ausentes de Rojo decía que sabía que Chozo estaba mintiendo.

TARJA: CONFLICTO

Lo intentas de la mejor manera posible, pero siempre hay algo que va mal. Así es la vida. Si eres listo, haces tus planes de acuerdo con ello.

De alguna forma, alguien escapó de la taberna de Crespo, aparte los veinticinco Rebeldes que cayeron en nuestra red, cuando en realidad parecía como si Pulcro nos hubiera hecho un gran favor, convocando a una conferencia a la jerarquía local. Mirando en retrospectiva, resulta difícil establecer la culpa. Todos hicimos nuestros trabajos. Pero hay límites a lo alerta que uno puede estar bajo tensión, El hombre que desapareció probablemente pasó horas planeando su escapatoria. No nos dimos cuenta de su ausencia durante largo tiempo.

Fue Arrope quien lo imaginó. Sujetó sus cartas en el hueco de su mano, dijo:

—Nos falta un cuerpo, tropa. Uno de esos granjeros de cerdos. El tipo pequeño que *parecía* un cerdo.

Pude ver la mesa con el rabillo del ojo. Gruñí:

—Tienes razón. Maldita sea. Hubiéramos debido contar las cabezas tras cada viaje al pozo.

La mesa estaba detrás de Prestamista. Éste no se volvió. Aguardó una mano, luego se dirigió parsimoniosamente hasta la barra de Crespo y se sirvió una jarra de cerveza. Mientras sus movimientos distraían a los locales, hice rápidos signos con los dedos en el lenguaje de los sordos:

—Mejor estar preparados para una incursión. Saben quiénes somos. Abrí demasiado mi boca.

Los Rebeldes nos querrían a toda costa. La Compañía Negra se ha ganado una amplia reputación como erradicadora de éxito de la pestilencia Rebelde, allá donde aparece. Aunque no somos tan inmorales como se dice, la noticia de nuestra llegada despierta el terror allá donde vayamos. Los Rebeldes abandonan a menudo todas sus operaciones apenas aparecemos.

Pero sólo éramos cuatro de nosotros, separados de nuestros compañeros, que evidentemente no sabían que estábamos en peligro. Podían intentar algo. La única pregunta era hasta qué punto podían intentarlo.

Teníamos cartas en nuestras mangas. Nunca jugamos lealmente si podemos evitarlo. La filosofía de la Compañía es maximizar la efectividad minimizando los riesgos.

El hombre alto y muy moreno se levantó, abandonó sus sombras, se dirigió hacia la escalera que conducía arriba a los dormitorios. Arrope restalló:

—Vigílalo, Otto. —Otto se apresuró tras él, con aspecto débil tras la estela del hombre. La gente del lugar miró, haciéndose preguntas.

Prestamista utilizó los signos para indicar:

—¿Y ahora qué?

—Esperaremos —dijo Arrope en voz alta, y mediante signos añadió—: Haremos lo que fuimos enviados a hacer.

—No resulta muy divertido ser un cebo vivo —respondió Prestamista también por signos. Estudió nerviosamente la escalera—. Enviaste a Otto arriba con una buena mano —sugirió.

Miré a Arrope. Asintió.

—¿Por qué no? Apuesta a que tenía unos diecisiete. —Otto iba cada vez que tenía menos de veinte. Era un buen porcentaje de apuesta.

Imaginé rápidamente las cartas en mi cabeza y sonreí. Hubiera podido darle diecisiete y quedarme suficientes cartas bajas como para proporcionarnos a cada uno una mano que lo hubiera quemado.

—Dame esas cartas.

Fui devolviendo las cartas al mazo, examinando las manos.

—Bien. —Nadie tenía nada superior a un cinco. Pero la mano de Otto tenía cartas más altas que las otras.

Arrope sonrió.

—Ajá.

Otto no volvió. Prestamista dijo:

—Voy a subir a comprobar.

—Muy bien —respondió Arrope. Fue a buscarse una cerveza. Examiné a los del lugar. Estaban empezando a formarse ideas. Miré a uno y agité negativamente la cabeza.

Prestamista y Otto regresaron un minuto más tarde, precedidos por el hombre muy moreno, que volvió a sus sombras. Prestamista y Otto parecían aliviados. Se sentaron para seguir jugando.

Otto preguntó:

—¿Quién reparte?

—El último fue Arrope —dije—. Te toca a ti.

Jugamos. Mostró sus cartas.

—Diecisiete.

—Je, je, je —respondí—. Te quemé. Quince.

Y Prestamista dijo:

—Os pillé a los dos. Catorce.

Y Arrope:

—Catorce. Eso hace daño, Otto.

Se quedó simplemente sentado allí, como aturdido, durante varios segundos. Luego lo captó.

—¡Sucios bastardos! ¡Lo teníais preparado! No penséis que voy a pagar...

—Tranquilo. Era una broma, hijo —dijo Arrope—. Sólo una broma. De todos modos tú repartías. —Las cartas siguieron circulando y llegó la oscuridad. No

aparecieron más insurgentes. Los locales se mostraron más inquietos. Algunos se preocupaban por sus familias, por el hecho de llegar tarde. Como todos los demás, la mayoría de tarjeses sólo se preocupan por sus propias vidas. No les importa si quién predomina es la Rosa Blanca o la Dama.

La minoría de los simpatizantes Rebeldes se preocupaban acerca de cuándo podía caer el golpe. Temían verse atrapados en medio de la refriega.

Fingimos ignorar la situación.

—¿Quiénes son los peligrosos? —dijo Arrope por signos.

Conferenciamos, seleccionamos a tres hombres que podían causar problemas. Arrope y Otto los ataron a sus sillas.

La gente del lugar empezó a comprender que sabíamos qué esperar y que estábamos preparados. No adelantándonos a las cosas, pero preparados.

Los incursores aguardaron hasta medianoche. Eran más cautelosos que los Rebeldes que encontrábamos habitualmente. Quizá nuestra reputación era *demasiado* fuerte...

Entraron en tromba. Descargamos nuestros tubos de resorte y empezamos a esgrimir espadas, retirándonos a una esquina lejos del luego. El hombre alto observó indiferente.

Había un montón de Rebeldes. Muchos más de los que habíamos esperado. Seguían entrando en tromba, apiñándose, metiéndose los unos en el camino de los otros, saltando por encima de los cadáveres de sus camaradas.

—Una trampa —jadee—. Tiene que haber un centenar de ellos.

—Sí —dijo Arrope—. La cosa no tiene buen aspecto. —Lanzó una patada a la entrepierna de un hombre, le lanzó un tajo cuando se cubrió.

El lugar estaba lleno de insurgentes de pared a pared, y por el ruido tenía que haber un maldito montón fuera. Alguien no quería que escapásemos.

Bien, ése era el plan.

Distendí las aletas de la nariz. Había un olor en el aire, un débil aroma extraño, sutil bajo el hedor del miedo y el sudor.

—¡Cubríos! —grité, y extraje una tira de lana empapada de mi bolsa del cinto. Olía peor que una mofeta aplastada. Mis compañeros me imitaron.

En alguna parte un hombre gritó. Luego otro. Se elevó un coro infernal de voces. Nuestros enemigos se agitaron a nuestro alrededor, desconcertados, presas del pánico. Los rostros se retorcieron agónicamente. Los hombres cayeron en agitantes montones, arañándose ferozmente narices y gargantas. Tuve mucho cuidado de mantener mi rostro apretado contra la lana.

El hombre alto y delgado surgió de sus sombras. Empezó a despachar calmadamente guerrilleros con su plateada hoja de treinta y cinco centímetros. Dejó con vida a los clientes que no habíamos atado a sus sillas.

—Ahora ya es seguro respirar —dijo por signos.

—Vigila la puerta —me indicó Arrope. Sabía que yo sentía aversión hacia aquel

tipo de carnicería—. Otto, ocúpate de la cocina. Yo y Prestamista ayudaremos a Silencioso.

Los Rebeldes del exterior intentaron alcanzarnos lanzando flechas a través de la puerta. No tuvieron suerte. Luego intentaron incendiar el lugar. Crespo sufrió paroxismos de ira. Silencioso, uno de los tres hechiceros de la Compañía, que había sido enviado a Tarja unas semanas antes, usó sus poderes para apagar el fuego. Furiosos, los Rebeldes se prepararon para el asedio.

—Deben haber traído hasta el último hombre que había en la provincia —dije.

Arrope se encogió de hombros. Él y Prestamista estaban apilando cadáveres formando barricadas defensivas.

—Tienen que haber instalado un campamento base cerca de aquí. —Nuestro servicio de inteligencia acerca de las guerrillas en Tarja era extenso. La Dama se prepara bien antes de enviarnos a algún sitio. Pero no se nos había dicho que esperaríamos que hubiera una fuerza tan grande disponible en tan poco tiempo.

Pese a nuestro éxito, estaba asustado. Había una gran multitud fuera, y sonaba como si estuviera llegando regularmente más. Silencioso, como un as en la baraja, no tenía mucho más valor ahora.

—¿Enviaste tu pájaro? —pregunté, suponiendo que aquélla había sido la razón de su viaje escaleras arriba. Asintió. Eso proporcionaba un cierto alivio. Pero no mucho.

Las cosas parecieron cambiar. De pronto hubo más quietud fuera. Más flechas cruzaron la puerta. Había sido arrancada de sus goznes en la primera embestida. Los cuerpos amontonados delante de ella no iban a retener mucho tiempo a los Rebeldes.

—Van a entrar —le dije a Arrope.

—Muy bien. —Se unió a Otto en la cocina. Prestamista se quedó a mi lado. Silencioso, con aspecto oscuro y mortífero, se situó de pie en el centro de la sala común.

Fuera se alzó un rugido.

—¡Ahí vienen!

Contuvimos la acometida principal con la ayuda de Silencioso, pero otros empezaron a golpear los postigos de las ventanas. Entonces Arrope y Otto tuvieron que ceder la cocina. Arrope mató a un excesivamente fervoroso atacante y giró en redondo el tiempo suficiente para aullar:

—¿Dónde demonios están, Silencioso?

Silencioso se encogió de hombros. Parecía casi indiferente a la proximidad de la muerte. Lanzó un conjuro hacia un hombre que estaba atravesando una ventana.

Sonaron trompetas en la noche.

—¡Ja! —grité—. ¡Ahí vienen! —La última puerta de la trampa se había cerrado.

Todavía quedaba una cuestión. ¿Conseguiría llegar la Compañía antes de que nuestros atacantes acabaran con nosotros?

Más ventanas cedieron. Silencioso no podía estar en todas partes.

—¡A la escalera! —gritó Arrope—. Retroceded a la escalera.

Corrimos hacia allá. Silencioso provocó una bruma tóxica. No era la cosa mortífera que había usado antes. No podía volver a hacerlo en esos momentos. No tenía tiempo para prepararse.

La escalera era fácil de tomar. Dos hombres, con Silencioso detrás de ellos, no podían retenerla eternamente.

Los Rebeldes lo vieron. Empezaron a provocar fuegos. Esta vez Silencioso no pudo extinguir todas las llamas.

ENEBRO: KRAGE

La puerta delantera se abrió. Dos hombres entraron en El Lirio, pateando y desprendiéndose del hielo. Chozo acudió rápidamente a ayudar. El hombre más corpulento lo apartó a un lado. El más pequeño cruzó la estancia, pateó a Asa fuera de su lugar ante el fuego, se acuclilló con las manos extendidas. Los clientes de Chozo miraron fijamente a las llamas, sin ver ni oír nada.

Excepto Cuervo, observó Chozo. Cuervo parecía interesado, y no particularmente inquieto.

Chozo estaba sudando. Krage se dio finalmente la vuelta.

—Ayer no te paraste a verme, Chozo. Te eché en falta.

—No pude, señor Krage. No tenía nada que traerle. Mire mi caja. Ya sabe que le pagaré. Siempre lo hago. Simplemente necesito un poco de tiempo.

—Ya ibas con retraso la semana pasada, Chozo. Fui paciente. Sé que tienes problemas. Pero ya ibas con retraso la semana anterior a ésa. Y la anterior. Estás haciendo que parezca malo. Sé que hablas en serio cuando dices que me pagarás. Pero ¿qué pensará la gente? ¿Eh? Quizás empiecen a pensar que ellos también pueden retrasarse. Quizás empiecen a pensar que no hace falta que paguen.

—Señor Krage, no puedo. Mire mi caja. Tan pronto como el negocio remonte...

Krage hizo un gesto. Rojo miró detrás de la barra.

—Los negocios van mal en todas partes, Chozo. Yo también tengo problemas. Tengo gastos. No puedo cumplir con mis pagos si tú no cumples con los tuyos. —Recorrió la sala común, examinando el mobiliario. Chozo podía leer sus pensamientos. Quería El Lirio. Quería a Chozo en un agujero tan profundo que tuviera que cederle el lugar.

Rojo tendió la caja de Chozo a Krage. Krage hizo una mueca.

—Los negocios van realmente mal. —Hizo un gesto. El hombre corpulento, Cuenta, agarró a Chozo por los codos desde atrás. Chozo casi se desvaneció. Krage sonrió sesgadamente.

—Cachéalo, Rojo. Ve si lleva algo encima. —Vació de monedas la caja—. A cuenta, Chozo.

Rojo encontró la leva de plata que Cuervo le había dado a Chozo.

Krage sacudió la cabeza.

—Chozo, Chozo, me has mentido. —Cuenta apretó dolorosamente los codos de Chozo el uno contra el otro.

—Esto no es mío —protestó Chozo—. Esto pertenece a Cuervo. Quería que fuera a comprar leña. Por eso me dirigía al almacén de Listones.

Krage le observó fijamente. Chozo sabía que Krage sabía que estaba diciendo la verdad. No tenía el valor necesario para mentirle.

Chozo estaba asustado. Krage podía simplemente apretarle hasta que le cediera El Lirio a cambio de su vida.

¿Y qué luego? Se encontraría sin un gersh, y en la calle con una mujer vieja de la que ocuparse.

La madre de Chozo maldijo a Krage. Todo el mundo la ignoró, incluido Chozo. Era inofensiva. Linda permanecía en la puerta de la cocina, inmóvil, con una mano apretada en un puño delante de su boca, los ojos intensos. Miraba a Cuervo más que a Krage y a Chozo.

—¿Qué quieres que le rompa, Krage? —preguntó Rojo. Chozo se estremeció. A Rojo le encantaba su trabajo—. No deberías hacernos eso, Chozo. No deberías mentirle a Krage. —Lanzó un perverso puñetazo. Chozo jadeó, intentó inclinarse hacia adelante. Cuenta lo mantuvo erguido. Rojo le golpeó de nuevo.

Una voz suave y fría dijo:

—Ha dicho la verdad. Yo le envié a por leña.

Krage y Rojo intercambiaron una mirada. Cuenta no soltó su presa.

—¿Quién eres tú? —preguntó Krage.

—Cuervo. Suéltale.

Krage intercambió otra mirada con Rojo. Rojo dijo:

—Creo que no deberías hablarle de esta forma al señor Krage.

Cuervo alzó los ojos. Los hombros de Rojo se tensaron defensivamente. Luego, consciente de su audiencia, avanzó unos pasos y lanzó un golpe con la mano abierta.

Cuervo hizo un movimiento apenas perceptible con su mano, retorció. Rojo cayó de rodillas, rechinando los dientes en un lloriqueo contenido. Cuervo dijo:

—Eso fue estúpido.

Sorprendido, Krage respondió:

—Uno es tan listo como lo que hace, señor. Suéltale mientras aún te conservas sano.

Cuervo sonrió por primera vez que Chozo recordara.

—Eso no fue listo. —Hubo un audible *pop*, y Rojo gritó.

—¡Cuenta! —restalló Krage.

Cuenta echó a Chozo a un lado. Tenía dos veces el tamaño de Rojo, rápido, fuerte como una montaña, y apenas un poco más listo. Nadie sobrevivía a Cuenta.

Una siniestra daga de veintitrés centímetros apareció en la mano de Cuervo. Cuenta se detuvo tan violentamente que sus pies se enredaron. Cayó hacia adelante, golpeando contra el borde de la mesa de Cuervo.

—Oh, mierda —gimió Chozo. Alguien iba a resultar muerto. Krage lo pondría en su cuenta. Iba a ser malo para el negocio.

Pero cuando Cuenta se levantó, Krage dijo:

—Cuenta, ayuda a Rojo. —Su tono era suave y relajado.

Cuenta se volvió obediente hacia Rojo, que se había arrastrado lejos de Cuervo y se estaba sujetando la muñeca.

—Quizás haya habido un pequeño malentendido aquí —dijo Krage—. Te lo diré claramente, Chozo. Tienes una semana para pagarme. La totalidad.

—Pero...

—No hay peros, Chozo. Así es como acordamos. Mata a alguien. Roba a alguien. Vende este antro. Pero consigue el dinero. —No hacía falta explicar el «o de lo contrario».

No me pasará nada, se prometió Chozo a sí mismo. No me hará ningún daño. Soy un cliente demasiado bueno.

¿Cómo demonios iba a salirse de aquello? No podía vender. No con el invierno encima. La vieja no sobreviviría en la calle.

Una ráfaga de aire frío penetró en El Lirio cuando Krage hizo una pausa en la puerta. Miró a Cuervo con ojos furiosos. Cuervo no se molestó en devolverle la mirada.

—Sirve un poco de vino aquí, Chozo —dijo Cuervo—. Parece que el mío se ha derramado.

Chozo se apresuró pese al dolor. No pudo evitar el mostrarse adulator.

—Te lo agradezco, Cuervo, pero no deberías de haber interferido. Te matará por eso.

Cuervo se encogió de hombros.

—Ve al almacén de maderas antes de que algún otro intente quedarse con mi dinero.

Chozo miró la puerta. No deseaba salir. Podían estar aguardando.

Pero luego miró de nuevo a Cuervo. El hombre se estaba limpiando las uñas con aquel perverso cuchillo.

—Ahora mismo.

Estaba nevando. La calle era traicionera. Sólo una delgada máscara blanca cubría el lodo.

Chozo no pudo evitar el preguntarse por qué había intervenido Cuervo. ¿Para proteger su dinero? Razonable... Sólo que los hombres razonables permanecían quietos y en silencio delante de Krage. Podía degollarte si le mirabas con malos ojos.

Cuervo era nuevo allí. Quizá no sabía nada de Krage.

Lo averiguaría a la manera difícil. Su vida ya no valía ni dos gershs.

Cuervo parecía bien provisto de dinero. No debía de llevar toda su fortuna encima, ¿verdad? Quizá tenía parte oculta en su habitación. Quizá fuera suficiente para pagar a Krage. Quizá pudiera hacerse con el dinero de Cuervo. Krage se lo agradecería.

—Déjame ver tu dinero —le dijo Listones cuando le pidió leña. Chozo sacó la leva de plata de Cuervo—. ¡Ja! ¿Quién ha muerto esta vez?

Chozo enrojeció. Una vieja prostituta había muerto en El Lirio el pasado invierno. Chozo había registrado sus pertenencias antes de avisar a los Custodios. Su madre había vivido caliente durante todo el resto del invierno. Todo el Coturno se había

enterado porque había cometido el error de decírselo a Asa.

Según la costumbre, los Custodios se hacían cargo de las posesiones personales de los recién fallecidos. Eso y las donaciones sostenían el cuerpo y las Catacumbas.

—No ha muerto nadie. Me ha enviado un cliente.

—¡Ja! El día que tengas un cliente que pueda permitirse esa generosidad... — Listones se encogió de hombros—. ¿Pero qué me importa? La moneda es buena. No me interesa su procedencia. Toma un poco de leña de momento. De ahí.

Chozo regresó tambaleante a El Lirio, el rostro ardiendo, las costillas en fuego. Listones no se había molestado en ocultar su desdén.

De vuelta en casa, con el fuego ardiendo vivo, Chozo llenó dos jarras de vino y se sentó a la mesa delante de Cuervo.

—Por cuenta de la casa —dijo.

Cuervo miró momentáneamente, dio un sorbo, maniobró la jarra hasta situarla en un punto exacto sobre la mesa.

—¿Qué es lo que quieres?

—Darte de nuevo las gracias.

—No hay nada que agradecer.

—Para advertirte, entonces. No te tomaste a Krage lo bastante en serio.

Listones entró con una brazada de leña, gruñendo porque no había podido sacar su carro. Iba a tener que hacer un montón de viajes.

—Vete, Chozo. —Y cuando Chozo se levantaba, con el rostro enrojecido, Cuervo dijo—: Espera. ¿Crees que me debes algo? Entonces algún día te pediré un favor. Y tú lo harás. ¿De acuerdo?

—Seguro, Cuervo. Cualquier cosa. Tú simplemente dilo.

—Ve a sentarte junto al fuego, Chozo.

Chozo se hizo un sitio entre Asa y su madre, uniéndose a su hosco silencio. Aquel Cuervo era realmente estremecedor.

El hombre en cuestión estaba enzarzado en un animado intercambio de signos con la joven sirvienta sorda.

TARJA: ESCRUTINIO

Dejé que la punta de mi hoja cayera al suelo de la taberna. Me derrumbé exhausto, tosiendo débilmente en el humo. Me tambaleé, busqué débilmente el apoyo de una mesa volcada. La reacción se estaba asentando en mí. Había estado seguro de que esta vez era la última. Si no se hubieran visto obligados a extinguir ellos mismos los fuegos...

Elmo cruzó la estancia y me rodeó con un brazo.

—¿Estás herido, Matasanos? ¿Quieres que vaya a buscar a Un Ojo?

—No estoy herido. Sólo agotado. Hacía mucho tiempo desde que me sentí tan asustado por última vez, Elmo. Creí que habíamos perdido.

Enderezó una silla con un pie y me sentó. Era mi mejor amigo, un hombre recio y nervudo apenas dado al malhumor. Su manga izquierda estaba manchada de sangre húmeda. Intenté ponerme en pie.

—Siéntate —ordené—. Bolsillos puede ocuparse de esto.

Bolsillos era mi ayudante, un chico de veintitrés años. La Compañía se está haciendo vieja, al menos en su núcleo, mis contemporáneos. Elmo ha cumplido ya los cincuenta. El Capitán y el Teniente están a caballo del cinco y el cero. Yo no volveré a ver los cuarenta.

—¿Los cogimos a todos?

—Los suficientes. —Elmo enderezó otra silla—. Un Ojo y Goblin y Silencioso fueron tras los que consiguieron escapar. —Su voz sonaba vacía—. La mitad de los Rebeldes de la provincia, al primer tiro.

—Nos estamos haciendo demasiado viejos para esto. —Los hombres estaban empezando a entrar prisioneros, separando los que podían saber algo útil—. Deberíamos dejar esto a los jóvenes.

—No podrían manejarlo. —Miró a la nada, a un remoto pasado y a un lugar muy lejano.

—¿Ocurre algo?

Negó con la cabeza, luego se contradijo a sí mismo.

—¿Qué estamos haciendo, Matasanos? ¿Existe algún fin a todo esto?

Aguardé. No siguió. No habla mucho. En especial no acerca de sus sentimientos. Le pinché.

—¿Qué quieres decir?

—Simplemente sigue y sigue. Cazamos Rebeldes. Pero no se acaban nunca. Ni siquiera cuando trabajábamos para el Síndico en Berilo. Entonces cazábamos disidentes. Y antes de Berilo... Treinta y seis años de lo mismo. Y nunca he estado seguro de que estuviera haciendo lo correcto. En especial ahora.

Era propio de Elmo mantener sus reservas en suspenso durante ocho años antes

de airearlas.

—No nos hallamos en posición de cambiar nada. A la Dama no le gustaría si de pronto dijéramos que sólo íbamos a hacer esto y eso, y nada de aquello.

Estar al servicio de la Dama no había sido malo. Aunque se nos encomiendan las misiones más duras, nunca tenemos que hacer el trabajo sucio. Los regulares se encargan de ello. Golpes preventivos a veces, por supuesto. Alguna masacre ocasional. Pero todo en la línea del servicio. Militarmente necesario. Nunca nos hemos visto involucrados en atrocidades. El Capitán no lo permitiría.

—No se trata de moralidad, Matasanos. ¿Qué hay de moral en la guerra? Superioridad en la fuerza, eso es todo. No. Simplemente estoy cansado.

—Ya no es una aventura, ¿eh?

—Dejó de serlo hace mucho tiempo. Se convirtió en un trabajo. Algo que hago porque no sé hacer nada más.

—Algo que haces muy bien. —Eso no ayudó, pero no pude pensar en nada mejor que decir.

Entró el Capitán, un oso que arrastraba los pies mientras contemplaba los restos de la batalla con ojos fríos. Llegó a nuestro lado.

—¿Cuántos hemos conseguido, Matasanos?

—Todavía no ha terminado la cuenta. La mayor parte de su estructura de mando, supongo.

Asintió.

—¿Estás herido?

—Sólo cansado. Física y emocionalmente. Ha pasado mucho tiempo desde que me asusté tanto la última vez.

Enderezó una mesa, arrastró una silla, extrajo un fajo de mapas de un estuche. El Teniente se le unió. Más tarde, Arrope trajo a Crespo. De alguna forma, el tabernero había sobrevivido.

—Nuestro amigo tiene algunos nombres para ti, Matasanos.

Extendí mi papel, fui tachando a medida que Crespo iba nombrando.

Los jefes de pelotón de la Compañía empezaron a reclutar prisioneros para cavar tumbas. Me pregunté si se daban cuenta de que estaban preparando sus propios lugares de descanso. Ningún soldado rebelde es liberado a menos que pueda ser alistado inescapablemente a la causa de la Dama. Alistamos a Crespo. Le ofrecimos una historia para explicar su supervivencia y eliminamos a todos los que pudieran contradecirla. Arrope, en un gesto de generosidad, hizo que los cuerpos fueran retirados de su pozo.

Silencioso regresó, con Goblin y Un Ojo, con los dos pequeños hechiceros discutiendo cáusticamente. Como de costumbre. No recuerdo la discusión. No tenía importancia. Lo que importaba era la pelea, y ésta llevaba prolongándose décadas.

El Capitán le lanzó una mirada ácida, le preguntó al Teniente:

—¿Corazón o Tomo? —Corazón y Tomo eran las únicas ciudades de importancia

en Tarja. Hay un rey en Corazón que está aliado con la Dama. Ella lo coronó hace dos años, después de que Susurro matara a su predecesor. No es popular con los tarjeses. Mi opinión, nunca solicitada, es que la Dama debería de eliminarlo antes de que cause más daños.

Goblin encendió un fuego. Las horas matutinas eran crudas. Se arrodilló delante de él, tostándose los dedos.

Un Ojo rebuscó detrás de la barra de Crespo, halló una jarra de cerveza milagrosamente no desportillada. La llenó, la vació de un solo trago, se secó el rostro, estudió la estancia, me hizo un guiño.

—Ahí vamos —murmuré.

El Capitán alzó la vista.

—¿Eh?

—Un Ojo y Goblin.

—Oh. —Volvió al trabajo y no alzó la vista de nuevo.

Un rostro se formó entre las llamas delante del pequeño rostro de sapo de Goblin. Él no lo vio. Tenía los ojos cerrados. Miré a Un Ojo. Sus ojos estaban sellados también, y su rostro era como una pasa seca, arrugas sobre arrugas, ensombrecido por el ala de su sombrero blando. El rostro en el fuego adquirió detalle.

—¡Hey! —Me sobresaltó por un instante. Miraba hacia mí, y se parecía al de la Dama. Bueno, como el rostro que tenía la Dama la vez que la vi realmente. Eso fue durante la batalla en Hechizo. Vino a mí para dragar mi mente en busca de sospechas sobre una conspiración entre los Diez que Fueron Tomados... Un estremecimiento de miedo. He vivido con él durante años. Si alguna vez me interroga de nuevo, la Compañía Negra se quedará sin su médico y Analista. Sé que hay conocimientos por los cuales ella arrasaría reinos.

El rostro en el fuego extendió una lengua como la de una salamandra. Goblin chilló. Se levantó de un salto, aferrándose una verrugosa nariz.

Un Ojo estaba vaciando otra cerveza, de vuelta a su víctima. Goblin frunció el ceño, se frotó la nariz, se sentó de nuevo. Un Ojo se volvió justo lo suficiente para situarlo al borde de su visión. Aguardó hasta que Goblin empezó a asentir.

Esto duraba desde siempre. Ambos estaban ya en la Compañía antes de que yo me uniera a ella, Un Ojo al menos desde hacía un siglo. Es *viejo*, pero tan ágil como un hombre de mi edad.

Quizá más ágil. Últimamente he sentido cada vez más el peso del tiempo, descansando demasiado a menudo sobre todo lo que he echado en falta. Puedo reírme de los campesinos y de la gente de la ciudad encadenados todas sus vidas a un pequeño rincón de la tierra mientras yo recorro su faz y veo sus maravillas, pero cuando pienso bien en ello, no habrá ningún niño que lleve mi nombre, ninguna familia que me llore excepto mis camaradas, nadie que me recuerde, nadie que ponga una marca sobre la pequeña porción de terreno que me cubra. Aunque he visto grandes acontecimientos, no dejaré ningún logro duradero excepto estos Anales.

Qué presunción. Escribir mi propio epitafio disfrazado como la historia de la Compañía.

Estoy desarrollando un rasgo morboso. Tengo que vigilar eso.

Un Ojo colocó sus manos en forma copa, con las palmas hacia abajo, sobre la barra, murmuró algo, las abrió. Apareció una desagradable araña del tamaño de un puño, agitando una frondosa cola de ardilla. Nunca digas que Un Ojo no tiene sentido del humor. Se deslizó hasta el suelo, se escurrió hacia mí, sonrió con el negro rostro de Un Ojo sin parche, luego se deslizó hacia Goblin.

La esencia de la hechicería, incluso para esos practicantes no fraudulentos, son los errores de formulación. De ahí la frondosa cola de la araña.

Goblin no estaba dormitando. Estaba tendido en la madera. Cuando la araña se le acercó, giró y agitó un palo tomado del fuego. La araña esquivó. Goblin martilleó el suelo. En vano. Su blanco saltó de un lado a otro, riendo con la voz de Un Ojo.

El rostro se formó en las llamas. Asomó la lengua. El fondillo de los pantalones de Goblin empezó a humear.

—Que me condene —dije.

—¿Qué? —preguntó el Capitán, sin alzar la vista. Él y el Teniente habían tomado posiciones opuestas en una discusión sobre si Corazón o Tomo podían ser la mejor base de operaciones.

De alguna forma las noticias siempre se difunden. Los hombres empezaron a llegar para el último *round* de la confrontación. Observé:

—Creo que Un Ojo va a ganar ésta.

—¿De veras? —Por un momento el viejo oso gris se mostró interesado. Un Ojo nunca le había ganado a Goblin en años.

La boca de sapo de Goblin se abrió en un sorprendido y furioso aullar. Se palmeó las posaderas con ambas manos, danzando.

—¡Pequeña serpiente! —gritó—. ¡Te estrangularé! ¡Arrancaré tu corazón y me lo comeré! Yo... yo...

Sorprendente. Absolutamente sorprendente. Goblin nunca se vuelve loco. Siempre permanece tranquilo. Entonces Un Ojo pone su retorcida mente a trabajar de nuevo. Si Goblin no se altera, Un Ojo imagina que ha perdido.

—Arreglad esto antes de que se nos escape de las manos —dijo el Capitán.

Elmo y yo nos situamos entre los antagonistas. Aquello era preocupante. Las amenazas de Goblin eran serias. Un Ojo lo había pillado de mal humor, la primera vez que veía aquello.

—Tranquilo —le dije a Un Ojo.

Se detuvo. Él también olía problemas.

Varios hombres gruñeron. Se habían hecho algunas apuestas fuertes. Normalmente nadie apostaría un cobre por Un Ojo. Goblin ganando cada vez es algo seguro, pero esta vez parecía débil.

Goblin no deseaba abandonar. Tampoco deseaba jugar siguiendo las reglas

habituales. Cogió una espada caída y se encaminó hacia Un Ojo.

No pude evitar el sonreír. La espada era enorme y estaba rota, y Goblin era demasiado pequeño, aunque tan fiero que parecía una caricatura. Una caricatura sedienta de sangre. Elmo no pudo retenerlo. Hice una seña pidiendo ayudar. Alguien pensó rápido y arrojó agua a la espalda de Goblin. Se volvió en redondo, maldiciendo, inició un conjuro mortífero.

Problemas, seguro. Una docena de hombres saltaron a la acción. Alguien arrojó otro cubo de agua. Eso enfrió el temperamento de Goblin. Cuando le quitamos la hoja pareció avergonzado. Desafiante, pero avergonzado.

Lo conduje de vuelta junto al fuego y me senté a su lado.

—¿Qué ocurre? ¿Qué es lo que pasó? —Vi al Capitán por el rabillo del ojo. Un Ojo estaba de pie delante de él, hundido por una fuerte reprimenda.

—No lo sé, Matasanos. —Goblin se hundió, miró fijamente al suelo—. De pronto todo se ha vuelto demasiado. Esa emboscada de anoche. La misma cosa de siempre. Siempre es otra provincia, siempre más Rebeldes. Crecen como gusanos en una mierda de vaca. Me estoy volviendo cada vez más viejo, y no he conseguido nada para hacer un mundo mejor. De hecho, si miras hacia atrás, todo lo que hemos hecho lo ha vuelto peor. —Sacudió la cabeza—. Eso no está bien. No, no es eso lo que quiero decir. Pero no sé cómo decirlo de una forma mejor.

—Debe de ser epidémico.

—¿Qué?

—Nada. Estaba pensando en voz alta. —Elmo. Yo. Goblin. Un montón de hombres, a juzgar por su tenor últimamente. Algo iba mal en la Compañía Negra. Tenía sospechas, pero no estaba preparado para analizarlas. Demasiado deprimente.

—Lo que necesitamos es un desafío —sugerí—. No nos hemos probado a nosotros mismos desde Hechizo. —Lo cual era una verdad a medias. Una operación que nos impulsaba a implicarnos totalmente en permanecer con vida podía ser una prescripción para los síntomas, pero no era un remedio para las causas. Como médico, no era partidario de tratar sólo los síntomas. Podían recurrir indefinidamente. Era preciso atacar la enfermedad en sí.

—Lo que necesitamos —dijo Goblin con una voz tan suave que casi se desvaneció en el crujir de las llamas— es una causa en la que podamos creer.

—Sí —dije—. Eso también.

De fuera llegaron los sorprendidos y ultrajados gritos de los prisioneros que descubrían que ellos iban a llenar las tumbas que acababan de cavar.

ENEBRO: LA MUERTE PAGA

Chozo estaba cada vez más asustado a medida que pasaban los días. Tenía que conseguir algo de dinero. Krage estaba difundiendo la noticia. Tenía intención de convertirle en un ejemplo.

Reconoció la táctica. Krage deseaba asustarle hasta el punto de que firmara la cesión de El Lirio. El lugar no era gran cosa, pero estaba condenadamente seguro de que valía mucho más de lo que debía. Krage lo revendería por varias veces su inversión. O lo convertiría en una casa de putas. Y Chozo de Castañas y su madre se encontrarían en la calle, con la mortífera risa del invierno aullando ante sus rostros.

Mata a alguien, había dicho Krage. Roba a alguien. Chozo consideró ambas posibilidades. Estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para conservar El Lirio y proteger a su madre.

¡Si tan sólo pudiera conseguir auténticos clientes! No tenía más que oportunistas y gorriones de una sola noche. Necesitaba clientes residenciales. Pero no podía conseguirlos sin arreglar antes el lugar. Y no podía hacer eso sin dinero.

Asa cruzó la puerta. Pálido y asustado, se dirigió a toda prisa a la barra.

—¿Todavía no has encontrado una provisión de leña? —preguntó Chozo.

El hombrecillo negó con la cabeza, deslizó dos gershs sobre la barra.

—Ponme una jarra.

Chozo metió las monedas en su caja. Uno no cuestionaba la procedencia del dinero. No tenía memoria. Sirvió una jarra hasta el borde. Asa tendió ansiosamente la mano hacia ella.

—Oh, no —dijo Chozo—. Háblame de ello.

—Vamos, Chozo. Te he pagado.

—Por supuesto. Y te daré la jarra cuando me digas por qué estás tan agitado.

—¿Dónde está ese Cuervo?

—Arriba. Durmiendo. —Cuervo había estado en pie toda la noche.

Asa se estremeció un poco más.

—Dame eso, Chozo.

—Habla.

—Muy bien. Krage y Rojo me agarraron. Querían saber acerca de Cuervo.

Así supo Chozo cómo había conseguido Asa el dinero. Había intentado vender a Cuervo.

—Cuéntame más.

—Simplemente deseaban saber sobre él.

—¿Qué era lo que querían saber?

—Si alguna vez sale de aquí.

—¿Por qué?

Asa dudó. Chozo retiró la jarra.

—Está bien. Tenían a dos hombres vigilándole. Desaparecieron. Nadie sabe nada de ellos. Krage está furioso. —Chozo le entregó el vino. Lo apuró de un solo trago.

Chozo miró hacia la escalera, se estremeció. Quizás había subestimado a Cuervo.

—¿Dijo algo Krage acerca de mí?

—Me vendría muy bien otra jarra, Chozo.

—Te daré otra jarra. Sobre tu cabeza.

—No te necesito, Chozo. Establecí una conexión. Puedo dormir en lo de Krage siempre que quiera.

Chozo gruñó, convirtió su rostro en una máscara.

—Tú ganas. —Sirvió más vino.

—Te piensa poner fuera del negocio, Chozo. Le cueste lo que le cueste. Ha decidido que estás aliado con Cuervo. —Una pequeña sonrisa perversa—. Sólo que no puede imaginar de dónde has sacado los redaños para conchabarte con él.

—No es cierto. No tengo nada que ver con Cuervo, Asa. Tú lo sabes.

Asa gozó de su momento.

—Intenté decírselo a Krage, Chozo. No quiso oírme.

—Bébette tu vino y lárgate, Asa.

—¿Chozo? —El viejo gemido llenó la voz de Asa.

—Ya me has oído. Fuera. Vuelve con tus nuevos amigos. Mira cuánto tiempo les eres útil.

—¡Chozo...!

—Te arrojarán de vuelta a la calle, Asa. Justo a mi lado y al de mamá. A patadas, chupasangre.

Asa engulló su vino y huyó, los hombros tensos contra su cuello. Había experimentado el sabor de la verdad en las palabras de Chozo. Su asociación con Krage sería frágil y breve.

* * *

Chozo intentó advertir a Cuervo. Cuervo le ignoró. Chozo limpió jarras, observó a Cuervo charlar con Linda en el absoluto silencio del lenguaje de los signos, e intentó imaginar alguna forma de dar un golpe en la parte alta de la ciudad. Normalmente pasaba esas primeras horas observando a Linda e intentando imaginar una forma de lograr el acceso a ella, pero últimamente el puro terror de la calle había abolido su atrevimiento.

Un grito como el de un cerdo al que le cortan la garganta brotó de escaleras arriba.

—¡Madre! —Chozo subió los peldaños de dos en dos.

Su madre estaba en la puerta del gran dormitorio de las literas, jadeando.

—¿Madre? ¿Qué ocurre?

—Hay un hombre muerto ahí dentro.

El corazón de Chozo dio un vuelco. Entró en la habitación. Un hombre viejo yacía en la litera del fondo de la derecha al lado de la puerta.

Había habido sólo cuatro clientes en la habitación de las literas la última noche. A seis gershs por cabeza. La habitación tenía dos metros de ancho por cuatro de largo, con veinticuatro plataformas apiladas de seis en alto. Cuando la habitación estaba llena, Chozo cobraba dos gershs por dormir recostado contra una cuerda tendida verticalmente en el centro.

Chozo tocó al viejo. Su piel estaba fría. Llevaba horas muerto.

—¿Quién era? —preguntó la vieja Junio.

—No lo sé. —Chozo registró sus harapientas ropas. Halló cuatro gershs y un anillo de hierro—. ¡Maldita sea! —No podía quedarse con aquello. Los Custodios sospecharían si no hallaban nada—. Tenemos mala suerte. Es nuestro cuarto cadáver en lo que va de año.

—Son los clientes, hijo. Todos tienen ya un pie en las Catacumbas.

Chozo escupió.

—Será mejor mandar llamar a los Custodios.

Una voz dijo:

—Ya ha aguardado mucho tiempo, dejemos que aguarde un poco más.

Chozo se volvió en redondo. Cuervo y Linda estaban de pie detrás de su madre.

—¿Qué?

—Puede que sea la respuesta a tus problemas —dijo Cuervo. E inmediatamente Linda empezó a hacer signos tan rápido que Chozo no pudo captar ni uno de cada veinte. Evidentemente le estaba diciendo a Cuervo que no hiciera algo. Cuervo la ignoró.

—¡Chozo! —restalló la vieja Junio. Su voz estaba llena de advertencia.

—No te preocupes, mamá. Yo me ocuparé. Sigue adelante con tu trabajo. —Junio estaba ciega, pero cuando su salud se lo permitía vaciaba los orinales y se ocupaba de lo que podía pasar por servicio de habitaciones, principalmente desempolvando las camas para matar pulgas y piojos. Cuando su salud la confinaba en la cama, Chozo traía a su primo Eximio, un inútil como Asa, pero con esposa e hijos. Chozo lo utilizaba por pura lástima hacia su esposa.

Se encaminó escaleras abajo. Cuervo lo siguió, discutiendo todavía con Linda. Por un momento Chozo se preguntó si Cuervo no estaría desperdiciando a la muchacha. Sería una maldita pérdida de espléndida carne femenina.

¿Cómo podía un hombre muerto con cuatro gershs encima librarle de Krage? Respuesta: No podía. No legítimamente.

Cuervo se acomodó en su taburete habitual. Extendió un puñado de cobres.

—Vino. Ponte una jarra para ti también.

Chozo recogió las monedas, las depositó en su caja. Su contenido era lamentable. Ni siquiera estaba cubriendo gastos. Estaba condenado. Podía librarse

milagrosamente de su deuda con Krage y aún así seguiría condenado.

Depositó una jarra delante de Cuervo, se sentó en otro taburete. Se sentía mucho más viejo que sus años, e infinitamente cansado.

—Dime.

—El viejo. ¿Quién era? ¿Quién era su gente?

Chozo se encogió de hombros.

—Sólo alguien que quería librarse del frío. El Coturno está lleno de ellos.

—Así es.

Chozo se estremeció ante el tono de Cuervo.

—¿Estás proponiendo lo que estoy pensando?

—¿Qué es lo que estás pensando?

—No lo sé. ¿Para qué sirve un cadáver? Quiero decir, incluso los custodios se limitan a meterlo en las Catacumbas.

—Supongamos que haya un comprador.

—Lo estoy suponiendo.

—¿Y?

—¿Qué es lo que tendría que hacer yo? —Su voz apenas cruzó la mesa. No podía imaginar crimen más detestable. Incluso el más bajo de los muertos de la ciudad era honrado por encima de los vivos. Un cadáver era un objeto sagrado. El Recinto era el epicentro de Enebro.

—Muy poco. A última hora de la noche, lleva el cuerpo a la puerta de atrás. ¿Puedes hacerlo?

Chozo asintió débilmente.

—Bien. Termina tu vino.

Chozo apuró su jarra de un solo trago. Se sirvió otra, se puso a pulir sus jarras industriosamente. Era un mal sueño. Pero tendría que seguir adelante.

* * *

El cadáver parecía no pesar casi nada, pero Chozo tuvo dificultades en bajarlo por las escaleras. Había bebido demasiado. Cruzó la sala común en sombras, caminando con exagerado cuidado. La gente se apiñaba cerca del fuego, y su aspecto era demoníaco al apagado resplandor rojo de las últimas ascuas.

Uno de los pies del viejo derribó un pote cuando Chozo entró en la cocina. Se inmovilizó. No ocurrió nada. Los latidos de su corazón volvieron gradualmente a la normalidad. No dejó de recordarse que hacía aquello para que su madre no tuviera que congelarse en el invierno de las calles.

Golpeó la puerta con la rodilla. Al instante ésta giró hacia el interior. Una sombra siseó:

—Apresúrate —y agarró los pies del viejo, ayudó a Chozo a cargarlo en un carro. Jadeante, aterrado, Chozo croó:

—¿Y ahora qué?

—Vete a la cama. Recibirás tu parte por la mañana.

El suspiro de alivio de Chozo casi se convirtió en lágrimas.

—¿Cuánto?

—Un tercio.

—¿Sólo un tercio?

—Yo corro todo el riesgo. Tú ya estás a salvo.

—De acuerdo. ¿Cuánto será eso?

—El mercado oscila. —Cuervo se alejó. Chozo cerró la puerta, se reclinó contra ella con los ojos cerrados. ¿Qué había hecho?

Alimentó el fuego y se fue a la cama, permaneció tendido escuchando los ronquidos de su madre. ¿Había sospechado algo? Quizá no. A menudo los Custodios aguardaban hasta la noche. Podía decirle que estaba durmiendo cuando acudieron a buscarlo.

No pudo dormir. ¿Quién sabía algo acerca de la muerte? Si se difundía la noticia, la gente se haría preguntas. Empezarían a sospechar lo insospechable.

¿Y si Cuervo era atrapado? ¿Le harían hablar los Inquisidores? Cabestro podía hacer cantar a una piedra.

Estudió a su madre durante toda la mañana siguiente. No habló excepto monosílabos, pero ésa era su costumbre.

Cuervo apareció poco después del mediodía.

—Té y un bol de gachas, Chozo. —Cuando pagó, no depositó ningún cobre sobre la barra.

Chozo abrió mucho los ojos. Había diez levas de plata extendidas ante él. ¿Diez? ¿Por un viejo muerto? ¿Y eso era sólo un tercio? ¿Y Cuervo había hecho aquello antes? Debía de ser rico. Las palmas de Chozo se humedecieron. Su mente aulló crímenes potenciales.

—¿Chozo? —dijo suavemente Cuervo cuando le entregó el té y las gachas—. Ni siquiera pienses en ello.

—¿En qué?

—No pienses en lo que estás pensando. De otro modo serás tú quien terminará en el carro.

Linda les frunció el ceño desde la puerta de la cocina. Por un momento Cuervo pareció avergonzado.

* * *

Chozo se dejó caer por el hostel donde Krage tenía su corte. Desde fuera el lugar era tan cochambroso como El Lirio. Buscó tímidamente a Cuenta, intentó ignorar a Asa. Cuenta no le atormentaría por pura diversión.

—Cuenta, necesito ver a Krage.

Cuenta abrió sus grandes ojos castaños de vaca.

—¿Por qué?

—Le traigo algo de dinero. A cuenta.

Cuenta se puso de inmediato en pie.

—Está bien. Aguarda aquí. —Se fue.

Asa se deslizó a su lado.

—¿Dónde has conseguido el dinero, Chozo?

—¿Dónde conseguiste tú el tuyo, Asa?

Asa no respondió.

—No es educado preguntar. Ocúpate de tus asuntos o permanece alejado de mí.

—Chozo, creí que éramos amigos.

—Intenté que fuéramos amigos, Asa. Incluso te dejé un sitio donde dormir. Y tan pronto como te enredaste con Krage...

Una sombra cruzó el rostro de Asa.

—Lo siento, Chozo. Ya me conoces. No pienso demasiado rápido. Hago cosas estúpidas.

Chozo bufó. Así que Asa había llegado a la inevitable conclusión: Krage lo echaría de su lado tan pronto como hubiera arreglado las cosas con Cuervo.

Chozo se sintió tentado de traicionar a Cuervo. El hombre debía de tener una fortuna escondida. Pero le tenía miedo a un millar de cosas, y su anfitrión de este momento estaba a la cabecera de la lista.

—Encontré una forma de conseguir leña del Recinto —dijo Asa. Su rostro se iluminó en una patética súplica—. Sobre todo pino, pero es madera.

—¿El Recinto?

—No es ilegal, Chozo. Mantiene limpio el Recinto.

Chozo frunció farisaicamente el ceño.

—Chozo, es menos malo que robarle a alguien...

Chozo contuvo su furia. Necesitaba aliados dentro del campo enemigo.

—La leña puede ser como el dinero, Asa. No importa su procedencia.

Asa sonrió congraciadoramente.

—Gracias, Chozo.

—Chozo —llamó Cuenta.

Chozo se estremeció cuando cruzó la estancia. Los hombres de Krage sonrieron.

Eso no iba a funcionar. Krage no escucharía. Iba a arrojar a un lado su dinero.

—Cuenta dice que tienes algo para darme a cuenta —dijo Krage.

—Hum. —La madriguera de Krage podía haber sido arrancada entera de una mansión en las alturas del valle. Chozo se sintió asombrado.

—Deja de abrir la boca como un pasmado y sigamos. Será mejor que no me des tampoco un puñado de cobres y me pidas un aplazamiento. Tus pagos son un chiste, Chozo.

—No es ningún chiste, señor Krage. De veras. Puedo pagar más de la mitad de mi

deuda.

Krage alzó las cejas.

—Interesante. —Chozo depositó nueve levas de plata delante de él—. Muy interesante. —Clavó en Chozo una penetrante mirada.

—Es más de la mitad, contando los intereses —tartamudeó Chozo—. Esperaba que quizá viendo mi buena voluntad...

—Calla. —Chozo se calló en seco—. ¿Crees que voy a olvidar lo que ocurrió?

—Eso no fue culpa mía, señor Krage. Yo no le dije que... Usted no sabe cómo es Cuervo.

—Cállate —repitió Krage. Contempló las monedas—. Quizá pueda arreglarse algo. Sé que su intervención no fue cosa tuya. No tienes los redaños necesarios.

Chozo clavó la vista en el suelo, incapaz de negar su cobardía.

—Muy bien, Chozo. Eres un cliente regular. Has vuelto a ponerte al día. —Miró fijamente el dinero—. En realidad, parece que te has adelantado tres semanas.

—Gracias, señor Krage. De veras. No sabe usted lo mucho que significa...

—Cállate. Sé exactamente lo que significa. Vete. Empieza a preparar otro pago. Éste es tu último aplazamiento.

—Sí, señor. —Chozo se retiró. Cuenta abrió la puerta.

—¡Chozo! Puede que en alguna ocasión desee algo. Un favor por un favor. ¿Comprendes?

—Sí, señor.

—Muy bien. Vete.

Chozo se fue, con una sensación deprimida reemplazando el alivio. Krage le obligaría a ayudarlo a atrapar a Cuervo. Casi lloraba de vuelta a casa. Nunca conseguiría mejorar. Siempre estaba en una trampa.

TARJA: CAMBIO DE POSICIÓN

Tomo era la ciudad típica que recientemente se había convertido en guarnición. Pequeña, sucia, aburrida. Uno se preguntaba por qué la Dama se molestaba en ella. ¿Qué utilidad tenían esas remotas provincias? ¿Insistía en que doblaran la rodilla simplemente para hinchar su ego? No había nada allí que valiera la pena, a menos que fuera el poder ejercido sobre la gente del lugar.

Incluso ésta veía su país con un cierto desdén.

La presencia de la Compañía Negra ponía tensión sobre los recursos de la zona. Al cabo de una semana el Capitán empezó a hablar acerca de trasladar una compañía a Corazón y despachar unidades más pequeñas a los pueblos. Nuestras patrullas raras veces encontraban Rebeldes, ni siquiera aunque nuestros hechiceros ayudaran en la caza. El enfrentamiento en el local de Crespo había eliminado por completo la infestación.

Los espías de la Dama nos dijeron que los pocos Rebeldes comprometidos que quedaban habían huido a Tambor, un reino aún más miserable al nordeste. Supuse que Tambor sería nuestra próxima misión.

Un día estaba redactando estos Anales cuando decidí que necesitaba una estimación de las distancias que habíamos cubierto en nuestro avance hacia el este. Me sentí abrumado al descubrir la verdad. ¡Tomo estaba a tres mil kilómetros al este de Hechizo! Mucho más allá de los límites del imperio tal como había existido hacía seis años. Las grandes conquistas sangrientas de Susurro habían establecido un arco fronterizo justo a este lado de la Llanura del Miedo. Tracé la línea de ciudades—estado que formaban esa olvidada frontera. Escarcha y Ade, Baque y Establos, y Orín, donde los rebeldes habían desafiado con éxito a la Dama durante años. Grandes ciudades todas, formidables, y las últimas de esta índole que habíamos visto. Me estremecí de nuevo, recordando la Llanura del Miedo.

La cruzamos bajo la égida de Susurro y Pluma, dos de los Tomados, las aprendices negras de la Dama, ambas hechiceras muchas órdenes de magnitud por encima de nuestros tres insignificantes magos. Aún así, y viajando con ejércitos enteros de los regulares de la Dama, sufrimos allí. Es una tierra hostil y amarga donde no se aplica ninguna de las reglas normales. Las rocas hablan y las ballenas vuelan. El coral crece en el desierto. Los árboles caminan. Y sus habitantes son lo más extraño de todo... Pero eso no es ni aquí ni ahora. Sólo es una pesadilla del pasado. Una pesadilla que todavía me atormenta, cuando los gritos de Puma y Veloz llegan resonando por los corredores del tiempo, y una vez más no puedo hacer nada por salvarlos.

—¿Cuál es el problema? —preguntó Elmo, deslizándolo el mapa de debajo de mis dedos e inclinándolo hacia un lado la cabeza—. Parece como si hubieras visto un

fantasma.

—Sólo recordaba la Llanura del Miedo.

—Oh. Sí. Vamos, ámate. Toma una cerveza. —Me dio una palmada en la espalda—. ¡Hey! ¡Pivote! ¿Dónde demonios has estado? —Se alejó a la carga, en persecución del principal especialista en escurrir el bulto de la Compañía.

Un Ojo llegó un momento más tarde y me sorprendió.

—¿Cómo está Goblin? —preguntó con voz suave. No habían tenido contacto desde lo del local de Crespo. Miró el mapa—. ¿Las Colinas Vacías? Un nombre interesante.

—También llamadas las Colinas Huecas. Está bien. ¿Por qué no lo compruebas tú mismo?

—¿Para qué demonios? Fue él quien actuó como un tonto del culo. No puede aceptar una pequeña broma...

—Tus bromas son un tanto fuertes, Un Ojo.

—Bueno. Quizá. Te diré lo que haremos. Ven conmigo.

—Tengo que preparar mi lectura. —Una noche al mes el Capitán espera que exhorte a la tropa con una lectura de los Anales. Así sabemos de dónde venimos y recordamos a nuestros antepasados en el oficio. Hubo un tiempo en el que esto significaba mucho. La Compañía Negra. La última de las Compañías Libres de Khatovar. Todos hermanos. Unidos. Un gran espíritu. Nosotros contra el mundo, y dejemos que el mundo mire. Pero lo que fuera que se había manifestado en el comportamiento de Goblin, en la suave depresión de Elmo y los demás, estaba afectando a todo el mundo. Las piezas estaban empezando a despegarse.

Tenía que hacer una buena lectura. De una época en la que la Compañía estaba de espaldas contra la pared y sobrevivía tan sólo aferrándose a sus virtudes tradicionales. Había habido muchos de tales momentos en cuatrocientos años. Deseaba uno registrado por uno de los más inspirados Analistas, uno con el fuego de un revivalista de la Rosa Blanca hablando a reclutas potenciales. Quizá necesitara una serie, algo que pudiera leer varias noches consecutivas.

—Pura mierda —dijo Un Ojo—. Te sabes esos libros de memoria. Siempre tienes la nariz metida en ellos. De todos modos, podrías inventártelo todo y nadie descubriría la diferencia.

—Probablemente. Y a nadie le importaría si lo hiciera. Las cosas se están agriando, amigo. De acuerdo. Vayamos a ver a Goblin.

Quizá los Anales necesitaran una relectura a un nivel distinto. Quizá yo estuviera tratando síntomas. Los Anales tienen para mí una cierta cualidad mística. Quizá pueda identificar la enfermedad sumergiéndome en ella, persiguiendo algo entre líneas.

Goblin y Silencioso estaban jugando al tejo, sin manos. Pude decirlo claramente por la forma en que el disco de madera iba de un lado para otro al impulso de sus voluntades: no son muy buenos en ello, pero mantienen pulidos sus talentos. Goblin

iba por delante en puntos, estaba de buen humor. Incluso saludó con la cabeza a Un Ojo.

Bien. Eso quería decir que todo había terminado. Podía ponerse el tapón en la botella. Sólo faltaba que Un Ojo dijera lo que tenía que decir.

Para mi sorpresa, incluso se disculpó. Mediante signos, Silencioso sugirió que saliéramos y les permitiéramos concluir su paz en privado. Ambos tenían una superabundancia de orgullo.

Salimos. Como hacíamos a menudo cuando nadie podía interceptar nuestros signos, hablamos de los viejos tiempos. Él también estaba al tanto del secreto por el cual la Dama podía aniquilar naciones.

Media docena de otros lo habían sospechado en su tiempo y lo habían olvidado. Nosotros lo sabíamos y no podríamos olvidarlo nunca. Esos otros, si era sometido a votación, dejarían a la Dama con serias dudas. Nosotros dos nunca. *Conocíamos* la identidad del más poderoso enemigo de la Dama..., y durante seis años no habíamos hecho nada para valorarlo o para valorar el hecho de que ese enemigo aún existía como algo más que una fantasía Rebelde.

Los Rebeldes tienden a mostrar un rasgo de superstición. Les encantan los profetas y las profecías y las grandes y dramáticas predicciones de victorias por venir. Era la persecución de una profecía lo que los llevó a la trampa en Hechizo, causando casi su extinción.

Recuperaron el equilibrio más tarde convenciéndose a sí mismos de que eran las víctimas de falsos profetas y profecías, depositadas sobre ellos por villanos más tramposos que ellos mismos. Con esta convicción podía seguir adelante y creer en cosas más imposibles.

Lo más divertido era que se mentían a sí mismos con la verdad. Yo era, quizá, la única persona fuera del círculo interior de la Dama que sabía que habían sido conducidos a las fauces de la muerte. Sólo que el enemigo que habían tomado como guía no era la Dama, como ellos creían. Ese enemigo era un mal más grande aún, el Dominador, el en su tiempo esposo de la Dama, al que ella había traicionado y dejado enterrado pero vivo en una tumba en el Gran Bosque al norte de una lejana ciudad llamada Galeote. Desde esa tumba había lanzado su voluntad, sutilmente, y retorcido las mentes de los hombres situados más alto en los círculos Rebeldes, doblegándolos a su voluntad, esperando usarlos para arrastrar a la Dama hacia abajo y provocar su propia resurrección. Había fracasado, aunque en su plan había tenido la ayuda de varios de los Tomados originales.

Si él sabía de mi existencia, yo debía ocupar uno de los primeros lugares en su lista. Estaba tendido allí inmóvil, planeando, quizá odiándome, porque yo había ayudado a traicionar a los Tomados que le estaban ayudando... Estremecedor. La Dama ya era bastante mala medicina. El Dominador era el cuerpo del cual su maldad no era más que una sombra. O eso dice la leyenda. A veces me pregunto por qué, si eso es cierto, ella camina sobre la tierra y él yace inquieto en la tumba.

He efectuado una gran cantidad de investigación desde que descubrí el poder de la cosa en el norte, sondeando historias poco conocidas. Aterrándome a mí mismo cada vez. La Dominación, una era en la cual el Dominador gobernó realmente, olía como una era de infierno sobre la tierra. Parecía un milagro que la Rosa Blanca la hubiera sofocado. Una lástima que no hubiera podido destruirle. Junto con todos sus esbirros, incluida la Dama. El mundo no se hallaría en las condiciones en las que se encuentra hoy.

Me pregunto cuándo terminará la luna de miel. La Dama no ha sido tan terrible. ¿Cuándo se relajará y dará rienda suelta a la oscuridad dentro de ella, reviviendo los terrores del pasado?

También me pregunto acerca de las villanías atribuidas a la Dominación. La historia, inevitablemente, es registrada por los vencedores.

De los aposentos de Goblin brotó un grito. Silencioso y yo nos miramos un momento el uno al otro, luego corrimos dentro.

Honestamente esperaba que uno de ellos se desangrara mortalmente en el suelo. No esperaba encontrar a Goblin presa de un ataque mientras Un Ojo intentaba desesperadamente impedir que se hiciera daño a sí mismo.

—Alguien hizo contacto —jadeó Un Ojo—. Ayudadme. Es fuerte.

Mi mandíbula colgó. Contacto. No habíamos tenido ninguna comunicación directa desde las desesperadamente rápidas campañas cuando los rebeldes se estaban cerrando sobre Hechizo, hacía años. Desde entonces, la Dama y los Tomados se habían contentado con comunicarse con nosotros a través de mensajeros.

El ataque sólo duró unos segundos. Eso era habitual. Luego Goblin se relajó, lloriqueando. Transcurrirían varios minutos antes de que se recuperara lo suficiente como para transmitir el mensaje. Los tres nos miramos con rostros de jugadores de cartas, asustados por dentro. Dije:

—Alguien debería decírselo al Capitán.

—Sí —dijo Un Ojo. No hizo ningún movimiento para irse. Tampoco lo hizo Silencioso.

—Está bien. Yo soy el elegido. —Me marché. Halle al Capitán haciendo lo que sabe hacer mejor. Tenía los pies encima de su mesa de trabajo y roncaba. Lo desperté, se lo dije.

Suspiró.

—Encuentra al Teniente. —Rebuscó entre sus estuches de mapas. Hice un par de preguntas que ignoró, capté la alusión y salí.

¿Esperaba él algo así? ¿Había alguna crisis en la zona? ¿Cómo podía Hechizo haberse enterado primero?

Estúpido, preocuparme antes de oír lo que Goblin tenía que decir.

El Teniente no pareció más sorprendido que el Capitán.

—¿Ocurre algo? —pregunté.

—Tal vez. Llegó un correo con una carta después de que tú y Arrope partierais

hacia Tarja. Decía que podíamos ser llamados al oeste. Puede que sea esto.

—¿Al oeste? ¿De veras?

—Ajá. —¡Puso un malditamente duro sarcasmo en la palabra!

Estúpido. Si elegimos Hechizo como el punto habitual de demarcación entre este y oeste, Tarja se halla a más de trescientos kilómetros de distancia. Tres meses de viaje bajo condiciones perfectas. El terreno entre los dos puntos lo es todo menos perfecto. En algunos lugares simplemente no existen caminos. Calculé que seis meses sonaba más bien optimista.

Pero de nuevo me estaba preocupando antes de los hechos. Tenía que aguardar y ver.

Resultó ser algo que ni siquiera el Capitán y el Teniente habían anticipado.

Aguardamos ansiosos mientras Goblin se recuperaba. El Capitán tenía abierto su estuche de mapas y trazaba una ruta tentativa hasta Escarcha. Gruñó porque todo el tráfico en dirección oeste tenía que cruzar la Llanura del Miedo. Goblin carraspeó.

La tensión ascendió. No alzó los ojos. Las noticias debían de ser desagradables. Chirrió:

—Hemos sido llamados. Fue la Dama. Parecía inquieta. El primer tramo conduce hasta Escarcha. Uno de los Tomados se reunirá con nosotros allí. Nos llevará hasta el Túmulo.

Los demás fruncieron el ceño e intercambiaron miradas desconcertadas. Murmuré:

—Mierda. Santa mierda.

—¿Qué ocurre, Matasanos? —preguntó el Capitán.

Ellos no lo sabían. No prestaban atención a las cosas históricas.

—Ahí es donde está enterrado el Dominador. Donde fueron enterrados todos, en su tiempo. Se halla en el bosque al norte de Galeote. —Habíamos estado en Galeote hacía siete años. No era una ciudad amistosa.

—¡Galeote! —exclamó el Capitán—. ¡Galeote! ¡Eso son cuatro mil kilómetros!

—Añade otros dos o trescientos hasta el Túmulo.

Miró los mapas.

—Estupendo. Simplemente estupendo. Eso significa no sólo la Llanura del Miedo sino las Colinas Vacías y el País Ventoso también. Fantásticamente estupendo. Supongo que tendremos que estar allí la semana próxima.

Goblin negó con la cabeza.

—No parece tener prisa, Capitán. Simplemente está alterada y desea que partamos hacia allá inmediatamente.

—¿Te ha dicho algún cómo o por qué?

Goblin hizo una mueca. ¿Decía alguna vez la Dama esas cosas? ¡Infiernos, no!

—Así que simplemente eso —murmuró el Capitán—. Como llovido del cielo. Ordenes de desplazarnos a través de medio mundo. Me encanta. —Le dijo al Teniente que iniciara los preparativos para la marcha.

Eran malas noticias, locas noticias, pura demencia, pero no tan malas como las hacía parecer. Se había estado preparando desde que había recibido al correo con la carta. No era tan malo emprender la marcha. El problema era que nadie deseaba emprenderla.

El oeste era mucho más agradable que cualquier otra cosa que hubiéramos conocido allí, pero no tanto para que todo el mundo deseara ir hasta tan lejos.

Seguro que ella hubiera podido llamar a una unidad más cercana.

Somos las víctimas de nuestra propia competencia. Ella siempre nos quiere allá donde las amenazas son más duras. Sabe que haremos el mejor trabajo.

Maldita sea, maldita, maldita, maldita sea.

ENEBRO: TRABAJO NOCTURNO

Chozo había dado a Krage sólo nueve de las diez levas. La moneda que conservó sirvió para comprar leña, vino y cerveza para volver a llenar sus reservas. Luego otros acreedores se enteraron de su repentina prosperidad. Su ligero cambio de fortuna no le hizo ningún bien. Cumplió con su siguiente pago a Krage pidiendo prestado a un prestamista llamado Gilbert.

Se descubrió deseando que muriera alguien más. Otras diez levas le permitirían pasar holgadamente el resto del invierno.

Y era duro aquel invierno. Nada se movía en el puerto. No había trabajo en el Coturno. El único asomo de buena suerte para Chozo era Asa. Asa traía leña cada vez que escapaba de Krage, en un patético esfuerzo por comprar un amigo.

Asa llegó con una carga. Dijo en privado:

—Será mejor que vigiles, Chozo. Krage se enteró de que le habías pedido prestado a Gilbert. —Chozo se puso gris—. Tiene un comprador para El Lirio. Ya está empezando a reunir chicas.

Chozo asintió. Los alcahuetes reclutaban mujeres desesperadas en esta época del año. Cuando el verano trajera a los marineros, estarían preparadas.

—El muy bastardo. Me hizo pensar que me daba un respiro. Hubiera debido conocerle mejor. De esta forma tiene mi dinero y mi negocio. El muy bastardo.

—Bueno, yo te he advertido.

—Sí. Gracias, Asa.

El siguiente vencimiento de Chozo llegó como un juggernaut. Gilbert le negó otro préstamo. Pequeños acreedores asediaban El Lirio. Krage los estaba dirigiendo hacia el local de Chozo.

Ofreció a Cuervo una jarra.

—¿Puedo sentarme?

El asomo de una sonrisa cruzó los labios de Cuervo.

—Es tu local. —Y—: No has estado muy amigable últimamente, Chozo.

—Estoy nervioso —mintió Chozo. Cuervo irritaba su conciencia—. Preocupado por mis deudas.

Cuervo vio a través de la excusa.

—¿Quizá piensas que yo puedo ayudarte?

—Sí —casi gruñó Chozo.

Cuervo rió quedamente. Chozo creyó detectar una nota de triunfo.

—De acuerdo, Chozo. ¿Esta noche?

Chozo imaginó a su madre siendo cargada en el carro por los Custodios. Tragó su disgusto hacia sí mismo.

—Sí.

—Muy bien. Pero esta vez eres un ayudante, no un socio. —Chozo tragó saliva y asintió—. Mete a la vieja en la cama y luego baja. ¿Has entendido?

—Sí —susurró Chozo.

—Bien. Ahora vete. Me irritas.

—Sí, señor. —Chozo se retiró. No pudo mirar a nadie a los ojos durante todo el resto del día.

* * *

Un fuerte viento aullaba descendiendo por el valle de Puerto, moteado con copos de nieve. Chozo se estremeció miserablemente, con el asiento del carro convertido en una barra de hielo bajo sus posaderas. El tiempo estaba empeorando.

—¿Por qué esta noche? —gruñó.

—Es el mejor momento. —Los dientes de Cuervo castañeteaban—. No es probable que seamos vistos. —Giró hacia el Camino del Cerero, del que partían innumerables callejones estrechos—. Éste es un buen territorio de caza. Con este tiempo se arrastran a los callejones y mueren como moscas.

Chozo se estremeció. Era demasiado viejo para esto. Pero por esto estaba aquí. Así que tendría que enfrentarse al tiempo cada noche.

Cuervo detuvo el carro.

—Comprueba este callejón.

Los pies de Chozo empezaron a dolerle al instante mismo en el que apoyó su peso sobre ellos. Bien. Al menos sentía algo. No estaban helados.

Había poca luz en el callejón. Buscó más por el tacto que por la vista. Halló un bulto debajo de un saliente, pero se agitó y murmuró algo. Echó a correr.

Alcanzó el carro en el momento en que Cuervo dejaba caer algo en su fondo. Chozo desvió la vista. El chico no podía tener más de doce años. Cuervo ocultó el cuerpo con paja.

—Ya tenemos uno. En noches como ésta, deberíamos encontrar todo un cargamento.

Chozo ahogó sus protestas, volvió a ocupar su asiento. Pensó en su madre. No duraría una noche en la calle.

Halló su primer cadáver en el siguiente callejón. El viejo se había caído y se había helado porque no había conseguido ponerse de nuevo en pie. Con dolor en el alma, Chozo arrastró el cuerpo hasta el carro.

—Va a ser una buena noche —observó Cuervo—. No hay competencia. Los Custodios no salen con este tiempo. —Y suavemente—: Espero que consigamos un buen montón.

Más tarde, después de que se hubieran trasladado a la zona de los muelles y cada uno hubiera encontrado un nuevo cadáver, Chozo preguntó:

—¿Por qué *haces* esto?

—Yo también necesito dinero. Tengo que viajar una larga distancia. De esta forma consigo mucho, rápido y sin demasiado riesgo.

Chozo pensó que los riesgos eran mucho más grandes de lo que Cuervo admitía. Podían hacerlos pedazos.

—Tú no eres de Enebro, ¿verdad?

—Soy del sur. Un marinero varado.

Chozo no le creyó. El acento de Cuervo no era en absoluto del sur, por suave que fuera. Pero no tuvo el valor de llamarle mentiroso y presionarle para que dijera la verdad.

La conversación continuó a trancas y barrancas. Chozo no descubrió nada más acerca de los antecedentes y los motivos de Cuervo.

—Vamos por ahí —le dijo Cuervo—. Comprobaré esta parte. La última parada, Chozo. Y con eso terminamos.

Chozo asintió. Deseaba que terminara la noche. Para su disgusto, había empezado a ver a la gente de la calle como objetos, y los odiaba por morirse en lugares tan malditamente inconvenientes.

Oyó una suave llamada, se volvió rápidamente. Cuervo había recogido uno. Era suficiente. Corrió hacia el carro.

Cuervo estaba en el pescante, aguardando. Chozo subió, se acurrucó, se protegió el rostro del viento. Cuervo puso las mulas en movimiento.

El carro estaba a medio camino de cruzar el puente sobre el Río Puerto cuando Chozo oyó un gemido.

—¿Qué? —¡Uno de los cuerpos se estaba moviendo!—. Oh. Oh, mierda, Cuervo...

—Va a morir de todos modos.

Chozo se hundió en sí mismo, miró a los edificios de la orilla norte. Deseaba discutir, deseaba pelear, deseaba hacer cualquier cosa para negar aquella parte de su atrocidad.

Alzó la vista una hora más tarde y no reconoció nada. Unas pocas casas grandes flanqueaban el camino, ampliamente espaciadas, con las ventanas a oscuras.

—¿Dónde estamos?

—Casi hemos llegado. Media hora, a menos que el camino esté demasiado helado.

Chozo imaginó el carro deslizándose a una zanja. ¿Y entonces qué? ¿Abandonarlo todo y esperar que el carro no pudiera ser rastreado? El miedo reemplazó la aversión.

Entonces se dio cuenta de dónde estaban. No había nada ahí arriba excepto aquel maldito castillo negro.

—Cuervo...

—¿Qué ocurre?

—Te diriges al castillo negro.

—¿Y adónde crees que vamos?

—¿Vive gente ahí?

—Sí. ¿Cuál es tu problema?

Cuervo era un extranjero. No podía comprender hasta qué punto el castillo negro afectaba a Enebro. La gente que se acercaba demasiado a él desaparecía. Enebro prefería fingir que el lugar no existía.

Chozo expresó tartamudeando sus miedos. Cuervo se encogió de hombros.

—Muestras tu ignorancia.

Chozo vio la oscura sombra del castillo a través de la nieve. La nevada era más ligera allí, pero el viento más fuerte. Resignado, murmuró:

—Está bien, adelante.

La oscura masa se resolvió en almenas, espiras, torres. No se veía ninguna luz por ninguna parte. Cuervo se detuvo delante de una alta puerta, bajó del carro. Golpeó un pesado llamador. Chozo se estremeció, esperó que no hubiera respuesta.

La puerta se abrió inmediatamente. Cuervo volvió a subir al pescante del carro.

—Adelante, mulas.

—¿Vas a entrar?

—¿Por qué no?

—No. En absoluto. No.

—Cállate, Chozo. Si quieres tu dinero, ayudarás a descargar.

Chozo reprimió un quejido. Aquél no había sido el trato.

Cuervo condujo el carro a través de la puerta, giró a la derecha, se detuvo debajo de un amplio arco. Una única linterna hendió la oscuridad que anegaba el pasadizo. Cuervo bajó. Chozo le siguió, con los nervios a flor de piel. Arrastraron los cuerpos fuera del carro y los depositaron sobre las losas de piedra, a un lado. Luego Cuervo dijo:

—Vuelve a subir al carro. Mantén la boca cerrada.

Un cuerpo se agitó. Chozo gruñó. Cuervo pellizcó salvajemente su pierna.

—Cállate.

Apareció una forma sombría. Era alta, delgada, vestida con unos pantalones negros sueltos y una camisa con capucha. Examinó brevemente cada cuerpo, pareció complacido. Se enfrentó a Cuervo. Chozo captó un atisbo de un rostro, todo él sombras y ángulos, lustroso, oliváceo, frío, con un par de ojos ligeramente luminosos.

—Treinta. Treinta. Cuarenta. Treinta. Setenta —dijo.

Cuervo rectificó:

—Treinta. Treinta. Cincuenta. Treinta. Cien.

—Cuarenta. Ochenta.

—Cuarenta y cinco. Noventa.

—Cuarenta. Noventa.

—Hecho.

¡Estaban regateando! Cuervo no estaba interesado en discutir sobre los viejos. El

ser alto no pensaba mejorar su oferta por los jóvenes. Pero el hombre agonizante era negociable.

Chozo observó al ser alto contar monedas a los pies de los cadáveres. ¡Era una maldita fortuna! ¡Doscientas veinte piezas de plata! Con eso podría derribar entero El Lirio y construir un nuevo lugar. Podría salirse completamente del Coturno.

Cuervo metió las monedas en el bolsillo de su chaqueta. Entregó a Chozo cinco.

—¿Eso es todo?

—¿No es suficiente por una noche de trabajo?

Era suficiente para todo un mes de trabajo, e incluso un poco más.

Pero recibir sólo cinco de las doscientas veinte...

—La otra vez éramos socios —dijo Cuervo, subiendo al asiento del conductor—. Quizá volvamos a serlo. Pero esta noche eres un simple contratado. ¿Entiendes? —Había un filo cortante en su voz. Chozo asintió, asaltado por nuevos temores.

Cuervo hizo retroceder el carro. Chozo sintió un repentino estremecimiento. Aquella arcada estaba tan caliente como el infierno. Se estremeció, captó el hambre de la cosa que les observaba.

Oscura, vitrificada piedra sin uniones pasó por su lado.

—¡Dios mío! —Podía ver dentro de la pared. Vio huesos, fragmentos de huesos, cuerpos, fragmentos de cuerpos, todo suspendido como si flotara en la noche. Cuando Cuervo giró hacia la puerta, vio un rostro que le miraba.

—¿Qué clase de lugar es éste?

—No lo sé, Chozo. No quiero saberlo. Todo lo que me importa es que pagan buen dinero. Lo necesito. Tengo un largo camino que recorrer.

EL TÚMULO

El Tomado al que llamaban el Renco se reunió con la Compañía en Escarcha. Llevábamos ciento cuarenta y seis días de marcha. Habían sido largos y duros días, agotadores, en los que hombres y animales habían seguido más por hábito que por deseo. Una tropa en buena forma como la nuestra es capaz de cubrir ochenta o incluso ciento cincuenta kilómetros en un día, esforzándose al máximo, pero no día tras día, semana tras semana, mes tras mes, por caminos increíblemente miserables. Un comandante juicioso no fuerza una marcha larga. Los días se acumulan, cada uno deja su residuo de fatiga, hasta que los hombres empiezan a derrumbarse si el ritmo es demasiado desesperado.

Teniendo en cuenta los territorios que cruzábamos, hacíamos un promedio malditamente bueno. Entre Tomo y Escarcha se extienden unas montañas donde tuvimos suerte de hacer ocho kilómetros al día, desiertos que tuvimos que explorar en busca de agua, ríos que requerían días para cruzarlos con balsas improvisadas. Tuvimos suerte de alcanzar Escarcha habiendo perdido sólo dos hombres.

El Capitán resplandecía con un aura de logro..., hasta que el gobernador militar lo llamó.

Cuando regresó reunió a los oficiales y suboficiales superiores.

—Malas noticias —nos dijo—. La Dama envía al Renco para que nos conduzca a través de la Llanura del Miedo. A nosotros y a la caravana que escoltaremos.

Nuestra respuesta fue hosca. Había mala sangre entre la Compañía y el Renco. Elmo preguntó:

—¿Cuándo nos iremos, señor? —Necesitábamos descansar. Nadie había prometido nada, por supuesto, y la Dama y los Tomados no parecían conscientes de las fragilidades humanas, pero...

—No se ha especificado ningún tiempo. Aunque no nos confiemos. Todavía no está aquí, pero puede presentarse mañana.

Seguro. Con las alfombras voladoras que usan los Tomados, pueden presentarse en cualquier lugar en cuestión de días. Murmuré:

—Esperemos que otros asuntos lo mantengan alejado algún tiempo.

No deseaba encontrarme con él de nuevo. Le habíamos hecho algunas malas jugadas en el pasado. Antes de Hechizo trabajamos muy unidos a un Tomado llamado Atrapaalmas. Atrapaalmas nos usó en algunos planes propios para desacreditar al Renco, tanto debido a una vieja enemistad como a que Atrapaalmas estaba trabajando en secreto en favor del Dominador. La Dama fue engañada. Casi destruyó al Renco, pero en vez de ello lo rehabilitó y lo trajo a su lado para la batalla final.

Muy, muy atrás en el tiempo, cuando la Dominación estaba naciendo, siglos antes de la fundación del imperio de la Dama, el Dominador venció a sus más grandes

rivales y los forzó a su servicio. Acumuló de esta forma a diez villanos, que pronto serían conocidos como Los Diez Que Fueron Tomados. Cuando la Rosa Blanca alzó al mundo contra la perversidad del Dominador, los Diez fueron enterrados con él. Pero no pudo destruir por completo a ninguno.

Siglos de paz minaron la voluntad del mundo de protegerse. Un hechicero curioso intentó contactar con la Dama. La Dama lo manipulo, logró su liberación. Los Diez se alzaron con ella. Al cabo de una generación, entre todos habían forjado un nuevo imperio oscuro. Al cabo de dos estaban en lucha contra los Rebeldes, cuyos profetas coincidían en que la Rosa Blanca se reencarnaría para conducirles a la victoria final.

Durante un tiempo pareció que iban a vencer. Nuestros ejércitos se derrumbaron. Las provincias cayeron. Los Tomados lucharon entre sí y se destruyeron unos a otros. Nueve de los Diez perecieron. La Dama consiguió Tomar tres jefes rebeldes para reemplazar una parte de sus pérdidas: Pluma, Jornada y Susurro, probablemente el mejor general desde la Rosa Blanca. Fue un tiempo terrible para nosotros antes de la Toma.

Los profetas Rebeldes tenían razón en sus profecías, excepto acerca de la última batalla. Esperaban que una Rosa Blanca reencarnada les condujera a la victoria. No lo hizo. No la hallaron a tiempo.

Por aquel entonces ya vivía. Pero lo hacía en nuestro lado de la línea de batalla, inconsciente de quién era. Yo averigüé quién era. Es ese conocimiento el que hace que mi inútil vida sea cuestionada.

—¡Matasanos! —restalló el Capitán—. ¡Despierta! —Todo el mundo me miró, preguntándose cómo podía sumirme en mis ensoñaciones en medio de lo que estaba diciendo.

—¿Qué?

—¿No me has oído?

—No, señor.

Me miró con su mejor mirada de oso.

—Entonces escucha. Prepárate para viajar por alfombra cuando llegue el Tomado. Veinticinco kilos de equipo es tu límite.

¿Alfombra? ¿Tomado? ¿Qué demonios? Miré a mí alrededor. Algunos de los hombres sonrieron. Algunos me compadecieron. ¿Alfombra volante?

—¿Para qué?

Pacientemente, el Capitán explicó:

—La Dama desea que enviemos a diez hombres para ayudar a Susurro y Pluma en el Túmulo. Ignoro a hacer qué. Tú eres uno de los que eligió.

Un ramalazo de miedo.

—¿Por qué yo? —Fue duro, cuando me convertí en su juguete preferido.

—Quizá todavía te quiera. Después de todos estos años.

—Capitán...

—Porque ella lo dijo, Matasanos.

—Supongo que está bien. Seguro que no puedo discutirlo. ¿Quién más?

—Si hubieras prestado atención te hubieras enterado del resto. Preocúpate por ello más tarde. En estos momentos tenemos otros pescados que echar en la sartén.

* * *

Susurro llegó a Escarcha antes que el Renco. Eché mi bulto a bordo de su alfombra volante. Veinticinco kilos. El resto lo dejé con Un Ojo y Silencioso.

La alfombra era una alfombra sólo por cortesía, porque la tradición las llama así. En realidad es una pieza de recia tela tensada sobre un marco de madera de un palmo de alto cuando se halla en el suelo. Mis compañeros de pasaje eran Elmo, que mandaría nuestro equipo, y Pivote. Pivote es un bastardo perezoso, pero maneja su hoja más arteramente que nadie.

Nuestro equipo, y otros cincuenta kilos pertenecientes a los hombres que nos seguirían más tarde, descansaba en el centro de la alfombra. Temblando, Elmo y Pivote se ataron en su lugar en las dos esquinas traseras de la alfombra. Mi lugar era la parte delantera izquierda. Susurro se sentaba a la derecha. Íbamos fuertemente abrigados, casi hasta la inmovilidad. Susurro dijo que volaríamos alto y rápido. La temperatura allá arriba sería baja.

Yo temblaba tanto como Elmo y Pivote, aunque ya había estado a bordo de otras alfombras antes. Me encantaba la vista y temía la anticipación de una caída que podía llegar con el vuelo. También temía la Llanura del Miedo, donde extrañas cosas surcan las alturas.

—¿Todos habéis usado la letrina? —preguntó Susurro—. Va a ser un largo vuelo. —No mencionó el vomitar de miedo, cosa que algunos hombres hacen ahí arriba. Su voz era fría y melodiosa, como la de las mujeres que pueblan tu último sueño antes de despertar. Su aspecto contradecía su voz. Parecía hasta el último átomo la vieja veterana en mil campañas que era. Me miró, recordando evidentemente nuestro anterior encuentro en el Bosque Nuboso.

Cuervo y yo habíamos estado acechando en el lugar donde se esperaba que ella se reuniera con el Renco y lo condujera al lado Rebelde. La emboscada tuvo éxito. Cuervo se hizo con el Renco, yo capturé a Susurro. Atrapaalmas y la Dama acudieron y terminaron el asunto. Susurro se convirtió en el primer nuevo Tomado desde la Dominación.

Parpadeó.

La tensa tela golpeó mis posaderas. Nos elevamos rápido.

Cruzar la Llanura del Miedo era más rápido por el aire, pero aún inquietante. Las ballenas del viento cruzaban nuestro camino. Las eludíamos. Eran demasiado lentas para mantener nuestra velocidad. Cosas turquesas parecidas a mantarrayas se alzaron de sus lomos, aletearon torpemente, captaron las corrientes ascendentes, se elevaron por encima de nosotros, luego picaron como águilas al ataque, desafiando nuestra

presencia en su espacio aéreo. No podíamos adelantarlas, pero sí ascender más que ellas con facilidad. Sin embargo, no podíamos elevarnos más que las ballenas del viento. Tan arriba el aire se vuelve demasiado raro para los seres humanos. Las ballenas pueden elevarse otro kilómetro y medio, convirtiéndose en plataformas de buceo para las mantarrayas.

Había otras cosas voladoras, más pequeñas y menos peligrosas, pero decididamente detestables. Sin embargo, pasamos entre ellas. Cuando una mantarraya atacó, Susurro la derrotó con sus habilidades taumatúrgicas.

Para hacerlo tuvo que abandonar el control de la alfombra. Caímos, fuera de control, hasta que alejó a la mantarraya. Conseguí retener mi desayuno, pero apenas. Nunca le pregunte a Elmo y a Pivote; imaginé que no desearían traicionar su dignidad.

Susurro no atacó primero. Ésta es la regla primordial para sobrevivir en la Llanura del Miedo. No seas el primero en golpear. Si lo haces, te encontrarás con algo más que un duelo. Todos los monstruos de ahí fuera irán tras de ti.

Cruzamos sin sufrir ningún daño, como suelen hacer las alfombras, y seguimos adelante, durante todo el día y hacia la noche. Giramos al norte. El aire se volvió más frío. Susurro descendió a latitudes y velocidades inferiores. La mañana nos halló sobre Forsberg, donde había servido la compañía en los primeros tiempos al servicio de la Dama. Elmo y yo miramos boquiabiertos por el lado.

En una ocasión señalé, grité:

—¡Ahí está Pacto! —Nos habíamos apoderado brevemente de aquella fortaleza. Luego Elmo señaló hacia el otro lado. Ahí estaba Galeote, donde habíamos ingeniado unos espléndidos y sangrientos trucos contra los Rebeldes y ganado la enemistad del Renco. Susurro volaba tan bajo que podíamos distinguir los rostros en las calles. Galeote no parecía más amistosa que hacía ocho años.

Pasamos, nos deslizamos por encima de las copas de los árboles del Gran Bosque, un antiguo lugar virgen desde el cual la Rosa Blanca había conducido sus campañas contra el Dominador. Susurro redujo la marcha hacia el mediodía. Derivamos hacia abajo a una amplia extensión que en su tiempo había sido tierra desbrozada. Un conjunto de montículos en su centro traicionaba el trabajo del hombre, aunque ahora los túmulos apenas eran reconocibles.

Susurro se posó en la calle de una ciudad que era en su mayor parte ruinas. Supuse que era la ciudad ocupada por la Guardia Eterna, cuya tarea es impedir profanaciones en el Túmulo. Fue efectiva hasta que se sintió traicionada por la apatía en otros lugares.

Los Resurreccionistas necesitaron trescientos setenta años para abrir el Túmulo, y ni siquiera entonces consiguieron lo que deseaban. La Dama regresó, junto con los Tomados, pero el Dominador permaneció encadenado.

La Dama aniquiló el movimiento Resurreccionista de raíz. Algún tipo de recompensa, ¿no?

Un puñado de hombres salieron de un edificio aún en buenas condiciones. Escuché subrepticamente su intercambio con Susurro, comprendí algunas palabras.

—¿Recuerdas a tu forsbergano? —le pregunté a Elmo, mientras intentaba sacudir la rigidez de mis músculos—. Volverá. ¿Quieres que le eche un vistazo a Pivote? No parece estar bien.

No estaba mal tampoco. Simplemente asustado. Necesité un tiempo para convencerle de que volvíamos a pisar el suelo.

Los locales, descendientes de los Guardias que habían vigilado el Túmulo durante siglos, nos mostraron nuestros aposentos. La ciudad estaba siendo restaurada. Éramos los heraldos de una horda de sangre nueva.

Goblin y dos de nuestros mejores soldados vinieron en el siguiente vuelo de Susurro, tres días más tarde. Dijeron que la Compañía había abandonado Escarcha. Pregunté si parecía como si el Renco estuviera dispuesto a mantener su inquina.

—No que yo pueda ver —dijo Goblin—. Pero eso no significa nada.

No, no significaba nada.

Los últimos cuatro hombres llegaron tres días más tarde. Susurro se trasladó a nuestros acuartelamientos. Formábamos una especie de fuerza de policía y de guardaespaldas. Además de protegerla a ella, se suponía que debíamos ayudar a que ninguna persona no autorizada se acercara al Túmulo.

* * *

Apareció el Tomado llamado Pluma, trayendo consigo sus propios guardaespaldas. Acudieron especialistas decididos a investigar el Túmulo, con un batallón de trabajadores contratados en Galeote. Los trabajadores limpiaron el terreno hasta el Túmulo propiamente dicho. Entrar allí, sin la protección adecuada, significaba una muerte lenta y dolorosa. Los conjuros de protección que había dejado la Rosa Blanca no habían disminuido con la resurrección de la Dama. Y ésta había añadido los suyos. Supongo que se siente aterrada de que él pueda liberarse.

El Tomado llamado Jornada llegó también, trayendo sus propias tropas. Estableció puestos de avanzada en el Gran Bosque. Los Tomados se turnaron en sus patrullas aéreas. Nosotros, sus esbirros, nos vigilábamos los unos a los otros tan de cerca como vigilábamos al resto del mundo.

Se estaba preparando algo grande. Nadie lo decía, pero era obvio. La Dama anticipaba definitivamente un intento de liberación.

Pasé mi tiempo libre revisando los registros de la Guardia, en especial el período en el cual Bomanz vivió allí. Pasó cuarenta años en la ciudad guarnición, disfrazado como un cavador de antigüedades, antes de intentar contactar con la Dama y liberarla inintencionadamente. Me interesó. Pero había poco que extraer de los registros, y ese poco estaba claramente teñido.

En una ocasión conseguí sus papeles personales, tras tropezar con ellos poco

antes de la Toma de Susurro. Pero los pasé a nuestro entonces mentor Atrapaalmas para su transporte a la Torre. Atrapaalmas los retuvo por sus propias razones, y cayeron en mis manos de nuevo, durante la batalla de Hechizo, mientras la Dama y yo perseguíamos al Tomado renegado. No mencioné los papeles a nadie excepto a un amigo, Cuervo. Cuervo, que desertó para proteger a una niña que creía que era la reencarnación de la Rosa Blanca. Cuando tuve oportunidad de recoger los papeles de allá donde los había escondido, habían desaparecido. Supongo que Cuervo se los llevó consigo.

A menudo me pregunto qué ha sido de él. Su intención declarada era huir hasta tan lejos que nadie pudiera encontrarlo de nuevo. No le importaba la política. Simplemente deseaba proteger a una niña a la que quería. Era capaz de hacer cualquier cosa para proteger a Linda. Supongo que debió de pensar que los papeles podían convertirse en una especie de seguro algún día.

En el cuartel general de la Guardia hay una docena de paisajes pintados por antiguos miembros de la guarnición. La mayoría reflejan el Túmulo. Era magnífico en sus días.

Había consistido en un Gran Túmulo central situado sobre un eje norte/sur, conteniendo al Dominador y su Dama. Rodeando el Gran túmulo había una estrella formada por un terreno más elevado, delimitada por un profundo foso lleno de agua. En las puntas de esa estrella se alzaban túmulos menores conteniendo cinco de Los Diez Que Fueron Tomados. Un círculo que se elevaba por encima de la estrella conectaba los puntos interiores, y allí, en cada uno de ellos, se alzaba otro túmulo conteniendo a otro Tomado. Cada túmulo estaba rodeado por conjuros y fetiches. Dentro del anillo interior, alrededor del Gran Túmulo, había hilera tras hilera de defensas adicionales. La última era un dragón enroscado alrededor del Gran Túmulo, con la cola en la boca. Una pintura posterior de un testigo ocular muestra al dragón eructando fuego la noche de la resurrección de la Dama. Bomanz camina hacia el fuego.

Se vio atrapado entre los Resurreccionistas y la Dama, todos los cuales lo estaban manipulando. Su accidente fue un acontecimiento premeditado entre todos.

Los registros dicen que su esposa sobrevivió. Dijo que él fue al Túmulo para detener lo que estaba ocurriendo. Nadie la creyó por aquel entonces. Afirmó que él llevaba consigo el auténtico nombre de la Dama y que deseaba alcanzarla con él antes de que pudiera liberarse.

Silencioso, Un Ojo y Goblin les dirán que el miedo más terrible de cualquier hechicero es que el conocimiento de su auténtico nombre caiga en manos de alguien ajeno. La esposa de Bomanz afirmaba que el de la Dama estaba codificado en unos papeles que poseía su esposo. Papeles que desaparecieron aquella noche. Papeles que yo recuperé décadas más tarde. Lo que Cuervo recogió puede que contenga la única palanca capaz de mover el imperio.

De vuelta al Túmulo en su juventud. Una construcción impresionante. Sus caras

estaban forradas con piedra caliza. El foso era amplio y azul. El terreno que lo rodeaba era como un parque... Pero el miedo al Dominador se fue desvaneciendo, y lo mismo el lugar. Una pintura posterior, contemporánea a Bomanz, muestra los alrededores llenos de hierbas, el revestimiento de piedra caliza caído en muchos lugares, y el foso convertido en un pantano. Hoy ni siquiera puedes decir dónde estaba el foso. La piedra caliza ha desaparecido debajo de la maleza. Las elevaciones y los túmulos no son más que meros montículos. La parte del Gran Túmulo donde yace el Dominador permanece en mejor estado, aunque también está invadida por la maleza. Algunos de los fetiches que anclan los conjuros todavía se mantienen, pero la meteorología ha devorado sus rasgos.

El borde del Túmulo está hoy señalado por estacas que ostentan banderas rojas, puestas allí cuando la Dama anunció que iba a enviar un equipo investigador. Los propios Guardias, que han vivido siempre allí, no necesitan marcadores de ninguna clase.

Disfruté de mi mes y medio allí. Satisfice mis curiosidades, y hallé a Pluma y Susurro notablemente accesibles. Eso no había sido así con los viejos Tomados. El comandante de la Guardia, llamado el Monitor, alardeaba también de su pasado al mando, que se extiende tan lejos como el de la Compañía. Intercambiamos mentiras e historias delante de muchos litros de cerveza.

Durante la quinta semana alguien descubrió algo. A los peones no se nos dijo qué. Pero los Tomados se mostraron excitados. Susurro empezó a traer más efectivos de la Compañía. Los refuerzos contaron inquietantes fábulas acerca de la Llanura del Miedo y las Colinas Vacías. La Compañía estaba en Lords ahora, a sólo ochocientos kilómetros de distancia.

A finales de la sexta semana Susurro nos reunió y anunció otro movimiento.

—La Dama desea que lleve a algunos de vosotros al oeste. Una fuerza de veinticinco. Elmo, tú estarás al mando. Pluma y yo, algunos expertos y varios especialistas en lenguaje se unirán a vosotros. Sí, Matasanos. Tú estás en la lista. Ella no le negaría esto a su historiador aficionado favorito, ¿no?

Un estremecimiento de miedo. No deseo que se interese de nuevo en mí.

—¿Adónde vamos? —preguntó Elmo. Profesional hasta la médula, el hijo de puta. Ni una sola queja.

—A una ciudad llamada Enebro. Mucho más allá de los límites occidentales del imperio. De alguna forma está conectada con el Túmulo. También está hacia el norte. Esperad frío y preparaos en consecuencia.

¿Enebro? Nunca había oído hablar de ella. Como tampoco había oído hablar de ella ninguno de los demás. Ni siquiera el Monitor. Rebusqué entre sus mapas hasta que encontré uno que mostraba la costa occidental. Enebro estaba muy al norte, cerca de donde los hielos persisten todo el año. Era una ciudad grande. Me pregunté cómo podía existir allí, donde todo debía de estar helado todo el tiempo. Se lo pregunté a Susurro. Parecía saber algo sobre el lugar. Dijo que Enebro se beneficia de una

corriente oceánica que trae agua cálida al norte. Dijo que la ciudad es muy extraña..., según Pluma, que ha estado realmente allí.

Entonces abordé a Pluma, sólo unas horas antes de nuestra partida. No pudo decirme mucho más excepto que Enebro es el dominio de un tal duque Zimerlan, que había apelado a la Dama hacía un año (justo un poco antes de que el correo con la carta del Capitán abandonara Hechizo) para que le ayudara a resolver un problema local. El que alguien hubiera abordado a la Dama, cuando el deseo de todo el mundo es mantenerla lo más lejos posible, hacía prever que nos enfrentábamos a tiempos interesantes. Me pregunté acerca de la conexión con el Túmulo.

El elemento negativo era que Enebro estaba tan lejos. Me hubiera complacido sin embargo haber estado allí cuando el Capitán supo que se esperaba que nos encamináramos hacia nuestro destino después de descansar en Galeote.

Supongo que su aullido de ultraje debió de escucharse incluso desde tan lejos. Supe que aquello no iba a hacerle feliz.

ENEBRO: EL RECINTO

Chozo durmió mal durante semanas. Soñó con negras paredes de cristal y un hombre que no estaba muerto. Dos veces le pidió Cuervo que lo acompañara en su caza nocturna. Dos veces se negó. Cuervo no le presionó, aunque ambos sabían que Chozo saltaría si insistía.

Chozo rezó para que Cuervo se hiciera rico y desapareciera. Era un irritante continuo para su conciencia.

Maldita sea, ¿por qué no iba Krage tras él?

Chozo no podía imaginar por qué Cuervo permanecía imperturbable ante Krage. El hombre no era ni un loco ni un estúpido. La alternativa, la de que no estaba asustado, carecía de sentido. No para Chozo de Castañas.

Asa seguía en la nómina de Krage, pero lo visitaba regularmente, trayéndole leña. A veces una carretada.

—¿Tras de qué vas? —le preguntó Chozo un día.

—Intento conseguir crédito —admitió Asa—. La gente de Krage no me gusta demasiado.

—A nadie le gusta, Asa.

—Puede que intenten algo desagradable...

—Y entonces deseas un lugar donde esconderte, ¿eh? ¿Qué estás haciendo para Krage? ¿Por qué se molesta contigo?

Asa vaciló y tartamudeó, Chozo presionó. Aquél era un hombre al que podía avasallar.

—Vigilo a Cuervo, Chozo. Informo de todo lo que hace.

Chozo bufó. Krage usaba a Asa porque era sacrificable. Ya habían desaparecido dos de sus hombres. Chozo creía saber quiénes eran.

Un miedo repentino. Supongamos que Asa informaba de las aventuras nocturnas de Cuervo. Supongamos que había visto a Chozo...

Imposible. Asa hubiera sido incapaz de guardar silencio. Asa se pasaba la vida buscando alguna palanca.

—Has estado gastando mucho últimamente, Asa. ¿De dónde has sacado todo ese dinero?

Asa se puso pálido. Miró a su alrededor, boqueó unas cuantas veces.

—La leña, Chozo. Vendiendo la leña.

—Eres un mentiroso, Asa. ¿De dónde lo obtienes?

—Chozo, no hagas preguntas como éstas.

—Quizá no. Pero necesito desesperadamente dinero. Le debo a Krage. Casi le había pagado ya todo. Entonces empezó a comprar mis pequeñas deudas con todos los demás. ¡Ese maldito Gilbert! Necesito ponerme al día para no tener que pedirle a

nadie.

El castillo negro. Doscientas veinte monedas de plata. Cómo se había sentido tentado a atacar a Cuervo. Y Cuervo simplemente sonrió al viento, sabiendo con exactitud lo que estaba pensando.

—¿Dónde consigues todo ese dinero, Asa?

—¿Dónde conseguiste tú el dinero que le pagaste a Krage? ¿Eh? La gente se hace preguntas, Chozo. Uno no gana esa cantidad de dinero de la noche a la mañana. No tú. Dímelo y yo te lo diré.

Chozo retrocedió. Asa irradió su triunfo.

—Pequeña serpiente. Sal de aquí antes de que pierda los estribos.

Asa salió huyendo. Miró hacia atrás una vez, el rostro pensativamente crispado. Maldita sea, pensó Chozo. Le hice sospechar. Frotó una desportillada jarra con su sucio trapo.

—¿Qué fue eso?

Chozo se volvió en redondo. Cuervo se había acercado a la barra. Su mirada indicaba que no aceptaba una mentira. Chozo le comunicó la esencia de lo hablado.

—Así que Krage no ha abandonado.

—No le conoces, o de otro modo no preguntarías. Sois tú o él, Cuervo.

—Entonces tiene que ser él, ¿no?

Chozo abrió mucho la boca.

—Una sugerencia, Chozo. Sigue a tu amigo cuando vaya a recoger leña. — Cuervo regresó a su silla. Habló animadamente con Linda, en signos, que bloqueó de la vista de Chozo. La forma en que la muchacha encajó los hombros decía que estaba en contra de lo que fuera que él estaba proponiendo. Diez minutos más tarde abandonó El Lirio. Cada tarde estaba fuera unas horas. Chozo sospechaba que estaba comprobando los vigilantes de Krage.

Linda se reclinó contra el marco de la puerta, contemplando la calle. Chozo la observó, deslizando su mirada arriba y abajo por su cuerpo. Es de Cuervo, pensó. Están juntos. Nunca me atrevería.

Pero su aspecto era tan espléndido, alta, piernas bien torneadas, a punto para un hombre... Era un estúpido. No necesitaba verse atrapado en esa trampa también. Ya tenía suficientes problemas.

* * *

—Creo que hoy será un buen día —dijo Cuervo mientras Chozo le servía su desayuno.

—¿Eh? ¿Un buen día para qué?

—Para dar un paseo arriba a la colina y observar a nuestro amigo Asa.

—Oh. No. No puedo. No tengo a nadie para que se ocupe del lugar. —Detrás de la barra, Linda se agachó para recoger algo del suelo. Los ojos de Chozo se abrieron

mucho y su corazón se desbocó. Tenía que hacer algo. Visitar una puta o cualquier otra cosa. Pero no podía permitirse pagar por algo así—. Linda no puede manejar esto sola.

—Tu primo Eximio se ha ocupado del local antes.

Tomado por sorpresa, Chozo no pudo plantear rápidamente sus excusas. Y Linda estaba siendo toda una distracción. Debería empezar a llevar algo que ocultara mejor la forma de su trasero.

—Hum... No puede estar con Linda. No conoce los signos.

El rostro de Cuervo se oscureció ligeramente.

—Dale el día libre. Llama a esa chica Lisa que utilizaste cuando Linda estaba enferma.

Lisa, pensó Chozo. Otra fuente de calor.

—Sólo utilizo a Lisa cuando estoy aquí para vigilarla. Me robará más que a mi madre estando ciega...

—¡Chozo!

—¿Eh?

—Trae a Eximio y a Lisa aquí; luego ve a vigilar a Asa. Me aseguraré de que no se lleven la plata de la familia.

—Pero...

Cuervo dio una palmada contra la mesa.

—¡He dicho que vayas!

* * *

El día era claro y brillante y, para ser invierno, cálido. Chozo siguió el rastro de Asa fuera del cuartel general de Krage.

Asa alquiló un carro. Chozo se sorprendió. En invierno los encargados de los establos pedían enormes depósitos. Los animales de tiro sacrificados y consumidos no tenían procedencia. Pensó que era un milagro que alguien le confiara un tronco a Asa.

Asa fue directamente al Recinto. Chozo le siguió de cerca, con la cabeza baja, confiado de que Asa no sospecharía de él ni aunque volviera la vista. Las calles estaban llenas de gente.

Asa dejó el carro en una arboleda pública al otro lado de un sendero que avanzaba a lo largo de la pared que ceñía el Recinto. Era una de muchas arboledas similares donde la ciudadanía de Enebro se reunía para los Ritos de los Muertos de Primavera y Otoño. El carro no podía verse desde el sendero.

Chozo se acurrucó entre las sombras de los arbustos y observó a Asa dirigirse hacia la pared del recinto. Alguien tendría que limpiar aquella maleza, pensó Chozo. Hacía que la pared pareciera descuidada. De todos modos, necesitaba algunas reparaciones. Cruzó hasta allá y descubrió un hueco a través del cual podía deslizarse

un hombre. Lo atravesó. Asa estaba cruzando un prado despejado, apresurándose colina arriba hacia un bosquecillo de pinos.

La cara interior de la pared estaba enmascarada también por la maleza. Había docenas de fajos de leña entre las hierbas. Asa era más industrioso de lo que Chozo había sospechado. Revolotear alrededor de la pandilla de Krage lo había cambiado. Seguro que lo habían asustado tanto que no había tenido más remedio que reaccionar.

Asa entró entre los pinos. Chozo resopló tras él. Allá delante, Asa sonaba como una vaca abriéndose camino en el sotobosque.

Todo el Recinto estaba descuidado. Cuando Chozo era joven había sido como un parque, un lugar de descanso para aquellos que se habían ido. Ahora tenía el aspecto decrepito que caracterizaba todo el resto de Enebro.

Chozo se arrastró hacia el sonido. ¿Qué demonios estaba haciendo Asa con todo aquel estrépito?

Estaba cortando madera de un árbol caído, apilándola en limpios fajos. Chozo no podía imaginar tampoco a Asa como un hombre ordenado. Qué diferencias podía causar el terror.

Una hora más tarde Chozo estaba dispuesto a abandonar la vigilancia. Tenía frío y hambre y estaba entumecido. Había perdido medio día. Asa no estaba haciendo nada notable. Pero perseveró. Tenía que recuperar su inversión en tiempo. Y un Cuervo irritable aguardaba su informe.

Asa trabajaba duro. Cuando no cortaba, llevaba los fajos de leña hasta su carro. Chozo estaba impresionado.

Se quedó allí, observando, y se dijo que era un estúpido. Aquello no iba a ninguna parte.

Entonces Asa se volvió furtivo. Recogió sus herramientas y las ocultó, miró cautelosamente a su alrededor. Bien, ahí está, pensó Chozo.

Asa echó a andar colina arriba. Chozo resopló tras él. Sus envarados músculos protestaban a cada paso. Asa recorrió más de kilómetro y medio a través de las cada vez más alargadas sombras. Chozo casi lo perdió. Un cliquetear lo puso de nuevo tras su rastro.

El hombrecillo estaba usando acero y pedernal. Se acuclilló sobre una provisión de antorchas envueltas en tela aceitada que tomó de un escondrijo. Encendió una antorcha, se apresuró por entre unos matorrales. Un momento más tarde trepó por unas rocas más allá, desapareció. Chozo le concedió un minuto, luego le siguió. Se deslizó rodeando el peñasco donde había visto a Asa por última vez. Más allá había una grieta en el suelo justo lo bastante grande como para dejar pasar a un hombre.

—Dios mío —susurró Chozo—. Ha encontrado una entrada a las Catacumbas. Está saqueando a los muertos.

* * *

—He vuelto en seguida —jadeó Chozo. Cuervo se mostró regocijado ante su trastornado aspecto—. Sabía que Asa no era limpio, pero nunca soñé que cometiera sacrilegio.

Cuervo sonrió.

—¿No te sientes disgustado?

—No. ¿Por qué lo estás tú? Él no ha robado ningún cadáver.

Le faltó a Chozo el grosor de un cabello para atacarle. Cuervo era peor que Asa.

—¿Consigue mucho con ello?

—No tanto como tú. Los Custodios se quedan con todos los regalos funerarios excepto las urnas de paso. —Cada cadáver en las Catacumbas iba acompañado por una pequeña urna sellada, normalmente fijada a una cadena alrededor de su cuello. Los Custodios no tocaban las pocas monedas que había en ellas. Cuando llegara el Día del Paso, el Barquero pediría que se le pagara por cruzar hasta el Paraíso.

—Todas esas almas varadas —murmuró Chozo. Se explicó.

Cuervo se mostró desconcertado.

—¿Cómo puede alguien con un gramo de sesos creer en esta estupidez? Los muertos están muertos. Quédate quieto, Chozo. Simplemente responde a las preguntas. ¿Cuántos cuerpos hay en las Catacumbas?

—¿Quién sabe? Llevan metiéndolos en ellas desde... Demonios, desde hace un millar de años. Quizá haya millones.

—Deben de estar apilados como leña.

Chozo pensó en aquello. Las Catacumbas eran grandes, pero un millar de años de cadáveres de una ciudad del tamaño de Enebro formaba un buen montón. Miró a Cuervo. Maldito fuera el hombre.

—Es la fechoría de Asa. No lo intentes.

—¿Por qué no?

—Demasiado peligroso.

—Tu amigo no ha sufrido ningún daño.

—Se conforma con poco. Si se vuelve codicioso, resultará muerto. Hay Guardianes ahí abajo. Monstruos.

—Descríbelos.

—No puedo.

—¿No puedes o no quieres?

—No puedo. Todo lo que nos dicen es que están ahí.

—Entiendo. —Cuervo se puso en pie—. Esto necesita ser investigado. No hables de ello. Especialmente no con Asa.

—Oh, no. —Presa del pánico, Asa podía cometer algo estúpido.

* * *

La noticia corrió por las calles. Krage había enviado a sus dos mejores hombres

tras Cuervo. Habían desaparecido. Otros tres se habían desvanecido desde entonces. El propio Krage había resultado herido por un asaltante desconocido. Había sobrevivido tan sólo gracias a la inmensa fuerza de Cuenta. No se esperaba que Cuenta sobreviviera.

Chozo estaba aterrado. Krage no era razonable ni racional. Pidió a Cuervo que se fuera. Cuervo lo miró con desdén.

—Mira, no quiero que te maten aquí —dijo Chozo.

—¿Es malo para el negocio?

—Para mi salud quizá. Ahora va a matarte. La gente dejará de tenerle miedo si no lo hace.

—No aprenderá, ¿eh? Ésta es una maldita ciudad de estúpidos.

Asa se asomó por la puerta.

—Chozo, tengo que hablar contigo. —Estaba asustado—. Krage piensa que lo he entregado a Cuervo. Va tras de mí. Tienes que esconderme, Chozo.

—Y un infierno. —La trampa se estaba cerrando. Dos de ellos allí. Krage lo mataría, seguro, arrojaría a su madre a la calle.

—Chozo, te he proporcionado leña todo el invierno. He mantenido a Krage fuera de tu espalda.

—Oh, seguro. Así que debo dejar que me maten también, ¿eh?

—Me lo debes, Chozo. Nunca le dije a nadie cómo salías de noche con Cuervo. Quizá Krage quiera saber eso, ¿no?

Chozo aferró las manos de Asa y tiró de él hacia adelante, contra la barra. Como si aquello fuera una señal, Cuervo apareció detrás del hombrecillo. Chozo tuvo el atisbo de un cuchillo. Cuervo sujetó a Asa, susurró:

—Vayamos a mi habitación.

Asa se puso pálido. Chozo forzó una sonrisa.

—Sí. —Soltó a Asa, tomó una botella de cerámica de debajo de la barra—. Quiero hablar contigo, Asa. —Recogió tres jarras.

Chozo entró el último, intensamente consciente de la ciega mirada de su madre. ¿Cuánto de todo aquello había oído? ¿Cuánto había imaginado? Últimamente se había mostrado fría. La vergüenza de él se había interpuesto entre ambos. Ya no se consideraba merecedor de su respeto.

Cerró fuertemente su conciencia. ¡Lo hice por ella!

La habitación de Cuervo tenía la única puerta que quedaba en los pisos superiores. Cuervo la mantuvo abierta para Asa y Chozo.

—Siéntate —le dijo a Asa, indicando su camastro. Asa se sentó. Parecía lo bastante asustado como para orinarse encima.

La habitación de Cuervo era tan espartana como sus ropas. No traicionaba el menor asomo de riqueza.

—Lo he invertido, Chozo —dijo Cuervo con una sonrisa burlona—. En transporte marítimo. Sirve el vino. —Empezó a limpiarse las uñas con su cuchillo.

Asa apuró su vino antes de que Chozo terminara de servir el resto.

—Llénaselo de nuevo —dijo Cuervo. Dio un sorbo a su propio vino—. Chozo, ¿por qué has estado sirviéndome ese meado de gatos cuando tenías esto?

—No se lo sirvo a nadie sin que lo pida. Es más caro.

—A partir de ahora tomaré sólo de éste. —Cuervo clavó su mirada en Asa, se palmeó la mejilla con la hoja de su cuchillo.

No, Cuervo no tenía por qué vivir frugalmente. El negocio de los cadáveres debía de ser lucrativo. ¿Invertir? ¿En transporte marítimo? Era extraño que hubiera dicho aquello. Dónde iba el dinero podía ser tan interesante como de dónde procedía.

—Has amenazado a mi amigo —dijo Cuervo—. Oh. Disculpa, Chozo. Mal expresado. Es socio, no amigo. Los socios no tienen que gustarse el uno al otro. Hombrecillo, ¿tienes algo que decir en tu favor?

Chozo se estremeció. Maldito Cuervo. Había dicho aquello para que Asa lo divulgara a los cuatro vientos. El bastardo estaba tomando control de su vida. Mordisqueándola como un ratón destruyendo lentamente un pedazo de queso.

—De veras, señor Cuervo. No pretendía nada. Estaba asustado. Krage piensa que lo delaté. Tengo que esconderme, y Chozo se asustó de hacerlo. Simplemente estaba intentando que él...

—Cállate. Chozo, creí que él era tu amigo.

—Sólo le hice algunos favores. Sentía lástima por él.

—Lo protegiste de las inclemencias del tiempo, pero no de las de sus enemigos. Eres una auténtica maravilla sin entrañas, Chozo. Quizá cometí un error. Iba a hacerte socio de pleno derecho. A traspasarte finalmente todo el negocio. Pensé que te hacía un favor. Pero eres una mierda despreciable. Sin el valor de negarlo. —Se dio la vuelta—. Habla, hombrecillo. Háblame de Krage. Háblame del Recinto.

Asa se puso blanco. No abrió la boca hasta que Cuervo amenazó con llamar a los Custodios.

* * *

Las rodillas de Chozo entrechocaban entre sí. El mango de su cuchillo de carnicero estaba mojado y resbaladizo por el sudor. No hubiera podido usar la hoja, pero Asa estaba demasiado asustado para verlo. Lanzó un grito ahogado a su yunta y se puso en marcha. Cuervo le siguió en su propio carro. Chozo miró a través del valle. El castillo negro se alzaba ominoso en el horizonte al norte, arrojando su temible sombra sobre Enebro.

¿Por qué estaba allí? ¿De dónde había venido? Rechazó las preguntas. Mejor ignorarlo.

¿Cómo se había metido en aquello? Temía lo peor. Cuervo no tenía sensibilidad.

Abandonaron los carros en el bosquecillo, entraron en el Recinto. Cuervo examinó la pila de madera de Asa.

—Traslada esos haces a los carros. Apílalos junto a ellos por el momento.

—No puedes coger mi leña —protestó Asa.

—Cállate. —Cuervo empujó un haz a través de la pared—. Tú primero, Chozo. Hombrecillo, te perseguiré si echas a correr.

Habían trasladado una docena de haces cuando Asa susurró:

—Chozo, uno de los esbirros de Krage nos está vigilando. —Estaba al borde del pánico.

Cuervo no se sintió disgustado por la noticia.

—Vosotros dos id a preparar haces en el bosque.

Asa protestó. Cuervo le miró con ojos furiosos. Asa se encaminó colina arriba.

—¿Cómo lo sabe? —le gimió a Chozo—. Nunca me siguió. Estoy seguro de eso.

Chozo se encogió de hombros.

—Quizá sea un hechicero. Siempre sabe lo que estoy pensando.

Cuervo había desaparecido cuando volvieron. Chozo miró a su alrededor, decidió nerviosamente:

—Vayamos a buscar otra carga.

Cuervo les aguardaba en el siguiente viaje.

—Llevad estos haces al carro de Asa.

—He aquí la lección —dijo Chozo, señalando al carro. La sangre resbalaba por entre las tablas del piso, rezumando de debajo de un montón de madera—. ¿Ves qué tipo de hombre es?

—Ahora colina arriba —ordenó Cuervo cuando regresaron—. Abre camino, Asa. Prepara las herramientas y las antorchas para empezar.

La sospecha clavó sus dientes en Chozo mientras observaba a Cuervo acumular mantillo. Pero no. Ni siquiera Cuervo llegaría tan bajo. ¿Llegaría?

Se detuvieron mirando por la oscura boca al submundo.

—Tú primero, Asa —dijo Cuervo. Reluctante, Asa descendió—. Tú eres el siguiente, Chozo.

—Ten compasión, Cuervo.

—Sigue adelante.

Entraron. Cuervo bajó detrás de ellos.

Las Catacumbas tenían un olor carnal, pero más débil del que Chozo había anticipado. Una corriente de aire agitó la antorcha de Asa.

—Alto —dijo Cuervo. Tomó la antorcha, examinó la hendidura a través de la cual habían entrado, asintió, devolvió la antorcha—. Adelante.

La caverna se ensanchaba y se abría a una cueva más grande. Asa se detuvo a medio camino de ella. Chozo se detuvo también. Estaba rodeado de huesos. Huesos en el suelo de la cueva, huesos salientes en las paredes, esqueletos colgando de ganchos. Huesos sueltos en pilas y montones, todos ellos mezclados. Esqueletos durmiendo en medio de la mezcolanza. Huesos aún envueltos en jirones de tela funeraria. Cráneos mirando desde clavijas de madera en la pared del fondo, ojos

vacíos siniestros a la luz de la antorcha. Una urna de paso compartía cada clavija.

Había cuerpos momificados también, aunque sólo unos pocos. Sólo los ricos pedían momificación. Aquí las riquezas no significaban nada. Estaban amontonados con todos los demás.

—Es un lugar realmente viejo —ofreció Asa—. Los Custodios ya no vienen por aquí, excepto quizá para deshacerse de los huesos sueltos. Toda la cueva está llena de esta forma, como si simplemente los hubieran apartado fuera del camino.

—Déjame mirar —dijo Cuervo.

Asa tenía razón. La caverna se estrechaba y su techo descendía. El pasadizo estaba sembrado con huesos. Chozo notó la ausencia de cráneos y urnas.

Cuervo rió quedamente.

—Vuestros custodios no son tan apasionados respecto a los muertos como tú pensabas, Chozo.

—Las cámaras que ves durante los Ritos de Primavera y Otoño no son así —admitió Chozo.

—No creo que a nadie le importen ya los antiguos —dijo Asa.

—Volvamos —sugirió Cuervo. Mientras caminaban, observó—: Todos terminaremos aquí arriba. Ricos o pobres, débiles o fuertes. —Pateó una momia—. Pero los ricos se mantienen en mejor forma. Asa, ¿qué hay abajo por el otro lado?

—Nunca he ido más allá de un centenar de metros. Más de lo mismo. —Estaba intentando abrir una urna de paso.

Cuervo gruñó, tomó una urna, la abrió, dejó caer varias monedas en su mano. Las acercó a la antorcha.

—Hummm. ¿Cómo explicas su antigüedad, Asa?

—El dinero no tiene procedencia —dijo Chozo.

Asa asintió.

—Y yo lo cojo como si hubiera hallado un tesoro enterrado.

—Entiendo. Sigamos.

Pronto, Asa dijo:

—Nunca he ido más allá de aquí.

—Sigamos adelante.

Caminaron hasta que incluso Cuervo respondió a la opresión de la caverna.

—Ya es suficiente. Volvamos a la superficie. —Una vez arriba, dijo—: Toma las herramientas. Maldita sea, había esperado algo mejor.

Pronto estaban de vuelta con una pala y cuerdas.

—Chozo, cava un hueco aquí. Asa, agarra este extremo de la cuerda. Cuando grite, empieza a tirar. —Cuervo descendió a las Catacumbas.

Asa permaneció clavado en el suelo, como le habían dicho. Chozo cavó. Al cabo de un rato, Asa preguntó:

—Chozo, ¿qué está haciendo?

—¿No lo sabes? Creía que sabías todo lo que hacía.

—Sólo se lo dije así a Krage. No pude mantenerme despierto toda la noche.

Chozo hizo una mueca, echó a un lado otra palada de tierra. Podía ver cómo trabajaba Asa. Durmiendo de algún modo la mayor parte del tiempo. Espiar debía de haber interferido con su recogida de leña y su robo de tumbas.

Chozo se sintió aliviado. Asa no sabía lo que él y Cuervo habían hecho. Pero se enteraría antes de que transcurriera mucho tiempo.

Miró dentro de sí mismo y halló poca autorrepugnancia. ¡Maldita sea! Ya se había acostumbrado a aquellos crímenes. Cuervo lo estaba modelando a su propia imagen.

Cuervo gritó. Asa tiró. Llamó:

—Chozo, échame una mano, no puedo yo solo.

Resignado, Chozo se le unió. Su botín era exactamente lo que había esperado, una momia que se deslizó fuera de la oscuridad como algún habitante de las profundidades de algún año anterior. Desvió la mirada.

—Agarra sus pies, Asa.

Asa reprimió una náusea.

—Dios mío, Chozo. Dios mío. ¿Qué estás haciendo?

—Estate quieto y haz lo que te han dicho. Ésta es la mejor forma. Agarra sus pies.

Trasladaron el cuerpo junto a la maleza al lado del pozo de Chozo. Una urna de paso rodó fuera de un hatillo atado sobre su pecho. El hatillo contenía otras dos docenas de urnas. Bien. El agujero era para enterrar las urnas vacías. ¿Por qué Cuervo no se llenaba los bolsillos allá abajo?

—Salgamos de aquí, Chozo —gimió Asa.

—Vuelve a tu cuerda. —Tomó su tiempo vaciar las urnas. Y Cuervo tenía dos hombres ahí arriba con poco que hacer salvo pensar. Así que se atarearon. Y era un incentivo, por supuesto. Dos docenas de urnas con cada cadáver significaban en conjunto un montón.

—Chozo...

—¿Adónde piensas echar a correr, Asa? —El día era claro y sorprendentemente cálido, pero seguía siendo invierno. No había ninguna forma de salir de Enebro—. Te encontrará. Vuelve a tu cuerda. Ahora estás en ello, te guste o no. —Chozo siguió cavando.

Cuervo envió seis momias. Cada una llevaba su hatillo de urnas. Luego regresó. Estudió el ceniciento rostro de Asa, la resignación de Chozo.

—Tu turno, Chozo.

Chozo tragó saliva, abrió la boca, engulló su protesta, se dirigió hacia el agujero. Se detuvo a su lado, al grosor de un cabello de la rebelión.

—Vamos, Chozo. No tenemos todo el día.

Chozo de Castañas descendió entre los muertos.

Pronto tuvo la sensación de que llevaba toda una eternidad en las Catacumbas, seleccionando aturdidamente cadáveres, recogiendo urnas, arrastrando su horrible botín a la cuerda. Su mente había entrado en otra realidad. Esto era el sueño, la

pesadilla. Al principio no comprendió cuando Cuervo le pidió que subiera.

Se arrastró al crepúsculo exterior.

—¿Ya es suficiente? ¿Podemos irnos?

—No —respondió Cuervo—. Hemos recogido dieciséis. Imagino que podemos meter treinta en los carros.

—Oh. Está bien.

—Tú tira de la cuerda —dijo Cuervo—. Asa y yo bajaremos.

Chozo tiró de la cuerda. A la plateada luz de una luna en sus tres cuartos, los rostros de los muertos parecían acusadores. Se tragó su repugnancia y fue colocando cada momia con las demás, luego vació las urnas.

Estuvo tentado de tomar el dinero y huir. Se quedó más por codicia que por miedo a Cuervo. Esta vez era un socio. Treinta cuerpos a treinta levas significaba novecientas levas a repartir. Aunque se llevara la parte más pequeña, sería más rico de lo que nunca había soñado.

¿Qué era eso? No la orden de Cuervo de tirar. Sonaba como alguien gritando... Casi echó a correr. Dejó caer las monedas que tenía en la mano. El aullido de Cuervo le recompuso. El frío y calmado desdén del hombre había desaparecido.

Chozo tiró. Éste era pesado. Gruñó, se tensó... Apareció Cuervo gateando furiosamente. Sus ropas estaban desgarradas. Un sangrante chirlo marcaba una de sus mejillas. Su cuchillo estaba rojo. Giró, agarró la cuerda.

—¡Tira! —gritó—. ¡Maldita sea, tira!

Asa apareció un momento más tarde, atado a la cuerda.

—¿Qué ha ocurrido? Dios mío, ¿qué ha ocurrido? —Asa respiraba, pero eso era todo.

—Algo saltó sobre nosotros. Le alcanzó antes de que yo pudiera matarlo.

—Un Guardián. Te advertí. Coge otra antorcha. Veamos lo mal que está. —Cuervo se quedó simplemente sentado allí, el rostro enrojecido. Chozo fue a buscar la antorcha, la encendió.

Las heridas de Asa no eran tan malas como había temido. Había mucha sangre y Asa estaba en estado de *shock*, pero no se estaba muriendo.

—Tendríamos que sacarlo de aquí, Cuervo. Antes de que vengan los Custodios.

Cuervo recobró su compostura.

—No. Sólo era uno. Lo maté. Ya que estamos en esto, terminemos con ello.

—¿Qué hay con Asa?

—No lo sé. Pongámonos a trabajar.

—Cuervo, estoy agotado.

—Vas a estar mucho más agotado antes de que terminemos. Vamos. Pongamos en orden todo esto.

Trasladaron los cuerpos a los carros, luego las herramientas, luego llevaron a Asa. Mientras pasaban el mantillo a través de la pared, Chozo preguntó:

—¿Qué hacemos con él?

Cuervo le miró como si fuera un idiota.

—¿Qué piensas tú, Chozo?

—Pero...

—Eso no importa mucho ahora, ¿verdad?

—Supongo que no. —Pero sí importaba. Asa no era mucho, pero Chozo lo conocía. No era un amigo, pero se habían ayudado el uno al otro...—. No. No puedo hacerlo, Cuervo. Él puede salirse. Si estuviera seguro de que no había otra solución, sí. De acuerdo. Nada de cuerpo, nada de preguntas. Pero no puedo matarlo.

—Bien. Un poco de espíritu después de todo. ¿Cómo vas a mantenerlo callado? Es del tipo que hace que se corten gargantas con su boca.

—Yo me ocuparé de él.

—Lo que tú digas, socio. Es tu cuello.

Era ya noche cerrada cuando alcanzaron el castillo negro. Cuervo iba primero. Chozo le seguía de cerca. Entraron en el mismo pasadizo de antes. El procedimiento fue el mismo. Después de depositar los cuerpos, una figura alta y delgada revisó las hileras.

—Diez. Diez. Treinta. Diez. —Y así sucesivamente.

Cuervo protestó vigorosamente. La única oferta por encima de diez era por el hombre que les había seguido hasta el recinto y por Asa, que permanecía en su carro.

El ser alto se enfrentó a Cuervo.

—Ésos llevan muertos demasiado tiempo. Tienen poco valor. Vuelve a llevártelos si no estás satisfecho.

—De acuerdo. De acuerdo. Tú ganas.

El ser contó las monedas. Cuervo se embolsó seis de cada diez.

Tendió el resto a Chozo. Mientras lo hacía, le dijo al ser alto:

—Este hombre es mi socio. Puede que la próxima vez venga solo.

La figura alta inclinó la cabeza, tomó algo de entre sus ropas, se lo tendió a Chozo. Era un pendiente de plata con la forma de dos serpientes entrelazadas.

—Lleva esto si vienes solo —dijo Cuervo—. Es tu salvoconducto. —Bajo su helada mirada, Chozo deslizó el pendiente en un bolsillo ya lleno de plata.

Hizo cálculos. Su parte eran ciento doce levas. Hubiera necesitado la mitad de una década para acumular honestamente esa cantidad. ¡Era rico! ¡Maldita sea, era rico! Podía hacer cualquier cosa que deseara. No más deudas. No más Krage matándolo lentamente. No más gachas en cada comida. Convertir El Lirio en algo decente. Quizás encontrar un lugar donde su madre pudiera ser cuidada como correspondía. Mujeres. Todas las mujeres que deseara.

Mientras volvía a su carro, captó un gran trozo de pared que no estaba allí en su última visita. Un rostro le miró desde ella. Era el rostro del hombre que él y Cuervo habían traído vivo. Sus ojos le miraron fijamente.

ENEBRO: TEJADURA

Susurro nos llevó a un ruinoso castillo llamado Tejadura. Domina Enebro en general y el Recinto en particular. Durante una semana no tuvimos contacto con nuestros anfitriones. No teníamos un lenguaje en común. Luego fuimos agraciados con la presencia de un individuo llamado Cabestro que hablaba las lenguas de las Ciudades Joya.

Cabestro era una especie de agente encargado de hacer cumplir la religión local. Cosa que no podía llegar a imaginarme en absoluto. Al principio parece como un culto a los muertos. Mira de nuevo, y descubrirás que la muerte o los muertos no son adorados sino reverenciados, con los cuerpos fanáticamente conservados a la espera de alguna resurrección prevista para dentro de milenios. Todo el carácter de Enebro está modelado sobre esto, excepto en el Coturno, donde la vida tiene muchas otras preocupaciones más vitales que el bienestar de los muertos.

Al instante me desagradó Cabestro. Lo consideré como alguien propenso a la violencia y sádico, un policía que resolvía sus casos con una cachiporra. Sobreviviría cuando la Dama se anexionara Enebro. Sus gobernadores militares tienen necesidad de los de su clase.

Esperaba que la anexión se produjera a los pocos días de la llegada del Capitán. Todo estaría preparado antes de que llegara allí. Una palabra desde Hechizo lo pondría todo en marcha. No veía nada que indicara que la gente del Duque pudiera detenerlo.

Tan pronto como Pluma y Susurro tuvieron a toda nuestra gente allí, incluidos traductores, Cabestro y el propio Duque, y un hombre llamado Hargadón, que era el Custodio jefe de los Muertos, lo cual significaba que controlaba las Catacumbas donde eran almacenados los cadáveres, nos condujeron en medio del intenso frío a la muralla norte de Tejadura. El Duque extendió un brazo.

—Esa fortaleza de ahí arriba es el motivo por el cual os he pedido ayuda.

La miré y me estremecí. Había algo siniestro en el lugar.

—Lo llamamos el castillo negro —dijo—. Lleva siglos ahí. —Y entonces nos ofreció algo demasiado grande para engullirlo—. Empezó como una pequeña roca negra depositada al lado de un hombre muerto. El hombre que la encontró intentó cogerla. Murió. Y la roca empezó a crecer. Ha estado creciendo desde entonces. Nuestros antepasados experimentaron con él. Lo atacaron. Nada le causaba daño. Todo el mundo que lo tocaba moría. En bien de su cordura, decidieron ignorarlo.

Me protegí los ojos y miré al castillo. No parecía tener nada inusual, excepto que era negro y me producía estremecimientos.

El Duque continuó:

—Durante siglos apenas creció. Sólo han pasado unas pocas generaciones desde

que dejó de parecer una roca. —Recibió una inquieta mirada—. Dice que viven cosas en su interior.

Sonreí. ¿Qué esperaba? Una fortaleza existe para rodear algo, ya sea construida o crecida.

Hargadón prosiguió la historia. Llevaba demasiado tiempo en su trabajo. Había desarrollado un pomposo estilo oficial.

—Durante los últimos años ha crecido condenadamente aprisa. La Oficina del Custodio empezó a preocuparse cuando oímos rumores, fuera del Coturno, demasiado increíbles para ser ciertos, diciendo que criaturas de su interior estaban comprando cadáveres. La exactitud de esos rumores sigue siendo una fuente de acalorados debates dentro de la Oficina. Sin embargo, nadie puede negar que no estamos recibiendo suficientes cadáveres del Coturno estos días. Nuestras patrullas callejeras recogen menos que hace diez años. Los tiempos son más magros ahora. Los pobres callejeros son más numerosos. Deberían morir más por pura exposición.

Un auténtico encanto, este Hargadón. Sonaba como un fabricante quejándose porque su margen de beneficios había descendido.

Siguió:

—Se ha supuesto que es posible que dentro de poco el castillo se halle más allá de la necesidad de comprar cadáveres..., si es eso lo que ha estado haciendo. No estoy convencido. —Plantear directamente los dos lados de la cuestión. Ése es mi chico—. Puede que sus ocupantes se vuelvan lo bastante numerosos como para hacerse cargo de lo que necesitan.

—Si piensas que hay gente que vende cadáveres, ¿por qué no los agarras y los haces hablar? —preguntó Elmo.

Tiempo para que hable el policía. Cabestro dijo:

—No podemos agarrarlos. —Tenía un tono de pero-si-me-dejaran-hacerlo-a-mi-manera—. Ocurre ahí abajo en el Coturno, ¿sabes? Es otro mundo ahí abajo. No puedes descubrir mucho si eres de fuera.

Susurro y Pluma estaban un poco aparte, examinando el castillo negro. Sus rostros eran hoscos.

El Duque quería algo por nada. En esencia, deseaba dejar de preocuparse por aquella fortaleza. Decía que podíamos hacer todo lo que fuera necesario para eliminar aquella preocupación. Sólo que teníamos que hacerlo a su manera. Al parecer deseaba que permaneciéramos dentro de Tejadura mientras sus hombres y Hargadón actuaban como nuestros ojos, oídos y manos. Temía las repercusiones que podía causar nuestra presencia si era conocida.

Unos pocos Rebeldes fugitivos habían llegado a Enebro después de su derrota en Hechizo. La Dama era conocida allí, aunque poco tomada en consideración. El Duque temía que los refugiados pudieran provocar problemas si se sospechaba colaboración.

En algunos aspectos era un gran señor ideal. Todo lo que deseaba de su gente era

que lo dejaran tranquilo. Estaba dispuesto a garantizar el mismo favor.

Así que, durante un tiempo, fuimos dejados de lado..., hasta que Susurro se irritó por la calidad de la información que estábamos recibiendo.

Era filtrada. Depurada, resultaba inútil. Acorraló al Duque y le dijo que sus hombres tendrían que arreglárselas por su cuenta.

Él se le enfrentó realmente durante unos pocos minutos. La batalla fue acerba. Ella amenazó con marcharse, dejándole que se agitara al impulso del viento. Un puro bluff. Ella y Pluma estaban intensamente interesadas en el castillo negro. Ninguna fuerza armada hubiera podido echarlas de Enebro.

El Duque transigió, y ella se volvió contra los Custodios. Cabestro estaba testarudamente celoso de sus prerrogativas. No sé cómo ella consiguió vencerle. Él nunca habló de ello.

Me convertí en su compañero en las investigaciones, sobre todo porque aprendí rápidamente su lengua. Nadie allá abajo me prestó la menor atención.

A él si se la prestaban. Era un terror andante. La gente cruzaba al otro lado de la calle para evitarle. Supongo que tenía mala reputación.

Luego llegaron noticias que salvaron milagrosamente los obstáculos que el Duque y los Custodios habían arrojado a nuestro camino.

—¿Habéis oído? —preguntó Elmo—. Alguien forzó la entrada a sus preciosas Catacumbas. Cabestro echa humo. Su jefe sufre una hemorragia anal.

Intenté digerir aquello, no pude.

—Más detalles, por favor. —Elmo tiende a abreviar.

—Durante el invierno dejan que la gente pobre salga adelante deslizándose al interior del Recinto. Recogen madera seca para leña. Alguien decidió recoger algo más. Halló un camino al interior de las Catacumbas. Tres o cuatro hombres.

—Todavía sigo sin ver todo el cuadro, Elmo. —Le gusta que le supliquen.

—Está bien. Está bien. Entraron y robaron todas las urnas de paso a las que pudieron echar mano. Las sacaron, las vaciaron, y las enterraron en un pozo. También se llevaron un puñado de viejas momias. Nunca he visto tantos gemidos y protestas. Será mejor que olvidéis vuestros planes de entrar en las Catacumbas.

Yo había mencionado mi deseo de ver lo que ocurría ahí abajo. Todo el esquema era tan extraño que deseaba echarle una mirada de cerca. Preferiblemente sin compañía.

—Crees que se han puesto nerviosos.

—Nerviosos no es ni la mitad. Cabestro echa espuma por la boca. No me gustaría ser uno de esos tipos y ser atrapado por él.

—¿De veras? Será mejor que compruebe esto.

Cabestro estaba en Tejadura todo el tiempo, coordinando su trabajo con el de la incompetente policía secreta del Duque.

Esos tipos eran un puro chiste. Eran prácticamente celebridades, y ninguno de ellos tenía el valor de ir al Coturno, donde realmente ocurrían las cosas interesantes.

Hay un Coturno en toda ciudad, aunque el nombre varía. Es un distrito tan malo que incluso la policía sólo se atreve a ir por la fuerza. Allí la ley es en el mejor de los casos algo fortuito, hecho cumplir por autoproclamados magistrados apoyados por facinerosos reclutados por ellos mismos. Es una justicia muy subjetiva la que aplican, y generalmente suele ser rápida, salvaje, inflexible y muy peculiar.

Fui a ver a Cabestro, se lo dije.

—Hasta que este último asunto quede aclarado, no me voy a separar de tu trasero. —Frunció el ceño. Sus pesadas mejillas enrojecieron—. Órdenes —mentí, fingiendo un tono de disculpa.

—¿De veras? Muy bien. Vamos.

—¿Adónde?

—Al Coturno. Una cosa así tiene que haber salido del Coturno. Voy a rastrearla hasta su origen. —Tenía redaños, pese a todos sus otros fallos. Nada lo intimidaba.

Yo deseaba ver el Coturno. Él podía ser el mejor guía disponible. Había oído que iba allí a menudo, sin interferencias. Su reputación era así de mala. Una buena sombra junto a la que caminar.

—¿Ahora? —pregunté.

—Ahora. —Me condujo al frío exterior y colina abajo. No lo hizo a caballo. Es una de sus pequeñas manías. Nunca cabalga. Adoptó un paso vivo, como un hombre que está acostumbrado a que todas las cosas se hagan a pie.

—¿Qué es lo que buscamos? —pregunté.

—Monedas antiguas. La cámara que profanaron se remonta a varios siglos atrás. Si alguien ha gastado un montón de dinero antiguo en el último par de días, tendremos a nuestro hombre.

Frunció el ceño.

—No conozco los esquemas del gasto aquí. En otros lugares que he estado, sin embargo, la gente puede estar ahorrando durante años, y luego tener un pronto y gastarlo todo de una vez. Unas cuantas monedas antiguas puede que no signifiquen nada.

—Estamos buscando todo un aluvión, no unas cuantas. A un hombre que las gaste a puñados. Había implicados tres o cuatro hombres. Hay muchas posibilidades de que uno de ellos sea un estúpido. —Cabestro tenía una buena noción del lado estúpido de la naturaleza humana. Quizá porque él mismo estaba muy cerca—. Iremos con mucho cuidado en nuestro rastreo —me dijo, como si esperara que yo martilleara ultrajado a la gente con preguntas. Sus valores consistían solamente en los que podía imaginar—. El hombre al que queremos echará a correr cuando me oiga hacer preguntas.

—¿Lo perseguimos?

—Sólo lo suficiente para que se siga moviendo. Quizá nos conduzca a algún lado. Conozco a varios tipos ahí abajo que puede que hayan planeado esto. Si lo hizo uno de ellos, quiero sus pelotas en una bandeja.

Hablaba de un modo febril, como un cruzado. ¿Tenía algo personal contra los señores del crimen del Coturno?, pregunté.

—Sí. Yo salí de allí. Un chico duro que tuvo suerte y entró con los Custodios. Mi padre no tuvo tanta suerte. Intentó resistirse a una pandilla de protección. Pagó, y no le protegieron de otra pandilla. Dijo que no iba a seguir pagando buen dinero por algo que no obtenía. Lo degollaron. Uno de los Custodios lo recogió. Todavía estaban a su alrededor, riendo y haciendo chistes. Los responsables.

—¿Se ocupó de ellos?

—Sí. Los traje también a las Catacumbas. —Miró hacia el castillo negro, medio oscurecido por las brumas que derivaban a través de la ladera—. Si hubiera hecho caso de los rumores acerca de ese lugar, quizá... No, no lo hubiera hecho.

Pensé que yo tampoco. Cabestro era una especie de fanático. Nunca rompería las reglas de la profesión que lo había sacado del Coturno, a menos que haciéndolo pudiera avanzar su causa.

—Creo que empezaremos en los muelles —me dijo—. Nos abriremos camino colina arriba. Taberna a taberna, casa de putas a casa de putas. Quizás insinuemos que hay una recompensa flotando por ahí. —Estrujó un puño contra la palma de su otra mano, un hombre reprimiendo su ira. Había mucho de ella embotellada en su interior. Algún día estallaría de golpe.

El principio fue fácil. Vimos más tabernas, burdeles y lugares de mala reputación que los que he visitado en una docena de años. Y en cada uno de ellos la presencia de Cabestro engendró un repentino y asustado susurrar y la promesa de una obediente cooperación.

Pero promesas fue todo lo que obtuvimos. No pudimos hallar ningún rastro de ningún dinero antiguo, excepto unas pocas monedas que llevaban en circulación demasiado tiempo como para ser el botín que andábamos buscando.

Cabestro no se mostró desanimado.

—Algo saldrá —dijo—. Los tiempos son duros. Sólo necesitamos un poco de paciencia. —Parecía pensativo—. Quizá valdría la pena poner a algunos de tus chicos aquí abajo. No son conocidos, y parecen lo bastante duros como para dar el pego.

—Lo son —sonreí, reuniendo mentalmente un equipo que incluía a Elmo, Goblin, Prestamista, Pivote y unos cuantos más. Sería estupendo si Cuervo estuviera todavía con la Compañía y pudiera unirse a ellos. Dominarían el Coturno en menos de seis meses. Lo cual me dio una idea de hablar con Susurro.

Si deseábamos saber lo que estaba ocurriendo, debíamos hacernos cargo del Coturno. Podíamos traer a Un Ojo. El pequeño hechicero era un gángster nato. Al menos tenía su aspecto. No había visto ningún otro rostro negro desde que habíamos cruzado el Mar de las Tormentas.

—¿Tienes alguna idea? —preguntó Cabestro, a punto de entrar en un lugar llamado El Lirio de Hierro—. Parece como si tu cerebro echara humo.

—Quizás. O algo parecido. Si las cosas se ponen más duras de lo que

esperábamos.

El Lirio de Hierro se parecía a cualquier otro lugar de los muchos en los que había estado antes, sólo que un poco más decrepito. El tipo que lo regentaba se estremeció al vernos. No sabía nada, no había visto nada, pero prometió gritar llamando a Cabestro si alguien gastaba un solo gersh acuñado antes de la ascensión del Duque actual. Pura mierda. Me alegró salir de allí. Temía que el lugar se derrumbara sobre mi cabeza antes de que el tipo terminara de besarle el culo a Cabestro.

—Tengo una idea —dijo Cabestro—. Prestamistas.

Necesité un segundo para captarla y ver de dónde había procedido la idea. El tipo de la taberna, gimoteando acerca de sus deudas.

—Bien pensado. —Un hombre en las garras de un prestamista haría cualquier cosa por salirse de aquella situación.

—Esto es territorio de Krage. Es uno de los tipos más desagradables del lugar. Hagámosle una visita.

No había miedo en el hombre. Su confianza en el poder de su oficio era tan fuerte que se atrevería a andar por un cubil de degolladores sin siquiera pestañear. Disimulé, pero me sentí asustado. El villano tenía su propio ejército, y estaba preparado en todo momento para la acción.

Descubrimos por qué al cabo de un momento. Nuestro hombre había tropezado con alguien en el último par de días. Ahora estaba tendido de espaldas, momificado en vendajes.

Cabestro rió quedamente.

—¿Los clientes se ponen nerviosos, Krage? ¿O uno de tus chicos intenta promocionarse?

Krage nos miró desde un rostro de piedra.

—¿Puedo ayudarte en algo, Inquisidor?

—Probablemente no. Me mentirías si la verdad pudiera salvar tu alma, chupasangre.

—Los halagos no te llevarán a ninguna parte. ¿Qué es lo que quieres, parásito?

Un tipo duro, ese Krage. Moldeado con el mismo molde que Cabestro, pero había derivado a una profesión socialmente menos honorable. De todos modos, pensé, no había mucho que elegir entre ellos. Sacerdote y prestamista. Y eso era precisamente lo que Krage estaba diciendo.

—Muy bien. Vengo buscando a un tipo.

—No me digas.

—Ha conseguido un montón de dinero antiguo. Acuñaciones del período cajiano.

—¿Y se supone que yo debo conocerlo?

Cabestro se encogió de hombros.

—Quizá te deba algo.

—El dinero no tiene origen aquí abajo, Cabestro.

—Un proverbio del Coturno —me dijo Cabestro. Miro a Krage—. Este dinero sí. Digamos que este dinero tiene origen. Es un asunto importante, Krage. No un simple mira a tu alrededor y da el tirón. No un simple agarra y corre. Estamos hablando de algo grande. Cualquiera que lo encubra caerá con el tipo. Recuerda que fue Cabestro quien lo dijo.

Por un segundo causó impresión. El mensaje caló. Luego Krage volvió a mirarnos con su rostro impenetrable.

—Estás olisqueando el árbol equivocado, Inquisidor.

—Simplemente dime que no sabes nada.

—¿Qué es lo que hizo el tipo ese?

—Metió la mano donde no hubiera debido meterla.

Krage alzó las cejas. Parecía desconcertado. No podía pensar en nadie que encajara con esa descripción.

—¿Dónde metió la mano?

—Uh—uh. Simplemente no dejes que tus chicos acepten dinero antiguo sin que tú compruebes su origen y me lo comuniques de inmediato. ¿Has entendido?

—¿Ya has dicho lo que tenías que decir, Inquisidor?

—Sí.

—¿Entonces no deberías irte?

Lo hicimos. Yo desconocía las reglas del juego, así que no sabía cómo los locales interpretarían aquello.

Fuera, pregunté:

—¿Nos lo hubiera dicho si alguien le hubiera pagado con monedas antiguas?

—No. No hasta que al menos hubiera examinado por sí mismo el asunto. Pero no ha visto ninguna moneda antigua.

Me pregunté cómo sabía aquello. No dije nada. Aquélla era su gente.

—Puede que sepa algo. Tuve la impresión de ver un destello en sus ojos un par de veces.

—Quizá. Quizá no. Dejemos que hierva un poco.

—Tal vez si le hubieras dicho por qué...

—¡No! Eso no tiene que salir de aquí. Ni siquiera un rumor. Si la gente cree que no podemos proteger a sus muertos, puede desatarse un infierno. —Hizo un gesto hacia abajo con una mano—. Enebro es así. Aplastante. —Seguimos caminando. Murmuró—: Se desataría un auténtico infierno. —Y tras otra media manzana—: Por eso tenemos que atrapar a esos tipos. No tanto para castigarlos como para cerrarles la boca.

—Entiendo. —Avanzamos en la dirección por la que habíamos venido, con la intención de reanudar las visitas a las tabernas y ver a un prestamista llamado Gilbert cuando alcanzáramos su territorio—. ¡Hey!

Cabestro se detuvo.

—¿Qué?

Sacudí la cabeza.

—Nada. Creí ver un fantasma. Un tipo allá abajo en la calle... Caminaba como alguien a quien conocí.

—Quizá lo fuera.

—No. Fue hace mucho tiempo, y muy lejos. Ahora ya debe de llevar mucho tiempo muerto. Es sólo que estuve pensando en él hace un poco.

—Imagino que tenemos tiempo para otra media docena de visitas. Luego iremos colina arriba. No deseo estar por aquí después de oscurecer.

Le miré, con una ceja arqueada.

—Infiernos, hombre, se vuelve peligroso aquí abajo cuando se pone el sol. —
Dejó escapar una risita y me ofreció una de sus raras sonrisas. Una genuina sonrisa.
Por un momento, entonces, me gustó.

ENEBRO: MUERTE DE UN RUFIÓN

Chozo tenía largas y violentas discusiones con su madre. Ella nunca le acusaba directamente, pero dejaba pocas dudas de que sospechaba que estaba cometiendo horribles crímenes.

Él y Cuervo se turnaban cuidando a Asa.

Entonces llegó el momento de enfrentarse a Krage. No quería ir. Temía que Krage lo relacionara con Cuervo y Asa. Pero si no lo hacía, Krage caería sobre él. Y Krage buscaba siempre gente a la que hacer daño... Tembloroso, Chozo echó a andar por la helada calle. La nieve caía en gruesos y perezosos copos.

Uno de los hombres de Krage lo llevó a su presencia. No había ninguna señal de Cuenta, pero se decía que el corpulento hombre se estaba recuperando. Demasiado malditamente estúpido para morir, pensó Chozo.

—Ah, Chozo —dijo Krage desde las profundidades de un enorme sillón—. ¿Cómo estás?

—Helado. ¿Cómo se encuentra usted? —Krage le preocupaba cuando se mostraba afable.

—Todo lo bien que se puede estar. —Krage tiró de sus vendajes—. Esta vez estuvo cerca. Tuve suerte. ¿Vienes a hacer tu pago?

—¿Cuánto le debo en total? Con eso de comprar todas mis demás deudas he perdido la cuenta.

—¿Puedes pagar? —los ojos de Krage se entrecerraron.

—No lo sé. Tengo diez levas.

Krage suspiró dramáticamente.

—Tienes suficiente. No creí que pudieras reunir tanto dinero, Chozo. Bien. Ganas algo y pierdes algo. Son ocho y pico.

Chozo contó nueve monedas. Krage le devolvió el cambio.

—Has tenido una racha de suerte este invierno, Chozo.

—Sí, claro.

—¿Has visto a Asa? —La voz de Krage se tensó.

—No desde hace tres días. ¿Por qué?

—Nada importante. Estamos en paz, Chozo. Pero esta vez has de pagarme el favor. Cuervo. Lo quiero.

—Krage, no quiero decirle cómo ha de llevar sus asuntos, pero es mejor que deje tranquilo a ese hombre. Está loco. Es perverso y es duro. Le matará con la misma facilidad con la que dice hola. No quiero faltarle al respeto, pero actúa como si usted no fuera más que un gran chiste.

—El chiste va a ser él, Chozo. —Krage se arrastró fuera del sillón con una mueca. Se sujetó su herida—. El chiste va a ser él.

—Quizá la próxima vez no le *deje* salirse tan bien de ello, señor Krage.

El miedo cruzó los rasgos de Krage.

—Chozo, es él o yo. Si no lo mato, mi negocio se hará pedazos.

—¿Y qué ocurrirá si él le mata a usted?

De nuevo aquel destello de miedo.

—No tengo otra elección. Estate preparado para cuando te necesite, Chozo. Será pronto.

Chozo asintió con la cabeza y se retiró. Tenía que irse del Coturno, pensó. Ahora podía permitírselo. Pero ¿adónde ir? Krage lo encontraría en cualquier parte en Enebro. Y huir de la ciudad no le atraía tampoco. El Lirio era su hogar. Tenía que conservarlo. Uno u otro moriría, y de cualquier modo se libraría de problemas.

Ahora estaba en medio. Odiaba a Krage. Krage lo había humillado durante años, manteniéndolo aplastado bajo las deudas, robándole la comida de la boca con ridículos intereses. Por otra parte, Cuervo podía conectarle con el castillo negro y con crímenes en el Recinto.

Los Custodios estaban a la caza, buscando a alguien que gastara montones de dinero. Se había dicho muy poco públicamente, pero el hecho de que Cabestro estuviera en el caso le decía a Chozo lo seriamente que se estaban tomando las cosas allá arriba de la colina. Casi sufrió un ataque al corazón cuando Cabestro entró en El Lirio.

¿Qué había sido del dinero del pasadizo? Chozo no había visto nada de él. Suponía que todavía lo tenía Cuervo. Él y Cuervo eran socios ahora...

—¿Qué dijo Krage? —preguntó Cuervo cuando Chozo llegó a El Lirio.

—Quiere que lo ayude a matarte.

—Lo imaginé. Chozo, se está acabando la temporada. Es hora de enviar a Krage colina arriba. ¿De qué lado te inclinas, socio? ¿Del suyo o del mío?

—Yo..., esto...

—A la larga será mucho mejor que te libres de Krage. Finalmente hallará una forma de quedarse con El Lirio.

Cierto, reflexionó Chozo.

—De acuerdo. ¿Qué debemos hacer?

—Mañana ve a decirle que crees que estoy vendiendo cadáveres. Que crees que Asa es mi socio. Que crees que yo he acabado con Asa. Asa era tu amigo y te sientes trastornado. Eso se acerca lo suficiente a la realidad como para confundirle... ¿Qué ocurre?

Siempre una trampa. Cuervo tenía razón. Krage creería la historia. Pero Chozo había esperado un papel menos directo. Si Cuervo fallaba, Chozo de Castañas sería hallado degollado en una cuneta.

—Nada.

—Muy bien. La noche de pasado mañana saldré. Tú corre a decírselo a Krage. Dejaré que sus hombres me sigan. Krage deseará estar personalmente en mi muerte.

Lo emboscaré.

—Ya has hecho esto antes, ¿verdad?

—Vendrá de todos modos. Es estúpido.

Chozo tragó saliva.

—No es un plan que haga mucho por mis nervios.

—Tus nervios no son mi problema, Chozo. Son el tuyo. Tú los perdiste. Sólo tú puedes recuperarlos.

* * *

Krage se tragó la historia de Chozo. Se sintió extasiado porque Cuervo era un villano tan grande.

—Si no lo quisiera para mí, lo entregaría a los Custodios. Has hecho bien, Chozo. Debería de haber sospechado de Asa. Nunca me trajo ninguna noticia que valiera la pena.

Chozo gimió.

—¿Quién puede comprar cadáveres, Krage?

Krage sonrió, una sonrisa torcida.

—No te calientes tu fea cabeza. Házmelo saber la próxima vez que efectúe una de sus salidas. Le prepararemos una pequeña sorpresa.

La noche siguiente Chozo se presentó de acuerdo con el plan. Y sufrió la mayor decepción que hubiera podido esperar en su vida. Krage insistió en que se uniera a la caza.

—¿De qué le voy a servir, señor Krage? Ni siquiera voy armado. Y él es un tipo duro. No conseguiré atraparlo sin lucha.

—No espero hacerlo. Quiero que vengas sólo por si acaso.

—¿Por si acaso?

—Por si acaso hay una trampa en todo esto: entonces quiero poder echarte la mano encima rápido.

Chozo se estremeció, gimió.

—He actuado lealmente con usted. ¿No he actuado siempre lealmente con usted?

—Siempre has hecho lo que haría un cobarde. Por eso es por lo que no confío en ti. Cualquiera puede asustarte. Y tenías todo ese dinero. Se me ocurre que puede que estés en combinación con Cuervo.

Chozo se sintió helado. Krage se puso su abrigo.

—Vámonos, Chozo. Permanece a mi lado. No intentes escabullirte. Te mataré si lo haces.

Chozo empezó a temblar. Estaba muerto. Tras todo lo que había hecho por sacarse a Krage de la espalda... No era justo. Simplemente no era justo. Las cosas nunca funcionaban para él. Trastabilló calle adelante, preguntándose qué podía hacer y sabiendo que no había ninguna escapatoria. Las lágrimas se congelaron en sus

mejillas.

No había salida. Si huía, Krage se daría cuenta. Si no lo hacía, Krage lo mataría cuando Cuervo lanzara su emboscada. ¿Qué iba a hacer entonces su madre?

Tenía que *hacer* algo. Tenía que reunir algo de valor, tomar una decisión, *actuar*. No podía rendirse al destino y esperar tener suerte. Eso significaba las Catacumbas o el castillo negro antes del amanecer.

Le había mentido a Krage. Llevaba un cuchillo de carnicero en su manga izquierda. Lo había puesto allí en un acceso de estúpida bravuconería. Krage no lo había registrado. ¿El viejo Chozo armado? ¡Ja! Improbable. Podía hacerse daño.

El viejo Chozo iba armado a veces, pero nunca lo decía. El cuchillo hacía maravillas en su confianza. Podía decirse a sí mismo que lo usaría, y creer la mentira el tiempo suficiente como para tranquilizarse, pero en cualquier momento difícil su primera reacción era siempre huir.

Su destino estaba sellado..., a menos que consiguiera abrirse camino y escapar.

¿Cómo?

Los hombres de Krage estaban regocijados ante su terror. Eran seis..., luego fueron siete..., y ocho, cuando los que rastreaban a Cuervo informaron. ¿Podía esperar superarlos a todos? Ni el propio Cuervo tenía ninguna oportunidad.

Eres un hombre muerto, susurró una diminuta voz, una y otra vez. *Un hombre muerto. Un hombre muerto.*

—Se dirige Cerero abajo —informó una sombra—. Recorriendo todos los pequeños callejones.

—¿Crees que va a encontrar algo tan avanzado el invierno? —preguntó Krage a Chozo—. Los callejeros ya deben de haber muerto todos.

Chozo se encogió de hombros.

—No lo sé. —Se restregó el brazo izquierdo contra su costado. La presencia del cuchillo ayudó, pero no mucho.

Su terror alcanzó su pico y empezó a retroceder. Su mente se enfrió a un aturdimiento sin emociones. Con el miedo en suspenso, intentó encontrar una inexistente salida.

De nuevo algo gravitó fuera de la oscuridad, informó que estaban a unos treinta metros del carro de Cuervo. Hacia diez minutos que Cuervo se había metido en un callejón. No había vuelto a salir.

—¿Te vio? —gruñó Krage.

—No lo creo. Pero uno nunca sabe.

Krage miró a Chozo.

—Chozo, ¿crees que abandonaría su carro y su botín?

—¿Cómo quiere que lo sepa? —chilló Chozo—. Quizás encontró algo.

—Vamos a echar una mirada. —Se dirigieron al callejón, uno de los incontables pasajes cubiertos sin salida que se abrían a ambos lados del Callejón del Cerero. Krage miró hacia la oscuridad, con la cabeza ligeramente inclinada.

—Quieto y silencioso como las Catacumbas. Compruébalo, Caliente.

—¿Jefe?

—Tranquilo, Caliente. El viejo Chozo va a ir directamente detrás de ti. ¿No es así, Chozo?

—Krage...

—¡Vamos, muévete!

Chozo avanzó tambaleante. Caliente lo hizo cauteloso, con un cuchillo de desagradable aspecto sondeando la oscuridad. Chozo intentó hablar con él.

—¡Cállate! —bufó—. ¿No tienes un arma?

—No —mintió Chozo. Miró hacia atrás. Sólo estaban ellos dos.

Alcanzaron el final del callejón. Ninguna señal de Cuervo.

—Que me maldiga —dijo Caliente—. ¿Cómo demonios ha salido?

—No lo sé. Averigüémoslo. —Aquello podía ser su oportunidad.

—Por aquí —dijo Caliente—. Trepó por esta tolva de drenaje.

Las entrañas de Chozo se anudaron. Su garganta se contrajo.

—Intentémoslo. Quizá podamos seguirle.

—Sí. —Caliente empezó a trepar.

Chozo no pensó en ello. El cuchillo de carnicero se materializó en su mano. Su mano golpeó hacia adelante. Caliente se arqueó hacia atrás, cayó. Chozo saltó sobre él, clavó una palma sobre su boca, la mantuvo aferrada allí el minuto que le tomó morir. Retrocedió, incapaz de creer en lo que había hecho.

—¿Qué ocurre ahí al fondo? —preguntó Krage.

—No encontramos nada —chilló Chozo. Arrastró a Caliente contra la pared, lo enterró bajo un montón de basura y nieve, corrió hacia la tolva de drenaje.

El que Krage se acercara fue un maravilloso incentivo. Gruñó, se tensó, flexionó un músculo, alcanzó el techo. La tolva consistía en una hendidura de medio metro de ancho formando un ángulo poco pronunciado, luego cuatro metros a cuarenta y cinco grados, encima de los cuales el techo era plano. Chozo se reclinó contra la empinada pizarra, jadeante, incapaz de creer todavía que había matado a un hombre. Oyó voces abajo, empezó a moverse hacia un lado.

—Se han ido, Krage —bufó alguien—. Nada de Cuervo. Nada de Caliente ni de Chozo tampoco.

—Ese bastardo. Sabía que estaba preparando algo.

—¿Por qué Caliente fue con él, entonces?

—Demonios, no lo sé. No os quedéis aquí. Mirad por los alrededores. Tienen que haber ido a alguna parte.

—Hey. Aquí. Alguien ha trepado por esta tolva. Quizá vayan tras de Cuervo.

—Sube por esta maldita cosa. Encuéntralos. ¡Caliente! ¡Chozo!

—Por aquí —llamó una voz. Chozo se inmovilizó. ¿Qué demonios? ¿Cuervo? Tenía que ser Cuervo.

Avanzó lentamente, intentando convencerse de que no habían doce metros de

nada tras sus talones. Alcanzó una esquina con un parapeto desde donde pudo trepar al techo plano.

—Por aquí. Creo que lo tenemos acorralado.

—¡Subid ahí arriba, malditos bastardos! —rugió Krage.

Tendido inmóvil en la fría, helada superficie embreada, Chozo observó a dos sombras aparecer ante él y empezar a dirigirse hacia la voz. Un chirriar de metal y una enérgica maldición proclamaron el destino de un tercer escalador.

—Me he torcido el tobillo, Krage —se quejó el hombre.

—Vamos —gruñó Krage—. Encontraremos otra forma de subir.

Corre mientras tienes la oportunidad, pensó Chozo. Vete a casa y entiérrate allí hasta que todo haya pasado. Pero no podía. Se deslizó hasta el reborde y se arrastró tras los hombres de Krage.

Alguien gritó, se agitó buscando un asidero, cayó a la oscuridad entre dos edificios. Krage maldijo. Nadie respondió.

Chozo cruzó hasta el techo de la puerta de al lado. Era plano y lleno con un bosque de chimeneas.

—¿Cuervo? —llamó suavemente—. Soy yo. Chozo. —Tocó el cuchillo en su manga, incapaz todavía de creer que lo había usado.

Una sombra se materializó. Chozo se sentó, rodeándose las rodillas con los brazos.

—¿Y ahora qué? —preguntó.

—¿Qué haces tú aquí?

—Krage me arrastró con él. Se suponía que yo iba a ser el primer muerto si todo era una trampa. —Le contó a Cuervo lo que había hecho.

—¡Maldita sea! Tienes redaños después de todo.

—Me acorraló en un rincón. ¿Qué hacemos ahora?

—Las posibilidades han mejorado. Déjame pensar en ello.

Krage gritó en el Callejón del Cerero. Cuervo le respondió con otro grito:

—¡Aquí! Estamos justo detrás de él. —Le dijo a Chozo—: No sé cuánto tiempo voy a poder seguir engañándole. Tenía el plan de ocuparme de ellos uno a uno. No imaginé que trajera un ejército.

—Mis nervios están a flor e piel —dijo Chozo. Las alturas eran otra de los miles de cosas que le aterraban.

—Tranquilo. Todavía falta mucho para que termine. —Cuervo gritó—: ¡Córtale el paso, ¿por qué no lo haces?! —A Chozo—: Ven conmigo.

Chozo no podía seguirle el paso. No era tan ágil como Cuervo.

Una forma se irguió en la oscuridad. Chilló.

—¿Eres tú, Chozo? —Era uno de los hombres de Krage. El corazón de Chozo dobló sus latidos.

—Sí. ¿Has visto a Cuervo?

—No. ¿Dónde está Luke?

—Maldita sea, iba directamente en tu dirección. ¿Cómo puedes no haberlo visto? Mira aquí. —Chozo señaló las alteraciones en la nieve.

—Hey, hombre, no lo he visto. No me hables como si fueras Krage o te patearé el culo hasta colocarlo alrededor de tus orejas.

—Está bien, está bien. Tranquilo. Estoy asustado y quiero que todo esto termine. Luke se cayó. Ahí atrás. Resbaló con algo de hielo o algo así. Ve con cuidado.

—Lo oí. Pero sonaba como Lecha. Hubiera jurado que era Lecha. Esto es estúpido. No puede alcanzarnos aquí arriba. Deberíamos volver e intentar alguna otra cosa.

—Uh—uh. Lo quiero ahora. No quiero que me rastree él a mí mañana. —Chozo estaba asombrado. ¡Qué fácil resultaba mentir! Maldijo en silencio al hombre porque no iba a volverle la espalda.

—¿Tienes algún cuchillo extra o algo?

—¿Tú? ¿Usar un cuchillo? Oh, vamos. Pégate a mí, Chozo. Cuidaré de ti.

—Seguro. Mira, el rastro sigue por ese lado. Veamos a donde conduce.

El hombre se volvió para examinar las huellas de Cuervo. Chozo extrajo su cuchillo y golpeó duro. El hombre dejó escapar un chillido, se retorció. El cuchillo se rompió. Chozo estuvo a punto de caerse del tejado. Su víctima sí lo hizo. Hubo gente haciendo preguntas. Krage y sus hombres parecían estar todos en el tejado ahora.

Cuando Chozo dejó de temblar empezó a avanzar de nuevo, intentando recordar la disposición de su entorno. Deseaba bajar y encaminarse a casa. Cuervo podía terminar él solo con aquella locura.

Chozo tropezó con Krage en el siguiente tejado.

—¡Señor Krage! —gimió—. ¡Dios! ¡Déjeme salir de aquí! ¡Va a matarnos a todos!

—Yo te mataré a ti, Chozo. Era una trampa, ¿verdad?

—¡Señor Krage, no! —¿Qué podía hacer? Ya no tenía el cuchillo de carnicero. Finge. Gimotea y finge—. Señor Krage, tiene que salir de aquí. Ya ha acabado con Caliente y con Lecha y con alguien más. Hubiera acabado conmigo cuando acabó con Caliente, pero se cayó y conseguí huir, pero nos atrapó de nuevo cuando estaba hablando con uno de sus hombres justo ahí al lado. Lucharon, y uno de ellos cayó por el borde; no sé quién, pero apuesto a que no fue Cuervo. Tenemos que bajar de aquí, pues no sabemos con quién nos tropezamos, de modo que tenemos que ir con mucho cuidado. Hubiera podido atraparle esta última vez, sólo que no tenía ningún arma y no sabíamos que se acercaba uno de sus hombres. Cuervo no tiene ese problema. Sabe que cualquiera a quien vea es un enemigo, así que no tiene que tener cuidado...

—Cállate, Chozo.

Krage se lo estaba tragando. Chozo habló un poco más fuerte, esperando que Cuervo pudiera oírle, acudir y terminar con aquello.

Hubo un grito en los tejados.

—Éste fue Teskus —gruñó Krage—. Eso hacen cuatro. ¿Correcto?

Chozo inclinó la cabeza.

—Que sepamos. Quizás ahora sólo quedemos usted y yo. Señor Krage, tenemos que irnos de aquí antes de que nos encuentre.

—Quizá tengas razón en algo de lo que dices, Chozo. Quizá. No deberíamos haber subido aquí. Ven.

Chozo le siguió, sin dejar de hablar.

—Fue idea de Caliente. Creyó que así se anotaría puntos con usted. ¿Sabe?, lo vimos en la parte superior de esa tolva de drenaje y él no nos vio, así que Caliente dijo, ¿por qué no vamos tras él y lo cogemos, y así el viejo Krage...?

—Cállate, Chozo. Por el amor de Dios, cállate. Tu voz me pone enfermo.

—Sí, señor, señor Krage. Sólo que no puedo. Estoy tan asustado...

—Si no te callas, me encargaré yo de ello permanentemente. No tendrás que preocuparte por Cuervo.

Chozo dejó de hablar. Había empujado tanto como se había atrevido.

Krage se detuvo unos momentos más tarde.

—Prepararemos una emboscada cerca de su carro. Volverá a por él, ¿no?

—Espero que sí, señor Krage. ¿Pero de qué servirá? Quiero decir, yo no tengo ningún arma, y aunque la tuviera no sabría cómo emplearla.

—Cállate. Tienes razón. No eres de mucha utilidad, Chozo. Pero creo que serás estupendo como distracción. Tú llamarás su atención. Háblale. Yo le golpearé por detrás.

—Señor Krage...

—Cállate. —Krage se deslizó por el lado del edificio, se aferró al parapeto mientras buscaba un sólido asidero para sus pies. Chozo se inclinó hacia adelante. Tres pisos hasta el suelo.

Pateó los dedos de Krage. Krage maldijo, intentó agarrarse a un nuevo asidero, falló, cayó, chilló, golpeó el suelo con un ruido sordo. Chozo contempló retorcerse la vaga forma allá abajo, quedar inmóvil.

—Lo hice de nuevo. —Empezó a temblar—. No puedo quedarme aquí. Sus hombres pueden encontrarme. —Pasó por encima del parapeto y empezó a descender como un mono por el lado del edificio, más temeroso de ser atrapado que de caer.

Krage todavía respiraba. De hecho, estaba consciente pero paralizado.

—Tenías razón, Krage. Era una trampa. No hubieras debido empujarme tanto. Me hiciste odiarte más de lo que te temía. —Miró a su alrededor. No era tan tarde como había pensado. La caza por los tejados no había durado mucho. ¿Y dónde estaba Cuervo?

Alguien tenía que limpiar aquello. Agarró a Krage y lo arrastró hasta el carro de Cuervo. Krage chilló. Por un momento Chozo temió que acudiera alguien a investigar. Nadie lo hizo. Aquello era el Coturno.

Krage chilló de nuevo cuando Chozo lo metió en el carro.

—¿Estás cómodo, Krage?

Luego recogió a Caliente, luego fue a buscar los otros cuerpos, Encontró tres. Ninguno era Cuervo.

—Si no aparece en media hora —murmuró—, los llevaré yo mismo y al infierno con él. —Luego—: ¿Qué es lo que te pasa, Chozo de Castañas? ¿Qué le pasa a tu cabeza? Así que has reunido algo de valor, ¿eh? ¿Y eso que significa? No te convierte en ningún Cuervo.

Alguien se acercaba. Aferró una daga que había tomado como botín, se escondió en las sombras.

Cuervo dejó caer un cadáver al carro.

—¿Cómo demonios?

—Los recogí —explicó Chozo.

—¿Quiénes son?

—Krage y sus hombres.

—Pensé que iba a tener que ir a buscarle. Imaginé que tendría que pasar por todo eso de nuevo. ¿Qué ocurrió?

Chozo se lo explicó. Cuervo sacudió la cabeza, incrédulo.

—¿Tú? ¿Chozo?

—Supongo que sólo pueden asustarte hasta cierto punto.

—Cierto. Pero nunca pensé que llegaras a descubrirlo por ti mismo. Chozo, me sorprendes. Y me decepcionas también, un poco. Deseaba a Krage para mí.

—Él es el que está haciendo todo ese ruido. Tiene el cuello roto o algo así. Mátalo si quieres.

—Vale más vivo.

Chozo asintió. Pobre Krage.

—¿Dónde están los demás?

—Hay uno en los tejados. Supongo que el otro se largó.

—Maldita sea. Eso significa que la cosa no ha acabado.

—Nos ocuparemos de él más tarde.

—Mientras tanto, él va a avisar a los demás, y los tendremos a todos tras nuestros talones.

—¿Crees que arriesgarán sus vidas para vengar a Krage? Ni lo sueñes. Pronto empezarán a pelearse entre sí, intentado ocupar el puesto del desaparecido. Aguarda aquí. Me ocuparé del otro.

—Apresúrate —dijo Chozo. La reacción se estaba apoderando de él. Había sobrevivido. El viejo Chozo estaba volviendo, arrastrando consigo toda su histeria.

* * *

Al volver del castillo, con las estrías rosas y púrpuras del amanecer manchando los huecos entre las Wolander, Chozo preguntó:

—¿Por qué sigue gritando?

El ser alto se había reído y había pagado ciento veinte levas por Krage. Sus chillidos todavía podían oírse.

—No lo sé. No mires atrás, Chozo. Haz lo que tengas que hacer y sigue adelante. —Y, un momento más tarde—: Me alegra que haya terminado.

—¿Terminado? ¿Qué quieres decir?

—Ésa fue mi última visita. —Cuervo se palmeó el bolsillo—. Ya tengo suficiente.

—Yo también. Estoy fuera de deudas. Puedo reacondicionar El Lirio, instalar a mi madre con todas las comodidades, y tener más que suficiente para el próximo invierno, no importa cómo vayan los negocios. Voy a olvidar que existe ese castillo.

—No lo creo así, Chozo. Si quieres librarte de él, mejor vente conmigo. Siempre te estará llamando cuando quieras algo de dinero rápido.

—No puedo irme. Tengo que ocuparme de mi madre.

—Está bien. Te lo advertí. —Luego Cuervo preguntó—: ¿Qué hay con Asa? Va a ser un problema. Los Custodios seguirán buscando hasta que encuentren a la gente que se metió en las Catacumbas. Él es el eslabón débil.

—Puedo manejar a Asa.

—Espero que sí, Chozo. Espero que sí.

* * *

La desaparición de Krage fue durante mucho tiempo el objeto de todas las conversaciones en el Coturno. Chozo fingió sorpresa y desconcierto, afirmando que no sabía nada, pese a los rumores de lo contrario. Su historia se mantuvo. Era Chozo el cobarde. El único hombre que sabía lo contrario no le contradijo.

Lo más duro fue enfrentarse a su madre. La vieja Junio no dijo nada, pero su ciega mirada era acusadora. Le hizo sentirse malvado, e infiel, y deshonorado en los más secretos rincones de su mente. El abismo se había vuelto infranqueable.

ENEBRO: SORPRESA DESAGRADABLE

Cabestro me buscó la siguiente vez que quiso ir a la parte baja de la colina. Quizá sólo buscaba compañía. No tenía amigos en el lugar.

—¿Qué ocurre? —pregunté cuando entró en mi pequeña oficina habilitada como dispensario.

—Toma tu capote. Es hora de ir de nuevo al Coturno.

Su ansiedad me excitó sin otra razón que el que estaba aburrido en Tejadura. Sentía compasión por mis camaradas. Todavía no habían tenido ninguna posibilidad de salir. El lugar era un nido de trabajo.

Así que ahí fuimos, colina abajo, más allá del Recinto. Pregunté:

—¿Por qué toda esta excitación?

—No es realmente excitación —respondió—. Probablemente ni siquiera tiene nada que ver con nosotros. ¿Recuerdas aquel encanto de prestamista?

—¿Con sus vendajes?

—Ajá. Krage. Ha desaparecido. Él y la mitad de sus chicos. Parece que tuvo un encuentro con el tipo que le hizo los primeros cortes. Y no ha vuelto a ser visto desde entonces.

Fruncí el ceño. Aquello no parecía nada notable. Los rufianes como él siempre están desapareciendo, luego de pronto aparecen de nuevo.

—Por aquí. —Cabestro señaló a unos arbustos a lo largo de la pared del Recinto—. Por aquí es por donde entraron nuestros hombres. —Indicó un grupo de árboles al otro lado del camino—. Estacionaron sus carros ahí. Tenemos un testigo que los vio. Llenos de madera, dice. Ven, te lo mostraré. —Abrió paso entre los arbustos, se dejó caer sobre manos y rodillas. Le seguí, gruñendo porque me estaba mojando. El viento del norte no hacía nada por mejorar las cosas.

El interior del Recinto era más degradado que el exterior. Cabestro me mostró varias docenas de haces de madera hallados entre la maleza cerca de la brecha.

—Parece como si se estuvieran moviendo un montón.

—Imagino que necesitaban una buena cantidad para cubrir los cuerpos. Corta por aquí. —Señaló hacia unos árboles por encima de nosotros, en dirección a Tejadura. El castillo se alzaba recortado contra estrías de nubes, un montón gris de piedra a un temblor de tierra de distancia del derrumbe.

Examiné los haces. Los asociados de Cabestro los habían arrastrado fuera y los habían apilado, lo cual no era ciertamente un buen trabajo de detective. Tuve la impresión de que habían sido cortados y atados a lo largo de un período de varias semanas. Algunas puntas estaban más afectadas por la intemperie que otras. Se lo mencioné a Cabestro.

—Ya me di cuenta. Por lo que supongo, alguien ha estado acumulando leña de

una forma regular. Hallaron las Catacumbas por accidente. Entonces fue cuando empezaron a mostrarse codiciosos.

—Hum. —Estudié el montón de leña—. ¿Supones que la estaban vendiendo?

—No. Eso lo sabemos. Nadie ha estado vendiendo leña del Recinto. Probablemente la usaba una familia o un grupo de vecinos.

—¿Has comprobado el alquiler de carros?

—¿Cuán estúpida te crees que es la gente? ¿Alquilar un carro para una incursión a las Catacumbas?

Me encogí de hombros.

—Contamos con que uno de ellos sea estúpido, ¿no?

Lo admitió.

—Tienes razón. Deberíamos comprobarlo. Pero resulta duro cuando soy el único que tiene los redaños suficientes para hacer este trabajo en el Coturno. Espero que tengamos suerte en alguna otra parte. Si es necesario hacerlo, me ocuparé de ello. Cuando no haya nada más apremiante.

—¿Puedo ver el lugar por donde entraron? —pregunté.

Deseaba decirme que no, pero en vez de ello dijo:

—Es una buena caminata. Calcula una hora. Preferiría husmear un poco alrededor de ese Krage mientras las cosas todavía están calientes.

Me encogí de hombros.

—En otra ocasión entonces.

Bajamos al territorio de Krage y empezamos a husmear. Cabestro todavía tenía unos pocos contactos de su juventud. Apretando adecuadamente los tornillos, hablarían. No se me permitió participar. Pasé el tiempo bebiendo cerveza en una taberna donde alternativamente se lanzaban sobre mi dinero y actuaban como si yo tuviera la peste. Cuando me preguntaron, no negué ser un Inquisidor.

Cabestro se me unió.

—Quizá no tengamos nada después de todo. Hay todo tipo de rumores. Uno dice que lo hicieron sus propios hombres. Otro dice que fue la competencia. Hay un poco de pique con sus vecinos. —Aceptó una jarra de vino por cuenta de la casa, algo que no le había visto hacer nunca antes. Lo dejé para otra ocasión.

—Hay un ángulo que podemos comprobar. Estaba obsesionado con algún extranjero que lo puso en ridículo en público. Algunos dicen que ese mismo extranjero fue el hombre que le cortó la primera vez. —Tomó una lista y empezó a examinarla—. Supongo que esto no va a servirnos de mucho. La noche que Krage desapareció hubo una gran cantidad de gritos y estruendo. Ni un solo testigo ocular, por supuesto. —Sonrió—. Los que lo oyeron dicen que fue como una batalla. Eso me hace inclinarme por la teoría de la revolución de palacio.

—¿Qué es lo que tienes aquí?

—Una lista de gente que quizá haya sacado leña del Recinto. Puede que algunos se hayan visto entre sí. Estaba pensando que tal vez encuentre algo interesante si

comparo sus historias. —Hizo un gesto con la mano pidiendo más vino. Esta vez pagó, y pagó la primera jarra también, aunque la casa hubiera olvidado de buen grado el pago. Tuve la impresión de que la gente de Enebro estaba acostumbrada a dar a los Custodios todo lo que querían. Cabestro tenía simplemente un sentido de la ética, al menos en lo que a la gente del Coturno se refería. No tenía intención de hacer sus vidas más duras de lo que ya lo eran.

No pude evitar el que me gustara a ciertos niveles.

—¿No vas a proseguir el asunto Krage, entonces?

—Oh, sí. Por supuesto. Los cuerpos han desaparecido. Pero eso no es raro. Probablemente aparecerán al otro lado del río dentro de un par de días, si están muertos. O gritando pidiendo sangre si no lo están. —Golpeó con un dedo un nombre de su lista—. Este tipo no deja de merodear por el mismo lugar. Quizás hable con él mientras estoy aquí. Se llama Cuervo.

Sentí que la sangre abandonaba mi rostro.

—¿Quién?

Me miró de una forma extraña. Me obligué a relajarme, a parecer casual. Sus cejas descendieron.

—Un tipo llamado Cuervo. El extranjero que se supone que tenía su rencilla con Krage. Está en el mismo lugar que ese otro tipo en mi lista de recogedores de leña. Quizá le haga algunas preguntas.

—Cuervo. Un nombre poco usual. ¿Qué sabes de él?

—Sólo que es un extranjero, y eso se supone que es una mala noticia. Lleva por aquí un par de años. Uno de esos que siempre van a la deriva. Está con la gente del Cráter.

La gente del Cráter eran los Rebeldes refugiados que se habían establecido en Enebro.

—¿Me haces un favor? Es muy difícil, pero este tipo podría ser el fantasma del que te hablé el otro día. Piensa un poco. Finge que nunca has oído el nombre. Pero dame una descripción física. Y descubre si hay alguien con él.

Cabestro frunció el ceño. Aquello no le gustó.

—¿Es importante?

—No lo sé. Podría serlo.

—Está bien.

—Guarda todo el asunto debajo de tu sombrero si puedes.

—Ese tipo significa algo para ti, ¿eh?

—Si es el tipo que conocí, y que creía que estaba muerto, sí. Él y yo tuvimos algunos asuntos juntos.

Sonrió.

—¿Personales?

Asentí. Tanteaba cuidadosamente el camino. Aquello era delicado. Si era mi Cuervo, tenía que ir con cuidado. No me atrevía a dejar que lo atraparan en las redes

de nuestra operación. Sabía malditamente demasiado. Podía poner al descubierto a la mitad de oficiales y suboficiales de la Compañía. Y hacer que los liquidaran.

Decidí que Cabestro respondería mucho mejor si mantenía el asunto bajo un velo de misterio, con Cuervo convertido por implicación en un antiguo enemigo. Alguien sobre quien yo haría todo lo posible por saltar en la oscuridad, pero no alguien importante de ninguna otra forma.

—Entiendo —dijo. Me miró de una forma un tanto diferente, como si se alegrara de descubrir que yo no era distinto de los demás después de todo.

Infiernos, no lo soy. Pero me gusta fingir que sí lo soy, la mayor parte del tiempo. Le dije:

—Voy a volver a Tejadura. Quiero hablar con un par de tipos.

—¿Sabrás encontrar el camino?

—Por supuesto. Hazme saber lo que hayas descubierto.

—Lo haré.

Nos separamos. Eché a andar colina arriba tan rápido como unas piernas de cuarenta años podían llevarme.

Reuní a Elmo y Goblin allá donde nadie pudiera escucharnos.

—Puede que tengamos un problema, amigos.

—¿Como cuál? —quiso saber Goblin. Había estado ansiando que yo hablara desde el minuto mismo en que los convoqué. Supongo que mi aspecto era un tanto preocupado.

—Hay un tipo llamado Cuervo que opera en el Coturno. El otro día, cuando yo estaba allí con Cabestro, creí ver a alguien en la distancia que se parecía a nuestro Cuervo, pero entonces no le hice demasiado caso.

Se pusieron rápidamente tan nerviosos como yo.

—¿Estás seguro de que es él? —preguntó Elmo.

—No. Todavía no. Tapé como pude el asunto al momento mismo en que oí el nombre de Cuervo. Dejemos que Cabestro piense que es un viejo enemigo al que deseo clavarle un cuchillo. Va a preguntar por mí por ahí mientras se ocupa de sus propios asuntos. Me dará una descripción. Verá si Linda está con él. Probablemente todo no sean más que fantasmas, pero quería que lo supierais. Por si acaso.

—¿Y si es él? —preguntó Elmo—. ¿Qué hacemos entonces?

—No lo sé. Puede que sea un gran problema. Si Susurro tenía alguna razón por mostrarse interesada, como por el hecho de que él se relacione por ahí con los refugiados Rebeldes... Bueno, ya sabéis.

—Creo que Silencioso dijo que Cuervo iba a ir tan lejos que nadie sería capaz de volver a encontrarlo nunca —meditó Goblin.

—Quizá pensó que ya había ido lo bastante lejos. Esto está malditamente cerca del fin del mundo. —Lo cual, en parte, era uno de los motivos por los que estaba tan nervioso. Era el tipo de lugar que podía imaginar para que Cuervo se asentara en él. Lo suficientemente lejos de la Dama como podías ir sin tener que aprender a caminar

sobre las aguas.

—Me parece —dijo Elmo— que deberíamos asegurarnos antes de dejarnos llevar por el pánico. Luego ya decidiremos qué hacer. Creo que éste es el momento de meter a nuestros chicos en el Coturno.

—Eso es lo que estaba pensando hacer. Ya tenía un plan que presentárselo a Susurro, para otra cosa. Digámosle que vamos a ponerlo en marcha, y hagamos que los chicos vigilen a Cuervo.

—¿Quién? —preguntó Elmo—. Cuervo reconocerá a cualquiera que le conozca.

—No es cierto. Utiliza a los que se unieron a nosotros en Hechizo. Envía a Prestamista tan sólo para asegurarte. No es probable que recuerde a los nuevos chicos. Fueron tantos. Si quieres a alguien de confianza para dirigir el asunto y respaldarles, utiliza a Goblin. Apárcalo donde pueda permanecer fuera de la vista pero con las manos en las riendas.

—¿Qué piensas tú, Goblin? —preguntó Elmo.

Goblin sonrió nerviosamente.

—Dame algo que hacer de todos modos. Aquí me va a estallar la cabeza. Esa gente es extraña.

Elmo dejó escapar una risita.

—¿Echas en falta a Un Ojo?

—Casi.

—Muy bien —dije—. Necesitaréis un guía. Ése tendré que ser yo. No quiero que Cabestro meta la nariz más profundamente en esto. Pero ahí abajo creen que soy uno de sus hombres. Tendréis que seguirme desde una cierta distancia. E intentar no parecer lo que sois. No lo pongáis más difícil para vosotros.

Elmo estiró los músculos.

—Iré a buscar a Pivote y Prestamista. Llévalos allá abajo y muéstrales el lugar. Uno de ellos puede volver a buscar a los demás. Adelante y llévate a Goblin. —Se fue.

Y así lo pusimos en marcha. Goblin y los seis soldados ocuparon habitaciones no lejos del cuartel general de Krage. Arriba en la colina, yo fingí que me ocupaba únicamente de nuestra causa.

Aguardé.

ENEBRO: PLANES DE VIAJE

Chozo atrapó a Asa intentando escabullirse.

—¿Qué demonios estás haciendo?

—Necesito salir, Chozo. Voy a volverme loco aquí dentro.

—¿De veras? ¿Quieres saber una cosa, Asa? Los Inquisidores te están buscando. El propio Cabestro estuvo aquí el otro día, y me preguntó por ti. —Chozo estaba tensando ligeramente los hechos.

El interés de Cabestro no había sido muy intenso. Pero tenía algo que ver con las Catacumbas. Cabestro y su secuaz estaban en el Coturno casi todos los días, preguntando, preguntando, haciendo preguntas. No necesitaba que Asa se enfrentara a Cabestro cara a cara. Asa se dejaría llevar por el pánico o se derrumbaría ante un interrogatorio. En cualquier caso, Chozo de Castañas se vería en apuros malditamente aprisa.

—Asa, si te atrapan, estamos todos muertos.

—¿Por qué?

—Has estado gastando esas monedas viejas. Están buscando a alguien con un montón de dinero antiguo.

—¡Maldito sea ese Cuervo!

—¿Qué?

—Él me dio el dinero. Como mi parte. Soy rico. Y ahora tú me dices que no puedo gastarlo sin que me cojan.

—Cuervo probablemente imaginó que lo retendrías hasta que muriera toda la excitación. Por aquel entonces él ya se habría ido.

—¿Ido?

—Se marcha tan pronto como abran el puerto.

—¿Adónde?

—Hacia el sur, a alguna parte. No quiere hablar de ello.

—¿Y qué voy a hacer yo? ¿Seguir bregando para ganarme la vida? Maldita sea, Chozo, eso no es justo.

—Míralo desde el lado bueno, Asa. Ya nadie quiere matarte.

—¿De veras? Ahora es Cabestro quien va tras de mí. Quizás hubiera podido hacer un trato con Krage. Cabestro no hace tratos. ¡Eso no es justo! Toda mi vida...

Chozo no escuchaba. Oía demasiado a menudo la misma canción.

—¿Qué puedo hacer, Chozo?

—No lo sé. Permanecer oculto, supongo. —Tenía el destello de una idea—. ¿Qué te parece marcharte de Enebros por una temporada?

—Sí. Puede que tengas razón. Ese dinero puede gastarse igual en cualquier otra parte, ¿no?

—No lo sé. Nunca he viajado.

—Pregúntaselo a Cuervo cuando aparezca.

—Asa...

—Hey, Chozo, vamos. No te va a hacer ningún daño el preguntar. Todo lo que puede hacer es decir no.

—Lo que quieras, Asa. Lamentaré verte partir.

—Por supuesto que sí, Chozo. Por supuesto que sí. —Cuando Chozo se agachaba para salir por la puerta, Asa llamó—: Espera un segundo.

—¿Sí?

—Esto..., resulta difícil de decir. Nunca te di las gracias.

—¿Gracias por qué?

—Me salvaste la vida. Me trajiste de vuelta, ¿no?

Chozo se encogió de hombros, asintió.

—No fue gran cosa, Asa.

—Claro que sí, Chozo. Y lo recordaré siempre. Te lo debo.

Chozo fue escaleras abajo antes de sentirte más embarazado. Descubrió que Cuervo había regresado. El hombre estaba enzarzado en una de sus animadas charlas con Linda. Discutiendo de nuevo. Tenían que ser amantes. Maldito fuera todo. Aguardó hasta que Cuervo se dio cuenta de que le estaba observando.

—Asa quiere verte. Creo que desea ir contigo cuando te marches.

Cuervo rió quedamente.

—Eso resolvería tu problema, ¿no?

Chozo no negó que se sentiría mucho más comfortable con Asa fuera de Enebro.

—¿Qué opinas?

—En realidad no es una mala idea. Asa no es gran cosa, pero necesito hombres. Siento un cierto afecto hacia él. Y el hecho de que él esté fuera de aquí ayudará a cubrir mi rastro.

—Llévatelo con mi bendición.

Cuervo empezó a subir la escalera. Chozo dijo:

—Espera. —No sabía cómo enfocar aquello, porque no sabía si era importante. Pero sería mejor que se lo dijera a Cuervo—. Cabestro ha estado rondando mucho por el Coturno últimamente. Él y uno de sus secuaces.

—¿Y?

—Pienso que tal vez esté más cerca de lo que creemos. Por un lado, estuvo aquí buscando a Asa. Por el otro, ha estado haciendo preguntas sobre ti.

El rostro de Cuervo se vació.

—¿Sobre mí? ¿Cómo?

—Discretamente. ¿Recuerdas la esposa Sal de mi primo Eximio? Su hermano está casado con una de las primas de Cabestro. Sea como sea, Cabestro todavía conoce a mucha gente aquí abajo, de antes de que se uniera a los Custodios. Les ayuda a veces, de modo que algunos de ellos le cuentan cosas que quiere saber...

—Capto el cuadro. Vayamos al asunto.

—Cabestro estuvo preguntando por ti. Quién eres, de dónde vienes, cuáles son tus amigos..., cosas así.

—¿Por qué?

Chozo sólo pudo encogerse de hombros.

—Muy bien —dijo Cuervo—. Gracias. Lo comprobaré.

ENEBRO: ECHANDO HUMO

Goblin estaba de pie al otro lado de la calle, reclinado contra un edificio, mirando intensamente. Fruncí furioso el ceño. ¿Qué demonios estaba haciendo en la calle? Cabestro podía reconocerle y darse cuenta de que estábamos jugando a nuestro propio juego.

Evidentemente, deseaba decirme algo.

Cabestro estaba a punto de entrar en otra de las incontables tabernas. Le dije:

—Voy a echar una meada en el callejón.

—De acuerdo. —Entró. Me deslicé al callejón y oriné. Goblin se reunió allí conmigo.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

—Lo que ocurre, Matasanos, es que es él. Cuervo. Nuestro Cuervo. No sólo él, sino Linda también. Es camarera en un lugar llamado El Lirio de Hierro.

—Maldita sea —murmuré.

—Cuervo vive allí. Están haciendo todo un espectáculo de que no se conocen demasiado, pero Cuervo cuida de ella.

—¡Maldita sea! —repetí—. ¡Tenía que ser! ¿Qué hacemos ahora?

—Quizás inclinarnos y darnos un beso de adiós en nuestros respectivos culos. Puede que el bastardo esté metido en medio de un asunto de venta de cadáveres. Todo lo que hemos descubierto apunta en esa dirección.

—¿Cómo has podido descubrir eso cuando Cabestro no ha podido?

—Tengo recursos que Cabestro no tiene.

Asentí. Era cierto. A veces resulta útil tener a un hechicero por los alrededores. A veces no, si eres uno de esos hijoputas de arriba en Tejadura.

—Apresúrate —dije—. Cabestro empezará a preguntarse dónde estoy.

—Cuervo tiene su propio carro y su propio equipo. Lo guarda al otro lado de la ciudad. Normalmente sólo lo toma a última hora de la noche. —Asentí. Ya habíamos decidido que los ladrones de cuerpos trabajaban en el turno de noche—. Pero... —dijo—, y va a encantarte esto, Matasanos, en una ocasión lo sacó de día, hace poco. Por coincidencia, el mismo día que alguien forzó las Catacumbas.

—Oh, vaya.

—Le he echado un vistazo a ese carro, Matasanos. Hay sangre en él. Bastante fresca. La sitúo alrededor del día en que ese prestamista y sus compinches desaparecieron.

—Oh, vaya —repetí—. Mierda. Estamos metidos en ello. Mejor vete. Voy a tener que pensar ahora en una historia para Cabestro.

—Hasta luego.

—Sí.

En aquel momento estaba dispuesto a dejarlo correr todo. La desesperación me abrumó. Aquel maldito loco de Cuervo..., sabía exactamente lo que estaba haciendo. Reuniendo una buena cantidad de dinero vendiendo cadáveres y saqueando tumbas. Su conciencia no le molestaba. En esta parte del mundo, tales cosas tenían muy poca importancia. Y tenía una causa: Linda.

No podía separarme de Cabestro. Deseaba desesperadamente correr con Elmo, pero tenía que seguir haciendo preguntas con el Inquisidor.

Alcé la vista hacia la ladera norte, al castillo negro, y pensé en él como la fortaleza que Cuervo había construido.

Me dije que me estaba dejando llevar demasiado. Las evidencias todavía no eran concluyentes..., pero lo eran. Lo suficiente. Mis empleadores no solían aguardar a tecnicismos legales o pruebas absolutas.

Elmo se mostró también impresionado.

—Podríamos matarle. Entonces no habría ningún riesgo de que dijera nada.

—¡Oh, vamos, Elmo!

—No hablaba en serio. Pero sabes que lo haría si las elecciones se volvieran demasiado escasas.

—Sí. —Todos lo haríamos. O lo intentaríamos. Puede que Cuervo no nos dejara. Era el hijo de puta más duro que he conocido nunca—. Si me lo preguntas, deberíamos reunirnos con él y decirle simplemente que salga de Enebro como si le persiguieran todos los diablos.

Elmo me lanzó una mirada de disgusto.

—¿No has estado prestando atención? En estos momentos la única forma de entrar o salir es la que tomamos nosotros. El puerto está helado. Los pasos están nevados. ¿Crees que podemos conseguir que Susurro saque volando a algunos civiles si se lo pedimos?

—Civiles. Goblin dice que Linda está todavía con él.

Elmo parecía pensativo. Empecé a decir algo más. Agitó una mano pidiendo silencio. Aguardé. Finalmente preguntó:

—¿Qué haría si te viera? ¿Si ha estado mezclándose con el grupo del Cráter?

Hice chasquear la lengua.

—Sí. No pensé en eso. Déjame comprobar algo.

Busqué a Cabestro.

—¿Tú o el Duque tenéis a alguien dentro del grupo del Cráter?

Pareció desconcertado.

—Quizá. ¿Por qué?

—Tengamos una sentada con ellos. Una idea. Puede que nos ayuden a resolver algo.

Me miró durante un largo momento. Quizás era más agudo de lo que pretendía.

—De acuerdo. No es que puedan saber mucho. La única razón de que no les hayamos apretado los tornillos que no tienen ninguna importancia. Se limitan a

reunirse y a hablar de los viejos días. Ya no les queda ninguna pelea que librar.

—Echemos una mirada de todos modos. Quizá sean menos inocentes de lo que parecen.

—Dame media hora.

Lo hice. Y cuando se agotó el tiempo, él y yo estábamos sentados junto con dos policías secretos. Él y yo nos turnamos haciendo preguntas, cada cual desde su propio ángulo.

Ninguno de los dos conocía a Cuervo, al menos no por ese nombre, eso era un alivio. Pero había algo allí, y Cabestro lo captó de inmediato. Se aferró a ello hasta que tuvo algo que masticar.

—Me voy con mi jefe —le dije—. Querrá saber acerca de esto. —Había dejado caer una diversión. Pareció calar en Cabestro.

—Lo plantearé con Hargadón. No se me ocurrió que pudieran ser forasteros. Políticos. Ése podría ser el motivo de que el dinero no aparezca. Quizá también estén vendiendo cadáveres.

—Las rebeliones necesitan dinero —observé.

Hicimos nuestro movimiento la noche siguiente, a insistencia de Susurro, por encima de las objeciones del Duque, pero con el apoyo del Custodio jefe. El Duque quería que todavía no nos dejáramos ver. A los Custodios les importaba un ardite. Simplemente deseaban salvar su reputación.

* * *

Elmo apareció deslizándose entre las sombras nocturnas.

—¿Preparados aquí? —susurró.

Miré a los cuatro hombres que tenía conmigo.

—Preparados. —Todos los hombres de la Compañía en Enebro estaban allí, junto con la policía secreta del Duque y una docena de hombres de Cabestro. Había pensado que su trabajo era estúpido, pero aún así me había asombrado el descubrir cuán pocos hombres empleaba realmente su oficina. Todos menos uno estaban allí. El que faltaba estaba legítimamente enfermo.

Elmo emitió un sonido parecido al mugir de una vaca, lo repitió tres veces.

Los en su tiempo Rebeldes estaban reunidos para su confabulación regular. Sonreí ligeramente, pensando en la sorpresa que iban a llevarse. Pensaban que estaban seguros de la Dama con sus dos mil quinientos kilómetros y sus siete años de distancia.

Tomó menos de un minuto. Nadie resultó herido. Simplemente se nos quedaron mirando estúpidamente, con los brazos colgando a sus costados. Luego uno de ellos incluso nos reconoció, y gruñó:

—La Compañía Negra. En Enebro.

Luego otro:

—Esto se ha acabado. Es el fin. Ella ha ganado.

No parecía importarles mucho. De hecho, algunos parecían aliviados.

Todo se realizó tan suavemente que ninguno de los vecinos se dio siquiera cuenta de lo que ocurría. La incursión más discreta que jamás haya visto. Los llevamos a Tejadura, y Susurro y Pluma se pusieron al trabajo.

Tan sólo esperaba que uno de ellos no supiera demasiado.

Había hecho mi apuesta con la esperanza de que Cuervo no les hubiera dicho quién era Linda. Si lo había hecho, había hundido el techo de la casa en lugar de dirigir la atención hacia otro lado.

No oí nada de Susurro, así que supuse que había ganado.

ENEBRO: MIEDO

Cuervo entró violentamente por la puerta de El Lirio. Chozo alzó la vista, sobresaltado. Cuervo se reclinó contra el marco de la puerta, jadeante. Parecía como si hubiera visto la muerte a la cara. Chozo puso su trapo a un lado y se apresuró hacia él, con una botella de barro en la mano.

—¿Qué ha ocurrido?

Cuervo miró por encima de su hombro, a Linda, que estaba sirviendo a un solitario cliente de pago de Chozo. Sacudió la cabeza, inspiró profundamente varias veces, se estremeció.

¡Estaba asustado! ¡Por todo lo que era sagrado, el hombre estaba aterrorizado! Chozo se sintió asombrado. ¿Qué podía haberlo puesto en este estado? Ni siquiera el castillo negro lo impresionaba.

—Cuervo. Ven aquí y siéntate. —Tomó a Cuervo del brazo. El hombre le siguió dócilmente. Chozo captó la mirada de Linda, le hizo seña de que trajera dos jarras y otra botella.

Linda echó una mirada a Cuervo y olvidó a su cliente. Estaba allí con jarras y botella a los pocos segundos, con los dedos agitándose hacia Cuervo.

Cuervo no veía nada.

—¡Cuervo! —exclamó Chozo en un seco susurro—. ¡Recóbrate, hombre! ¿Qué demonios ha ocurrido?

Los ojos de Cuervo se enfocaron. Miró a Chozo, a Linda, al vino. Engulló el contenido de la jarra de un solo sorbo, la depositó sobre la mesa con un ruido seco. Linda la llenó de nuevo.

El cliente protestó por haber sido abandonado.

—Sírrete tú mismo —le dijo Chozo.

El hombre siguió protestando.

—Entonces vete al infierno —dijo Chozo—. Habla, Cuervo. ¿Tenemos problemas?

—Uh... No. No nosotros, Chozo. Yo. —Se estremeció como un perro al salir del agua, miró a Linda. Sus dedos empezaron a hablar.

Chozo captó la mayor parte de su conversación. Cuervo le dijo que empacara sus cosas. Tenían que salir huyendo de nuevo.

Linda quiso saber por qué.

Porque nos han encontrado, le dijo Cuervo.

¿Quiénes?, preguntó Linda.

La Compañía. Están aquí, en Enebro.

Linda no pareció alterada por aquello. Negó la posibilidad.

¿La Compañía?, pensó Chozo. ¿Qué demonios era aquello?

Están aquí, insistió Cuervo. Fui a la reunión. Llegué tarde. Afortunadamente. Llegué después de que hubiera empezado todo. Los hombres del Duque. Los Custodios. Y la Compañía. Vi a Matasanos y a Elmo y a Goblin. Les oí llamarse unos a otros por sus nombres. Les oí mencionar a Susurro y Pluma. La Compañía está en Enebro, y los Tomados están con ellos. Tenemos que irnos.

Chozo no tenía la menor idea de qué infiernos era todo aquello. ¿Quiénes eran toda aquella gente? ¿Por qué Cuervo estaba asustado?

—¿Cómo vas a ir a ninguna parte, Cuervo? No puedes salir de la ciudad. El puerto sigue helado.

Cuervo le miró como si fuera un hereje.

—Tranquilízate. Cuervo. Utiliza la cabeza. No sé qué demonios está ocurriendo, pero puedo decirte esto. En estos momentos estás actuando más como Chozo de Castañas que como Cuervo. El viejo Chozo es el tipo que se deja llevar por el pánico, ¿recuerdas?

Cuervo consiguió esbozar una débil sonrisa.

—Tienes razón. Sí. Cuervo utiliza el cerebro. —Rió ásperamente—. Gracias, Chozo.

—¿Qué ha ocurrido?

—Digamos simplemente que el pasado ha vuelto. Un pasado que no esperaba ver de nuevo. Háblame de ese esbirro que dijiste que Cabestro llevaba siempre consigo últimamente. Por lo que he oído, Cabestro es un solitario.

Chozo describió al hombre, aunque no podía recordarlo bien. Su atención estaba fijada en Cabestro. Linda se situó de tal modo que pudiera leer sus labios. Formó una palabra con los suyos.

Cuervo asintió.

Matasanos.

Chozo se estremeció. El nombre sonaba siniestro.

—¿Algún tipo de asesino a sueldo?

Cuervo rió quedamente.

—No. En realidad es médico. Y bastante competente además, pese al nombre. Pero tiene otros talentos. Como ser capaz de buscarme a la sombra de Cabestro. ¿Quién le prestaría atención? Todo el mundo estaría demasiado preocupado con el maldito Inquisidor.

Linda hizo una rápida sucesión de signos. Fueron demasiado rápidos para Chozo, pero creyó que le estaba censurando a Cuervo, diciéndole que Matasanos era su amigo y que no podía estar persiguiéndole. Era una coincidencia que sus caminos se hubieran cruzado.

—Ninguna coincidencia en absoluto —contraatacó Cuervo, tanto en voz alta como por signos—. Si no me están persiguiendo, ¿por qué su presencia en Enebro? ¿Por qué hay dos de los Tomados aquí?

Linda respondió de nuevo demasiado rápido para que Chozo pudiera captarlo

todo. Parecía estar discutiendo acerca de que si alguien llamado la Dama tenía sospechas de que él estaba allí, no hubiera enviado a Matasanos o a alguien llamado Silencioso.

Cuervo se la quedó mirando sus buenos quince segundos, frío e inmóvil como una piedra. Engulló otra jarra de vino. Luego dijo:

—Tienes razón. Absolutamente razón. Si me estuvieran buscando, ya me hubieran encontrado. Y a ti. Los propios Tomados hubieran caído sobre nosotros. Así que tiene que ser una coincidencia, después de todo. Pero, coincidencia o no, los principales secuaces de la Dama están en Enebro. Y están buscando algo. ¿Qué? ¿Por qué?

Ése era el viejo Cuervo. Frío y duro y pensando.

Linda agitó las manos: el castillo negro.

El humor de Chozo se desvaneció. Cuervo miró a la muchacha durante varios segundos, miró en la dirección general del castillo negro. Luego miró a Linda de nuevo.

—¿Por qué?

Linda se encogió de hombros. Hizo signos:

No hay ninguna otra cosa en Enebro que pueda atraerla.

Cuervo pensó algunos minutos más. Luego se volvió a Chozo.

—Chozo, ¿te he hecho rico? ¿He sacado tu culo lo suficientemente fuera de problemas?

—Por supuesto, Cuervo.

—Entonces me debes un favor. Algunos enemigos míos muy poderosos están en Enebro. Están trabajando con los Custodios y el Duque, y probablemente estén aquí a causa del castillo negro. Si me descubren, voy a tener problemas.

Chozo de Castañas tenía la barriga llena. Tenía un lugar cálido donde dormir. Su madre estaba segura. No tenía deudas, y ninguna amenaza inmediata colgaba sobre su cabeza. El hombre que tenía delante era el responsable de todo aquello. También era responsable de cargarle con una conciencia agónicamente culpable, pero eso podía olvidarlo.

—Pide. Haré lo que pueda.

—También te ayudarás a ti mismo, si están buscando en el castillo. A ti, a mí y a Asa. Cometimos un error entrando en las Catacumbas. Pero no importa. Quiero que descubras lo que puedas acerca de lo que ocurre en Tejadura. Si necesitas dinero para sobornos, dímelo. Yo lo cubriré.

Desconcertado, Chozo dijo:

—Por supuesto. ¿No puedes decirme algo más?

—No hasta que sepa un poco más. Linda, reúne tus cosas. Tenemos que desaparecer.

Por primera vez Chozo protestó:

—¡Hey! ¿Qué vais a hacer? ¿Cómo se supone que voy a llevar este lugar sin ella?

—Tráete a esa chica, Lisa. Trae a tu primo. No me importa. Tenemos que desaparecer.

Chozo frunció el ceño.

—La quieren más a ella de lo que me quieren a mí —dijo Cuervo.

—Es sólo una muchacha.

—Chozo.

—Sí, señor. ¿Cómo nos mantendremos en contacto, señor?

—No lo harás. Yo me mantendré en contacto contigo. Linda, vámonos. Hay Tomados ahí arriba.

—¿Qué son los Tomados? —preguntó Chozo.

—Si tienes dioses, Chozo, rézales para que nunca lo descubras. Rézales mucho. —Y, cuando Linda regresó con sus escasas pertenencias, Cuervo dijo—: Creo que deberías reconsiderar el abandonar Enebro conmigo. Van a empezar a ocurrir cosas por aquí, y no van a gustarte.

—Tengo que cuidar de mi madre.

—Piensa en ello de todos modos, Chozo. Sé de lo que estoy hablando. Yo trabajé para esa gente.

ENEBRO: CHARLA CON SUSURRO

Cuervo se desvaneció para nosotros. Ni siquiera Goblin pudo hallar ninguna huella. Pluma y Susurro trabajaron a nuestros prisioneros hasta vaciarlos por completo, y no consiguieron nada sobre nuestro viejo amigo. Llegué a la conclusión de que Cuervo había usado un nombre ficticio en su trato con ellos.

¿Por qué no lo había usado también en el Coturno? ¿Locura? ¿Estupidez? ¿Orgullo? Por lo que puedo recordar, Cuervo tenía mucho de todo ello.

Cuervo no era su auténtico nombre, del mismo modo que Matasanos no es el mío. Pero es el nombre por el que le conocimos durante el año que sirvió con nosotros. Ninguno de nosotros, excepto quizás el Capitán, sabía su auténtico nombre. En sus tiempos, en Ópalo, había sido un hombre de importancia. Eso sí lo sabía. Él y el Renco se convirtieron en acerbos enemigos cuando el Renco utilizó a su esposa y sus amantes para despojarlo de sus derechos y títulos. Eso sí lo sabía también. Pero no quién era antes de que se convirtiera en un soldado de la Compañía Negra.

Temía decirle al Capitán lo que había descubierto. Él quería a Cuervo. Eran como hermanos. Creo que el Capitán se sintió herido cuando Cuervo desertó. Se sentiría mucho más profundamente herido cuando supiera lo que su amigo había hecho en Enebro.

Susurro nos convocó para anunciarnos los resultados de los interrogatorios. Dijo hoscamente:

—No nos hemos anotado exactamente un triunfo, caballeros. Todos excepto un par de esos hombres eran aficionados. A todos les quitamos las ansias de lucha allá en Hechizo. Pero hemos averiguado que el castillo negro *ha estado* comprando cadáveres. Sus moradores compran incluso cuerpos vivos. Dos de nuestros cautivos les han estado vendiendo. Recaudando fondos para los Rebeldes.

La idea de comerciar con cadáveres era repelente, pero no especialmente perversa. Me pregunté qué uso tendría la gente del castillo negro para ellos.

Susurro continuó:

—Ellos no fueron responsables de la incursión a las Catacumbas. De hecho, no tienen ningún interés para nosotros. Los vamos a entregar a los Custodios para que hagan lo que quieran con ellos. Vosotros, caballeros, volveréis a la ciudad y continuaréis cavando.

—¿Perdón, señora? —dijo Elmo.

—En alguna parte en Enebro hay alguien que está alimentando al castillo negro. Encontradlo. La Dama lo desea.

Cuervo, pensé. Tenía que ser Cuervo. Simplemente tenía que serlo. Debíamos encontrar a ese hijo de puta, sí. Y sacarlo de la ciudad o matarlo.

Tienen que comprender lo que significa la Compañía. Para nosotros es padre,

madre, familia. Somos hombres sin ninguna otra cosa a la que agarrarnos. El que Cuervo fuera atrapado significaría matar a la familia, figurativa y literalmente. La Dama desbandaría lo que quedara del equipo después de machacarnos por no entregar a Cuervo en su momento.

Le dije a Susurro:

—Podría ayudar si supiéramos a lo que nos enfrentamos. Resulta difícil tomarse algo en serio cuando nadie te dice nada. ¿Cuál es el punto del ejercicio? Ese castillo es malditamente extraño, lo garantizo. ¿Por qué deberíamos preocuparnos por él?

Susurro pareció pensar en ello. Durante varios segundos sus ojos se volvieron vacíos. Había trasladado el asunto a una autoridad superior. Estaba en comunión con la Dama. Cuando regresó dijo:

—El castillo negro tiene sus raíces en el Túmulo.

Eso atrajo nuestra atención. Croé:

—¿Qué?

—El castillo negro es el agujero de escape del Dominador. Cuando alcance un cierto tamaño y se establezcan un cierto conjunto de circunstancias, las criaturas que viven ahí, que son sus criaturas, su corazón y su alma, lo conjurarán fuera del Gran Túmulo. Y lo traerán aquí.

Varios hombres bufaron, incrédulos. Parecía algo demasiado cogido por los pelos, pese a todas las cosas extrañas y todas las hechicerías que hemos visto.

Susurro dijo:

—El Dominador previo su derrota a manos de la Rosa Blanca, aunque no la traición de la Dama. Antes incluso de que cayera la Dominación, empezó a preparar su retorno. Envió a uno de sus fieles seguidores hasta aquí con la semilla del castillo negro. Algo fue mal. Nunca planeó esperar tanto tiempo. Quizá desconocía la preocupación de Enebro por preservar a sus muertos. ¿Qué es lo que aguardan? ¿Un barco que los lleve al paraíso?

—Lo dudo —admití—. Lo he estudiado, pero todo el asunto me parece pura charla de monos. Pero sigamos. ¿El Dominador va a surgir entre nosotros aquí?

—No si podemos detenerlo. Pero tal vez hayamos llegado demasiado tarde. Ese hombre. Si no lo detenemos pronto, *será* demasiado tarde, el portal ya casi está preparado para abrirse.

Miré a Elmo. Elmo me miró a mí. Oh, muchacho, pensé. Si Cuervo supiera lo que estaba haciendo... Pero pese a todo no podía sentirme trastornado. Lo hacía por Linda. No podía saber que le estaba haciendo el trabajo al Dominador. De otro modo no lo hubiera hecho. Hubiera hallado alguna otra forma... ¿Qué demonios pensaba hacer con tanto dinero?

Tenía que encontrarle. A eso se reducía todo. Hiciéramos lo que hiciéramos a partir de ahora, nuestro principal objetivo, en bien de la Compañía, tenía que ser advertirle.

Miré a Elmo. Asintió. A partir de este momento lucharíamos por la supervivencia

del equipo.

En alguna parte, de alguna forma, Cuervo debía de haber oído el peligro. Goblin había mirado bajo cada piedra en el Coturno, escrutado cada callejón, vivido prácticamente en El Lirio de Hierro, y pese a todo sólo había hallado un gran pedazo de nada. El tiempo seguía avanzando. El clima se estaba volviendo amenazadoramente cálido. Y cada vez nos sumíamos en un pánico mayor.

ENEBRO: CHANTAJE

Cuervo partió inmediatamente después de que se abriera el canal exterior. Chozo fue a despedirle..., y sólo entonces descubrió la naturaleza marítima de sus inversiones. Se había hecho construir y aparejar un barco. Un barco completamente nuevo, tripulación incluida, y más grande que cualquier otra cosa que Chozo hubiera visto hasta entonces.

«No me sorprende que necesitara una fortuna», meditó. ¿Cuántos cuerpos habían construido aquello?

Regresó aturdido a El Lirio. Se sirvió un poco de vino, se sentó mirando a la nada.

—Ese Cuervo es un hombre de visión —murmuró a nadie—. De todos modos, me alegro de que se haya ido. Y también Asa. Quizá las cosas puedan volver ahora a la normalidad.

* * *

Chozo se compró una casita cerca del Recinto. Instaló allí a su madre con tres sirvientes. Era un alivio librarse de su perversa mirada ciega.

Tenía trabajadores en El Lirio todos los días. Interferían con el negocio, pero éste se mantenía bueno. El puerto volvía a estar activo. Había trabajo para cualquiera que lo deseara.

Chozo era incapaz de manejar su prosperidad. Se dejaba arrastrar por cada impulso que había conocido durante su empobrecimiento. Compró ropas finas que no se atrevió a llevar. Fue a lugares frecuentados solamente por los ricos. Y compró las atenciones de hermosas mujeres.

Las mujeres son muy caras cuando fingen ser alguien de la parte de arriba de la ladera.

Un día Chozo fue a su caja secreta del dinero y la halló vacía. ¿Todo el dinero había desaparecido? ¿Dónde? Las mejoras en El Lirio todavía no estaban terminadas. Les debía a los operarios. Les debía a la gente que se ocupaba de su madre. ¡Maldita sea! ¿Estaba de vuelta allá donde había empezado?

No. Tenía sus beneficios.

Bajó rápidamente las escaleras, a la caja del dinero del negocio; la abrió, suspiró aliviado. Todos sus gastos habían salido de la caja de arriba.

Pero algo estaba mal. Tampoco había lo suficiente en la caja como para...

—Hey, Eximio.

Su primo le miró, tragó saliva, echó a correr hacia la puerta, salió del local. Desconcertado, Chozo se apresuró a salir también, vio a Eximio desaparecer en un

callejón. Entonces le golpeó la verdad.

—¡Maldito seas! —chilló—. ¡Maldito seas, condenado ladrón! —Volvió e intentó imaginar cómo estaba la situación.

Una hora más tarde les dijo a los obreros que se fueran. Dejó a su nueva chica Lisa a cargo del negocio, inició la ronda de sus proveedores.

Eximio lo había estrujado a fondo. Había comprado a crédito y se había embolsado el dinero de las facturas. Chozo cubrió sus deudas a medida que iba haciendo su ronda, sintiéndose cada vez más alarmado al ver que sus reservas menguaban. Cuando ya apenas le quedaba algo más que un cobre, regresó a El Lirio e hizo inventario.

Al menos Eximio no había vendido lo que había comprado a crédito. El Lirio estaba bien provisto.

Sólo que, ¿qué iba a hacer con su madre?

La casa estaba pagada. Eso era una tranquilidad. Pero la vieja mujer necesitaba la ayuda de sus sirvientes para sobrevivir. Y no podía pagar los sueldos. Pero no deseaba volver a traerla a El Lirio. Podía vender toda aquella ropa. Había gastado una fortuna en ella y nunca se la pondría. Hizo algunos números. Sí. Vendería la ropa y podría sostener a su madre hasta el próximo verano.

No más ropa. No más mujeres. No más mejoras en El Lirio... Quizás Eximio no se lo hubiera gastado todo.

Hallar a Eximio no resultó difícil. Regresó con su familia tras permanecer dos días escondido. Pensó que Chozo soportaría la pérdida. No sabía que estaba tratando con un nuevo Chozo.

Chozo entró en tromba en el diminuto apartamento de una sola habitación de su primo, tras abrir la puerta de una patada.

—¡Eximio!

Eximio chilló. Sus hijos y su esposa y su madre empezaron a hacer preguntas al mismo tiempo. Chozo los ignoró.

—¡Eximio, lo quiero todo de vuelta! ¡Hasta el último maldito cobre!

La esposa de Eximio se interpuso en su camino.

—Cálmate, Castañas. ¿Qué ocurre?

—¡Eximio! —Eximio se acurrucada en un rincón—. Apártate de mi camino, Sal. Ese maldito me ha robado cerca de un centenar de levas. —Chozo agarró a su primo y lo arrastró a la puerta—. Las quiero de vuelta.

—Chozo...

Chozo le dio un empujón. Se tambaleó hacia atrás, tropezó, rodó un tramo de escaleras abajo. Chozo cargó tras él, lo empujó otro tramo.

—Chozo, por favor...

—¿Dónde está el dinero, Eximio? Quiero el dinero.

—No lo tengo, Chozo. Lo gasté. De veras. Los chicos necesitaban ropa. Teníamos que comer. No pude evitarlo, Chozo. Tú tenías tanto... Eres familia, Chozo. Se

supone que debes ayudar.

Chozo lo arrastró a la calle, lo pateó en los testículos, tiró de él hasta ponerlo en pie de nuevo, empezó a abofetearle.

—¿Dónde está, Eximio? No puedes haber gastado tanto. Demonios, tus chicos siguen llevando harapos. Te pagaba lo suficiente para que pudieras arreglar eso. Porque eres familia. Quiero el dinero que me robaste. —Mientras hablaba, echando espuma por la boca, Chozo arrastró a su primo hacia El Lirio.

Eximio gimió y suplicó, negándose a decir la verdad. Chozo supuso que le había robado por encima de las cincuenta levas, lo suficiente para haber completado la renovación de El Lirio. Esto no había sido una simple ratería. Lanzó una furiosa lluvia de golpes.

Arrastró a Eximio hasta la parte de atrás de El Lirio, lejos de ojos curiosos.

—Ahora me estoy poniendo desagradable, Eximio.

—Chozo, por favor...

—Me robaste y me estás mintiendo al respecto. Podría perdonarte si lo hubieras hecho por tu familia. Pero no lo hiciste. Dímelo. O devuélveme el dinero. —Puñeó a Eximio con dureza.

El dolor en sus nudillos de golpear al hombre minó su rabia. Pero entonces Eximio se derrumbó.

—Lo perdí en el juego. Sé que fue una estupidez. Pero estaba tan seguro de que iba a ganar. Me engañaron. Me dejaron creer que iba a forrarme, luego se lo llevaron todo, y la única forma que tuve de salirme de ello fue robar. Me hubieran matado. Le pedí prestado a Gilbert después de decirle lo bueno y generoso que estabas siendo conmigo...

—¿Lo perdiste? ¿Jugando? ¿Le pediste prestado a Gilbert? —murmuró Chozo. Gilbert se había trasladado a los territorios de Krage. Era tan malo como su predecesor—. ¿Cómo puedes ser tan estúpido? —La rabia se apoderó de nuevo de él. Agarró un tablón de una pila de madera para hacer leña y golpeó duro a Eximio con él. Le golpeó de nuevo. Su primo se derrumbó, dejó de intentar parar los golpes.

Chozo se detuvo, repentina y fríamente racional. Eximio no se movía.

—¿Eximio? ¿Eximio? Hey, Eximio. Di algo.

Eximio no respondió.

El estómago de Chozo se contrajo. Arrojó el tablón a la pila.

—Tengo que meter esto dentro antes de que la gente se lo lleve —murmuró. Aferró a su primo por los hombros—. Vamos, Eximio. No te pegaré más.

Eximio siguió sin moverse.

—Oh, mierda —murmuró Chozo—. Lo he matado. —Aquello lo hundió. ¿Y ahora qué? No había mucha justicia en el Coturno, pero la que había era rápida y brutal. Podían colgarle por menos de nada.

Se dio la vuelta, buscando testigos. No vio a nadie. Su mente voló en un centenar de direcciones. Había una salida. Si no había cuerpo, no habría ninguna prueba de

que se había cometido un asesinato. Pero nunca había subido solo aquella colina.

Arrastró apresuradamente a Eximio al montón de madera y lo cubrió. Necesitaba el amuleto para entrar en el castillo negro. ¿Dónde estaba? Corrió al interior de El Lirio, subió la escalera, halló el amuleto, lo examinó. Definitivamente, serpientes entrelazadas. El trabajo era sorprendentemente detallado. Pequeñas joyas engastadas formaban los ojos de las serpientes. Resplandecían amenazadoras al sol del atardecer.

Se metió el amuleto en el bolsillo.

—Chozo, tranquilízate. Déjate llevar por el pánico, y estás muerto. ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que Sal acudiera a la ley? Unos días, seguramente. Tiempo más que suficiente.

Cuervo le había dejado su carro y su tiro. No había pensado en seguir pagándole al del establo. ¿Los habría vendido el hombre? Si era así, iba a tener problemas.

Rebañó todas las monedas de sus cajas, dejó El Lirio al cuidado de Lisa.

El cuidador del establo no había vendido el carro, pero las mulas estaban flacas. Chozo lo maldijo.

—¿Hubiera debido alimentarlas a mis propias expensas, señor?

Chozo le maldijo un poco más y le pagó lo que le debía. Dijo:

—Dales de comer. Y tenlas enganchadas y preparadas para las diez.

Pasó todo el resto de la tarde sumido en el pánico. Alguien podía encontrar a Eximio. Pero ningún representante de la ley entró pisando fuerte. Inmediatamente después de oscurecer se escabulló al establo.

Pasó el viaje sintiéndose aterrado y preguntándose alternativamente cuándo podía valer Eximio. Y cuánto podría conseguir por el carro y las mulas. No lo había tenido en cuenta en sus anteriores cálculos.

Debería ayudar a la familia de Eximio. Tendría que hacerlo. Era lo decente... Estaba adquiriendo demasiadas personas a su cargo.

Entonces se encontró frente a la puerta oscura. El castillo, con toda su monstruosa decoración, era terrible, pero no parecía haber crecido desde la última vez que había estado allí. Llamó como había visto que hacía Cuervo, con el corazón en la garganta. Aferraba el amuleto en su mano izquierda.

¿Qué les estaba haciendo tardar tanto? Golpeó de nuevo. La puerta se abrió de golpe, sobresaltándole. Corrió hasta su carro, hizo avanzar a las mulas.

Entró exactamente como había hecho Cuervo, ignorándolo todo excepto su avance. Se detuvo en el mismo lugar, bajó, arrastró a Eximio fuera.

No acudió nadie durante varios minutos. Empezó a ponerse más y más nervioso, deseoso de haber tenido el buen sentido de acudir armado. ¿Qué garantía tenía de que no se lanzaran sobre él? ¿Aquel estúpido amuleto?

Algo se movió. Jadeó.

La criatura que salió de las sombras era baja y ancha e irradiaba un aire de desdén. No le miró ni un solo momento. Su examen del cadáver fue detallado. Se estaba poniendo difícil, como si fuera algún mezquino oficial insignificante ante un

ciudadano impotente momentáneamente en su poder. Chozo sabía cómo manejar aquello.

Testaruda paciencia y rechazo a irritarse. Permaneció inmóvil y aguardó.

Finalmente la criatura depositó veinticinco monedas de plata al lado de los pies de Eximio.

Chozo hizo una mueca pero recogió el dinero. Regresó a su asiento en el pescante, hizo dar la vuelta al carro, alineó las mulas con la puerta. Sólo entonces registró su protesta.

—Ése era un cadáver de primera calidad. La próxima vez hazlo mejor, o no habrá una próxima vez después de ésta. Tenlo en cuenta. —Salió por la puerta, asombrado ante su temeridad.

Mientras bajaba la colina se puso a cantar. Se sentía grande. Excepto una cada vez más pequeña sensación de culpabilidad respecto a Eximio —el muy bastardo se lo había merecido—, estaba en paz con el mundo. Era libre y estaba seguro, fuera de deudas, y ahora tenía dinero en reserva. Regresó el carro al establo, despertó al encargado, le pagó cuatro meses por anticipado.

—Cuida bien de los animales —le advirtió.

* * *

Un representante del Magistrado del distrito se presentó al día siguiente. Tenía algunas preguntas que hacer acerca de la desaparición de Eximio. Sal había señalado la pelea.

Chozo la admitió.

—Lo pateé hasta sacarle toda la mierda del culo. Pero no sé lo que pueda haberle ocurrido. Simplemente se fue. Yo también me hubiera largado, si tuviera a alguien tan furioso contra mí.

—¿A qué se debió la pelea?

Chozo representó el papel de un hombre que no desea meter a nadie en problemas. Finalmente admitió:

—Trabajaba para mí. Me robó dinero para devolver el dinero que había pedido prestado para pagar deudas de juego. Compruebe con mis proveedores. Ellos le dirán cómo compró a crédito. A mí me dijo que pagaba al contado.

—¿Cuánto dinero fue?

—No puedo decirlo exactamente —replicó Chozo—. Más de cincuenta levas. Todos mis beneficios del verano, y un poco más.

El interrogador silbó suavemente.

—No le culpo por sentirse irritado.

—Sí. No le hubiera negado dinero para ayudar a su familia. Tiene toda una multitud de la que cuidar. Pero perderlo en el juego... Maldita sea, yo estaba caliente. Pedí prestado ese dinero para arreglar este lugar. Los pagos son duros. Probablemente

ahora no podré llegar ni al final del invierno, sólo porque ese bastardo no pudo resistirse al juego. Si lo viera de nuevo, le rompería el cuello.

Fue una buena actuación. Dejó las palabras flotar en el aire.

—¿Desea presentar una queja formal?

Chozo jugó la baza de la reluctancia.

—Es familia. Mi primo.

—Yo le rompería la espalda a mi padre si me hiciera eso a mí.

—Sí. Tiene razón. Presentaré una queja. Pero no lo voy a hacer ahora mismo. Quizá pueda salirse de alguna forma de su apuro. Infiernos, es posible que halle alguna manera de devolverme el dinero. Puede que me mintiera acerca de haberlo perdido todo. Mentía acerca de un montón de cosas. —Chozo sacudió la cabeza—. Trabajó temporalmente para nosotros desde que mi padre regentaba este lugar. Nunca pensé que pudiera hacer algo así.

—Ya sabe como son esas cosas. Uno se endeuda demasiado y los buitres empiezan a girar a su alrededor, y uno hace cualquier cosa para salvar el culo. No se preocupe por mañana. Me ocuparé de ello.

Chozo asintió. Sabía cómo eran esas cosas.

Después de que el hombre del Magistrado hubiera partido, Chozo le dijo a Lisa:

—Voy a salir. —Deseaba una última correría antes de asentarse en el aburrido trabajo de llevar El Lirio.

Eligió a la más hermosa y más hábil mujer que pudo encontrar. Le salió cara, pero valió hasta el último cobre. Regresó a El Lirio deseoso de poder vivir de esa forma todo el tiempo. Aquella noche soñó con la mujer.

Lisa le despertó temprano.

—Hay aquí un hombre que desea verle.

—¿Quién es?

—No lo ha dicho.

Maldiciendo, Chozo se levantó. No hizo nada por ocultar su desnudez. Más de una vez había sospechado que Lisa debía de incluir algo más que tareas de camarera en sus deberes. Pero la muchacha no cooperaba. Tendría que hallar alguna palanca... Sería mejor mirar hacia otro lado. Se estaba obsesionando con el sexo. Eso podía proporcionarle a *alguien* una palanca.

Bajó a la sala común. Lisa señaló a un hombre. No era nadie a quien Chozo conociera.

—¿Deseabas verme?

—¿Tienes algún lugar privado donde podamos hablar?

Un caso difícil. ¿Y ahora qué? No le debía nada a nadie. Ya ni siquiera tenía enemigos.

—¿Qué es lo que te trae por aquí?

—Hablemos de tu primo. El que no desapareció de la forma que cree la gente.

El estómago de Chozo se anudó. Ocultó su inquietud.

—No comprendo.

—Supongamos que alguien vio lo que ocurrió.

—Ven a la cocina.

El visitante de Chozo echó un vistazo hacia atrás desde la puerta de la cocina.

—Desde la gatera alguien podría intentar escuchar. —Luego ofreció a Chozo un relato exacto de la muerte de Eximio.

—¿Dónde has oído este cuento de hadas?

—Lo vi.

—En un sueño, quizá.

—Eres más frío de lo que había oído. Así son las cosas, amigo. Tengo una memoria extraña. A veces olvido, a veces no. Depende de cómo sea tratado.

—Ah. Empiezo a ver la luz. Es un asunto puramente económico.

—Tú lo has dicho.

Los pensamientos de Chozo corrían por su cabeza como ratones asustados. No podía *permitirse* malgastar dinero. Tenía que hallar alguna otra forma de salirse de aquello. Pero en estos momentos no podía hacer absolutamente nada. Estaba demasiado confuso. Necesitaba tiempo para centrarse.

—¿Cuánto?

—Una leva a la semana compraría un caso de amnesia de primera clase.

Chozo se atragantó. Barbotó. Engulló su protesta antes de que saliera de su boca.

El extorsionista hizo un gesto de ¿qué puedo hacer?

—Yo también tengo problemas. Gastos. Una leva a la semana. O corre tus riesgos.

El castillo negro parpadeó en los pensamientos de Chozo. Su codicia lo agarró, le dio vueltas, estudió las posibilidades. El asesinato ya no le preocupaba.

Pero no ahora. No aquí.

—¿Cómo te pagaré?

El hombre sonrió.

—Simplemente dame una leva.

Chozo trajo su caja del dinero a la cocina.

—Tendrás que aceptar cobre. No tengo nada de plata.

La sonrisa del hombre se hizo más amplia. Estaba complacido. ¿Por qué?

El hombre se fue. Chozo dijo:

—Lisa, tengo un trabajo para ti. Vale una bonificación. Sigue a ese hombre. Descubre adonde va. —Le dio cinco gershs—. Otros cinco cuando vuelvas, si lo que me traes lo vale.

Lisa se apresuró a salir con un revuelo de faldas.

* * *

—Vagó mucho por ahí —informó Lisa—. Como si estuviera matando el tiempo.

Luego se encamino hacia los Veleros. A ver a ese prestamista tuerto.

—¿Gilbert?

—Sí. Gilbert.

—Gracias —dijo Chozo, pensativo—. Un montón de gracias. Eso arroja luz sobre el problema.

—¿Una luz que vale cinco gershs?

—Por supuesto. Eres una buena chica. —Le hizo una sugestiva oferta mientras contaba.

—No necesito tanto el dinero, señor Chozo.

Chozo se retiró a su cocina, empezó a preparar la cena. Así que Gilbert estaba detrás del extorsionista. ¿Deseaba Gilbert apretarle financieramente? ¿Por qué?

El Lirio. ¿Qué otra cosa? Las renovaciones hacían el lugar mucho más atractivo.

Bien. Supongamos que Gilbert había abierto una campaña para arrebatarse El Lirio. Tenía que luchar. Pero esta vez no podía ayudarle nadie. Tendría que hacerlo solo.

* * *

Tres días más tarde Chozo visitó a un conocido que operaba en el extremo más bajo del Coturno. A cambio de una gratificación recibió un nombre. Visitó a la persona a la que correspondía este nombre, y cuando se fue dejó tras de sí dos piezas de plata.

De vuelta a El Lirio, le pidió a Lisa que les dijera a sus clientes favoritos que Gilbert estaba intentando obligarle a marcharse difundiendo mentiras y haciendo amenazas. Deseaba que el Magistrado sospechara de las posibles acusaciones suscitadas más tarde contra él.

La mañana del día del siguiente pago le dijo a Lisa:

—Estaré fuera todo el día. Si alguien pregunta por mí, dile que volveré después de la cena.

—¿El hombre al que seguí?

—Especialmente él.

Al principio Chozo simplemente vagabundó un poco, matando el tiempo. Sus nervios empeoraron a medida que pasaban las horas. Algo podía ir mal. Gilbert podía ponerse violento... Pero no se atrevería, ¿verdad? Eso perjudicaría su reputación. Los rumores de Chozo lo habían puesto ahora a la defensiva. La gente pediría sus préstamos en otra parte si presionaba.

Chozo buscó una mujer. Le costó caro, pero le hizo olvidar. Por un tiempo. Regresó a El Lirio al anochecer.

—¿Vino? —le preguntó a Lisa.

—Y volvió también. Parecía irritado. No creo que vaya a mostrarse amable, señor Chozo.

—Así son las cosas. Estaré fuera en la parte de atrás, trabajando en la leña. —
Miró a un cliente que no había visto nunca antes. El hombre asintió, se fue por la
puerta delantera.

Chozo se puso a cortar leña a la luz de la linterna. De tanto en tanto escrutaba las
sombras, no veía nada. Rezaba para que nada saliera mal.

El extorsionista apareció en tromba por la puerta de la cocina.

—¿Intentas esquivarme, Chozo? ¿Sabes lo que ocurrirá si me haces una mala
jugada?

—¿Esquivarte? ¿Qué quieres decir? Estoy aquí.

—No estabas esta tarde. Y ahora esa chica tuya me lo pone difícil, intentando
desorientarme. Tuve que pegarle un poco antes de que me dijera dónde estabas. Y me
gustó.

Muy creativo. Chozo se preguntó cuánto sospechaba Lisa.

—Ahórrate los dramatismos. Quieres tu dinero. Yo quiero tu feo rostro lejos de
este lugar. Así que arreglémoslo a gusto de todos.

El extorsionista pareció desconcertado.

—¿Te pones gallito? Me dijeron que eras el mayor cobarde de todo el Coturno.

—¿Quién te dijo eso? ¿Trabajas para alguien? ¿Ésta no es una operación
independiente?

Los ojos del hombre se entrecerraron cuando se dio cuenta de su error.

Chozo extrajo un puñado de cobres. Contó, contó, contó de nuevo, puso aparte
algunas monedas.

—Pon las manos.

El extorsionista extendió las manos formando copa.

Chozo no había esperado que fuera tan fácil. Dejó caer las monedas, agarró las
muñecas del hombre.

—¡Hey! ¿Qué demonios?

Una mano se cerró sobre la boca del hombre. Un rostro apareció sobre su
hombro, la boca tensa en una mueca de esfuerzo. El extorsionista se alzó sobre la
punta de los pies, arqueándose hacia atrás. Sus ojos se abrieron mucho, con miedo y
dolor, luego giraron hacia arriba. Se derrumbó hacia adelante.

—Muy bien. Perfecto. Sal de aquí —dijo Chozo.

Los pasos se alejaron apresuradamente.

Chozo arrastró el cuerpo hasta las sombras, lo cubrió rápidamente con leña, luego
se dejó caer sobre manos y rodillas y empezó a recoger las monedas. Las recuperó
todas menos dos.

—¿Qué está haciendo, señor Chozo?

Dio un respingo.

—¿Qué estás haciendo tú?

—Vine a ver si estaba usted bien.

—Estoy perfectamente. Tuvimos una discusión. Derribó algunas monedas de mi

mano. No puedo encontrarlas todas.

—¿Necesita ayuda?

—Ocúpate de la barra, chica. O nos robarán hasta los clavos.

—Oh. Por supuesto. —Volvió apresuradamente al interior.

Chozo abandonó su búsqueda unos minutos más tarde. Ya seguiría buscando mañana.

Su ansia de que llegara la hora del cierre fue creciendo y creciendo. Lisa se mostraba demasiado curiosa. Temía que fuera a buscar las monedas no recuperadas y encontrara el cadáver. No deseaba tener su desaparición también sobre su conciencia.

Dos minutos después de cerrar, salió por la puerta de atrás y se encaminó en busca de su carro y su tiro.

* * *

El ser alto estaba de nuevo de servicio. Pagó a Chozo treinta monedas de plata. Mientras maniobraba para marcharse, sin embargo, le preguntó:

—¿Por qué vienes tan de tarde en tarde?

—No soy tan hábil como mi socio.

—¿Qué ha sido de él? Lo hemos echado en falta.

—Se ha ido de la ciudad.

Chozo hubiera jurado que oyó a la cosa reír quedamente mientras salía por la puerta.

ENEBRO: CORRIENDO ASUSTADO

Había transcurrido largo tiempo sin que ocurriera nada. Los Tomados no se sentían complacidos. Tampoco Elmo. Me arrastró a sus aposentos.

—¿Dónde demonios ha ido Cuervo, Matasanos?

—No lo sé —dije. Como si él fuera el único inquieto. Yo estaba asustado, cada día un poco más.

—Quiero saberlo. Pronto.

—Mira, hombre. Goblin lo ha hecho todo menos torturar a la gente intentando descubrir su rastro. Simplemente ha desaparecido. Parece que de alguna forma nos olió.

—¿Cómo? ¿Me dirás cómo? Parece como si lleváramos aquí la mitad de nuestras vidas. Y nadie ahí abajo parece haberse dado cuenta de ello. ¿Por qué Cuervo tendría que ser diferente?

—Porque estábamos buscándole. Debió de habernos visto a alguno de nosotros.

—Si lo hizo, quiero saberlo. Ve ahí abajo y enciende un fuego debajo del culo de Goblin, ¿entendido?

—Muy bien. Lo que tú digas, jefe. —Aunque él mandaba el grupo de avanzada, técnicamente yo le superaba en rango. Pero no era cuestión de discutir sobre prerrogativas en ese momento. Había demasiada tensión en el aire.

Había tensión en todo Tejadura, y yo no comprendía la mayor parte de ella. Permanecía en la periferia del estudio del castillo negro por parte de los Tomados. Sólo otro chico de los recados, un mensajero de a pie trayendo datos de la ciudad. No tenía ni la más ligera noción de lo que habían descubierto a través del examen directo. O siquiera si estaban estudiando directamente el castillo. Podían mantenerse a distancia, temerosos de alertar al Dominador con su presencia.

Uno de los hombres me localizó en los aposentos de Elmo.

—Susurro quiere verte, Matasanos.

Di un salto de un palmo. Consciencia culpable.

—¿Para qué? —No la había visto en semanas.

—Tendrás que averiguarlo tú mismo. No lo dijo. —Rió burlonamente, con la esperanza de ver a un oficial en apuros. Imaginó que tenía problemas.

Yo también lo imaginaba. Me demoré tanto como me atreví, pero finalmente tuve que presentarme. Susurro me miró furiosa cuando entré.

—Tu gente no ha averiguado ni una maldita cosa ahí abajo. ¿Qué habéis estado haciendo? ¿Durmiendo la siesta? ¿Tomándoos unas vacaciones? Bien, dime algo.

—Yo...

—¿Sabes que el castillo negro ha dejado de crecer después de nuestra incursión en el grupo del Cráter? ¿No? ¿Por qué no? Se supone que eres tú quien tiene que

descubrir esas cosas.

—Ninguno de los prisioneros...

—Lo sé. Sé que ninguno de ellos sabía quién era el principal proveedor de cadáveres. Pero ese proveedor tenía que conocerlos. Se retiró. Sólo se han entregado dos cadáveres desde entonces. El último justo la otra noche. ¿Por qué no sabías eso? ¿Por qué mantienes tu gente en el Coturno? Parecen incapaces de averiguar nada.

Oh, estaba de humor. Dije:

—¿Se acerca el tiempo límite o algo así? Tal como lo entiendo, no nos veremos en problemas si sólo son entregados unos pocos cadáveres.

—Cierto. Por ahora. Pero hemos alcanzado un punto donde un puñado puede significar toda la diferencia.

Me mordí el labio inferior, intenté parecer adecuadamente reprendido y aguardé.

—La Dama está presionando —me dijo—. Está *muy* nerviosa. Desea que ocurra algo aquí arriba.

Así que era eso. Como siempre, la mierda rueda montaña abajo. El curso normal sería que yo saliera de allí y me liara a trompazos con alguien situado por debajo de mí.

—La mitad del problema es que no sabemos lo que está ocurriendo. Si según afirma sabe lo que es el castillo, cómo está creciendo y todo lo demás, ¿cómo es que no vamos hasta allí y lo pateamos hasta reducirlo a escombros? ¿O lo convertimos en grava o algo así?

—No es tan simple.

Nunca lo es. Tiendo a olvidar las ramificaciones políticas. No tengo una mente política.

—Quizá cuando el resto de tu Compañía llegue aquí. Habrá que controlar la ciudad. El Duque y sus incompetentes no pueden manejar esto.

Permanecí allí, aguardando expectante. A veces eso hace que la gente te cuente más de lo que pretendía.

—La ciudad estallará en llamas si no es prietamente controlada cuando se sepa la verdad. ¿Por qué crees que los Custodios están tan decididos a mantener en silencio lo ocurrido en las Catacumbas? Varios miles de ciudadanos tienen familiares dentro de esa monstruosidad. Eso es un montón de gente que se irritará enormemente si sabe que las almas de sus seres queridos se han perdido.

—Entiendo. —Un poco. Se necesitaba una cierta suspensión voluntaria de la razón.

—Lo enfocaremos desde un ángulo diferente —me dijo—. Voy a hacerme cargo de tus investigaciones. Infórmame diariamente. Yo decidiré lo que tienes que hacer, y cómo. ¿Entendido?

—Sí, señora. —Demasiado bien. Aquello iba a hacer que fuera mucho más difícil mantenerlos a ella y a Cuervo separados.

—Lo primero que harás será montar guardia en el castillo. Y si eso no da

resultado, enviaré a Pluma ahí abajo. ¿Entendido?

—Sí, señora. —De nuevo, demasiado bien.

Me pregunté si Susurro sospechaba que estábamos trabajando con finalidades cruzadas.

—Puedes irte. Te espero de nuevo mañana. Con algo que informar.

—Sí, señora.

Fui directamente a Elmo, echando humo. Él hubiera debido enfrentarse a ella, no yo. Sólo porque yo parecía haberme hecho cargo de las cosas...

Llevaba con Elmo sólo el tiempo suficiente para decirle lo que había ocurrido cuando llegó un mensajero de Cabestro. Deseaba verme inmediatamente.

Cabestro era otro problema. Había llegado al convencimiento de que era más listo de lo que pretendía, y estaba casi igual de seguro de que sospechaba que íbamos tras algo más de lo que admitíamos.

Entré en su cubículo en el cuartel general de la policía secreta.

—¿Qué ocurre?

—He avanzado un poco en el asunto de la incursión a las Catacumbas. Resultado de puro patearme las calles.

—¿Y bien? —Me sentía un poco brusco, y él alzó una ceja—. Acabo de tener un cara a cara con mi jefe —le dije, lo cual era lo más parecido a una disculpa que estaba dispuesto a darle—. ¿Qué has descubierto?

—Un nombre.

Aguardé. Como Elmo, Cabestro vivía para que le suplicaran. No estaba de humor para ese juego.

—Seguí tu idea acerca de los carros alquilados. Apareció el nombre de Asa. Un recolector de leña llamado Asa estuvo probablemente trabajando a través del agujero que te mostré. Un hombre llamado Asa gastó un cierto número de viejas monedas, pero antes de la incursión a las Catacumbas. Un hombre llamado Asa trabajó para Krage antes de que éste y sus hombres desaparecieran. Me vuelva hacia donde me vuelva, es Asa esto o Asa aquello.

—¿Algo que lo conecte con el castillo negro?

—No. No creo que sea un principal en nada. Pero tiene que saber algo.

Medité sobre aquello. Cabestro había mencionado aquel nombre una vez antes, refiriéndose a un hombre que merodeaba alrededor del mismo lugar que Cuervo. Quizás hubiera una conexión. Quizás yo debiera encontrar a ese Asa antes que nadie.

—He de ir al Coturno —dije—. Órdenes directas de arriba. Haré que Goblin busque al tipo.

Cabestro frunció el ceño. Había habido algo de mala voluntad cuando descubrió que habíamos puesto hombres en el Coturno sin consultarle.

—Está bien. Pero no sigamos haciendo carreras, ¿eh? Tu gente y la mía no van detrás de las mismas cosas, pero eso no es razón para que nos hagamos la zancadilla, ¿de acuerdo?

—Tienes razón. Sólo que estamos acostumbrados a hacer las cosas de una manera diferente. Te veré a mi vuelta.

—Te lo agradeceré. —Me miró de una forma que decía que ya no confiaba en mí. Si alguna vez lo había hecho. Me fui pensando que la Compañía y yo nos hallábamos demasiado metidos en aquello. Con problemas desde todos lados. Haciendo juegos malabares con demasiadas bolas en el aire. Sólo que no eran bolas, sino cuchillos con filos envenenados.

Bajé y busqué a Goblin, le hablé de nuestra escalada de problemas. No se mostró más feliz que Elmo o yo.

ENEBRO: INTERROGATORIO

Chozo no tuvo más problemas con las extorsiones. Alguien le dijo al Magistrado que él había matado a Eximio. El Magistrado no le creyó, o no le importó.

Entonces apareció el secuaz de Cabestro. Chozo casi dejó caer una valiosa pieza de loza. Se había sentido seguro a este respecto. La única gente que sabía algo estaba muy lejos. Ahogó sus nervios y su culpabilidad, se dirigió hacia la mesa del hombre.

—¿En qué puedo servirte, reverendo señor?

—Tráeme algo de comer y tú mejor vino, tabernero.

Chozo alzó una ceja.

—¿Señor?

—Pagaré. Nadie en el Coturno puede permitirse regalar una comida.

—Nada hay más cierto, señor. Nada hay más cierto.

Cuando Chozo regresó con el vino, el Inquisidor observó:

—Parece que te están yendo bien las cosas, tabernero.

Chozo bufó.

—Vivimos al límite, reverendo señor. En el mismo límite. Una mala semana podría destruirme. Paso cada invierno pidiendo a un prestamista para pagar a otro. Este verano sin embargo fue bueno. Encontré un socio. Pude arreglar unas cuantas cosas. Eso hizo el lugar más atractivo. Probablemente mi último jadeo agonizante antes de que entregue mi alma. —Adoptó su rostro más triste.

El Inquisidor asintió.

—Deja la botella. Dejemos que la Hermandad contribuya a tu prosperidad.

—No pido ningún beneficio, reverendo señor.

—¿Por qué ser estúpido? Cóbrame lo mismo que a todos los demás.

Mentalmente Chozo aumentó la cuenta un veinte por ciento sobre lo normal. Le alegró librarse de la botella. Cuervo le había dejado con varias de difícil salida.

Cuando trajo la comida, el Inquisidor sugirió:

—Trae una jarra y únete a mí.

Los nervios de Chozo se pusieron tan tensos como la cuerda de un arco. Algo iba mal. Habían averiguado algo.

—Como quieras, reverendo señor. —Fue a recoger su propia jarra. Estaba polvorienta. No había bebido mucho últimamente, temeroso de que su lengua se soltara.

—Siéntate. Y borra ese ceño fruncido de tu rostro. No has hecho nada, ¿verdad? Ni siquiera sé cómo te llamas.

—Chozo, reverendo señor. Chozo de Castañas. El Lirio de Hierro lleva en mi familia tres generaciones.

—Admirable. Un lugar con tradición. La tradición se está perdiendo últimamente.

—Como tú digas, reverendo señor.

—Supongo que nuestra reputación me ha precedido. ¿Por qué no te calmas?

—¿En qué puedo ayudarte, reverendo señor?

—Estoy buscando a un hombre llamado Asa. He oído que era un cliente regular aquí.

—Sí lo era, señor —admitió Chozo—. Yo lo conocía muy bien. Un vagabundo perezoso. Odiaba el trabajo honesto. Nunca tenía tampoco un cobre en los bolsillos. Sin embargo era un amigo, a su manera, y generoso, a su manera. Le dejaba dormir en el suelo de la sala común durante el invierno, porque en los días difíciles para mí nunca dejó de traer leña para el fuego.

El Inquisidor asintió. Chozo decidió decir básicamente la verdad. Ya no podría hacerle ningún daño a Asa. Asa estaba más allá del alcance de los Custodios.

—¿Sabes dónde conseguía su leña?

Chozo fingió un agudo embarazo.

—La recogía del Recinto, reverendo señor. Dudé si usarla. No iba contra la ley. Pero de todos modos parecía reprehensible.

El Inquisidor sonrió y asintió.

—No por tu parte, Chozo de Castañas. La Hermandad no desalienta la recogida de leña de su Recinto. Lo mantiene limpio.

—¿Por qué estás buscando a Asa, entonces?

—Tengo entendido que trabajó para un hombre llamado Krage.

—Más o menos. Durante un tiempo. Se creía el rey del Coturno cuando Krage lo contrató. Pavoneándose y alardeando. Pero no duró mucho.

—Eso he oído. Es el momento de su caída lo que me intriga.

—¿Señor?

—Krage y algunos de sus amigos desaparecieron. Lo mismo hizo Asa, casi al mismo tiempo. Y todos ellos se desvanecieron inmediatamente después de que alguien entrara en las Catacumbas y saqueara de paso varios miles de urnas.

Chozo intentó parecer convenientemente horrorizado.

—¿Krage y Asa hicieron eso?

—Posiblemente. Ese Asa empezó a gastar dinero antiguo después de que empezara a recoger leña en el Recinto. Nuestras investigaciones sugieren que fue más bien parco en sus primeras incursiones. Puede que Krage lo descubriera y decidiera saquear a lo grande. Su desaparición pudo producirse después de eso. Suponiendo que Asa se enterara de ello.

—Posiblemente, señor. Tengo entendido que hubo una pendencia con uno de mis huéspedes. Un hombre llamado Cuervo. Krage deseaba matarlo. Contrató a Asa para que lo espicara. El propio Asa me lo dijo. Krage decidió que no estaba haciendo bien su trabajo. Nunca hacía nada bien. Pero eso no invalida tu teoría. Asa podría haber mentido. Probablemente lo hizo. Siempre mentía.

—¿Cuál era la relación entre Asa y Cuervo?

—No había ninguna.

—¿Dónde está Cuervo ahora?

—Abandonó Enebro inmediatamente después de que se rompiera el hielo del puerto.

El Inquisidor pareció a la vez sorprendido y complacido.

—¿Qué fue de Krage?

—Nadie lo sabe, reverendo señor. Es uno de los grandes misterios del Coturno. Un día estaba aquí; al día siguiente ya no estaba. Hubo todo tipo de rumores.

—¿Es posible que abandonara también Enebro?

—Quizá. Alguna gente lo piensa. Si lo hizo, no se lo dijo a nadie. La gente que trabajaba para él tampoco sabe nada.

—O eso dicen. ¿Pudo haber saqueado el dinero suficiente de las Catacumbas como para hacer que valiera la pena abandonar Enebro?

Chozo meditó aquella pregunta. Sonaba traicionera.

—No sé... No entiendo lo que estás preguntando, señor.

—Hum. Chozo, miles de los muertos fueron violados. La mayoría fueron depositados en una época en la que los ricos eran muy generosos. Sospechamos que pudo haber implicada una apreciable suma de oro.

Chozo jadeó. Él no había visto ningún oro. El hombre estaba mintiendo. ¿Por qué? ¿Tendiendo trampas?

—Fue una importante operación de saqueo. Nos gustaría mucho hacerle a Asa algunas preguntas.

—Puedo imaginarlo. —Chozo se mordió el labio. Pensó intensamente—. Señor, no puedo decirte lo que le ocurrió a Krage. Pero creo que Asa tomó un barco en dirección al sur. —Inició un largo sonsonete acerca de cómo Asa había acudido a él después de caer en desgracia con Krage, suplicándole que le ocultara. Un día había salido, había regresado más tarde muy malherido, se había escondido escaleras arriba durante un tiempo, luego había desaparecido. Chozo afirmaba haberlo visto sólo desde una cierta distancia, en los muelles, el día que los primeros barcos partieron hacia el sur—. Nunca estuvimos lo suficientemente cerca como para hablar, pero parecía como si fuera a alguna parte. Llevaba un par de fardos consigo.

—¿Recuerdas qué barco?

—¿Señor?

—¿Qué barco tomó?

—En realidad no le vi embarcar en ningún barco, señor. Simplemente supuse que lo hizo. Puede que todavía esté por aquí. Sólo que imagino que de ser así se hubiera puesto en contacto conmigo. Siempre acudía a mí cuando estaba en problemas. Supongo que ahora está en problemas, ¿no?

—Quizá. Las pruebas no son concluyentes. Pero estoy moralmente convencido de que participó en el saqueo. No viste a Krage en los muelles, ¿verdad?

—No, señor. Estaban atestados. Todo el mundo acude a ver la partida de los

primeros barcos. Es como una fiesta. —¿Se lo estaba tragando el Inquisidor? Maldita sea, tenía que hacerlo. Un Inquisidor no era alguien que pudieras sacarte de la espalda vendiéndolo al castillo negro.

El Inquisidor agitó cansadamente la cabeza.

—Temía que me contaras una historia como ésa. Maldita sea. No me dejas otra elección.

El corazón de Chozo saltó a su garganta. Toda una sucesión de locas ideas cruzaron por su cabeza. Golpear al Inquisidor, agarrar la caja de las monedas y echar a correr.

—Odio viajar, Chozo. Pero parece que o Cabestro o yo tendremos que ir tras esa gente. ¿Adivinas quién va a ser?

El alivio inundó a Chozo.

—¿Ir tras ellos, reverendo señor? Pero la ley ahí abajo no reconoce el derecho de la Hermandad...

—No va a ser fácil, ¿verdad? Los bárbaros no nos comprenden. —Sirvió un poco de vino, se lo quedó mirando durante un largo momento. Finalmente dijo—: Gracias, Chozo de Castañas. Has sido de mucha ayuda.

Chozo esperó que aquello fuera una despedida. Se levantó.

—¿Alguna otra cosa, reverendo señor?

—Deséame suerte.

—Por supuesto, señor. Una plegaria para tu misión esta misma noche.

El Inquisidor asintió.

—Gracias. —Siguió contemplando su jarra.

Dejó una espléndida propina. Pero Chozo se sintió intranquilo cuando se la embolsó. Los Inquisidores tenían la reputación de ser tremendamente tenaces. ¿Y si conseguía atrapar a Asa?

ENEBRO: DANZANDO EN LAS SOMBRAS

—Creo que fui bastante hábil —le dije a Goblin.

—Hubieras debido ver a ese Chozo —cloqueó Prestamista—. Un pollo sudando como un cerdo y mintiendo como un perro. Todo un corral en un solo hombre.

—¿Estaba realmente mintiendo? —medité—. No dijo nada que entrara en conflicto con lo que ya sabemos.

—¿Qué averiguaste? —quiso saber Goblin.

—Creo que estaba mintiendo —insistió Prestamista—. Quizá no diciendo todo lo que sabía, pero estaba mintiendo. De alguna forma estaba metido en ello.

—Entonces sigue huroneando por El Lirio. Mantén un ojo fijo en él.

—¿Qué es lo que averiguaste? —insistió Goblin.

Entró Elmo.

—¿Cómo fue?

—Estupendo —dije—. Descubrí lo que le ocurrió a Cuervo.

—¿Qué? —preguntaron a la vez él y Goblin.

—Abandonó la ciudad. Por barco. El primer día que abrieron el puerto.

—¿También Linda? —quiso saber Goblin.

—¿La ves por ahí? ¿Qué piensas?

—Apuesto a que Asa se fue con él —murmuró Prestamista—. El viejo Chozo dijo que ambos se fueron el primer día.

—Es posible. Me sentí orgulloso de mi mismo atrapándole con esto. Ahora tengo la impresión de que este Chozo es nuestro único cabo suelto. Es el único que sabe lo que les ocurrió. Sin Chozo, nadie podrá decirle quizá nunca a Cabestro o a los Tomados nada.

Elmo frunció el ceño. La sugerencia encajaba más con su estilo que con el mío. Creyó que la planteaba seriamente.

—No sé. Suena demasiado simple. De todos modos, estamos empezando a ser demasiado conocidos aquí abajo, ¿no creéis?

Goblin asintió.

—Se supone que somos marineros que perdimos nuestro barco, pero la gente está comparando notas e intentando situarnos. Si Chozo resulta muerto, puede haber suficiente agitación como para que Cabestro empiece a hacerse preguntas. Si empieza a hacerse preguntas, más pronto o más tarde las noticias llegarán a los Tomados. Imagino que debemos tomar medidas heroicas para circunstancias heroicas.

Prestamista se mostró de acuerdo.

—Ese Chozo tiene algo que ocultar. Lo sé en mis entrañas. Matasanos le habló de la incursión a las Catacumbas. Apenas pestañeó. Cualquiera otro hubiera empezado a esparcir la noticia como si fuera la peste.

—¿Pivote sigue vigilándole? —pregunté.

—Él y Petardista y Cosquilleo se están turnando. No va a poder ir a ninguna parte sin que lo sepamos.

—Bien. Mantenedlo así. Pero no os mezcléis con él. Simplemente queremos mantenerlo alejado de Cabestro y de los Tomados. —Me sumí en mis pensamientos.

—¿Qué? —preguntó finalmente Elmo.

—Tuve una idea mientras estaba hablando con Chozo. Cabestro es nuestro principal riesgo, ¿no? Y sabemos que se pegará al rastro como un bulldog una vez lo encuentre. Y ya está tras el rastro de ese Asa. Así que, ¿por qué no le convencemos de ir al sur tras ese Asa?

—No sé —murmuró Elmo—. Podría encontrarlo.

—¿Para qué lo quiere? Para interrogarle acerca de una incursión a las catacumbas. ¿Qué tipo de cooperación va a obtener lejos de aquí? No mucha. Por lo que he oído, las ciudades costa abajo piensan que Enebro es un mal chiste. De todos modos, lo único que deseamos es ganar algo de tiempo. Y si atrapa a Asa, imagino que atraparé también a Cuervo. Nadie va a traer a Cuervo de vuelta. No si cree que los Tomados van tras Linda. Han enmarañado las cosas, apostaré todo mi dinero por Cuervo. Cortaron la única fuente de información. Temporal o permanentemente. ¿Ves lo que quiero decir? Y si mata a Cuervo, entonces Cuervo no podrá hablar.

—¿Cómo vas a convencer a Cabestro de que se meta en esto? —preguntó Elmo—. Es estúpido, Matasanos. No va a ir tras un sospechoso menor.

—Sí lo hará. ¿Recuerdas que cuando llegamos aquí tuvo que traducir para nosotros? ¿Cómo imaginas que aprendió la lengua de las Ciudades Joya? Se lo pregunté. Pasó tres años ahí buscando a un tipo que todavía era menos importante que Asa.

—Todo este lío se vuelve más loco a cada día que pasa —dijo Goblin—. Tenemos tantos líos y mentiras a nuestro alrededor que ya no puedo mantener el control de todos ellos. No creo que podamos hacer nada mejor que cubrir nuestros culos hasta que llegue el Capitán.

A menudo tenía la sensación de que estábamos empeorando las cosas. Pero no podía ver ninguna salida excepto seguir arreglándonoslas como podíamos y esperando.

—La mejor salida —observó lacónicamente Elmo— sería matar a todo el mundo que sepa algo, luego dejarnos caer todos nosotros sobre nuestras espadas.

—Suena un tanto extremo —opinó Goblin—. Pero si deseas pasar primero, voy inmediatamente detrás de ti.

—Tengo que ir a informar a Susurro —dije—. ¿Alguien tiene alguna brillante idea de lo que debo decirle?

Nadie la tenía. Fui, temiendo el encuentro. Estaba seguro de que la culpabilidad asomaría por mis ojos cada vez que la mirara de frente. Odiaba a Elmo porque él no tenía que soportar sus diarios accesos de ira.

Cabestro había sido casi demasiado fácil. Estaba empacando casi antes de que terminara de soltarle mi perorata. Deseaba terriblemente a aquel Asa.

Me pregunté si sabía algo que nosotros no supiéramos. O si simplemente había desarrollado una obsesión con el misterio de las Catacumbas invadidas.

Susurro fue otro tipo de problema.

Me dijo:

—Quiero que envíes a alguien con él. —Tenía que decirle algo, así que le dije la mayor parte de la verdad. Imaginaba que las posibilidades de que alguien rastreara a Asa y Cuervo eran nulas. Pero... Parecía un poco demasiado interesada también. Quizá sabía más de lo que pretendía. Después de todo, era uno de los Tomados.

Elmo escogió tres hombres, puso a Pivote al mando, y le dijo que le clavara un cuchillo a Cabestro si lo creía necesario.

El Capitán y la Compañía, me dijeron, estaban en las montañas Wolander a ciento cincuenta kilómetros de Enebro. Se enfrentaban a un lento cruce de una serie de duros pasos, pero empecé a anticipar su llegada. Una vez el Viejo se mostrara, el peso desaparecería de encima de Elmo y de mí.

—Apresúrate —murmuré, y regresé a la tarea de enmarañar nuestra sarta de embustes.

ENEBRO: AMANTES

Chozo de Castañas se enamoró. Se enamoró de la peor manera posible..., de una mujer mucho más joven que tenía gustos mucho más allá de sus medios. Se metió en la aventura con todo el impulso de un toro en celo, desdeñando consecuencias, entrando a saco en su reserva de dinero como si procediera de una caja sin fondo. Sus cajas se secaron. Dos semanas después de conocer a Sue, pidió un préstamo a Gilbert, el prestamista. Siguió otro préstamo, y luego otro. Al cabo de un mes estaba más metido en deudas de lo que lo había estado nunca durante el invierno.

Y no le importó. La mujer le hacía feliz, y eso era todo. Complicando sus atributos negativos estaba una tendencia hacia una estupidez consciente y una confianza inconsciente de que el dinero no volvería a ser nunca más un problema.

La esposa de Eximio, Sal, visitó El Lirio una mañana, con aire lúgubre y ligeramente avergonzada.

—Castañas —dijo—, ¿podemos hablar?

—¿Qué ocurre?

—Ibas a ayudarme con el alquiler y todo lo demás.

—Por supuesto. ¿Cuál es el problema?

—Bueno, no deseo sonar desagradecida ni dar la impresión de que tengo ningún derecho a esperar que nos mantengas, pero nuestro casero nos está amenazando con echarnos a la calle porque el alquiler lleva dos semanas sin pagarse. No podemos encontrar trabajo porque nadie pide trabajos de costura en estos momentos.

—¿No está pagado el alquiler? Pero si vi al casero sólo el otro día... —No había sido exactamente el otro día. Lo había olvidado. Y también a su madre. Habría que pagar los sueldos de sus sirvientes dentro de pocos días. Sin mencionar el de Lisa—. Oh, dioses —dijo—. Lo siento. Lo olvidé. Me ocuparé de ello.

—Chozo, has sido muy bueno con nosotros. No tenías que hacer nada de lo que has hecho. No me gusta verte metido en este tipo de lío.

—¿Qué tipo de lío?

—Con esa mujer. Está intentando destruirte.

Estaba demasiado desconcertado para ponerse furioso.

—¿Sue? ¿Por qué? ¿Cómo?

—Déjala. Te hará daño a menos que rompas con ella. Todo el mundo sabe lo que está haciendo.

—¿Qué es lo que está haciendo? —La voz de Chozo era casi un lamento.

—No importa. Ya he dicho más de lo que debería. Si hay algo que podamos hacer por ti, dínoslo.

—Lo haré. Lo haré —prometió. Fue escaleras arriba, a su caja oculta del dinero, y la encontró vacía.

No había ni un solo gersh en el lugar, ni arriba ni abajo. ¿Qué había ocurrido?

—Lisa. ¿Dónde está todo el dinero?

—Lo escondí.

—¿Qué?

—Lo escondí. De la forma en que lo estaba gastando, iba a perder usted este lugar. Si tiene algún gasto legítimo, dígamelo. Yo lo pagaré.

Chozo se atragantó. Escupió las palabras.

—¿Quién demonios te piensas que eres, muchacha?

—La muchacha que va a mantenerle en el negocio pese a usted mismo. La muchacha que va a impedir que siga portándose como un completo imbécil con la mujer de Gilbert.

—¿La mujer de Gilbert?

—Sí. ¿Qué pensaba que estaba pasando?

—Sal de aquí —restalló Chozo—. Ya no trabajas aquí.

Lisa se encogió de hombros.

—Si esto es lo que quiere.

—¿Dónde está el dinero?

—Lo siento. Venga a verme cuando haya recuperado el sentido común.

Chozo se puso a recorrer la sala común como un animal enjaulado. Sus clientes aplaudieron, animándole a seguir. Amenazó. Suplicó. Nada funcionó. Lisa permaneció inflexible.

—¡Es mi familia! —protestó él.

—Demuestre que esa mujer no es la puta de Gilbert. Entonces le daré el dinero y me marcharé.

—Lo haré.

—¿Y si tengo razón?

—No la tienes. La conozco.

—No conoce una mierda. Está absolutamente encoñado. ¿Y si tengo razón?

Era incapaz de enfrentarse a la posibilidad.

—No me importa.

—Muy bien. Si tengo razón, quiero llevar las cosas aquí. Debe dejar que le saque de deudas.

Chozo inclinó la cabeza y salió hecho una tromba. No arriesgaba nada. Ella estaba equivocada.

¿Cuál era su juego? Lisa estaba actuando como un socio o algo parecido. Como había hecho su madre, después de que su padre muriera y antes de que ella perdiera la vista. Tratándole como si no tuviera dos veces su experiencia en el negocio y en el mundo.

Vagó durante media hora. Cuando se repuso de su melancolía vio que estaba en el edificio de los Veleros. Infiernos. Había acudido allí a ver a Gilbert. A pedirle un préstamo para poder ver a Sue esta noche. La pequeña zorra de Lisa podía esconderle

quizá su dinero, pero no podía mantenerle alejado de Gilbert.

Media manzana más tarde empezó a sufrir retortijones de conciencia. Demasiada gente dependía de él. No podía empeorar más su situación financiera.

—Maldita mujer —murmuró—. No hubiera debido hablarme de este modo. Ahora me está haciendo dudar de todo el mundo. —Se reclinó contra una pared y luchó con su conciencia. A veces el deseo se imponía, a veces lo hacía la responsabilidad. Ansiaba a Sue... No debería necesitar dinero si ella realmente lo amaba...

—¿Qué? —dijo en voz alta. Miró de nuevo. Sus ojos no le habían engañado. Allí estaba Sue, entrando en la casa de Gilbert.

Su estómago se hundió como una roca cayendo.

—No. Ella no puede... Tiene que haber una explicación.

Pero su mente traidora empezó a catalogar pequeños hechos extraños acerca de su relación, en particular la inclinación de ella hacia gastar. Una furia de grado bajo hirvió sobre el fuego de su dolor. Se deslizó cruzando la calle, se apresuró al callejón que conducía a la parte trasera de la casa de Gilbert. La oficina de Gilbert estaba en la parte de atrás. Tenía una ventana que daba al callejón. Chozo no esperaba que estuviera abierta. Pero sí esperaba poder echar una mirada por alguna rendija.

La ventana no estaba abierta, pero podía oír. Y los sonidos de dos personas haciendo el amor no se acercaban en absoluto a lo que hubiera *deseado* oír.

Pensó en matarse allí mismo. Pensó en matarse en la puerta de Sue. Pensó en otra docena de dramáticas protestas. Y supo que ninguna de ellas despertaría la menor emoción en ninguno de aquellos villanos.

Empezaron a hablar. Su charla no tardó en matar las dudas que Chozo hubiera podido albergar todavía. Surgió el nombre de Chozo de Castañas.

—Ya está a punto —dijo la mujer—. Lo he llevado hasta tan lejos como he podido. Quizás un préstamo más antes de que empiece a recordar a su familia.

—Hazlo entonces. Quiero tenerlo atrapado. Haz que la colina sea empinada, luego engrasa la ladera. Consiguió escapar de Krage.

Chozo se estremeció furioso.

—¿Cuán abajo lo tienes?

—Dieciocho levas, y casi otras diez en intereses.

—Puedo conseguirle otras cinco.

Chozo se alejó. Vagó por el Coturno durante horas. Su aspecto era tan lúgubre que la gente cruzaba al otro lado de la calle a su paso. No hay ninguna venganza más terrible que la venganza que complota un cobarde en lo más profundo de su corazón.

A última hora de aquella tarde Chozo entró en la oficina de Gilbert, con todas sus emociones encerradas en las sombras que había descubierto la noche que había luchado con los cazadores de Krage.

—Necesito quince levas, Gilbert. Inmediatamente.

Gilbert se sobresaltó. Su único ojo se abrió mucho.

—¿Quince? ¿Para qué demonios?

—He hecho un buen trato, pero tengo que cerrarlo esta noche. Te pagaré un par de puntos extra si quieres.

—Chozo, ya me debes mucho. Estoy preocupado acerca de que puedas cubrirlo.

—Una vez haya cerrado ese trato te lo pagaré todo.

Gilbert se le quedó mirando fijamente.

—¿Qué es lo que ocurre, Chozo?

—¿Por qué debería ocurrir algo?

—Te ves terriblemente seguro de ti mismo.

Chozo le dijo la mentira que más le dolía.

—Voy a casarme, Gilbert. Esta noche voy a pedir a la dama en matrimonio. Quiero cerrar este trato de modo que pueda convertir El Lirio en un lugar decente para ella.

—Bien. —Gilbert dejó escapar el aliento—. Bien, bien, bien. Chozo de Castañas casado. Interesante. Muy bien, Chozo. No es un buen negocio, pero correré el riesgo. ¿Quince, dices?

—Gracias, señor Gilbert. Te estoy realmente agradecido...

—¿Estás seguro de que podrás hacer frente a los pagos?

—Te daré diez levas antes de que termine la semana. Garantizado. Y con Sue ayudando en El Lirio, no tendré problemas en reunir lo suficiente para cubrir el resto.

Gilbert controló una ligera sonrisa.

—Entonces, ¿no te importará ofrecer una garantía colateral más valiosa que tu palabra?

—¿Señor?

—Quiero la garantía de una opción sobre El Lirio de Hierro.

Chozo fingió pensar intensamente en ello. Finalmente:

—De acuerdo. Ella vale el riesgo.

Gilbert sonrió con la sonrisa de una comadreja hambrienta, pero consiguió parecer preocupado al mismo tiempo.

—Aguarda aquí. Haré redactar el documento y traeré el dinero.

Chozo sonrió aviesamente mientras Gilbert se marchaba.

ENEBRO: LA SEPARACIÓN DE LOS AMANTES

Chozo detuvo su carro en el callejón detrás de la casa de Sue, corrió hacia la parte delantera, llamó a la puerta. Era un edificio con clase para el Coturno. Un hombre guardaba la entrada desde dentro. Allí vivían ocho mujeres, cada una en su propio apartamento. Cada una dedicada al mismo negocio que Sue. Cada una exigiendo un sustancioso pago por su tiempo.

—Hola, señor Chozo —dijo el guardia de la puerta—. Puedes subir. Te está esperando.

Chozo le dio una propina, cosa que no había hecho nunca antes. El hombre se volvió obsequioso. Chozo lo ignoró, subió la escalera.

Ahora venía la parte difícil. Representar al enamorado de ojos de carnero cuando ya no estaba ciego. Pero la engañaría, del mismo modo que ella lo había engañado a él.

Respondió ella a la puerta, radiantemente hermosa. El corazón de Chozo ascendió a su garganta. Puso algo en la mano de ella.

—Esto es para ti.

—Oh, Castañas, no hubieras debido. —Pero, si no lo hubiera hecho, ella no le habría permitido pasar de su puerta—. Qué extraño collar. ¿Eso son serpientes?

—Auténtica plata —dijo él—. Y rubíes. Me encantó. Es feo, pero el trabajo es soberbio.

—Creo que es espléndido, Castañas. ¿Cuánto te costó?

—Demasiado —respondió Chozo, sonriendo sardónicamente—. No podría decírtelo. Más de lo que debería pagar nadie por nada.

Sue no siguió presionando.

—Ven aquí, Castañas. —Debía de haber recibido órdenes de representar meticulosamente su papel. En general le hacía sufrir un tiempo antes de rendirse. Empezó a desnudarse.

Chozo la tomó violentamente, algo que no había hecho nunca antes. Luego la tomó de nuevo. Cuando hubo terminado, ella preguntó:

—¿Qué es lo que te pasa?

—Tengo una gran sorpresa para ti. Una gran sorpresa. Sé que te encantará. ¿Puedes salir de aquí sin que nadie te vea?

—Por supuesto. Pero ¿por qué?

—Ésa es la sorpresa. ¿Lo harás por mí? No te sentirás decepcionada, te lo prometo.

—No entiendo.

—Simplemente hazlo. Deja pasar unos minutos después de que yo me haya ido. Reúnete conmigo en el callejón. Quiero llevarte a un sitio y mostrarte algo. Asegúrate

de llevar el collar.

—¿Qué es todo esto? —Parecía divertida, no suspicaz.

Bien, pensó Chozo. Terminó de vestirse.

—Nada de respuestas ahora, querida. Será la mayor sorpresa de tu vida. No quiero estropearla. —Se encaminó hacia la puerta.

—¿Cinco minutos? —dijo ella.

—No me hagas esperar. Me convierto en un oso cuando tengo que esperar. Y no olvides el collar.

—No lo haré, querido.

Chozo aguardó casi quince minutos. Se puso impaciente, pero estaba seguro de que la codicia haría salir a Sue. El cebo había sido lanzado. Ella estaba jugando con él.

—¿Castañas? —La voz de la mujer era suave y musical. Su corazón se retorció. ¿Cómo podía hacer aquello?

—Estoy aquí, mi amor. —Ella se le acercó. Él la rodeó con sus brazos.

—Vamos, vamos. Ya basta de eso. Quiero mi sorpresa. No puedo esperar más.

Chozo inspiró profundamente. ¡Hazlo!, gritó algo en su interior.

—Te ayudaré a subir. —Ella se volvió. ¡Ahora! Pero sus manos eran de plomo.

—Vamos, Castañas.

Golpeó. Sue se derrumbó al interior del carro, con un ligero maullido como único sonido. La golpeó de nuevo cuando tuvo la impresión de que iba a volverse. Quedó flácida. Tomó una mordaza del carro, se la metió en la boca antes de que pudiera gritar, luego ató rápidamente sus manos. Ella empezó a patear cuando fue a atar sus tobillos. La pateó de vuelta, casi dejó que la furia lo dominara.

Ella dejó de luchar. Terminó de atarla, luego la sentó en el pescante del carro. En la oscuridad parecían hombre y mujer cumpliendo con un asunto de última hora.

No habló hasta que hubieron cruzado el Río Puerto.

—Probablemente te estarás preguntando qué ocurre, querida.

Sue gruñó. Estaba pálida y asustada. Él recuperó su amuleto. Ya que estaba en ello, la despojó también de todas sus joyas y objetos de valor.

—Te quería, Sue. Realmente te quería. Hubiera hecho cualquier cosa por ti. Cuando matas un amor así, lo conviertes en un gran odio. —Al menos veinte levas en joyas, calculó. ¿Cuántos otros hombres había destruido?—. Trabajar de este modo para Gilbert. Intentando robar El Lirio. Hubiera perdonado cualquier otra cosa. Cualquier otra cosa.

Siguió hablando durante todo el camino colina arriba. La distrajo hasta que el castillo negro gravitó tan grande que ya no pudo ser pasado por alto. Entonces los ojos de ella se abrieron mucho. Empezó a temblar, a apestar cuando perdió todo control.

—Sí, querida —dijo Chozo, con voz agradablemente racional, como si conversara—. Sí. El castillo negro. Tú ibas a entregarme a merced de tus amigos. Hiciste una

apuesta y perdiste. Ahora yo te entrego a los míos. —Se detuvo, bajó, fue a la puerta. Se abrió inmediatamente.

El ser alto acudió a su encuentro, agitando sus aracnoides manos.

—Bien —dijo—. Muy bien. Tu socio nunca trajo caza sana.

Las entrañas de Chozo se anudaron. Sintió deseos de cambiar de opinión. Sólo quería hacer daño y humillar a Sue... Pero ya era demasiado tarde. No podía volver atrás.

—Lo siento, Sue. No deberíais haberlo hecho. Tú y Gilbert. Ya llegará su turno. Chozo de Castañas no es lo que todo el mundo piensa.

Un sonido como un lamento ahogado brotó de detrás de la mordaza de Sue. Chozo se dio la vuelta. Tenía que salir de allí. Se enfrentó a la criatura alta. La criatura empezó a contar monedas directamente sobre su mano.

Como siempre, Chozo no regateó. De hecho, ni siquiera miró al dinero, simplemente se lo fue metiendo en los bolsillos. Su atención estaba fija en la oscuridad detrás de la criatura.

La mayoría de sus compañeros estaban ahí atrás, siseando, agitándose. Chozo reconoció a la criatura baja con la que había tratado una vez.

El ser alto dejó de contar. Chozo acabó de meterse ausentemente las monedas en los bolsillos, regresó a su carro. Las cosas en las sombras avanzaron, agarraron a Sue, empezaron a arrancarle la ropa. Una le quitó la mordaza de la boca. Chozo fustigó las mulas.

—¡Por el amor de Dios, Castañas! ¡No me abandones!

—Ya está hecho, mujer. Ya está hecho. —Sacudió las riendas—. Adelante, mulas.

Ella empezó a gritar cuando él se dirigió hacia la puerta. No miró hacia atrás. No quería saber.

—No dejéis de moveros, mulas.

—Vuelve pronto, Chozo de Castañas —dijo la criatura alta a sus espaldas.

ENEBRO: GUARDIA NOCTURNA

La llamada de Susurro me tomó desprevenido. Era demasiado pronto para el informe diario. Apenas había terminado de desayunar. Sabía que aquello significaba problemas.

No me sentí decepcionado.

Susurro iba de un lado para otro como un animal enjaulado, irradiando tensión y furia. Entré, me detuve en posición de firmes, sin darle ninguna excusa para lanzar una diatriba..., en caso de que no fuera culpa mía.

Me ignoró durante varios minutos, quemando energías. Luego se sentó, se miró pensativamente las manos.

Alzó la mirada. Y estaba completamente al control. En realidad incluso sonrió. Si hubiera sido tan hermosa como la Dama, aquella sonrisa hubiera fundido el granito. Pero era lo que era, una veterana de mil campañas, de modo que su sonrisa sólo mejoró la hosquedad de su rostro.

—¿Cómo estaban dispuestos los hombres esta última noche? —preguntó.

Desconcertado, respondí:

—¿Perdón? ¿Te refieres a su temperamento?

—¿Dónde estaban estacionados?

—Oh. —Aquello era en realidad asunto de Elmo, pero sabía que era mejor olvidar el asunto. Los Tomados no toleran excusas, por válidas que puedan ser—. Tres hombres en el barco hacia el sur con Cabestro, buscando a ese hombre Asa. —Me preocupaba el que ella los hubiera enviado. Cuando no comprendo los motivos de los Tomados, me vuelvo paranoico—. Cinco en el Coturno, fingiendo ser marineros extranjeros. Tres más vigilando a gente que hemos considerado especialmente interesante. Tendría que comprobarlo con Elmo para asegurarme, pero al menos cuatro más estaban en otras partes de la ciudad, intentando averiguar algo de interés. El resto aquí en el castillo, fuera de servicio. Espera. Un hombre estaba en la oficina de la policía secreta del Duque, y dos en el Recinto, mezclándose con los Custodios. Yo estuve con los Inquisidores la mayor parte de la noche, sondeándoles. En estos momentos estamos más bien dispersos. Me alegrará cuando llegue el Capitán. Hemos hecho mucho con las fuerzas disponibles. Los planes de ocupación están muy retrasados.

Suspiró, se levantó, reanudó sus paseos.

—Supongo que es tan culpa mía como vuestra —dijo. Miró largo rato por la ventana. Luego me hizo una seña. Me acerqué a ella.

Señaló el castillo negro.

—Les queda muy poco. Ya están intentando abrir el camino para el Dominador. Todavía no es tiempo, pero se están dando prisa. Quizás han captado nuestro interés.

Este asunto de Enebro era como una gigantesca bestia marina tentacular surgida de las mentiras de un marinero. No importa hacia donde nos volviéramos o lo que hiciéramos, cada vez nos metíamos más en problemas. Trabajando en pugna con los Tomados, intentando cubrir un cada vez más evidente rastro, estábamos complicando sus esfuerzos de enfrentarse al peligro del castillo negro. Si las cosas seguían así, podíamos incluso hacer posible que el Dominador emergiera a un mundo no preparado.

No deseaba ese horror sobre mi conciencia.

Aunque temo que tiendo a no registrarlo de esa forma, estábamos enzarzados en sustanciales dilemas morales. No estamos acostumbrados a tales problemas. El trabajo del mercenario no requiere mucha moralidad o la toma de decisiones morales. Esencialmente, el mercenario deja la moralidad a un lado, o en el mejor de los casos reordena las estructuras habituales para que encajen con las necesidades de su forma de vida. Sus grandes motivaciones son lo bien que hace su trabajo, lo fielmente que lleva a cabo sus comisiones, lo bien que se adhiere a un estándar que exige una firme lealtad a sus camaradas. Deshumaniza el mundo fuera de los límites de su trabajo. Y así todo lo que hace, o todo de lo que es testigo, se convierte en algo de escaso significado mientras se produzca fuera de la Compañía.

Habíamos derivado a una trampa donde tal vez tuviéramos que enfrentarnos a la mayor elección en la historia de la Compañía. Puede que tuviéramos que traicionar cuatro siglos de mitos de la Compañía en beneficio de algo superior.

Sabía que no podía permitir que el Dominador se restaurara a sí mismo, si ésa era la única forma en que podíamos impedir que la Dama supiera acerca de Linda y Cuervo.

Sin embargo..., la Dama no era mucho mejor. La servíamos y, hasta últimamente, bien y con fidelidad, aniquilando a los Rebeldes allá donde los encontrábamos, pero no creo que muchos de nosotros fuéramos indiferentes a lo que era. Era menos malvada que el Dominador sólo porque estaba menos decidida acerca de ello, era más paciente en su impulso hacia un control total y absoluto.

Eso me presentaba otro problema. ¿Sería capaz de sacrificar a Linda para impedir el regreso del Dominador? ¿Si ése era el precio?

—Pareces muy pensativo —dijo Susurro.

—Hummm. Hay demasiados ángulos en este asunto. Los Custodios. El Duque. Nosotros. Cabestro, que tiene hachas propias que afilar. —Le había hablado de los orígenes de Cabestro en el Coturno, suministrándole información aparentemente irrelevante para complicar y distraer sus pensamientos.

Señaló de nuevo.

—¿No te sugerí que se mantuviera una vigilancia más intensa sobre ese lugar?

—Sí, señora. Y lo hicimos durante un tiempo. Pero nunca ocurrió nada, y luego se nos dijo que hiciéramos algunas otras cosas... —Me interrumpí, estremecido por una repentina y desagradable sospecha.

Leyó mi rostro.

—Sí. Ayer por la noche. Y esta entrega estaba aún viva.

—Oh, mierda —murmuré—. ¿Quién lo hizo? ¿Lo sabes?

—Tan sólo capté los cambios consecuentes. Intentaron abrir el camino. Todavía no eran lo bastante fuertes, pero estuvieron muy cerca.

Empezó a ir de un lado para otro. Mentalmente pasé lista al Coturno de la última noche. Iba a tener que hacer algunas preguntas muy incisivas.

—Consulté directamente a la Dama. Está muy preocupada. Sus órdenes son dejar de lado todos los asuntos subordinados. Tenemos que impedir que lleguen al castillo más cadáveres. Sí, el resto de tu Compañía estará aquí pronto. Dentro de seis a diez días. Y hay mucho que hacer para preparar su llegada. Pero, como has observado, hay mucho que hacer y demasiados pocos para hacerlo. Deja que tu Capitán se ocupe de las cosas cuando llegue. El castillo negro tiene que ser aislado.

—¿Por qué no introducir algunos hombres en él?

—La Dama lo ha prohibido.

Intenté parecer perplejo.

—¿Por qué? —Tuve la sudorosa y estremecida sospecha de que ya lo sabía.

Susurro se encogió de hombros.

—Porque no desea que malgastéis el tiempo diciendo hola y estableciendo nuevos contactos. Ve a ver lo que puede hacerse acerca de aislar el castillo.

—Sí, señora.

Me marché, pensando que había ido mejor y peor de lo que había anticipado. Mejor, porque no se había lanzado a uno de sus chillantes ataques de furia. Peor, porque a todos los efectos había anunciado que los que ya estábamos allí nos hallábamos bajo sospecha, que tal vez hubiéramos sucumbido a una infección moral que la Dama no deseaba que transmitiéramos a nuestra hermandad.

Para asustarse.

—De acuerdo —dijo Elmo cuando se lo comuniqué. No necesitó que se le explicara nada—. Lo cual significa que tendremos que establecer contacto con el Viejo.

—¿Mensajero?

—¿Qué otra cosa? ¿A quién podemos soltar y cubrir?

—A uno de los hombres del Coturno.

Elmo asintió.

—Me ocuparé de eso. Tú sigue adelante e intenta imaginar cómo aislar el castillo con los hombres de que disponemos.

—¿Por qué no vas tú a explorar el castillo? Yo quiero averiguar lo que estuvieron haciendo esos tipos la otra noche.

—No se trata de eso, Matasanos. No estoy diciendo que hicieras un mal trabajo; simplemente, no lo hiciste. Lo cual, en el fondo, es culpa mía. Yo soy el soldado.

—Ser un soldado no significa ninguna diferencia, Elmo. Esto no es trabajo de

soldado. Es cosa de espías. Y los espías necesitan tiempo para infiltrarse en el entramado de una sociedad. Todavía no hemos tenido tiempo suficiente.

—Pero el tiempo se ha agotado. ¿No es eso lo que has dicho?

—Supongo que sí —admití—. Está bien. Exploraré el castillo. Pero tú averigua lo que ocurrió ahí abajo ayer por la noche. En especial en los alrededores de ese lugar llamado El Lirio de Hierro. No deja de aparecer en todos lados, como ese tipo Asa.

Elmo fue cambiándose a lo largo de toda nuestra conversación. Ahora tenía el aspecto de un marinero sin suerte, demasiado viejo para embarcarse, pero aún lo bastante fuerte como para hacer algún trabajo sucio. Encajaría perfectamente en el Coturno. Se lo dije.

—Sí. Vamos. Y no esperes dormir mucho hasta que llegue el Capitán.

Nos miramos el uno al otro, sin decir lo que había en el fondo de nuestras mentes. Si los Tomados no deseaban que estuviéramos en contacto con nuestra hermandad, ¿qué iban a hacer cuando apareciera la Compañía, procedente de las Wolander?

* * *

Desde cerca, el castillo negro era a la vez intrigante e inquietante. Tomé un caballo, rodeé el lugar varias veces, incluso saludé alegremente hacia un movimiento que detecté en la parte superior de sus vitrificadas almenas.

En la parte de atrás el terreno era difícil: escabroso, lleno de rocas, inundado por una maleza seca y espinosa que olía a salvia. Nadie llevando un cadáver podía alcanzar la fortaleza desde aquella dirección. El terreno era mejor a lo largo del risco al este y al oeste, pero incluso allí la aproximación era improbable. Los hombres del tipo que venden cadáveres harán las cosas de la manera más fácil. Eso significaba usar el camino que conducía desde los muelles del Río Puerto, a través de la dispersión de las casas de los comerciantes en las laderas intermedias, y simplemente llegar hasta la puerta del castillo. Alguien había seguido a menudo esta ruta, porque las roderas marcaban sus surcos desde el final del camino hasta el castillo.

Mi problema era que no había ningún lugar donde unos hombres pudieran aguardar a la espera sin ser vistos desde las murallas del castillo. Me llevó hasta el anochecer perfilar mi plan.

Hallé una casa abandonada un poco ladera abajo y un poco río arriba. Podía ocultar a mis hombres allí y apostar centinelas camino abajo, en la zona más poblada. Podían enviar un mensaje al resto de nosotros si veían algo sospechoso. Podíamos cruzar la ladera e interceptar a los potenciales vendedores de cadáveres. Los carros serían lo bastante lentos como para permitirnos el tiempo necesario.

El viejo Matasanos es un brillante estratega. Sí, señor. Tenía mis tropas en su lugar y todo dispuesto a medianoche. Y tenía dos falsas alarmas antes del desayuno. Averigüé de la forma más embarazosa posible que había un tráfico nocturno legítimo más allá de mi puesto de centinela.

Me senté en la vieja casa con mi equipo, jugando alternativamente al tonk y preocupándome, y en raras ocasiones echando una cabezada. Y preguntándose constantemente qué estaría ocurriendo allá abajo en el Coturno y al otro lado del valle, en Tejadura.

Recé porque Elmo pudiera mantener sus dedos en todas las cuerdas.

ENEBRO: LISA

Chozo pasó todo un día echado en su habitación, mirando al techo, odiándose a sí mismo. Había caído todo lo bajo que un hombre podía llegar a caer. Ya no había ninguna cosa más perversa que pudiera hacer, y nada que ennegreciera más su alma. Ni un millón de levas podrían comprarle un pasaje a bordo de la embarcación el Día del Pasaje. Su nombre debía de estar escrito en el Libro Negro junto con los de los mayores villanos.

—¿Señor Chozo? —dijo Lisa desde la puerta a la mañana siguiente, mientras se preparaba para otro día de estudio del techo y autocompasión—. ¿Señor Chozo?

—¿Sí?

—Bo y Lana están aquí.

Bo y Lana, junto con una de sus hijas, eran los sirvientes de su madre.

—¿Qué es lo que quieren?

—Liquidar las cuentas del mes, supongo.

—Oh. —Se puso en pie.

Lisa lo detuvo en el arranque de la escalera.

—Tenía razón acerca de Sue, ¿verdad?

—La tenías.

—Lo siento. No hubiera dicho nada si hubiéramos podido permitirnoslo.

—¿Hubiéramos? ¿Qué quieres decir con hubiéramos? Oh, demonios. No importa. Olvídalo. No quiero oír hablar más de ello.

—Lo que usted diga. Pero voy a hacer que se atenga a su promesa.

—¿Qué promesa?

—Dejar que me ocupe yo de El Lirio.

—Oh. De acuerdo. —En aquel momento no le importaba. Recogió las cuentas mensuales de los sirvientes. Los había elegido bien. No le estaban engañando. Sugirió que merecían una pequeña bonificación.

Regresó arriba en busca del dinero. Lisa le observó marcharse, perpleja. Chozo se dio cuenta demasiado tarde de su error. Ahora ella se preguntaría por qué tenía dinero hoy cuando ayer no tenía ni un céntimo. Localizó sus sucias ropas, vació sus bolsillos en la cama. Y jadeó.

—¡Oh, maldita sea! Maldita sea —murmuró—. ¿Qué demonios voy a hacer con tres monedas de oro?

También había plata, y un puñado de cobres, pero... ¡Era una trampa! Una fortuna que nunca podría gastar. La ley de Enebro hacía ilegal que los ciudadanos poseyeran oro acuñado. Incluso los extranjeros que llegaban a la ciudad tenían que cambiar el suyo por plata, aunque la plata extranjera era tan bienvenida como la local. Afortunadamente también, porque la acuñación del castillo negro era decididamente

antigua, aunque con los pesos estándar.

¿Cómo podría librarse del oro? ¿Venderlo a algún capitán de barco que se encaminara al sur? Ése era el proceso habitual. Deslizó las monedas en su escondrijo más secreto, junto con el amuleto del castillo negro. Una fortuna inútil. Evaluó el resto. Veintiocho piezas de plata, más varias levas de cobre. Suficiente para ocuparse de su madre y de Sal. No lo suficiente para quitarse a Gilbert de su espalda.

—Sigo metido en la maldita trampa del dinero —gimió.

Recordó las joyas de Sue, sonrió desagradablemente.

—Lo haré —murmuró. Se lo metió todo en los bolsillos, regresó abajo, pagó a los sirvientes de su madre, le dijo a Lisa—: Voy a estar fuera un largo rato.

Primero se ocupó de la familia de Eximio, luego se dirigió hacia la casa de Gilbert. No parecía haber nadie por los alrededores. Gilbert no era como Krage, no en el sentido de que necesitaba un ejército a mano, pero tenía a sus quebrantahuesos. Todos se habían ido. Pero había alguien en la oficina de Gilbert porque la luz de una lámpara iluminaba las cortinas. Sonrió pensativo, luego se apresuró a regresar a El Lirio.

Fue a una mesa en las sombras de la parte de atrás, cerca de donde solía sentarse Cuervo. Había un par de marineros extranjeros sentados allí. Mercancía dura, por todo lo que podía decir. Llevaban allí algún tiempo. Decían que ellos y sus amigos, que iban y venían, habían perdido su barco. Estaban aguardando otro. Chozo no podía recordar haber oído el nombre de su puerto de origen.

—¿Os gustaría ganar algo de dinero fácil? —preguntó.

—¿Y a quien no? —respondió uno.

Y el otro:

—¿Qué es lo que propones?

—Tengo un pequeño problema. He de ir a hacer unos negocios con un hombre. Pero suele ponerse violento.

—Quieres algo de respaldo, ¿eh?

Chozo asintió.

El otro marinero le miró con ojos entrecerrados.

—¿Quién es él?

—Se llama Gilbert. Es prestamista. ¿Habéis oído hablar de él?

—Sí.

—Está cerca de aquí. No parece que haya nadie en su casa excepto él.

Los hombres intercambiaron miradas. El más alto dijo:

—Te diré una cosa. Déjame ir a buscar a un amigo nuestro.

—No puedo permitirme todo un ejército.

—Hey, no hay problema. Pagarás lo mismo que con sólo nosotros dos; él vendrá gratis. Sólo que nos sentiremos más cómodos si lo tenemos con nosotros.

—¿Es duro?

Ambos hombres sonrieron. Uno le guiñó el ojo al otro.

—Ajá. Como no podrás creer.

—Entonces traedlo.

Uno de los hombres se fue. Chozo regateó con el otro. Lisa observaba desde el otro lado de la sala común, con los ojos entrecerrados y duros. Chozo decidió que se estaba metiendo demasiado en sus asuntos, y demasiado rápido.

El tercer hombre era un personaje con cara de sapo de apenas metro y medio de altura. Chozo lo miró con los ojos fruncidos. Su valedor señaló:

—Es duro, ¿recuerdas?

—¿Sí? Estupendo. Vamos entonces. —Se sentía un cien por ciento mejor con tres hombres acompañándole, aunque no tenía ninguna seguridad de que pudieran ayudar si Gilbert iniciaba algo.

Había un par de tipos duros en la habitación delantera cuando llegó Chozo. Les dijo:

—Quiero ver a Gilbert.

—Supongamos que él no desea verte a ti. —Era el juego estándar con los tipos duros. Chozo no supo qué responder. Uno de sus compañeros salvó la situación.

—No va a tener muchas elecciones, ¿no crees? A menos que ese gordo sea todo músculo disfrazado. —Sacó un cuchillo, empezó a limpiarse las uñas. Aquello le hizo recordar tanto a Cuervo que Chozo se estremeció.

—Está atrás en la oficina. —El tipo gordo intercambió una mirada con su compañero. Chozo imaginó que uno de ellos iba a echar a correr pidiendo ayuda.

Empezó a moverse. Su compañero con cara de sapo dijo:

—Yo simplemente me quedaré aquí fuera.

Chozo se dirigió hacia la oficina de Gilbert. El prestamista tenía un saco de levas sobre su escritorio, estaba pesando monedas una a una en una báscula de precisión, separando aquéllas que habían sido recortadas. Alzó la vista furioso.

—¿Qué demonios es esto?

—Un par de amigos deseaban pararse un momento aquí conmigo y ver cómo haces tus negocios.

—No me gusta lo que dice esto sobre nuestra relación, Chozo. Dice que no confías en mí.

Chozo se encogió de hombros.

—Corren algunos rumores muy desagradables ahí fuera. Acerca de ti y de Sue trabajando sobre mí. Para echarme de El Lirio.

—Sue, ¿eh? ¿Dónde está, Chozo?

—Hay una conexión, ¿eh? —Chozo dejó que su rostro se desmoronara—. Maldito seas. Así que es por eso por lo que me rechazó. Jodido villano. Ahora ni siquiera quiere verme. Ese mono de la puerta no deja de decirme que no está aquí. ¿Lo arreglaste todo, señor Gilbert? ¿Sabes?, nunca me has gustado mucho.

Gilbert les dirigió a uno tras otro una desagradable mirada con su único ojo. Por un momento pareció considerar sus posibilidades. Luego el hombre bajo entró con

paso cansino, se reclinó contra la pared, y su ancha boca se curvó en una irónica sonrisa.

—¿Has venido a hablar o a hacer negocios? —dijo Gilbert—. Si son negocios, adelante. Quiero a esos tipos fuera de aquí. Le dan mal nombre al vecindario.

Chozo extrajo una bolsa de cuero.

—Tú tienes mal nombre, Gilbert. He oído a gente decir que no piensa seguir haciendo negocios contigo. No piensan que sea correcto el que intentes echar a la gente de su propiedad.

—Cállate y dame algo de dinero, Chozo. Si sólo has venido a gimotear, lárgate.

—Hablas muy fuerte para estar en una proporción de cuatro a uno —observó uno de los hombres. Uno de sus compañeros le censuró en otro idioma. Gilbert miraba con una intensidad que decía que estaba memorizando rostros. El hombre bajo sonrió e hizo un gesto con un dedo. Gilbert decidió que podía esperar.

Chozo contó monedas. Los ojos de Gilbert se abrieron mucho cuando el montón fue creciendo. Chozo dijo:

—Ya te dije que estaba haciendo un trato. —Arrojó sobre la mesa las joyas de Sue.

Uno de sus compañeros recogió un brazalete, lo examinó.

—¿Cuánto le debes a este personaje?

Gilbert restalló una cifra, que Chozo sospechó que estaba hinchada.

El marinero observó:

—Te estás estafando a ti mismo, Chozo.

—Sólo quiero sacar las zarpas de este chacal de mi casa.

Gilbert miró fijamente las joyas, pálido, envarado. Se humedeció los labios con la lengua y tendió la mano hacia un anillo. La mano temblaba.

Chozo se sentía a la vez lleno de miedo y de malicioso regocijo. Gilbert conocía el anillo. Ahora quizás estuviera un poco nervioso acerca de mezclarse con Chozo de Castañas. O tal vez decidiera rebanar algunas gargantas. Gilbert tenía algunos de los mismos problemas de ego que había tenido Krage.

—Esto debería más que cubrirlo todo, señor Gilbert. Lo más grande también. Incluso con los puntos extra. Devuélveme mi garantía.

Lúgubrementemente, Gilbert la recuperó de una caja en una estantería cercana. Sus ojos no se apartaron ni un momento del anillo.

Chozo destruyó inmediatamente la garantía.

—Pero ¿no te debo todavía algo, señor Gilbert? Sí, creo que sí. Bueno, haré todo lo posible para ver que recibas todo lo que esperabas.

Gilbert frunció furioso el ojo. Chozo creyó ver en él un asomo de miedo. Eso le complació. Nadie tenía nunca miedo de Chozo de Castañas, excepto quizás Asa, que no contaba.

Mejor hacer su salida ahora, antes de tensar demasiado su suerte.

—Gracias, señor Gilbert. Nos veremos de nuevo pronto.

Al cruzar la habitación exterior, quedó asombrado al descubrir a los hombres de Gilbert roncando. El hombre de la cara de sapo sonrió. Fuera, Chozo pagó a sus guardianes.

—No fue tan problemático como había esperado.

—Nos tenías contigo —dijo el hombre bajo—. Vayamos a tu taberna y tomemos una cerveza.

Uno de los otros observó:

—Parecía como si estuviera en estado de *shock*.

El hombre bajo preguntó:

—¿Cómo te enredaste tanto con un prestamista?

—Una mujer. Creí que iba a casarse conmigo. Simplemente me estaba chupando el dinero. Finalmente desperté.

Sus compañeros sacudieron la cabeza. Uno dijo:

—Mujeres. Tendrías que vigilarlas, compadre. Te chupan hasta los huesos.

—He aprendido la lección. Hey. Las bebidas van por cuenta de la casa. Tengo un vino que solía guardar para un cliente especial. Se fue de la ciudad, así que se me ha quedado.

—Una lástima, ¿eh?

—No, Una suerte. Nadie puede permitirse su precio.

* * *

Chozo pasó toda la velada bebiendo vino, incluso después de que los marineros decidieran que tenían asuntos en otro lado. Una sonrisa afloraba a sus ojos cada vez que recordaba la reacción de Gilbert al anillo.

—Ahora debo ir con cuidado —murmuró—. Está tan loco como Krage.

Con el paso del tiempo las buenas sensaciones se fueron disipando. El miedo volvió. Se había atrevido a enfrentarse a Gilbert, y todavía seguía siendo en su mayor parte el antiguo Chozo bajo la pátina dejada por Cuervo y unos pocos tratos establecidos desde entonces.

—Tendría que arrastrar al bastardo colina arriba —murmuró a su jarra. Luego—: ¡Maldita sea! Soy tan malo como Cuervo. Peor aún. Cuervo nunca los entregó vivos. Me pregunto qué estará haciendo ahora ese bastardo, con su parche en el ojo y sus montones de monedas.

Se emborrachó mucho, mucho, mucho, con la mente llena de autocompasión.

El último huésped se fue a la cama. El último cliente se marchó a su casa. Chozo se quedó allí, acunando su vino y despotricando contra Lisa, furioso con ella por ninguna razón en particular que pudiera definir. Su cuerpo, pensó. Maduro. Pero ella no querría. Mejor para él. Y su reciente agresividad. Sí.

Ella lo estudió mientras limpiaba el local. La pequeña bruja eficiente. Mejor incluso que Linda, que había trabajado duro pero no tenía su economía de

movimientos. Quizá *mereciera* ocuparse del lugar. Él nunca había hecho un trabajo tan bueno.

La encontró de pronto sentada frente a él. La miró furioso. Ella no se acobardó. Una chica dura también. No hacía alardes. Tampoco se asustaba. La dura puta del Coturno. Algún día se convertiría en un problema.

—¿Qué ocurre, señor Chozo?

—Nada.

—He oído que le ha pagado toda la deuda a Gilbert. Un préstamo que le había concedido con la garantía de este lugar. ¿Cómo pudo poner El Lirio como garantía? Lleva años en su familia.

—No me vengas con esa mierda sentimental. No crees en ella.

—¿Dónde consiguió el dinero?

—Quizá no deberías ser tan curiosa. Quizá la curiosidad sea mala para tu salud.
—Habla de forma hoscamente seca, pero no habla en serio.

—Últimamente ha estado actuando de una forma extraña.

—Estaba enamorado.

—No era eso. Por cierto, ¿qué le ha ocurrido a su amor? Oí que Sue había desaparecido. Gilbert dice que usted le hizo algo.

—¿Le hice qué? Estuve en su casa hoy.

—¿La vio?

—No. El guardia de la puerta dijo que no estaba en casa. Lo cual significa que no deseaba verme. Probablemente tenía a alguien ahí arriba.

—Quizá fuera cierto que no estaba en casa.

Chozo soltó un bufido.

—Te dije que no quiero hablar más de ella. ¿Has entendido?

—Sí, claro. Dígame dónde consiguió el dinero.

Chozo la miró furioso.

—¿Por qué?

—Porque si hay más, quiero una parte. No tengo intención de pasar toda mi vida en el Coturno. Haré todo lo que sea necesario para salir de aquí.

Chozo hizo una mueca.

Ella la interpretó mal.

—Este trabajo es sólo para mantener unidos cuerpo y mente hasta que encuentre algo.

—Un millón de gente ha pensado lo mismo, Lisa. Y ha muerto congelada en las callejuelas del Coturno.

—Algunos lo han logrado. No tengo intención de fracasar. ¿Dónde consiguió el dinero, señor Chozo? —Fue a buscar una botella del vino bueno. Vagamente, Chozo pensó que ya casi debía de estar agotado.

Le habló de su silencioso socio.

—Eso es una estupidez. Llevo aquí el tiempo suficiente como para saberlo si

fuera verdad.

—Será mejor que lo creas, muchacha. —Dejó escapar una risita—. Sigue pinchando, y tienes muchas posibilidades de encontrarte con él. No te gustará, te lo garantizo. —Recordó a la alta criatura diciéndole que volviera pronto.

—¿Qué le ocurrió a Sue?

Chozo intentó levantarse. Sus miembros estaban flácidos. Se derrumbó de nuevo en su silla.

—Estoy borracho. Más borracho de lo que pensaba. Estoy perdiendo la forma. —Lisa asintió gravemente—. La amaba. Realmente la amaba. No hubiera debido hacerme eso. La hubiera tratado como una reina. Hubiera ido al infierno por ella. Casi lo hice. —Rió quedamente—. Hubiera ido con ella... Oops.

—¿Hará una cosa por mí, señor Chozo?

—¿El qué?

—Siempre está intentando conseguirme. ¿Cuánto vale eso?

Chozo se humedeció los labios.

—No lo sé. No puedo decirlo hasta que lo haya probado.

—No tiene nada que pueda darme, viejo.

—Pero sé cómo conseguirlo.

—¿Dónde?

Chozo se quedó simplemente sentado allí, sonriente, con un poco de baba deslizándose por una comisura de su boca.

—Renuncio. Usted gana. Vamos. Le ayudaré a subir la escalera antes de irme a casa.

Subir la escalera fue una epopeya. Chozo estaba a tan sólo una jarra del desvanecimiento. Cuando llegaron a su habitación, simplemente se derrumbó sobre la cama.

—Gracias —murmuró—. ¿Qué estás haciendo?

—Tengo que desvestirle.

—Sí, supongo. —No hizo ningún esfuerzo por ayudar—. ¿Qué estás haciendo ahora? ¿Por qué me agarras de esta forma?

—Usted me desea, ¿no? —Un momento más tarde estaba en la cama con él, frotando desnudeces. Él estaba demasiado borracho para extraer nada de la situación. La sujetó y se quedó como inerte. Ella llevó toda la iniciativa.

ENEBRO: DÍA DE PAGA

Chozo se alzó tan bruscamente que su cabeza se bamboleó de un lado para otro. Alguien empezó a golpear tambores dentro de ella. Rodó hasta el borde de la cama y se sintió ruidosamente trastornado. Luego se sintió trastornado de otra forma. Por el terror.

—Se lo dije. Le conté todo el maldito asunto. —Intentó ponerse en pie. Tenía que salir de Enebros antes de que llegaran los Inquisidores. Tenía oro. Un capitán extranjero podía llevarle al sur. Podía alcanzar a Cuervo y Asa... Se derrumbó en el camastro, demasiado miserable para actuar—. Me estoy muriendo —murmuró—. Si hay un infierno, tiene que ser así.

¿Se lo había *dicho* realmente todo? Creía que sí. Y por nada. No había recibido nada a cambio.

—Chozo de Castañas, naciste perdedor. ¿Cuándo aprenderás?

Se levantó una vez más, cautelosamente, y se tambaleó hasta su escondite. El oro estaba allí. Quizá no se lo hubiera dicho todo. Consideró el amuleto. Lisa podía seguir el mismo camino que Sue. Si todavía no le había dicho nada a nadie. Pero se mostraría cautelosa, ¿no? Sería difícil atraparla con la guardia baja. Aún suponiendo que pudiera encontrarla.

—¡Mi cabeza! ¡Dioses! No puedo pensar. —Hubo un repentino estruendo escaleras abajo—. Maldita sea —murmuró—. No cerró el lugar. Van a robarlo todo. —Las lágrimas resbalaron por sus mejillas. Era inevitable, aquello tenía que llegar. Quizá se tratara de Cabestro y sus secuaces destrozándolo todo ahí abajo.

Mejor enfrentarse a su destino. Maldiciendo, se vistió, inició el largo camino escaleras abajo.

—Buenos días, señor Chozo —dijo Lisa alegremente—. ¿Qué querrá para desayunar?

La miró, tragó saliva, finalmente se tambaleó hasta una mesa, se sentó allí con la cabeza entre las manos, ignorando la mirada divertida de uno de sus compañeros en la aventura de Gilbert.

—¿Un poco de resaca, señor Chozo? —preguntó Lisa.

—Sí. —Su propia voz sonó demasiado fuerte.

—Le prepararé algo que mi padre me enseñó a hacer. Es un maestro borrachín, ¿sabe?

Chozo asintió débilmente. Incluso aquello resultó doloroso. El padre de Lisa era una de las razones por las que la había contratado. La muchacha necesitaba toda la ayuda que pudiera conseguir. Otra de sus caridades que se había agriado.

Le trajo algo de aspecto tan horrible que ni siquiera un hechicero lo hubiera tocado.

—Bébalo rápido. Entra mejor de esa forma.

—Puedo imaginarlo. —Medio rezando para que aquella pócima no lo envenenara, tragó la apestosa mixtura. Tras jadear en busca de aliento, murmuró—: ¿Cuándo van a venir? ¿Cuánto tiempo tengo?

—¿Quiénes, señor Chozo?

—Los Inquisidores. La ley. Como quieras llamarles.

—¿Por qué deberían venir aquí?

Alzó dolorosamente la mirada para cruzar sus ojos con los de ella.

—Le dije que haría cualquier cosa por salir del Coturno —susurró ella—. Ésta es la oportunidad que he estado esperando. Ahora somos socios, señor Chozo. Mitad y mitad.

Chozo enterró la cabeza entre las manos y gruñó. Aquello no iba a terminar nunca. No hasta que lo devorara. Maldijo a Cuervo y a toda su casa.

* * *

La sala común estaba vacía. La puerta estaba cerrada.

—Primero tenemos que ocuparnos de Gilbert —dijo Lisa.

Chozo sacudió la cabeza, se negó a alzar la vista.

—Eso fue estúpido, darle unas joyas que sabía que iba a reconocer. Le matará si nosotros no le matamos a él primero.

Chozo sacudió de nuevo la cabeza. ¿Por qué yo?, se gimió a sí mismo. ¿Qué he hecho para merecer esto?

—Y no piense que puede librarse de mí de la misma forma que lo hizo con Sue y ese chantajista. Mi padre tiene una carta que llevará inmediatamente a Cabestro si desaparezco.

—Eres demasiado lista para tu propio bien. —Y—: Esto no durará hasta el invierno.

—Cierto. Pero no lo haremos a la manera de Cuervo. Demasiado arriesgado y demasiado trabajo. Seremos caritativos. Llevaremos a todos los vagabundos. Pueden desaparecer uno o dos cada noche.

—¿Estás hablando de asesinato!

—¿A quién le importa? A nadie. Será mejor si terminan así. Llámelo piedad.

—¿Cómo puede alguien tan joven ser tan sin corazón?

—Nadie prospera en el Coturno si tiene corazón, señor Chozo. Buscaremos un lugar donde el frío del exterior los conserve hasta que tengamos todo un carro. Entonces los llevaremos arriba, quizá una vez a la semana.

—El invierno...

—Va a ser mi última estación en el Coturno.

—No lo haré.

—Sí lo hará. O tendrá noticias de Cabestro. No tiene elección. Tiene un socio.

—Dios, líbrame del mal.

—¿Acaso es menos malvado que yo? Ha matado a cinco personas.

—Cuatro —protestó débilmente.

—¿Cree que Sue todavía está viva? Está rizando el rizo. Lo mire como lo mire, es culpable de asesinato. Es un asesino tan estúpido con respecto al dinero que ni siquiera tiene un gersh a su nombre. Tan estúpido que sigue enmarañado con Sues y Gilberts. Señor Chozo, sólo pueden ejecutarle una vez.

¿Cómo discutir con un razonamiento sociopático? Lisa era el corazón del universo de Lisa. El resto de la gente existía tan sólo para ser explotada.

—Hay algunos otros en quienes deberíamos pensar después de Gilbert. Ese hombre de Krage que escapó. Sabe que hubo algo extraño en el hecho de que los cuerpos no fueran hallados. No ha hablado, o de otro modo la noticia estaría por todo el Coturno. Pero puede hacerlo cualquier día. Y está el hombre al que contrató para que le ayudara con el chantajista.

Sonaba como un general planeando una campaña. Planeando asesinatos a gran escala. ¿Cómo podía alguien...?

—No quiero más sangre en mis manos, Lisa.

—¿Cuántas otras elecciones tiene?

No podía negar que la muerte de Gilbert tenía significado en la ecuación de su supervivencia. Y, después de Gilbert, una más. Antes de que ella le destruyera. En alguna ocasión tendría que bajar la guardia.

¿Qué había de cierto acerca de aquella carta? Maldita sea. Quizá su padre tuviera que caer primero... La trampa era enorme y no parecía tener salidas.

—Puede que ésta sea mi única posibilidad de salir de aquí, señor Chozo. Será mejor que crea que no voy a desaprovecharla.

Chozo se sacudió su letargia, se inclinó hacia adelante, miró fijamente el fuego. Su propia supervivencia estaba primero. Gilbert tenía que caer. Aquello era definitivo.

¿Y el castillo negro? ¿Le había hablado a Lisa del amuleto? No podía recordarlo. Tenía que señalarle la existencia de algún pase especial, o de otro modo ella podía intentar matarlo y venderlo a él. Él se convertiría en un peligro para ella una vez hubieran llevado a cabo su plan. Sí. Por supuesto. Ella intentaría librarse de él tan pronto como hubieran establecido su conexión con las cosas del castillo. Así que había que añadir uno más a su lista de gente a la que había que matar.

Maldita sea. Cuervo había hecho lo juicioso, la única cosa posible. Había tomado la única salida. Abandonar Enebro era la única forma de salirse de aquello.

—Voy a tener que seguirle —murmuró—. No hay otra elección.

—¿Qué?

—Sólo estaba murmurando, muchacha. Tú ganas. Pongámonos a trabajar con Gilbert.

—Bien. Permanezca sobrio y levántese temprano mañana. Deberá ocuparse de El

Lirio mientras yo compruebo algo.

—De acuerdo.

—De todos modos, ha recuperado algo de peso.

—Probablemente sí.

Lisa le miró suspicazmente.

—Buenas noches, señor Chozo.

* * *

—Ya está todo arreglado —le dijo Lisa a Chozo—. Se reunirá conmigo en mi casa esta noche. Solo. Traiga usted su carro. Me aseguraré de que mi padre no esté por los alrededores.

—Tengo entendido que Gilbert no va ahora a ninguna parte sin guardaespaldas.

—Esta noche lo hará. Se supone que va a pagarme diez levas para que le ayude a conseguir el control de El Lirio. Le hice creer que también podría conseguir algo más.

El estómago de Chozo gruñó.

—¿Y si sospecha algo?

—Somos dos contra uno. ¿Cómo ha podido una mierda de gallina como usted mantener lo que tiene?

Había luchado con todos sus miedos. Pero se guardó eso para sí mismo. No serviría de nada ofrecerle más asideros a Lisa de los que ya tenía. Era el momento de hallar él asideros sobre ella.

—¿No te asusta nada, muchacha?

—La pobreza. En especial ser vieja y pobre. Me estremezco cada vez que veo a los Custodios sacar a algún pobre viejo rígido de un callejón.

—Sí. Eso puede entenderlo. —Chozo sonrió débilmente. Aquello era un principio.

* * *

Chozo detuvo el carro, miró hacia la ventana de un apartamento trasero en la planta baja. En él no ardía ninguna vela. Lisa todavía no había llegado. Hizo restallar las riendas, siguió avanzando. Gilbert podía haber enviado a gente por delante. No era estúpido.

Detuvo el carro tras una curva en el callejón, retrocedió a pie fingiendo ser un borracho. Antes de que transcurriera mucho tiempo alguien encendió una vela en el apartamento. Con el corazón martilleando fuertemente, Chozo se deslizó hacia la puerta de atrás.

No estaba cerrada con llave. Como Lisa había prometido. Quizá Gilbert *fuera* estúpido. Se deslizó silenciosamente a su interior. Su estómago era una masa de nudos. Sus manos temblaban. Un grito se enroscaba en su garganta.

Éste no era el Chozo de Castañas que había luchado con Krage y sus esbirros. Aquel Chozo se había visto atrapado y había luchado por su vida. No había tenido tiempo de pensar en el pánico. Este Chozo sí. Estaba convencido de que iba a estropearlo todo.

El apartamento consistía en dos diminutas habitaciones. La primera, detrás de la puerta, estaba oscura y vacía. Chozo la cruzó cuidadosamente, se acercó a una raída cortina. Un hombre murmuró al otro lado. Chozo atisbó.

Gilbert se había desnudado y apoyaba un pie en lo que con cierta voluntad podía tomarse por una cama. Lisa estaba en ella, con las sábanas subidas hasta el cuello, fingiendo que se lo había pensado mejor. El marchito, arrugado cuerpo cubierto de venas azules de Gilbert contrastaba extrañamente con la juventud de la muchacha.

Gilbert estaba furioso.

Chozo maldijo en silencio. Deseó que Lisa dejara de jugar a sus juegos. Siempre tenía que hacer algo más que ir directamente a sus objetivos. Tenía que manipular a lo largo de todo el camino, sólo para satisfacer algo dentro de sí misma.

Deseó que aquello terminara de una vez.

Lisa fingió rendirse, hizo sitio a Gilbert a su lado.

El plan era que Chozo golpeará una vez Lisa hubiera sujetado a Gilbert rodeándolo con brazos y piernas. Decidió jugar él también a su propio juego. Aguardó. Permaneció allí inmóvil, sonriendo, mientras el rostro de la muchacha traicionaba sus pensamientos, mientras Gilbert se saciaba sobre ella.

Finalmente entró.

Tres rápidos y silenciosos pasos. Pasó un lazo alrededor del pellejado cuello de Gilbert, tiró hacia atrás. Lisa estrechó su presa. Qué pequeño y mortal parecía el prestamista. Qué distinto de un hombre temido por medio Coturno.

Gilbert se debatió, pero no podía escapar.

Chozo pensó que aquello no iba a terminar nunca. Jamás hubiera creído que tomara tanto tiempo estrangular a un hombre. Finalmente se echó hacia atrás. Sus propios estremecimientos amenazaban con abrumarle.

—¡Quítemelo de encima! —chilló Lisa.

Chozo hizo rodar el cadáver a un lado.

—Vístete. Vamos, salgamos de aquí. Puede que tenga algunos hombres por los alrededores. Traeré el carro. —Se dirigió a la puerta, miró al callejón. Nadie por los alrededores. Recuperó rápido el carro.

—¡Vamos! —restalló cuando regresó y encontró a Lisa aún desnuda—. Saquémosle de aquí.

Ella era incapaz de moverse.

Chozo le metió la ropa entre los brazos, dio una palmada a sus desnudas posaderas.

—Muévete, maldita sea.

Lisa se vistió lentamente. Chozo fue de nuevo a la puerta, comprobó el callejón.

Todavía nadie por los alrededores. Regresó junto al cadáver, lo arrastró hasta el carro y lo cubrió con una lona embreada. Era curioso: cuando estaban muertos parecían más ligeros.

De nuevo dentro.

—¿Vas a venir? Te arrastraré fuera estés como estés.

La amenaza no surtió efecto. Chozo agarró su mano, la arrastró al exterior.

—Arriba. —La izó al pescante, saltó él también.

Sacudió las riendas. Las mulas echaron a andar. Una vez cruzado el puente del Río Puerto, supieron hacia donde se encaminaban y necesitaron poca orientación. Se preguntó ociosamente cuántas veces había hecho aquel viaje.

El carro estaba a medio camino colina arriba antes de calmarse lo suficiente como para estudiar a Lisa. Parecía estar en estado de *shock*. De pronto, asesinato ya no era sólo una palabra. Había ayudado realmente a matar. Su cuello estaba en la soga.

—No es tan fácil como pensabas, ¿verdad?

—No creía que fuera así. Estaba sujetándole. Sentí cómo se le escapaba la vida. No... no era lo que esperaba.

—Y quieres hacer una carrera de ello. Te diré una cosa. Yo no mato a mis clientes. Si quieres hacerlo de esa forma, hazlo tú misma.

Ella intentó una débil amenaza.

—Ya no tienes ningún poder sobre mí. Ve a los Inquisidores. Ellos te llevarán a un adivinador de la verdad. Socia.

Lisa se estremeció. Chozo contuvo su lengua hasta que estuvieron cerca del castillo negro.

—Dejemos de jugar. —Estaba considerando el venderla junto con Gilbert, pero decidió que no podía reunir el odio, la rabia o la ruindad necesarios para hacerlo.

Detuvo las mulas.

—Tú quédate aquí. No salgas del carro pase lo que pase. ¿Entendido?

—Sí. —La voz de Lisa era pequeña y distante. Aterrada, pensó.

Llamó a la puerta negra. Giró hacia el interior. Volvió a subir al pescante y condujo el carro al interior, bajó, depositó a Gilbert sobre una losa de piedra. La criatura alta avanzó, examinó el cuerpo, miró a Lisa.

—Éste no —dijo Chozo—. Es un nuevo socio.

La criatura asintió.

—Treinta.

—Hecho.

—Necesitamos más cuerpos, Chozo de Castañas. Muchos cuerpos. Nuestro trabajo está a punto de completarse. Estamos ansiosos por terminar.

Chozo se estremeció ante su tono.

—Habrá más pronto.

—Bien. Muy bien. Serás ricamente recompensado.

Chozo se estremeció de nuevo, miró a su alrededor. La cosa preguntó:

—¿Buscas a la mujer? Todavía no se ha convertido en una con el portal. —Hizo chasquear unos largos dedos amarillos.

Oyó un arrastrar de pies en la oscuridad. Surgieron algunas formas. Sujetaban los brazos de una desnuda Sue. Chozo tragó dificultosamente saliva. Habían abusado terriblemente de ella. Había perdido peso, y su piel era incolora allá donde no estaba marcada por hematomas o abrasiones. Una de las criaturas alzó su barbilla, la hizo mirar a Chozo.

Sus ojos eran huecos y vacíos.

—Los muertos andantes —susurró Chozo.

—¿Es la venganza lo bastante dulce? —preguntó la criatura alta.

—¡Llévatela! No quiero verla.

El ser alto hizo restallar de nuevo los dedos. Sus compatriotas se retiraron a las sombras.

—¡Mi dinero! —exigió Chozo.

Riendo, el ser contó monedas a los pies de Gilbert. Chozo se las metió en el bolsillo. El ser dijo:

—Tráenos más vivos, Chozo de Castañas. Tenemos muchos usos para los vivos.

Resonó un grito en la oscuridad. Chozo creyó oír su nombre.

—Te ha reconocido, amigo.

Un nudo se formó en la garganta de Chozo. Saltó al pescante del carro, azuzó a las mulas.

La criatura alta miró a Lisa con inconfundible significado. Lisa lo captó.

—Salgamos de aquí, señor Chozo. ¡Por favor!

—Adelante, mulas. —El carro crujió y gruñó y pareció tomar una eternidad en cruzar la puerta. Siguieron resonando gritos en alguna parte en las profundidades del castillo.

Fuera, Lisa miró a Chozo con una expresión decididamente extraña. Chozo creyó detectar alivio, miedo y algo de odio. Pero el alivio parecía dominar todas las demás sensaciones. Se dio cuenta de lo vulnerable que había sido. Sonrió enigmáticamente, asintió y no dijo nada. Como Cuervo, recordó.

Sonrió. Como Cuervo.

Dejemos que piense. Dejemos que se preocupe.

Las mulas se detuvieron.

—¿Eh?

Unos hombres se materializaron de la oscuridad. Llevaban desnudas sus armas. Armas de tipo militar.

Una voz dijo:

—Que me condene. Si es el posadero.

ENEBRO: MÁS PROBLEMAS

Otto entró en medio de la noche.

—¡Hey! ¡Matasanos! Tenemos un cliente.

Cerré mi mano pero no arrojé las cartas sobre la mesa.

—¿Estás seguro? —Estaba malditamente cansado de falsas alarmas.

Otto pareció avergonzado.

—Sí. Seguro.

Algo iba mal allí.

—¿Dónde está? Cuéntamelo todo.

—Ahora los traen aquí.

—¿Los traen?

—Un hombre y una mujer. No creímos que hubiera nada de lo que preocuparnos hasta que pasaron la última casa y siguieron colina arriba. Entonces ya era demasiado tarde para detenerles.

Dejé las cartas sobre la mesa con un golpe seco. Estaba cabreado. Mañana por la mañana iba a oírmelas. Ya me las había tenido varias veces con Susurro. Esto podía ser una excusa para aparcarme en las Catacumbas. Permanentemente. Los Tomados no suelen ser pacientes.

—Vamos —dije con una voz tan calmada como pude conseguir, mientras atravesaba a Otto de pecho a espalda con la mirada. Se aseguró de permanecer fuera de mi alcance. Sabía que yo no me sentía complacido. Sabía que estaba en una situación difícil con los Tomados. No deseaba proporcionarme ninguna excusa para echarle las manos alrededor del cuello—. Voy a cortar algunas gargantas si esto resulta ser un nuevo fiasco. —Todos agarramos nuestras armas y salimos a la noche.

Habíamos instalado nuestro lugar en unos arbustos a doscientos metros por debajo de la puerta del castillo. Situé a mis hombres en posición justo en el momento en que alguien empezaba a gritar dentro del castillo.

—Suenan mal —dijo uno de los hombres.

—Cállate —restallé. El frío se arrastró por mi espina dorsal. Realmente sonaba malo.

Siguió y siguió. Luego oí el apagado resonar de arneses y el crujir de ruedas mal engrasadas. Luego voces hablando suavemente.

Salimos fuera de los arbustos. Uno de los hombres abrió el ojo de una linterna.

—¡Que me condene! —dije—. Si es el posadero.

El hombre se hundió. La mujer se nos quedó mirando, con los ojos muy abiertos. Luego saltó del carro y echó a correr.

—Atrápala, Otto. Y el cielo te ayude si no lo haces. Rascón, haz bajar a este bastardo. Bisojo, lleva el carro al otro lado de la casa. El resto vamos por la vía

directa.

El hombre, Chozo, no se debatió, así que destaqué a otros dos hombres para ayudar a Otto. Él y la mujer corrían por entre los arbustos. La mujer se dirigía hacia un pequeño precipicio. Iba a verse acorralada allí.

Condujimos a Chozo a la vieja casa. Una vez en la luz, se mostró más deshinchado, más resignado. No dijo nada. La mayoría de los cautivos se resisten de algún modo a la detención, aunque sólo sea negando que haya alguna razón para detenerlos. Chozo parecía como un hombre cuya mala suerte hubiera acabado por vencerle.

—Siéntate —dije, y señalé una silla junto a la mesa donde habíamos estado jugando a las cartas. Tomé otra silla, le di la vuelta, me senté en ella con los brazos apoyados en el respaldo y la barbilla sobre los brazos—. Te hemos atrapado con las manos en la masa, Chozo.

Se limitó a mirar fijamente la mesa, un hombre sin esperanzas.

—¿Tienes algo que decir?

—No hay nada que decir, ¿verdad?

—Oh, creo que sí hay mucho que decir. Has metido tu culo en un avispero, por supuesto, pero todavía no estás muerto. Quizá puedas salirte con bien de ésta si hablas.

Sus ojos se abrieron un poco más, luego se vaciaron de nuevo. No me creía.

—No soy un Inquisidor, Chozo.

Sus ojos aletearon con una momentánea vida.

—Sí, es cierto. Iba por ahí con Cabestro porque él conocía el Coturno. Mi trabajo tenía muy poco que ver con el suyo. No puede importarme menos la incursión a las Catacumbas. Me interesa el castillo negro porque hay un desastre en ciernes, pero no tanto como me interesas tú. Debido a un hombre llamado Cuervo.

—Uno de tus hombres te llamó Matasanos. Cuervo se asustó mortalmente de alguien llamado Matasanos al que vio una noche cuando los hombres del Duque agarraron a algunos de sus amigos.

Así que había sido testigo de nuestra incursión. Maldito y maldito. Me había acercado mucho aquella vez.

—Yo soy ese Matasanos. Y quiero que me digas todo lo que sabes acerca de Cuervo y Linda. Y todo lo que sepas acerca de cualquier otro que sepa algo.

El más ligero asomo de desafío cruzó su rostro.

—Hay montones de gente buscándote, Chozo. Cabestro no es el único. Mi jefe también te quiere. Y es un problema mucho más grande para ti que el Inquisidor. No te gustará en absoluto. Y se encargará personalmente de ti si no haces bien las cosas.

Preferiría entregarlo antes a Cabestro. Cabestro no estaba interesado en nuestros problemas con los Tomados. Pero Cabestro estaba fuera de la ciudad.

—También está Asa. Quiero saber todo lo que no me has dicho acerca de él. —Oí a la mujer maldecir en la distancia, chillando como si Otto y los chicos estuvieran

intentando violarla. Sabía que no era así. No tendrían el valor, después de haber estropeado ya una vez las cosas aquella noche—. ¿Quién es la chica?

—Mi camarera. Ella... —Y la historia brotó por sí misma. Una vez empezó, no hubo forma de pararlo.

Yo tenía una idea acerca de cómo salirme de una situación potencialmente embarazosa.

—Hacedle callar. —Uno de los hombres estampó una mano sobre la boca de Chozo—. He aquí lo que vamos a hacer, Chozo. Suponiendo que desees salirte de ésta con vida.

Aguardó.

—La gente para la que trabajo sabe que esta noche fue entregado un cuerpo al castillo. Esperan que atrape al que lo hizo. Tengo que darles a alguien. Puedes ser tú, la chica, o los dos. *Tú* sabes algunas cosas que no deseo que los Tomados descubran. Una forma en que puedo evitarlo es entregándote muerto. Puedo hacerlo real si es necesario. O puedes fingirlo por mí. Dejemos que la chica te vea como si hubieras exhalado el último suspiro. ¿Me sigues?

—Creo que sí —respondió, tembloroso.

—Quiero saberlo todo.

—La chica...

Alcé una mano, escuché. El estruendo se acercaba.

—Ella no va a volver de su encuentro con los Tomados. De modo que no hay ninguna razón por la que no podamos soltarte una vez hayamos terminado con lo que tenemos que hacer.

No me creyó. Había cometido crímenes que creía que merecían el más duro de los castigos, y eso era lo que esperaba.

—Somos la Compañía Negra, Chozo. Enebro va a saberlo muy pronto. Incluido el hecho de que cumplimos nuestras promesas. Pero eso no es importante para ti. En estos momentos lo único que desees es permanecer con vida el tiempo suficiente para salirte de ésta. Esto significa que será malditamente mejor que finjas estar muerto, y lo hagas mejor que cualquier fiambre que hayas llevado nunca colina arriba.

—De acuerdo.

—Llevadle junto al fuego y haced parecer como si lo hubiera pasado un poco mal.

Los hombres sabían lo que tenían que hacer. Vapulearon un poco a Chozo sin hacerle realmente daño. Yo arrojé algunas cosas aquí y allá para que pareciera como si hubiera habido una pelea, y terminé justo a tiempo.

La muchacha entró, impulsada por el puño de Otto. No parecía en muy buen estado. Tampoco Otto, ni los hombres que había enviado a ayudar.

—Una gata salvaje, ¿eh?

Otto intentó sonreír. Un hilillo de sangre se deslizaba por la comisura de su boca.

—No has dicho ni la mitad, Matasanos. —Pateó a la muchacha en los tobillos y la

hizo caer al suelo—. ¿Qué le ocurrió al tipo?

—Se puso un poco insolente. Le clavé un cuchillo.

—Ya veo.

Todos miramos a la muchacha. Ella nos devolvió la mirada, desaparecido todo su fuego. Cada pocos segundos miraba a Chozo, luego parecía más deprimida.

—Bien. Estás metida en un montón de problemas, querida.

Nos ofreció la sesión de canto y baile que había esperado de Chozo. La ignoramos, sabiendo que todo era pura mierda. Otto la hizo poner en pie, luego ató sus manos y sus tobillos. La aparcó en una silla. Me aseguré de que mirara en dirección contraria a Chozo. El pobre bastardo tenía que respirar.

Me senté delante de la muchacha y empecé a interrogarla. Chozo había dicho que le había contado casi todo. Deseaba saber si sabía algo acerca de Cuervo que pudiera delatarnos.

No tuve oportunidad de averiguarlo.

Hubo un gran soplo de aire alrededor de la casa. Un rugir como el paso de un tornado. Un restallar como un trueno.

Otto lo expresó en una sola frase.

—¡Oh, mierda! Los Tomados.

La puerta se abrió violentamente hacia dentro. Me levanté, con el estómago retorcido, el corazón martilleando. Entró Pluma, con el aspecto como si acabara de atravesar un edificio en llamas. Volutas de humo brotaban de sus chamuscadas ropas.

—¿Qué demonios? —pregunté.

—El castillo. Me acerqué demasiado. Casi me derribaron del cielo. ¿Qué has conseguido?

Le conté rápidamente mi historia, sin omitir el hecho de que habíamos permitido que pasara un cadáver. Señalé a Chozo.

—Uno muerto, intentando luchar mientras era interrogado. Pero ésta —señalé a la muchacha— está bien.

Pluma se acercó a la muchacha. Había recibido un auténtico impacto ahí fuera. No capté el aura de gran poder rígidamente contenido que uno capta normalmente en presencia de los Tomados. Y ella no captaba la vida que aún latía en Chozo de Castañas.

—Tan joven. —Alzó la barbilla de la muchacha—. Oh. Qué ojos. Fuego y acero. A la Dama le encantará.

—¿Mantenemos la guardia? —pregunté, dando por sentado que confiscaría a la prisionera.

—Por supuesto. Pueden haber otros. —Me miró fijamente—. No debe pasar ninguno más. El margen es demasiado estrecho. Susurro olvidará este último. Pero el próximo significará tu condena.

—Sí, señora. Sólo que es difícil hacerlo y no atraer la atención de la gente del lugar. No podemos simplemente establecer un bloqueo del camino.

—¿Por qué no?

Se lo expliqué. Ella había explorado los alrededores del castillo negro y conocía la disposición del terreno.

—Tienes razón. Por el momento. Pero tu Compañía estará pronto aquí. Entonces no habrá necesidad de ningún secreto.

—Sí, señora.

Pluma tomó la mano de la muchacha.

—Ven —dijo.

Me sorprendió lo dócilmente que nuestra gata salvaje siguió a Pluma. Salí y observé cómo la vapuleada alfombra volante de Pluma se elevaba y partía a toda velocidad hacia Tejadura. Un grito de desesperación flotó en su estela.

Encontré a Chozo en el umbral cuando me volví para entrar de nuevo. Sentí deseos de golpearle por ello, pero me controlé.

—¿Qué fue *eso*? —preguntó—. ¿*Qué* fue eso?

—Pluma. Una de los Tomados. Uno de mis jefes.

—¿Hechicera?

—Una de las más grandes. Siéntate. Hablemos. Necesito saber exactamente lo que sabe esa chica acerca de Cuervo y Linda.

Un intenso interrogatorio me convenció de que Lisa no sabía lo suficiente como para despertar las sospechas de Susurro. A menos que conectara el nombre de Cuervo con el del hombre que había ayudado a capturarla hacía años.

Seguí asaetando a Chozo hasta que despuntaron las primeras luces. Prácticamente me suplicó contarme hasta el último sucio detalle de su historia. Tenía una gran necesidad de confesar. En los días siguientes, cada vez que me deslizaba al Coturno, se apresuraba a revelarme todo lo que recordaba que había ocurrido y en lo que él era el personaje focal. No creo haber conocido a muchos hombres que me hayan desagradado más. Hombres peores, sí. Los he encontrado a docenas. Los grandes villanos vienen en batallones. La mezcla de autocompasión y cobardía de Chozo lo reducía sin embargo desde estas categorías hasta un nivel esencialmente patético.

Pobre bobo. Había nacido para ser utilizado.

Y sin embargo... Había algo así como una chispa en Chozo de Castañas, reflejada en sus relaciones con su madre, Cuervo, Asa, Lisa, Sal y Linda, de la que él mismo se daba cuenta pero que no reconocía. Tenía un rastro oculto de caridad y decencia. Era el crecimiento gradual de esa chispa, con su impacto final sobre la Compañía Negra, lo que me hace sentirme obligado a registrar todos estos irritantes detalles acerca de ese hombrecillo asustado.

A la mañana siguiente de su captura, fui a la ciudad con el carro de Chozo y le permití abrir El Lirio de Hierro como de costumbre. Durante la mañana reuní a Elmo y Goblin para una conferencia. Chozo se mostró inquieto cuando descubrió que todos nos conocíamos. Sólo por pura suerte no había sido descubierto antes.

Pobre tipo. El interrogatorio nunca cesaba. Pobres de nosotros. Era incapaz de

contarnos todo lo que deseábamos saber.

—¿Qué vamos a hacer con el padre de la chica? —preguntó Elmo.

—Si hay una carta, tenemos que apoderarnos de ella —respondí—. No podemos permitir que nadie suscite más problemas. Goblin, tú te ocuparás del padre. Si se muestra aunque sea un poco suspicaz, ocúpate de que sufra un ataque al corazón.

Goblin asintió hoscamente. Le preguntó a Chozo las referencias del padre, se marchó. Y regresó al cabo de media hora.

—Una gran tragedia. No tenía ninguna carta. Todo era un farol de la hija. Pero sabía demasiado, e iba a salir a la luz si era interrogado. Este negocio está empezando a afectarme. Cazar Rebeldes era más limpio. Sabías quién era quién y dónde estabas tú.

—Será mejor que vuelva arriba a la colina. Puede que los Tomados no comprendan el que permanezca aquí abajo. Elmo, mejor mantén a alguien en los bolsillos de Chozo.

—Muy bien. Prestamista vive aquí de ahora en adelante. Haga lo que haga ese payaso, lo tendrá cogido de la mano.

Goblin parecía remoto y pensativo.

—Cuervo comprando un barco. Imagina eso. ¿Qué creéis que va a hacer?

—Supongo que simplemente deseaba encaminarse a mar abierto —dije—. He oído decir que hay islas ahí fuera, un tanto lejos. Quizás otro continente. Un tipo puede ocultarse perfectamente ahí fuera.

Volví colina arriba y haraganeé allí durante dos días, excepto para deslizarme al Coturno y averiguar todo lo posible de Chozo. No ocurrió ninguna maldita cosa. Nadie más intentó hacer una entrega. Supongo que Chozo era el único estúpido en el negocio de los cadáveres.

A veces contemplaba aquellas lúgubres almenas negras y me hacía preguntas. Habían abierto una brecha en Pluma. Alguien ahí dentro sabía que los Tomados significaban problemas. ¿Cuánto tiempo transcurriría antes de que se dieran cuenta de que se les habían cortado los suministros e hicieran algo para reanudar el aprovisionamiento de carne?

ENEBRO: EL REGRESO

Chozo no empezó a recuperarse hasta dos días después de su captura. Cada vez que miraba al otro lado de la sala común y veía a uno de aquellos bastardos de la Compañía Negra empezaba a hacerse de nuevo pedazos. Estaba viviendo un tiempo prestado. No estaba seguro de qué utilidad tenía para ellos, pero sí estaba seguro de que cuando lo hubieran utilizado lo arrojarían con el resto de la basura. Algunos de sus canguros lo consideraban a todas luces pura mierda. Él mismo era incapaz de refutar su punto de vista.

Estaba detrás de la barra, lavando jarras, cuando Asa entró por la puerta. Dejó caer una jarra.

Asa cruzó su mirada sólo durante un instante, giró la L y se encaminó escaleras arriba. Chozo inspiró profundamente y le siguió.

El hombre llamado Prestamista estaba un paso detrás de él cuando alcanzó el arranque de la escalera, tan silencioso como la muerte. Tenía un cuchillo preparado por si acaso.

Chozo entró en lo que había sido la habitación de Cuervo. Prestamista permaneció fuera.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí, Asa? Los Inquisidores están detrás de ti. Acerca de ese asunto de las Catacumbas. El propio Cabestro vino aquí buscándote.

—Tranquilo, Chozo. Lo sé. Nos atrapó. Las cosas se pusieron difíciles. Lo dejamos herido, pero se recuperará. Y volverá en tu busca. He venido a advertirte. Tienes que salir de Enebro.

—Oh, no —dijo Chozo con un hilo de voz. Otro diente en las fauces del destino—. Lo tendré en cuenta de todos modos. —Eso no le diría a Prestamista nada que no pudiera adivinar por sí mismo—. Las cosas se han ido pudriendo aquí. He empezado a buscar un comprador. —No era cierto, pero lo sería antes de que terminara el día.

Por alguna razón el regreso de Asa revivió su corazón. Quizá sólo porque sintió que tenía un aliado, alguien que compartía sus problemas.

Brotó la mayor parte de la historia. Prestamista no fue una excepción. No apareció.

Asa había cambiado. No pareció impresionado. Chozo le preguntó por qué.

—Porque he pasado tanto tiempo con Cuervo. Me contó historias que te erizarían el pelo. Sobre los días anteriores a su llegada a Enebro.

—¿Cómo está?

—Muerto.

—¿Muerto? —jadeó Chozo.

—¿Qué? —Prestamista abrió la puerta y entró en tromba—. ¿Has dicho que Cuervo estaba muerto?

Asa miró a Prestamista, a Chozo, a Prestamista de nuevo.

—Chozo, sucio bastardo...

—Cállate, Asa —restalló Chozo—. No tienes ni la menor idea de lo que ha ocurrido aquí mientras estabas fuera. Prestamista es un amigo. Más o menos.

—Prestamista, ¿eh? ¿Como el de la Compañía Negra?

Las cejas de Prestamista se alzaron.

—¿Cuervo ha estado hablando?

—Contó algunas historias de los viejos días.

—Uh-huh. Correcto, amigo. Ése soy yo. Volvamos a lo de que Cuervo está muerto.

Asa miró a Chozo. Chozo asintió.

—Cuéntanos.

—Muy bien. En realidad no sé lo que ocurrió. Estábamos corriendo después de nuestro encuentro con Cabestro. Huyendo. Sus esbirros contratados nos atraparon por sorpresa. Nos ocultábamos en unos bosques fuera de la ciudad cuando de pronto empieza a gritar y a saltar de un lado para otro. Nada de aquello tiene sentido para mí.

—Asa sacudió la cabeza. Su rostro estaba pálido y sudoroso.

—Adelante —urgió Chozo suavemente.

—Chozo, no lo sé.

—¿Qué? —preguntó Prestamista.

—No lo sé. No me quedé para verlo.

Chozo hizo una mueca. Aquél era el Asa que conocía.

—Eres un auténtico compañero, colega —dijo Prestamista.

—Mira...

Chozo hizo gesto de que callara.

—Chozo, tienes que marcharte de Enebro —dijo Asa—. Rápido. Cualquier día un barco puede traer una carta de Cabestro.

—Pero...

—Ahí abajo es mucho mejor de lo que creíamos, Chozo. Tienes dinero: estarás bien. No les importa lo de las Catacumbas. Piensan que fue una gran broma contra los Custodios. Así es como Cabestro nos encontró. Todo el mundo se reía de la incursión. Incluso algunos hablaban de organizar una expedición para acabar de limpiarlas.

—¿Cómo pudo saber alguien lo de las Catacumbas, Asa? Sólo lo sabíais tú y Cuervo.

Asa pareció avergonzado.

—Sí. Eso pensé. Tenías que alardear, ¿eh? —Estaba confuso y asustado y empezando a tomarla con Asa. No sabía qué hacer. Tenía que salir de Enebro, como decía Asa. Pero ¿cómo librarse de sus perros de guardia? ¿Especialmente cuando sabían que tenía que intentarlo?

—Hay un barco en el muelle de Tulwar que parte hacia Pradoval por la mañana, Chozo. Hice que el capitán reservara pasaje para dos. ¿Puedo decirle que irás

también?

Prestamista se situó en posición para bloquear la puerta.

—Ninguno de vosotros va a ir a ninguna parte. Algunos amigos míos quieren hablar contigo.

—Chozo, ¿qué es esto? —El pánico se infiltró en la voz de Asa.

Chozo miró a Prestamista. El mercenario asintió. Chozo se lo contó casi todo. Asa no entendió. Chozo tampoco lo entendía, porque a él tampoco se lo habían dicho todo, así que tenía algo de sentido omitir algo del cuadro.

Prestamista estaba solo en El Lirio. Chozo sugirió:

—¿Qué tal si voy a buscar a Goblin?

Prestamista sonrió.

—¿Qué tal si simplemente esperamos?

—Pero...

—Alguien aparecerá. Esperaremos. Vayamos abajo. Tú —señaló a Asa con su hoja—. No se te ocurra ninguna idea rara.

—Ten cuidado, Asa —dijo Chozo—. Ésos son los tipos de los que Cuervo tenía miedo.

—Lo tendré. He oído lo suficiente de Cuervo.

—Eso es una lástima también —dijo Prestamista—. A Matasanos y a Elmo no va a gustarles. Abajo, amigos. Chozo, dedícate a tus asuntos como si no pasara nada.

—Es probable que alguien reconozca a Asa —advirtió Chozo.

—Correremos el riesgo. —Prestamista se echó a un lado y dejó pasar a los dos hombres. Abajo, sentó a Asa a la mesa más penumbrosa y se unió a él, limpiándose las uñas con el cuchillo. Asa le contempló fascinado. Viendo fantasmas, pensó Chozo.

Ahora podía escapar de todo aquello si decidía sacrificar a Asa. Deseaban a Asa más de lo que lo deseaban a él. Si se escabullía a través de la cocina, Prestamista no podría ir tras él.

Su cuñada salió de la cocina, con una bandeja en equilibrio en cada mano.

—Cuando tengas un minuto, Sal. —Y cuando tuvo el minuto—: ¿Crees que tú y los chicos podríais ocuparos de El Lirio por mí durante unas pocas semanas?

—Por supuesto. ¿Por qué? —Parecía desconcertada. Pero miró rápidamente a las sombras.

—Puede que tenga que ir a otra parte durante un tiempo. Me sentiría mejor si supiera que alguien de la familia se ocupaba del negocio. En realidad no confío en Lisa.

—¿Todavía no sabes nada de ella?

—No. ¿No crees que hubiera debido aparecer cuando murió su padre?

—Quizás estaba en alguna otra parte y todavía no se ha enterado de la noticia. —Sal no sonaba convencida. De hecho, sospechaba Chozo, la mujer creía que él tenía algo que ver con la desaparición. Demasiada gente había desaparecido a su alrededor.

Chozo temía que sumara dos más dos y decidiera que también había tenido algo que ver con la desaparición de Eximio.

—He oído un rumor de que había sido arrestada. Vigila a mamá. Hay una buena gente que se ocupa de ella, pero necesitan supervisión.

—¿Adónde vas, Castañas?

—Todavía no lo sé. —Temía que pudiera ser tan sólo un viaje colina arriba, hasta el Recinto. Si no era eso, entonces ciertamente a alguna parte, lejos de todo lo que había ocurrido allí. Lejos de aquellos hombres despiadados y sus empleadores más despiadados todavía. Tenía que hablarle a Asa de los Tomados. Quizá Cuervo le hubiera dicho algo al respecto.

Deseaba poder tener unos momentos con Asa para planear algo. Tomarse ambos un respiro. Pero no en el barco de Tulwar. Asa había hecho mención de aquello, maldita sea. Algún otro barco que se encaminara al sur.

¿Qué había sido del gran barco nuevo de Cuervo? ¿Y de Linda?

Volvió a la mesa.

—Asa. ¿Qué le ocurrió a Linda?

Asa enrojeció. Se miró sus manos cruzadas sobre la mesa.

—No lo sé, Chozo. De veras. Me dominó el pánico. Simplemente eché a correr hacia el primer barco que se encaminaba al norte.

Chozo se alejó, agitando disgustado la cabeza. Dejar sola a la muchacha de aquel modo. Asa no había cambiado mucho después de todo.

El llamado Goblin entró por la puerta. Se quedó mirando fijamente a Asa antes de que Prestamista pudiera decir nada.

—Oh. Oh, oh, oh, oh —dijo—. ¿Es quien pienso que es, Presta?

—Tú lo has dicho. El infame Asa en persona, de regreso de las guerras. Y tiene historias que contar.

Goblin se sentó delante de Asa. Exhibía una gran sonrisa de sapo.

—¿Como cuáles?

—Principalmente, afirma que Cuervo está muerto.

La sonrisa de Goblin desapareció. En un abrir y cerrar de ojos se puso mortalmente serio. Hizo que Asa contara de nuevo su historia mientras miraba fijamente su jarra de vino. Cuando finalmente alzó la vista estaba más apaciguado.

—Mejor hablar de esto con Elmo y Matasanos. Buen trabajo, Prestamista. Me lo llevaré. Sigue vigilando a Chozo.

Chozo hizo una mueca. En un rincón de atrás de su cabeza yacía la pequeña esperanza de que pudiera marcharse de allí con Asa.

Ya había tomado la decisión. Huiría a la primera oportunidad. Iría al sur, cambiaría de nombre, utilizaría sus monedas de oro para comprar una taberna, se comportaría tan discretamente que nadie repararía nunca más en él.

Asa mostró una chispa de rebelión.

—¿Quienes demonios pensáis que sois, chicos? Suponed que no deseo ir a

ninguna parte.

Goblin sonrió desagradablemente, murmuró algo para sí mismo. Una voluta de humo pardo oscuro derivó fuera de su jarra, iluminada por un resplandor interno rojo sangre. Goblin miró a Asa. Asa contempló la jarra, nervioso.

El humo se coaguló, formó algo parecido a una pequeña cabeza. Dos puntos empezaron a brillar allá donde deberían de estar los ojos. Goblin dijo:

—Mi pequeño amigo *desea* que discutas. Se alimenta de dolor. Y no ha comido desde hace largo tiempo. He tenido que mantenerme discreto en Enebro.

Los ojos de Asa se fueron abriendo cada vez más. Lo mismo que los de Chozo. ¡Hechicería! La había captado en la cosa llamada el Tomado, pero eso no lo había trastornado mucho. Había sido transferida, no experimentada. Algo que le había ocurrido a Lisa, fuera de su vista. Pero esto...

Era hechicería menor, por supuesto. Algún truco ligero. Pero era hechicería en una ciudad que no había visto ninguna otra más que la referida al lento crecimiento del castillo negro. Las artes oscuras no habían ganado adeptos en Enebro.

—Está bien —dijo Asa—. Está bien. —Su voz era aguda y delgada y casi chillona, y estaba intentando echar su silla hacia atrás. Prestamista se lo impidió.

Goblin sonrió.

—Veo que Cuervo mencionó a Goblin. Estupendo. Te portarás bien. Ven conmigo.

Prestamista soltó la silla de Asa. El hombrecillo siguió dócilmente a Goblin.

Chozo se inclinó y miró al interior de la jarra de Goblin. Nada. Frunció el ceño. Prestamista sonrió.

—Buen truco, ¿eh?

—Sí. —Chozo llevó la jarra a su fregadera. Cuando Prestamista no estaba mirando, la arrojó a la basura. Estaba más asustado que nunca. ¿Cómo podría escapar de un hechicero?

Su cabeza estaba llena de historias que había oído de marineros del sur. Los hechiceros eran un mal asunto.

Sintió deseos de llorar.

ENEBRO: VISITANTES

Goblin me trajo al hombre, Asa, e insistió en que aguardáramos a Elmo antes de interrogarle. Había enviado a alguien a sacar a Elmo de Tejadura, donde estaba intentando apaciguar a Susurro. Susurro estaba siendo atosigada por el enviado de la Dama y estaba pagándolo con quien tenía a mano.

Goblin estaba inquieto por lo que había averiguado. No jugó a su juego habitual de intentar hacerme adivinar lo que estaba ocurriendo. Estalló directamente:

—Asa dice que él y Cuervo tuvieron un encuentro con Cabestro, Cuervo está muerto. Apagado. Linda está a sus propios medios ahí abajo.

¿Excitación? Mejor créanlo. Estaba dispuesto a interrogar al hombrecillo allí y entonces. Pero me controlé.

Elmo tardó un tiempo en presentarse. Goblin y yo nos subíamos por las paredes antes de que apareciera, mientras que Asa parecía a punto de sufrir un ataque al corazón.

La espera resultó provechosa. Elmo no vino solo.

El primer indicio fue un débil pero acre olor que parecía llegar de la chimenea, donde había hecho encender un pequeño fuego. Justo por si acaso, ¿saben? Con unas cuantas varillas de hierro apoyadas a su lado, listas para ser calentadas, de modo que Asa pudiera verlas y pensar, y quizá convencerse a sí mismo de que no debía dejar nada fuera.

—¿Qué es ese olor? —preguntó alguien—. Matasanos, ¿has dejado entrar de nuevo a ese gato?

—Lo saqué a patadas después de que se meara en mis botas —dije—. Lo envié más allá de la mitad de la colina. Quizá se meó también en la leña antes de irse.

El olor se hizo más fuerte. En realidad no era ofensivo, sólo ligeramente irritante. Nos turnamos examinando la leña. Nada.

Estaba en medio de una tercera inspección cuando el fuego captó mi atención. Por un segundo vi un rostro en las llamas.

Casi se me paró el corazón. Durante medio minuto me vi sumido en el pánico, sin otra cosa más que la presencia del rostro en mi mente. Consideré todos los males que podían producirse: los Tomados vigilando, la Dama vigilando, las cosas del castillo negro, quizás el propio Dominador atisbando a través de nuestro fuego. Luego algo relajado, allá en los escalones traseros de mi mente, reiteró un detalle en el que no había reparado porque no tenía ninguna razón para esperarlo. El rostro en las llamas sólo tenía un ojo.

—Un Ojo —dije sin pensar—. Ese pequeño bastardo está en Enebro.

Goblin giró en redondo hacia mí, con los ojos muy abiertos. Olisqueó el aire. Su famosa sonrisa hendió el aire.

—Tienes razón, Matasanos. Absolutamente razón. Ese olor es la propia mofeta en persona. Hubiera debido reconocerlo de inmediato.

Miré al fuego. El rostro no reapareció.

—¿Cuál podría ser una bienvenida adecuada? —meditó Goblin.

—¿Supones que lo envió el capitán?

—Probablemente. Es lógico enviar por delante a él o a Silencioso.

—Hazme un favor, Goblin.

—¿Cuál?

—No le des ninguna bienvenida especial.

Goblin pareció deshinchado. Había sido mucho tiempo. No deseaba perder la oportunidad de refrescar su relación con Un Ojo con un destello y un bang.

—Mira —dije—. Está aquí de incógnito. No deseamos que los Tomados lo sepan. ¿Por qué darles algo que puedan olisquear?

Una mala elección de las palabras. El olor estaba a punto de sacarnos fuera.

—Sí —gruñó Goblin—. Hubiera preferido que el Capitán enviara a Silencioso. Así no hubiera habido problemas. Le tenía preparada a Un Ojo la mayor sorpresa de su vida.

—Ya lo harás más tarde. Mientras tanto, ¿por qué no despejas este olor? ¿Por qué no pillar a ese macho cabrío simplemente ignorándolo?

Pensó en ello. Sus ojos relucieron.

—Sí —dijo, y supe que había modelado mi sugerencia a su propio y retorcido sentido del humor.

Un puño martilleó la puerta. Me sobresaltó pese a que estaba esperándolo. Uno de los hombres dejó entrar a Elmo.

Un Ojo entró detrás de él, sonriendo como una pequeña mangosta a punto de comerse una serpiente. No le prestamos atención, porque el Capitán entró detrás.

¡El Capitán! El último hombre que esperaba que alcanzara Enebro antes que la propia Compañía.

—¿Señor? —restallé—. ¿Qué demonios *haces* aquí?

Se acercó al fuego, extendió las manos. El verano había empezado a desvanecerse, pero no hacía tanto frío como eso. Su aspecto era tan de oso como siempre, aunque había perdido peso y había envejecido. Había sido realmente una dura marcha.

—Cigüeña —respondió.

Fruncí el ceño, miré a Elmo. Elmo se encogió de hombros, dijo:

—Envié a Cigüeña con el mensaje.

El Capitán amplió:

—El mensaje de Cigüeña no tenía ningún sentido. ¿Qué es todo esto acerca de Cuervo?

Cuervo, por supuesto. Había sido su mejor amigo antes de desertar. Empecé a captar un destello.

Señalé a Asa.

—Este tipo estuvo metido en el asunto desde el principio. Fue el compinche de Cuervo. Dice que Cuervo está muerto ahora, ahí abajo... ¿Cuál es el nombre de ese lugar, Asa?

Asa miró al Capitán y a Un Ojo y tragó seis veces saliva, incapaz de decir nada. Indiqué al Capitán:

—Cuervo le contó historias sobre nosotros que volvieron grises sus cabellos.

—Oigamos la historia —dijo el Capitán. Miraba fijamente a Asa.

De modo que Asa contó su historia por tercera vez, mientras Goblin flotaba por ahí, escuchando por si oía el resonar de la falsedad en sus palabras. Ignoró a Un Ojo en la exhibición maestra más completa de ignorancia que jamás haya visto. Y todo para nada.

El capitán ignoró completamente a Asa desde el momento mismo en que terminó su relato. Asunto de estilo, pienso. Deseaba que la información calara en él antes de salir para reexaminarla. Me hizo revisar todo lo que yo había experimentado desde mi llegada a Enebro. Presumo que ya había obtenido la historia de labios de Elmo.

Terminé. Observó:

—Eres demasiado suspicaz respecto a los Tomados. El Renco ha estado con nosotros todo el tiempo. No actúa como si se estuviera preparando algo. —Si alguien tenía una causa contra nosotros, ése era el Renco.

—De todos modos —dije—, hay ruedas dentro de ruedas dentro de ruedas con la Dama y los Tomados. Quizá no se lo diga todo porque imaginen que no puede mantener el secreto.

—Quizá —admitió el Capitán. Paseó de un lado para otro, lanzó ocasionalmente a Asa una mirada perpleja—. De todos modos, no dejemos que Un Ojo se haga más preguntas de las que ya se hace. Juguemos ajustado. Finge que no te sientes suspicaz. Haz tu trabajo. Un Ojo y sus chicos estarán por ahí para respaldarte.

Seguro, pensé. ¿Contra los Tomados?

—Si el Renco está con la Compañía, ¿cómo te fuiste? Si sabe que te has ido, la noticia no tardará en llegar a la Dama, ¿no?

—No lo descubrirá. No nos hemos hablado en meses. Está encerrado en sí mismo. Aburrido, creo.

—¿Qué hay acerca del Túmulo? —Tenía derecho de primicia de saber todo lo que había ocurrido durante el largo viaje de la Compañía, porque no tenía nada en los Anales relativo a la mayoría de mis camaradas. Pero todavía no era tiempo de exhumar detalles. Sólo de captar el ambiente general.

—Nunca lo vimos —dijo el Capitán—. Según el Renco, Jornada y la Dama están ocupándose de ese extremo. Podemos esperar un movimiento importante tan pronto como tengamos Enebro bajo control.

—Todavía no hemos tenido tiempo de prepararnos —dije—. Los Tomados nos han mantenido atareados con el castillo negro.

—Un lugar horrible, ¿verdad? —Nos miró uno a uno—. Creo que hubierais podido hacer más si no os hubierais mostrado tan paranoicos.

—¿Señor?

—La mayor parte de vuestros movimientos para cubrir vuestros rastros me suenan a innecesarios y a pérdida de tiempo. El problema era de Cuervo, no vuestro. Y él lo resolvió a su manera típica. Sin ayuda. —Miró fijamente a Asa—. De hecho, el problema parece resuelto definitivamente.

Él no había estado allí y no había sentido las presiones, pero me abstuve de mencionarlo. En vez de ello pregunté:

—Goblin, ¿crees que Asa está diciendo la verdad?

Goblin asintió cautelosamente.

—¿Qué hay contigo, Un Ojo? ¿Captas alguna nota falsa?

El hombrecillo negro respondió con una precavida negativa.

—Asa. Cuervo tenía que tener consigo un fajo de papeles. ¿Los mencionó alguna vez?

Asa pareció desconcertado. Negó con la cabeza.

—¿Tenía algún cofre o baúl o algo a lo que no quisiera que nadie se acercara?

Asa pareció confundido por la dirección que tomaban mis preguntas. Los demás también. Sólo Silencioso sabía acerca de aquellos papeles. Silencioso y quizá Susurro, que en su tiempo los había poseído.

—¿Asa? ¿Algo que tratara de una forma inusual?

Una luz se iluminó en la mente del hombrecillo.

—Había una caja. Grande. Del tamaño de un ataúd. Recuerdo haber hecho un chiste al respecto. Dijo algo críptico acerca de ser el billete de alguien a la tumba.

Sonreí. Los papeles todavía existían.

—¿Qué hizo con la caja ahí abajo?

—No lo sé.

—Asa...

—De veras. Sólo la vi un par de veces en el barco. Nunca pensé en nada acerca de ella.

—¿Adónde quieres llegar, Matasanos? —preguntó el Capitán.

—Tengo una teoría. Basada sólo en lo que sé sobre Cuervo y Asa.

Todo el mundo frunció el ceño.

—En general, lo que sabemos de Asa sugiera que es un personaje al que Cuervo nunca se hubiera llevado consigo. Es un gallina. No se puede confiar en él. Habla demasiado. Pero Cuervo se lo *llevó* consigo. Se lo llevó al sur y lo convirtió en parte del equipo. ¿Por qué? Quizás a vosotros no os preocupe, chicos, pero a mí sí.

—No te sigo —dijo el Capitán.

—Supón que Cuervo deseaba desaparecer de modo que la gente dejara de molestarse en buscarle. Ya intentó hacerlo una vez, viniendo a Enebro. Pero aparecimos nosotros. Buscándole, creyó. De modo que, ¿qué podía hacer a

continuación? ¿Morir quizá? Frente a testigos. La gente no persigue a los muertos.

—¿Dices que planeó su muerte y utilizó a Asa para informar de ella a fin de que nadie siguiera buscándolo?

—Estoy diciendo que deberíamos considerar la posibilidad.

La única respuesta del capitán fue un pensativo:

—Hummm.

Goblin dijo:

—Pero Asa lo vio morir.

—Quizá. O quizá sólo cree que lo hizo.

Todos miramos a Asa. Retrocedió ligeramente. El capitán dijo:

—Hazle contar su historia de nuevo, Un Ojo. Paso a paso.

Durante dos horas Un Ojo tiró de la lengua del hombrecillo una y otra vez. Y no pudo encontrar ningún punto débil. Asa insistía en que había visto morir a Cuervo, devorado desde dentro por algo parecido a una serpiente. Y cuantas más grietas presentaba mi teoría, más seguro estaba de que era válida.

—Mi caso se basa en el carácter de Cuervo —insistí, cuando todo el mundo se enfocó en mí—. Está la caja, y está Linda. Ella y un barco malditamente caro que él, por el amor de Dios, hizo construir. Dejó un rastro que salía de aquí, y él lo sabía. ¿Por qué navegar unos cuantos cientos de kilómetros y amarrar en un muelle cuando alguien va a ir a mirar? ¿Por qué dejar a Chozo con vida detrás de ti, para decirle a todo el mundo que él participó en la incursión a las Catacumbas? Y maldita sea, no creo que nunca fuera capaz de dejar a Linda retorciéndose a merced del viento. Ni por un minuto. Hubiera arreglado algo para ella. Todos vosotros lo sabéis. —Mis argumentos estaban empezando a sonar un poco tensos incluso para mí. Me hallaba en la posición de un sacerdote intentando vender religión—. Pero Asa dice que simplemente la dejaron alojada en alguna posada. Os lo digo, Cuervo tenía un plan. Apuesto a que si vamos ahí abajo descubriremos que Linda ha desaparecido sin dejar la menor huella. Y si el barco está todavía ahí, esa caja no estará a bordo.

—¿Qué es todo eso de la caja? —preguntó Un Ojo. Lo ignoré.

—Creo que tienes demasiada imaginación, Matasanos —dijo el Capitán—. Pero, por otra parte, Cuervo es lo bastante hábil como para organizar algo así. Tan pronto como puedas, imagina la forma de ir ahí abajo a comprobar.

—Si Cuervo es tan hábil como eso, ¿qué hay de los Tomados siendo lo suficientemente villanos como para intentar algo contra nosotros?

—Cruzaremos ese puente cuando lleguemos a él. —Miró a Un Ojo—. Quiero que tú y Goblin olvidéis el juego. ¿Entendido? Demasiadas payasadas por ahí y los Tomados empezarán a mostrarse curiosos. Matasanos. Pégate a ese personaje Asa. Querrás que te muestre dónde murió Cuervo. Yo vuelvo con los demás. Elmo. Ven conmigo parte del camino.

Bien. Un pequeño asunto privado. Apuesto a que tenía algo que ver con mis sospechas acerca de los Tomados. Al cabo de un tiempo empiezas a acostumbrarte

tanto a algunas personas que casi puedes leer sus mentes.

ENEBRO: EL ENCUENTRO

Las cosas cambiaron tras la visita del Capitán. Los hombres se volvieron más alertas. La influencia de Elmo aumentó mientras la mía disminuía. Un tono menos débil y más inflexible caracterizó la actuación de la Compañía. Todos los hombres estaban preparados para actuar al primer aviso.

Las comunicaciones mejoraron espectacularmente mientras el tiempo disponible para dormir declinaba dolorosamente. Ninguno de nosotros estaba nunca fuera de contacto más de dos horas. Y Elmo halló excusas para enviar a todo el mundo excepto él mismo fuera de Tejadura, a lugares donde los Tomados tendrían problemas en encontrarles. Asa se convirtió en mi pupilo allá en la ladera del castillo negro.

La tensión aumentó. Me sentía como un miembro de una bandada de gallinas preparadas para dispersarse en el momento en que un zorro aterrizara entre ellas. Intenté sangrar mis temblores poniendo al día los Anales. Tuve que dejarlos cada vez de lado, sin haber conseguido redactar más que unas pocas notas.

Cuando la tensión se hizo demasiado para mí, me dirigí colina arriba para contemplar el castillo negro.

Era una toma de riesgo intencionada, como la de un niño que se arrastra por la rama de un árbol que cuelga sobre un precipicio. Cuanto más me acercaba al castillo, más angosta se hacía mi concentración. A doscientos metros todas las demás preocupaciones se desvanecieron. Sentí el temor que producía aquel lugar en los huesos de mis tobillos y en los remansos de mi alma. A doscientos metros tuve la sensación de lo que significaba tener la sombra del Dominador flotando sobre el mundo. Tuve la misma sensación que tenía la Dama cuando tomaba en consideración la resurrección potencial de su esposo. Cada emoción se veía rematada por un filo de desesperación.

En cierto sentido, el castillo negro era más que un portal a través del cual la más vieja y grande maldad del mundo podía reaparecer. Era una concretización de conceptos metafóricos, y un símbolo viviente. Hacía las mismas cosas que hace una gran catedral. Como una catedral, era mucho más que un edificio.

Podía contemplar sus paredes de obsidiana y su grotesca decoración, recordar las historias de Chozo, y no evitar nunca el sumergirme en el sumidero de mi propia alma, no evitar nunca el buscar en mí mismo la decencia esencial almacenada a lo largo de la mayor parte de mi vida adulta. Aquel castillo era, si lo prefieren, un hito moral. Si uno tiene cerebro. Si tiene sensibilidad.

Había ocasiones en las que Un Ojo, Goblin, Elmo o alguno de los otros hombres me acompañaban. Ninguno de ellos regresaba intocado. Podían permanecer allí conmigo, hablando de trivialidades acerca de su construcción o, ponderadamente, sobre su significado en el futuro de la Compañía, y durante todo el tiempo algo estaba

ocurriendo dentro.

No creo en el mal absoluto. He hablado específicamente de esa filosofía en otro lugar en los Anales, y afecta todas mis observaciones a través de mi oficio de Analista. Creo en nuestro lado y en el suyo, con el bien y el mal decididos tras el hecho por aquellos que sobreviven. Entre los hombres raras veces encuentras el bien con un estándar y las sombras con otro. En nuestra guerra con los Rebeldes, hace ocho o nueve años, servimos al lado percibido como las sombras. Sin embargo, vimos más atrocidades practicadas por los defensores de la Rosa Blanca que por aquéllos de la Dama. Los villanos de la obra eran al menos directos.

El mundo sabe dónde está con la Dama. Son los Rebeldes cuyos ideales y moralidad entran en conflicto con los hechos, se vuelven tan cambiables como el clima y tan flexibles como una serpiente.

Pero eso son puras disgresiones. El castillo negro produce este efecto. Te hace deambular por todos los callejones laterales y sin salida y falsos senderos que has ido abriendo a lo largo de toda tu vida. Te hace reevaluar las cosas. Te hace *desear* situarte en algún lado, aunque sea el lado negro. Te vuelve impaciente con tu propia y maleable moralidad.

Sospecho que es por eso por lo que Enebro decidió fingir que el lugar no existe. Es un absoluto que exige absolutos en un mundo con una preferencia hacia los relativos.

Linda estaba a menudo en mis pensamientos mientras permanecía de pie debajo de aquellas negras murallas vítreas, porque ella era la antípoda del castillo cuando yo estaba ahí arriba. Un absoluto en oposición a todo lo que el castillo negro simbolizaba. Yo no había estado mucho en presencia de ella desde que me había dado cuenta de lo que era, pero podía recordar haberme sentido moralmente nervioso por ella también. Me preguntaba cómo podía afectarme ella ahora, tras haber tenido todos aquellos años para crecer.

Por lo que Chozo decía, no apestaba de la forma en que lo hacía el castillo. El principal interés del hombre en ella había sido llevarla escaleras arriba. Y Cuervo no se había sentido impulsado hacia los canales puritanos tampoco. Si acaso, se había deslizado alguna vez ni más adentro en la oscuridad..., aunque sólo por los motivos más elevados.

Posiblemente había un mensaje allí. Una observación sobre medios y fines. Allí estaba Cuervo que actuaba con la pragmática amoralidad de un príncipe del Infierno, y así podía salvar a la niña que representaba la mayor esperanza del mundo contra la Dama y el Dominador.

Oh, sería maravilloso si el mundo y sus cuestiones morales fueran como un gran tablero de juego, con jugadores blancos y negros, y reglas fijas, y ni una sombra de gris.

Incluso Asa y Chozo podían sentir el aura del castillo si los llevabas arriba durante el día y les hacías permanecer allí de pie contemplando aquellas siniestras

murallas.

Especialmente Chozo.

Chozo había alcanzado una posición en la que podía permitirse consciencia e incertidumbre. Quiero decir, no tenía ninguno de los problemas financieros que lo habían acosado antes, y ninguna perspectiva de poder cavarse un agujero con nosotros observándole, así que podía reflejarse en aquel lugar en algunas cosas y sentirse disgustado consigo mismo. Más de una vez lo llevé allá arriba y le observé mientras aquella profunda chispa de oscura decencia llameaba allí dentro, retorcida sobre el potro del tormento interior.

* * *

No sé cómo lo hizo Elmo. Quizá no durmió durante varias semanas. Pero cuando la Compañía bajó de las Wolander, tenía preparado un plan de ocupación. Era tosco, por supuesto, pero mejor de lo que ninguno de nosotros esperaba.

Yo estaba en el Coturno, en El Lirio de Hierro de Chozo, cuando los primeros rumores asaltaron los muelles y suscitaron uno de los más masivos estados de confusión que haya visto nunca. El vendedor de madera vecino de Chozo entró corriendo en El Lirio y anunció:

—¡Hay un ejército saliendo del paso y bajando hacia aquí! ¡Extranjeros! ¡Miles de ellos! Dicen...

Durante la hora siguiente una docena de clientes trajeron la noticia. Cada vez el ejército era más grande y su propósito más oscuro. Nadie sabía lo que deseaba la Compañía. Varios testigos asignaron motivos acordes a sus propios miedos. Pocos llegaron a acercarse siquiera a la verdad.

Aunque los hombres estaban cansados después de una marcha tan larga, se dispersaron rápidamente por la ciudad, las unidades más grandes conducidas por los hombres de Elmo. Arrope trajo una compañía reforzada al Coturno. Los peores distritos son siempre los primeros focos de rebelión, nos ha enseñado la experiencia. Hubo unas pocas confrontaciones violentas. Los ciudadanos de Enebro fueron tomados por sorpresa y no tenían la menor idea de contra lo que luchaban. Muchos se limitaron a mirar.

Yo me reuní con mi pelotón. Éste era el momento en que los Tomados harían su movimiento. Si es que planeaban algo.

No ocurrió nada. Como hubiera podido sospechar, sabiendo que hombres de nuestro propio grupo de avanzada estaban guiando a los recién llegados. De hecho, nadie entró en contacto conmigo ahí arriba durante otros dos días. Por aquel entonces la ciudad ya estaba pacificada. Todos los puntos clave estaban en nuestras manos. Cada edificio estatal, cada arsenal, cada punto estratégico, incluso el cuartel general de los Custodios en el Recinto. Y la vida siguió como de costumbre. El único pequeño problema surgió cuando unos refugiados Rebeldes intentaron iniciar un

levantamiento, acusando acertadamente al Duque de haber traído a la Dama a Enebro.

A la gente de Enebro no le importó demasiado.

Sin embargo, hubo problemas en el Coturno. Elmo deseaba controlar el distrito. Algunos de sus moradores no deseaban ser controlados. Usó la compañía de Arrope con energía, rompiendo las organizaciones de los jefes del crimen. Yo no vi la necesidad, pero cabezas más sabias que la mía temían que las pandillas pudieran convertirse en el foco de una resistencia futura. Cualquier cosa con ese potencial tenía que ser aplastado inmediatamente. Creo que había la esperanza de que el movimiento se ganara también el favor popular.

Elmo trajo al Teniente a mi cabaña en la ladera de la colina el tercer día después de la llegada de la Compañía.

—¿Cómo van las cosas? —pregunté. El Teniente había envejecido terriblemente desde que lo había visto por última vez. El paso hacia el oeste había sido duro.

—La ciudad está segura —dijo—. Un hediondo estercolero, ¿no?

—Apuesta a que sí. Es todo barriga de serpiente. ¿Qué ocurre?

—Necesita echarle una mirada al blanco —dijo Elmo.

Alcé una ceja.

—El Renco dice que vamos a tomar este lugar —dijo el Teniente—. No sé cuándo. El Capitán quiere que le eche una mirada.

—Mejor hoy que mañana —murmuré—. No voy a decirte que no. —Me puse el abrigo. Hacía frío ahí arriba en las laderas. Elmo y Un Ojo se nos unieron cuando llevé al Teniente arriba. Echó un vistazo al castillo, profundamente sumido en sus pensamientos. Finalmente dijo:

—No me gusta. Ni siquiera un poco. —Sentía el frío temor que irradiaba el lugar.

—Tengo a un hombre que consiguió entrar —dijo—. Pero no dejes que se enteren los Tomados. Se supone que está muerto.

—¿Qué puede decirnos?

—No mucho. Sólo estuvo allí de noche, en un patio detrás de la puerta.

—Hum. Los Tomados tienen a una muchacha arriba en Tejadura también. Hablé con ella. No pudo decirme nada. Sólo estuvo ahí dentro una vez y estaba demasiado asustada para mirar a su alrededor.

—¿Todavía está viva?

—Sí. ¿Es la que atrapaste? Sí. Está viva. Órdenes de la Dama, al parecer. Una maldita bruja desagradable. Demos una vuelta.

Fuimos a la ladera del otro lado, donde el camino era más difícil, con el acompañamiento del constantemente malhumorado Un Ojo. El Teniente constató lo obvio:

—No hay forma de acceder a él desde aquí. No sin la ayuda de los Tomados.

—Incluso con los Tomados va a requerir una gran cantidad de ayuda llegar hasta él desde cualquier dirección.

Me miró interrogativamente.

Le hablé de los problemas de Pluma la noche en que cogimos a Chozo y a su camarera.

—¿Algo desde entonces?

—Nada. Y antes tampoco. El hombre que estuvo dentro nunca vio tampoco nada extraordinario. Pero maldita sea, la cosa está conectada con el Túmulo. Tiene al Dominador detrás. *Sabes* que no va a ser fácil. Ellos saben que hay problemas aquí fuera.

Un Ojo emitió un sonido chillón.

—¿Qué? —restalló el Teniente.

Un Ojo señaló. Todos miramos muralla arriba, que se alzaba sus buenos veinte metros por encima de nosotros. No vi nada. Tampoco el Teniente.

—Algo nos está observando. Algo de aspecto ominoso.

—Yo también lo vi —señaló Elmo—. Largo, pellejudo, un tipo amarillento con ojos como de serpiente.

Estudí la muralla.

—¿Cómo puedes decirlo desde aquí?

Elmo se estremeció y se encogió de hombros.

—Puedo. Y no me gustó lo que vi. Parecía como si deseara morderme. —Nos arrastramos por entre los arbustos y las rocas, manteniendo un ojo fijo en el castillo, el otro en la ladera. Elmo murmuró:

—Unos ojos hambrientos. Eso es lo que eran.

Alcanzamos el borde del risco al oeste del castillo. El Teniente hizo una pausa.

—¿Hasta cuán cerca se puede llegar?

Me encogí de hombros.

—No tuve el valor de averiguarlo.

El Teniente avanzó hacia un lado, hacia otro, como si estudiara algo.

—Traigamos algunos prisioneros y descubrámoslo.

Sorbí la saliva acumulada entre mis dientes, luego dije:

—No vas a poder traer a la gente del lugar a ninguna parte cerca de este sitio.

—¿Crees que no? ¿Qué hay acerca de una promesa de perdón? Arrope ha detenido a la mitad de los villanos del Coturno. Se ha lanzado a una cruzada anticrimen. Si recibe tres quejas acerca de alguien, lo agarra.

—Suenan un tanto simple —dije. Seguíamos avanzando para echarle una mirada a la puerta del castillo. Por simple quería decir simplista, no fácil.

El Teniente rió quedamente. Meses de dificultades no habían deteriorado su extraño sentido del humor.

—Las mentes simples responden a las respuestas simples. Unos pocos meses de reformas de Arrope, y el Duque se convertirá en un héroe.

Comprendí el razonamiento. Enebro era una ciudad sin ley, gobernada por hombres fuertes regionales. Había hordas de Chozos que vivían en el terror,

constantemente victimizados. Cualquiera que disminuyera el terror se ganaría su afecto. Adecuadamente desarrollado, ese afecto sobreviviría a excesos posteriores.

Me pregunté, sin embargo, si el apoyo de unos débiles valía mucho. O, si los infectábamos con éxito con valor, no estaríamos creando problemas para nosotros más tarde. Retira la opresión doméstica diaria, y pueden imaginar una opresión por nuestra parte.

Lo he visto antes. La gente pequeña tiene que odiar, tiene que culpar a alguien de sus propias insuficiencias.

Pero ése no era el problema en estos momentos. El momento exigía una acción inmediata, vigorosa, violenta.

La puerta del castillo se abrió cuando llegamos a ella. Media docena de locos seres vestidos de negro avanzaron hacia nosotros. Una bruma de letárgia se apoderó de mí, y sentí que el miedo desaparecía en el momento mismo en que nacía a la existencia. En el momento en que estaban a medio camino hacia nosotros, todo lo que deseaba era echarme.

El dolor llenó mis miembros. Me dolía la cabeza. Los retortijones anudaron mi estómago. La letárgia desapareció.

Un Ojo estaba haciendo cosas extrañas, danzando, gimoteando como un cachorro de lobo, agitando las manos a su alrededor como un pájaro herido. Su gran y extraño sombrero voló y se puso a dar volteretas en la brisa, colina abajo, hasta que se enredó en los arbustos. Entre gimoteos, restalló:

—¡Haced algo, idiotas! ¡No puedo contenerlos para siempre!

¡*Shang!* La espada de Elmo brotó de su vaina. El Teniente hizo lo mismo. Yo no llevaba más que una daga larga. La extraje y me uní a los demás. Las criaturas del castillo se inmovilizaron, con la sorpresa reflejada en sus ojos de ofidio. El Teniente las alcanzó primero, hizo una finta, esgrimió la espada, lanzó un poderoso golpe con las dos manos.

Su arma es casi una espada de verdugo. Un golpe como aquél hubiera debido rebanar los cuellos de al menos tres hombres. No seccionó la cabeza de su víctima, aunque mordió profundamente. La sangre nos roció a los tres.

Elmo se lanzó hacia adelante, y lo mismo hice yo. Su espada se hundió un palmo en su víctima. Mi daga me causó la sensación como si hubiera golpeado madera blanda. Se hundió tan sólo media docena de centímetros en mi víctima. Probablemente no lo bastante profundo como para alcanzar nada vital.

Retiré bruscamente mi hoja, rebusqué en mis conocimientos médicos para elegir un mejor punto mortal. Elmo pateó a su víctima en el pecho para liberar su arma.

El Teniente tenía la mejor arma y la mejor posición. Golpeó otro cuello mientras nosotros nos agitábamos de un lado para otro.

Entonces Un Ojo perdió lo que fuera que había hecho. Los ojos de las criaturas del castillo cobraron vida. Puro veneno ardió en ellos. Temí que las dos que todavía no habían sufrido daño se lanzaran sobre nosotros. Pero el Teniente lanzó un golpe

salvaje y retrocedieron. La que yo había herido se tambaleó tras ellas. Cayó antes de alcanzar la puerta. Siguió arrastrándose. La puerta se cerró ante su rostro.

—Bien —dijo el Teniente—. He aquí unos cuantos tipos a los que no tendremos que enfrentarnos más tarde. Mis felicitaciones, Un Ojo. —Habló calmadamente, pero su voz se elevó aguda en la escala. Le temblaban las manos. Había estado cerca. No hubiéramos sobrevivido si un Ojo no hubiera venido con nosotros—. Creo que ya hemos tenido bastante por hoy. Marchémonos.

Un noventa por ciento de mí deseaba correr tan rápido como pudiera. El diez por ciento restante seguía pensando en lo ocurrido.

—Llevémonos con nosotros a uno de esos bastardos —croó una voz seca por el miedo.

—¿Por qué? —quiso saber Elmo.

—Para que pueda abrirlo y ver qué es.

—Sí. —El Teniente se agachó y agarró uno de los cuerpos por los sobacos. Se agitó débilmente. Me estremecí. Agarré los pies cubiertos con botas y los alcé. La criatura se dobló por la mitad.

—Al infierno con eso —dijo el Teniente. Dejó caer su extremo, se puso a mi lado—. Tú tira de esa pierna. Yo tiraré de esa otra.

Tiramos. El cuerpo se deslizó de lado. Empezamos a discutir acerca de quién debía de hacer qué.

—¿Queréis dejar de decir estupideces, los dos? —gruñó Un Ojo. Apuntó con un arrugado dedo negro como si fuera una daga. Miré hacia atrás. Habían aparecido más criaturas en las almenas. Sentí que el temor que inspiraba el castillo se incrementaba.

—Algo está ocurriendo —dije, y me encaminé colina abajo, sin soltar nunca el cuerpo. El Teniente nos siguió. El cuerpo que cargábamos recibió un buen vapuleo en su camino por entre las rocas y los arbustos.

¡Bam! Algo golpeó la ladera como el impacto del pie de un gigante. Me sentí como una cucaracha huyendo de un hombre que odiaba las cucarachas y se había puesto las botas de pisar cucarachas. Hubo otro retumbar, la tierra tembló de nuevo.

—Oh, mierda —dijo Elmo. Pasó por mi lado, agitando brazos y piernas. Un Ojo iba inmediatamente detrás de él, volando ahora ganando terreno. Ninguno de los dos se ofreció a ayudar.

Un tercer retumbar, y un cuarto, casi regularmente espaciados, cada uno un poco más cerca que el anterior. El último envió fragmentos de piedra y ramas secas trazando un arco sobre nuestras cabezas.

Cincuenta metros ladera abajo Un Ojo se detuvo, se dio la vuelta, hizo una de sus cosas mágicas. Una masa de pálido fuego azul estalló en sus manos alzadas, ascendió rugiendo la colina, gimiendo más allá de mí a menos de un palmo de distancia. El Teniente y yo pasamos junto a Un Ojo. Un quinto retumbar gigante golpeó nuestras espaldas con fragmentos de roca y madera.

Un Ojo dejó escapar un loco aullido y corrió de nuevo. Gritó:

—¡Ése fue mi mejor disparo! ¡Mejor soltad a ese payaso y dispersaos! —Siguió corriendo, saltando como una liebre huyendo de la jauría.

Un grito llenó el valle del Puerto. Un par de puntos acudieron veloces desde la ladera sur, casi demasiado rápidos para que el ojo pudiera seguirlos. Pasaron por encima nuestro con un rugir hueco y profundo, y retumbaron como el tambor de un dios detrás de nosotros. No estuve seguro, pero parecía que los puntos estaban conectados.

Apareció otro par, girando alrededor de un centro común. Pude verlos mejor. Sí, estaban conectados. Rugían. Retumbaban. Miré hacia atrás. La faz del castillo negro había desaparecido detrás de un muro de color como pintura arrojada contra ella y luego dejada chorrear, un panel de cristal al que no se adhería.

—Los Tomados están al trabajo —jadeó el Teniente. Sus ojos eran alocados, pero se aferraba a su lado de nuestra carga.

La maldita criatura se enganchó. Presas del pánico, tiramos y liberamos sus ropas de un arbusto espinoso. Seguí mirando hacia arriba, esperando que algo bajara hacia nosotros y nos aplastara allí en la ladera.

Llegaron otro par de bolas, esparciendo color. No parecían hacer ningún daño evidente, pero mantenían al castillo ocupado.

Liberamos nuestro botín, nos apresuramos a seguir.

Llegó una pareja de puntos diferente, cayendo desde las alturas. Señalé.

—Pluma y Susurro. —Los Tomados picaron hacia el castillo negro, precedidos por un agudo chillar. El fuego envolvió las murallas del castillo. La obsidiana pareció fundirse y resbalar hacia abajo como la cera de una vela, cambiando las ya grotescas decoraciones en formas aún más extrañas. Los Tomados se alejaron, ganaron altitud, dieron la vuelta para otra pasada. Mientras tanto otro par de puntos chillaron cruzando el valle del Puerto y pintaron el aire. Hubiera sido un gran espectáculo si yo no hubiera estado tan malditamente atareado escapando.

La ladera resonó con el paso de un gigante invisible. Un círculo de cinco metros de ancho por uno y medio de profundidad apareció un poco por encima de nosotros. Volaron piedras y madera. Falló sólo por dos pares de metros. El impacto nos derribó. Una línea de algo parecido a huellas marchó de vuelta ladera arriba.

Por fuerte que fuera ese golpe, era menos intenso que sus predecesores.

Pluma y Susurro picaron de nuevo, y de nuevo la faz del castillo negro se fundió, chorreó, cambió de forma. Luego el trueno rasgó el aire. ¡Bam–bam! Ambos Tomados desaparecieron en medio de nubes de humo. Oscilaron, luchando por controlar sus alfombras. Ambas se chamuscaron de la misma forma que Pluma la noche en que capturamos a Chozo. Lucharon por ganar altitud.

El castillo dirigió toda su atención a ellas. El Teniente y yo escapamos.

ENEBRO: HUIDA

El Lirio se estremeció varias veces.

Chozo estaba limpiando jarras y preguntándose cuáles de sus clientes eran de la Compañía Negra. Los temblores lo ponían nervioso. Luego algo chilló sobre su cabeza, alzándose, luego descendiendo mientras se alejaba hacia el norte. Un momento más tarde la tierra se estremeció de nuevo, lo bastante fuerte como para que la loza resonara. Se apresuró a la calle. Una pequeña y astuta parte de él seguía observando a sus clientes, intentando determinar quién le vigilaba. Sus posibilidades de escapatoria habían disminuido drásticamente con la llegada de la Compañía. Ya no sabía quién era quién. Todos le conocían.

Volvió a la calle cuando llegó un segundo chillido procedente de la dirección del Recinto. Siguió las manos que señalaban. Un par de bolas unidas por una especie de cordón partieron hacia el norte. Segundos más tarde todo Enebro se vio iluminado por un resplandor multicolor.

—¡El castillo negro! —dijo la gente—. Han golpeado el castillo negro.

Chozo podía verlo desde su calle. Se había desvanecido detrás de una cortina de color. El terror aferró su corazón. No podía entenderlo. Estaba seguro aquí abajo, ¿no?

¿Lo estaba realmente? La Compañía tenía grandes hechiceros sosteniéndola. No dejarían que el castillo hiciera nada... Un poderoso golpe como un martillazo arrojó cosas al aire en la ladera norte. No podía ver lo que estaba ocurriendo, pero captó al instante que el castillo había golpeado contra alguien. Posiblemente aquel Matasanos, que estaba ahí arriba manteniendo el lugar aislado. Quizás el castillo estaba intentando abrir el camino.

Los gritos de la multitud dirigieron su atención hacia dos puntos que caían del azul. El fuego envolvió el castillo. La obsidiana cambió de forma, agitándose, luego halló de nuevo su forma normal. Los atacantes voladores picaron, giraron. Otro par de bolas golpeó, al parecer lanzadas desde Tejadura. Y allá fueron los jinetes de las alfombras.

Chozo sabía quiénes eran y lo que estaba ocurriendo, y se sentía aterrado. A su alrededor, el Coturno, pillado por sorpresa, se volvía loco.

Retuvo la presencia de ánimo suficiente como para considerar su propia posición. Aquí, allá, miembros de la Compañía Negra corrían a sus puestos de batalla. Se formaban pelotones, se apresuraban a marcharse. Parejas de soldados ocupaban puestos aparentemente asignados contra los momentos en que eran posibles los disturbios y los saqueos. En ninguna parte vio Chozo a nadie identificable como su vigilante.

Se deslizó de vuelta al interior de El Lirio, subió la escalera, se metió en su

habitación, rebuscó en su lugar secreto. Se metió oro y plata en los bolsillos, dudó ante su amuleto, luego se lo colgó del cuello, bajo sus ropas. Escrutó la habitación una última vez, no vio nada más que deseara tomar, se apresuró escaleras abajo. No había nadie en la sala común excepto Sal, que permanecía junto a la puerta contemplando el espectáculo en la ladera norte. Nunca la había visto tan relajada.

—Sal.

—¿Castañas? ¿Es el momento?

—Sí. He dejado veinte levas en la caja. Te las arreglarás bien mientras los soldados sigan acudiendo.

—¿Es eso de ahí arriba lo que debía suceder?

—Es lo que estaban esperando que sucediera. Posiblemente las cosas se pondrán peores. Están aquí para destruir el castillo. Si pueden.

—¿Adónde vas?

—No lo sé. —Sinceramente, no lo sabía—. Y no te lo diría aunque lo supiera. Podrían averiguarlo a través de ti.

—¿Cuándo volverás?

—Quizá nunca. Ciertamente no antes de que se hayan ido. —Dudaba de que la Compañía llegara a marcharse alguna vez. O, si lo hacía, no fuera reemplazada por otra. Aquella Dama parecía el tipo de persona que no dejaba nada al azar.

Dio a Sal un ligero beso en la mejilla.

—Ve con cuidado. Y no escatimes contigo ni con los chicos. Si aparece Lisa, dile que esta despedida. Si lo hace Eximio, dile que le perdono.

Se encaminó a la puerta de atrás. Los destellos y el rugir en la ladera proseguían. En un momento determinado hubo como un aullar que osciló hacia Tejadura, pero se quebró en alguna parte sobre el Recinto. Hundió la cabeza entre los hombros y se alzó el cuello, y siguió los callejones secundarios hacia los muelles.

Sólo en dos ocasiones encontró patrullas. Ninguna tenía a ningún hombre que conociera. La primera lo ignoró. El cabo que mandaba la segunda le dijo que sacara el culo de la calle y continuara su camino.

Desde la Calle del Malecón pudo ver de nuevo el castillo negro, a través de los mástiles y estays de los incontables barcos. Parecía haber recibido lo peor del intercambio, que había cesado. Un humo denso y negro se alzaba de la fortaleza, una columna aceitosa que se inclinaba unos pocos grados y se alzaba cientos de metros, luego se extendía en una oscura bruma. En las laderas debajo del castillo había un destellar y un agitar que sugería los movimientos de un hormiguero. Supuso que la Compañía estaba entrando en acción.

Los muelles eran un frenesí. El canal estaba ocupado por una docena de embarcaciones que salían del puerto. Todos los demás barcos extranjeros se preparaban para levar anclas. El propio río parecía extrañamente agitado.

Chozo probó tres barcos antes de encontrar uno donde el dinero hablaba lo bastante fuerte como para ser oído. Pagó diez levas a un capitán pirático y halló un

lugar donde no pudiera ser visto desde la orilla.

Sin embargo, mientras la tripulación se preparaba para partir, el hombre llamado Prestamista acudió corriendo a lo largo del muelle con un pelotón de soldados, gritándole al capitán del barco que detuviera toda maniobra.

El capitán del barco hizo un gesto obsceno, les dijo a los soldados dónde podían irse, y empezó a derivar con la corriente. Había demasiados pocos remolcadores para el número de barcos que salían.

Por su desafío, el capitán recibió una flecha que le atravesó la garganta. Los asombrados marineros y oficiales se inmovilizaron. Las flechas llovieron a bordo, mataron a más de una docena de hombres, incluidos el contramaestre y el segundo oficial. Chozo se acurrucó en su escondrijo, aferrado por un terror más profundo que nada que hubiera experimentado antes.

Sabía que eran hombres duros, hombres que no jugaban precisamente. No se había dado cuenta de lo duros que eran exactamente, lo salvajes que podían llegar a ser. Los hombres del Duque se hubieran echado desesperados las manos a la cabeza y se hubieran alejado maldiciendo. No hubieran masacrado a nadie.

Las flechas siguieron llegando, más espaciadas, hasta que la embarcación estuvo fuera de alcance.

Sólo entonces se atrevió Chozo a echar una ojeada y contemplar cómo la ciudad se empequeñecía lentamente en la distancia. Oh, tan lentamente.

Para su sorpresa, ninguno de los marineros se mostró furioso con él. Estaban furiosos, por supuesto, pero no habían establecido ninguna conexión entre el ataque y su pasajero de último minuto.

Estaba a salvo, pensó, excitado. Eso duró hasta que empezó a preguntarse adonde se dirigía y qué iba a hacer cuando llegara allí.

—Señor, vienen detrás de nosotros en una lancha —dijo un marinero. El corazón de Chozo cayó hasta la altura de sus tobillos. Miró y vio una pequeña embarcación avanzando hacia ellos, intentando desplegar una vela. Hombres con el uniforme de la Compañía Negra abusaban de la tripulación, apresurándoles.

Volvió a su escondite. Después de lo que habían recibido, no cabía la menor duda de que aquellos hombres lo entregarían antes que seguir sufriendo. Si se daban cuenta de que era a él a quien quería Prestamista.

¿Cómo había seguido el hombre su rastro?

Hechicería. Por supuesto. Tenía que ser eso.

¿Significaba esto que podrían encontrarle en cualquier parte?

ENEBRO: MALAS NOTICIAS

La agitación había pasado. Había sido un despliegue espectacular mientras duró, aunque no tan impresionante como algunos otros que he visto. La batalla de la Escalera Rota. La lucha alrededor de Hechizo. Esto era todo destello y espectáculo, más llamativo para la gente de Enebro que para nosotros o los habitantes del castillo negro. A nosotros no nos hizo ningún daño. Lo peor que sufrieron ellos fueron las muertes directas fuera de su puerta. El fuego en su interior no causó ningún auténtico daño. O eso informaron los Tomados.

Hoscamente, Susurro posó su alfombra fuera de mi cuartel general, entró en tromba con aspecto chamuscado pero sin ningún daño visible.

—¿Qué fue lo que lo empezó? —quiso saber.

El Teniente se lo explicó.

—Se están asustando —murmuró ella—. Quizás estén desesperados. ¿Intentaban asustaros o tomaros prisioneros?

—Definitivamente prisioneros —dije—. Nos golpearon con alguna especie de conjuro somnífero antes de que vinieran hacia nosotros. —Un Ojo apoyó mis palabras con un asentimiento de cabeza.

—¿Por qué no tuvieron éxito?

—Un Ojo rompió el conjuro. Lo volvió contra ellos. Matamos a tres.

—¡Ah! No es extraño que se sintieran trastornados. ¿Trajiste uno con vosotros?

—Pensé que podríamos comprenderlos mejor si abría a uno de ellos para ver cómo estaba hecho por dentro.

Susurro hizo uno de sus desvanecimientos mentales, comunicándose con el ama de todos nosotros. Regresó.

—Una buena idea. Pero Pluma y yo efectuaremos el trabajo. ¿Dónde está el cadáver? Me lo llevaré ahora mismo a Tejadura.

Señalé el cuerpo. Estaba a plena vista. Hizo que dos hombres lo llevaran a la alfombra. Murmuré:

—Ya no confían en nosotros para que hagamos nada. —Susurro me oyó. No hizo ningún comentario.

Una vez cargado el cuerpo, le dijo al Teniente:

—Iniciad de inmediato los trabajos preliminares de asedio. Una circunvalación. El Renco os apoyará. Probablemente las criaturas del Dominador intentarán romper el cerco o tomar prisioneros, o ambas cosas. No lo permitáis. Una docena de cautivos les permitirían abrir el camino. Os encontraríais frente al Dominador. No sería agradable.

—No me digas. —El Teniente es un tipo duro entre los tipos duros cuando le conviene. En aquellos momentos ni siquiera la Dama podía intimidarle—. ¿Por qué

no te marchas? Ocúpate de tu trabajo y déjame a mí ocuparme del mío.

Sus observaciones no encajaban con el momento, pero estaba harto de los Tomados en general. Había estado de marcha con el Renco durante meses, y el Renco se creía el comandante. Tanto el Teniente como el Capitán empezaban a estar hartos. Y quizás ésa fuera la fuente de la fricción entre la Compañía y los Tomados. El Capitán también tenía sus límites, aunque era más diplomático que el Teniente. Ignoraba las órdenes que no le convenían.

Salí para observar la circunvalación del castillo negro. Equipos de trabajadores llegaban del Coturno, con palas al hombro y terror en sus ojos. Nuestros hombres dejaban sus herramientas y adoptaban papeles de vigilancia y supervisión. Ocasionalmente el castillo negro chisporroteaba, haciendo un débil intento por interferir, como un volcán murmurando para sí mismo después de que su energía se ha agotado. La gente del lugar se dispersaba a veces y había que reunirlos de nuevo. Perdimos buena parte de la buena voluntad ganada antes.

Un avergonzado pero irritado Prestamista acudió en mi busca, con la gravedad acentuada por la luz del atardecer. Dudó unos instantes, fui a su encuentro.

—¿Cuál es la mala noticia?

—Ese maldito Chozo. Echó a correr en medio de la confusión.

—¿Confusión?

—La ciudad se volvió loca cuando los Tomados empezaron a mordisquear el castillo. Perdimos el rastro de Chozo. Cuando Goblin lo encontró, estaba a bordo de un barco rumbo a Pradoval. Intenté impedir que zarpara, pero no quisieron detenerse. Les disparé, luego agarré un bote y fui tras ellos, pero no pude atraparlos.

Tras maldecir a Prestamista y reprimir la urgencia de estrangularle, me senté a pensar.

—¿Qué le ocurre a este hombre, Presta? ¿De qué tiene miedo?

—De todo, Matasanos. De su propia sombra. Supongo que imaginó que íbamos a matarle. Goblin dice que era más que eso, pero ya sabes cómo le gusta complicar las cosas.

—¿Como qué?

—Goblin dice que desea romper por completo con el viejo Chozo. El miedo hacia nosotros fue la motivación que necesitaba para echar a correr.

—¿Romper por completo?

—Ya sabes. Como si se sintiera culpable de todo lo que había hecho. Y temiera las represalias de los Inquisidores. Cabestro sabe que estuvo en la incursión de las Catacumbas. Cabestro saltará sobre él tan pronto como regrese.

Miré al puerto en sombras. Todavía seguían partiendo barcos. Los muelles parecían desnudos. Si los forasteros seguían marchándose, pronto íbamos a convertirnos en muy impopulares. Enebro dependía enormemente del comercio.

—Encuentra a Elmo. Díselo. Dile que creo que deberías ir tras Chozo. Busca a Pivote y a esos chicos y tráelos de vuelta. Comprueba a Linda y a Cabestro ya que

estas en ello.

Parecía un hombre condenado, pero no protestó. Tenía varios fallos en su haber. Verse separado de sus camaradas era una pena muy leve que pagar.

—De acuerdo —dijo, y se marchó apresuradamente.

Regresé a la tarea que tenía entre manos.

La desorganización se resolvió por sí misma cuando las tropas formaron a los locales en equipos de trabajo. La tierra empezó a volar. Primero una buena trinchera profunda para que las criaturas del castillo tuvieran problemas en salir, luego una empalizada detrás de eso.

Uno de los Tomados permaneció constantemente en el aire, trazando círculos a mucha altura, vigilando el castillo.

Empezaron a llegar carros de la ciudad, trayendo madera y piedras. Allá abajo otros equipos de trabajo estaban demoliendo edificios para aprovechar sus materiales. Aunque eran estructuras no aptas para ser ocupadas y que hubieran debido ser reemplazadas hacía mucho tiempo, albergaban a gente que no iba a sentir ningún aprecio hacia nosotros por destruir sus hogares.

Un Ojo y un sargento llamado Tembloroso se ocuparon de una gran empresa al otro lado del castillo, al pie de la ladera más escarpada: iniciaron una mina destinada a hundir parte de la muralla del castillo ladera abajo. No hicieron nada por ocultar sus propósitos. No servía de mucho tampoco intentarlo. Las cosas a las que nos enfrentábamos tenían el poder de penetrar como un cuchillo en cualquier subterfugio.

En realidad, conseguir abrir una brecha en la muralla sería un trabajo duro. Podía tomar semanas, incluso con la ayuda de Un Ojo. Los mineros tendrían que excavar a través de muchos metros de sólida roca.

El proyecto era una de las varias fintas que pensaba emplear el Teniente, aunque por la forma como planea un asedio, la finta de un día puede convertirse en el empuje principal del día siguiente. Con una mano de obra como la de Enebro, podía ejercer cualquier opción.

Sentí un cierto orgullo contemplando cómo iba tomando forma el asedio. Llevo mucho tiempo con la Compañía. Nunca había emprendido un proyecto tan ambicioso. Nunca habíamos tenido la oportunidad. Recorrí el lugar hasta que encontré al Teniente.

—¿Cuál es aquí el plan? —pregunté. Nadie me decía nunca nada.

—Simplemente clavarlos ahí dentro de modo que no puedan salir. Luego los Tomados saltarán sobre ellos.

Gruñí. Básico y simple. Había esperado que fuera algo más complicado. Las criaturas de ahí dentro iban a luchar. Sospechaba que el Dominador se agitaba inquieto allá donde yaciera, moldeando un contragolpe.

Tiene que ser un infierno ser enterrado vivo, incapaz de hacer nada excepto desear y confiar en unos esbirros mucho más allá de tu control directo. Una impotencia así me destruiría en cuestión de horas.

Le hablé al Teniente de la huida de Chozo. No le dio mucha importancia. Chozo significaba poco para él. No sabía nada de Cuervo y Linda. Para él, Cuervo era un desertor y Linda su seguidora de campo. Nada de especial. Pero deseaba que supiera acerca de Chozo para que pudiera mencionárselo al Capitán. El Capitán tal vez deseara emprender alguna acción más vigorosa que mi recomendación a Elmo.

Permanecí un rato con el Teniente, él observando el trabajo de los equipos, yo observando una fila de carros ascender colina arriba. Debían de traer la cena.

—Empiezo a sentirme malditamente cansado de las comidas frías —murmuré.

—Te diré lo que deberías hacer, Matasanos. Deberías casarte y sentar raíces.

—Seguro —respondí, más sarcásticamente de lo que sentía—. Inmediatamente después de ti.

—No, de veras. Éste podría ser el lugar para hacerlo. Monta una consulta, atiende a los ricos. La familia de ese Duque, digamos. Luego, cuando tu amiga llegue aquí, le planteas la cuestión y solucionas todo el problema.

Dagas de hielo se clavaron en mi alma y se retorcieron dentro.

—¿Amiga? —croé.

Sonrió.

—Exacto. ¿Nadie te lo ha dicho? Viene a presenciar el gran espectáculo. A dirigirlo personalmente. Es tu gran oportunidad.

Mi gran oportunidad. Pero ¿para qué?

Estaba hablando de la Dama, por supuesto. Habían pasado años, pero todavía me pinchaban acerca de algunas románticas historias que escribí antes de conocer realmente a la Dama. Siempre se meten con alguien que saben que puede ser su chivo expiatorio perfecto. Es parte del juego. Parte de la hermandad.

Apuesto a que el hijo de puta había estado hirviendo por dentro con la noticia desde que la supo, esperando poder comunicármela.

La Dama. Venía a Enebro.

Consideré la posibilidad de desertar realmente. Mientras quedaran todavía uno o dos barcos con los que poder huir.

ENEBRO: FUEGOS DE ARTIFICIO

El castillo nos atraía. Creíamos que podríamos derribar su puerta sin una protesta. Durante dos días los equipos de trabajo atacaron el risco norte, cavando una profunda trinchera, alzando buena parte de la necesaria empalizada, martilleando un hermoso inicio de una mina. Entonces ocurrió.

Fue un tanto caótico y muy desagradable, y en retrospectiva parece que puede que no empezara como lo que más tarde se convirtió.

Era una noche sin luna, pero los equipos de trabajo estaban trabajando a la luz de los fuegos, las antorchas y las linternas. El Teniente tenía torres de madera cada treinta metros allá donde la trinchera y la empalizada habían quedado completadas, y cerca de ellas pequeñas balistas para ser montadas sobre ellas. Una pérdida de tiempo, pensé. ¿Qué valor mundano tiene cualquier equipo de asedio contra los esbirros del Dominador? Pero el Teniente era nuestro especialista en asedios. Estaba decidido a hacer las cosas adecuadamente, como correspondía, incluso aunque las balistas nunca fueran usadas. Tenían que estar disponibles.

Los miembros de la Compañía con ojos más agudos estaban en las torres a punto de ser completadas, intentando ver el interior del castillo. Uno detectó un movimiento en la puerta. En vez de dar la alarma, envió un mensaje abajo. El Teniente subió. Decidió que alguien había abandonado el castillo y se deslizó hacia el lado de Un Ojo. Hizo sonar los tambores, soplar las trompetas, y las flechas incendiarias surcaron el aire.

La alarma me despertó. Corrí para ver lo que ocurría. Durante un tiempo no hubo nada que ver.

En el otro lado de la ladera Un Ojo y Tembloroso estaban en armas. Sus trabajadores se habían sumido en el pánico. Muchos resultaron muertos o mutilados intentando huir por la boscosa, rocosa, escarpada ladera. Una minoría tuvo el buen sentido suficiente de quedarse en su lugar.

La gente del castillo deseaba lanzar un golpe rápido y apoderarse de algunos de los trabajadores de Un Ojo, arrastrarlos dentro, y completar los ritos que fueran necesarios para traer al Dominador. Una vez fueron descubiertos, su estrategia cambió. Los hombres en las torres gritaron que salían más. El Teniente ordenó fuego de hostigamiento. Tenía un par de pequeñas catapultas que arrojaban bolas de maleza incendiada a la zona cercana a la puerta. Y envió hombres en busca de Goblin y Silencioso, imaginando que ellos podrían hacer más que él para proporcionar la iluminación necesaria.

Goblin estaba abajo en el Coturno. Le tomaría una hora responder. Yo no tenía la menor idea de dónde podía estar Silencioso. No lo había visto, aunque llevaba en Enebro una semana.

El Teniente hizo encender señales de fuego para advertir a los guardias en Tejadura que teníamos una emergencia.

Finalmente los Tomados acudieron a investigar. Resultó ser el Renco. Su primera acción fue tomar un puñado de jabalinas, hacerles algo, luego arrojarlas al suelo desde arriba. Se convirtieron en columnas de luz color chartreuse entre la trinchera y el castillo.

En el otro lado de la ladera Un Ojo proporcionó su propia iluminación tejiendo telarañas de luz violeta y soltando sus esquinas a la brisa. Rápidamente revelaron la aproximación de media docena de formas enfundadas en negro. Volaron flechas y jabalinas.

Las criaturas sufrieron varias bajas antes de que pusieran remedio. La luz, llameó, luego se desvaneció en un rielar que rodeó a cada una de ellas. Atacaron.

Otras formas aparecieron encima de la muralla del castillo. Lanzaron objetos ladera abajo. Del tamaño de la cabeza de un hombre, rebotaron hacia la boca de la mina. Un Ojo hizo algo para alterar su curso. Sólo uno se le escapó. Dejó un rastro de soldados y trabajadores inconscientes.

Las criaturas del castillo, evidentemente, habían planeado cualquier posibilidad menos Un Ojo. Consiguieron hacer pasar un mal rato al Renco, pero no pudieron hacer nada en absoluto con Un Ojo.

Éste escudó a sus hombres y les hizo luchar pegados lado a lado cuando las criaturas del castillo cerraron filas. La mayoría de sus hombres resultaron muertos, pero barrieron a sus atacantes.

Por aquel entonces las criaturas del castillo estaban montando una salida contra la trinchera y la empalizada, directamente hacia donde yo estaba mirando. Recuerdo haberme sentido más desconcertado que asustado.

¿Cuántos eran? Chozo había dado la impresión de que el castillo estaba prácticamente desatendido. Pero unos buenos veinticinco de ellos, atacando respaldados por la hechicería, hicieron que la trinchera y la empalizada resultaran prácticamente inútiles.

Salieron por la puerta. Y algo brotó por encima de la muralla del castillo, enorme y con aspecto de vejiga. Golpeó el suelo, rebotó dos veces y se estrelló contra la trinchera y la empalizada, aplastando una y llenando la otra. El grupo incursor se lanzó contra aquel lugar. Aquellas criaturas sabían *moverse*.

El Renco bajó caído de la noche, chillando con la furia de su descenso, resplandeciendo cada vez más brillante a medida que caía. El resplandor se desprendió en escamas del tamaño de semillas de arce, que se agitaban en su estela, girando y retorciéndose hacia el suelo, devorando todo aquello con lo que entraban en contacto. Cuatro o cinco atacantes se derrumbaron.

El Teniente lanzó un rápido contraataque, acabó con varios de los heridos, luego tuvo que retirarse. Varias de las criaturas arrastraron soldados caídos hacia el castillo. Las demás siguieron avanzando.

Sin ningún hueso heroico en mi cuerpo, giré sobre mis talones y me encaminé ladera abajo. Lo cual resultó ser un movimiento de lo más juicioso.

El aire crepitó y destelló y se abrió como una ventana. Algo brotó por ella desde algún otro lugar. La ladera se volvió tan fría con tanta rapidez que el propio aire se convirtió en hielo. El aire a mi alrededor se precipitó hacia la zona afectada, y también se congeló. El frío afectó a la mayor parte de las criaturas del castillo, envolviéndolas en escarcha. Una jabalina al azar golpeó a una. La criatura se hizo pedazos, se convirtió en polvo y pequeñas astillas de hielo. Los otros hombres lanzaron todos los proyectiles que hallaron disponibles, destruyendo a las demás.

La abertura se cerró tras sólo unos pocos segundos. El relativo calor del mundo minó el acerbo frío. La bruma pareció hervir, ocultó la zona durante varios minutos. Cuando se aclaró no pudo hallarse el menor rastro de las criaturas.

Mientras tanto, tres criaturas intocadas corrían camino abajo hacia Enebro. Elmo y todo un pelotón se lanzaron a perseguirlas. Sobre ellos, el Renco alcanzó la cúspide de una ascensión y descendió para lanzar un golpe sobre la fortaleza. En el momento en que salía otro grupo de criaturas.

Agarraron todos los cuerpos que pudieron y se apresuraron a retroceder. Renco ajustó su descenso y les golpeó. La mitad cayeron. Las demás arrastraron al menos a una docena de hombres muertos al interior.

Un par de aquellas bolas voladoras llegaron chillando a través del cielo desde Tejadura e impactaron contra la muralla del castillo, formando un escudo de color. Otra alfombra descendió detrás del Renco. Soltó algo que cayó directamente al interior del castillo negro. Hubo un destello tan brillante que cegó a la gente en kilómetros a la redonda. Yo estaba mirando hacia otro lado en aquel momento, pero incluso así, pasaron quince segundos antes de que mi visión se recuperara lo suficiente como para mostrarme la fortaleza en fuego.

No era el fuego cambiante que habíamos visto antes. Era más como una conflagración que consumía realmente la propia materia de la fortaleza. Extraños gritos brotaron de su interior. Hicieron que dedos de hielo se arrastraran por mi espina dorsal. Eran gritos no de dolor, sino de rabia. Aparecieron criaturas en las almenas, agitando lo que parecían látigos de nueve colas, extinguiendo las llamas. Allá donde habían ardido las llamas la fortaleza se veía visiblemente disminuida.

Un firme flujo de pares de bolas aullaron a través del valle. No vi que contribuyeran en nada, pero estoy seguro de que había un propósito tras ellas.

Una tercera alfombra descendió mientras la del Renco y la otra estaban ascendiendo. Ésta arrastraba una nube de polvo. Allá donde tocaba el polvo, tenía un efecto similar al de las semillas de arce del Renco, sólo que generalizado. Las criaturas del castillo expuestas a él chillaron en agonía. Varias parecieron fundirse. Las otras abandonaron las murallas.

Los acontecimientos se siguieron sucediendo de esta forma durante un tiempo, con el castillo negro recibiendo al parecer la peor parte. Sin embargo habían

conseguido meter aquellos cuerpos dentro, y sospeché que eso significaba problemas.

En algún momento durante todo aquello Asa aprovechó para huir. No me di cuenta de ello. Tampoco se dio cuenta nadie más hasta horas más tarde, cuando Prestamista lo divisó entrando en El Lirio de Hierro. Pero Prestamista estaba lejos, y El Lirio estaba haciendo un gran negocio pese a la hora, con todo el mundo tomando copas mientras contemplaba la furia en el risco norte. Prestamista lo perdió entre la multitud. Supuse que Asa hablaría con la cuñada de Chozo y descubriría que él también había escapado. Nunca tuvimos tiempo de entrevistarla.

Mientras tanto, el Teniente estaba consiguiendo mantener las cosas bajo control. Hizo retirar las bajas del ataque a la circunvalación. Situó las balistas en posición para disparar en caso de cualquier otro intento de ataque. Hizo cavar trampas pozo. Envió trabajadores a reemplazar los que había perdido Un Ojo.

Los Tomados siguieron hostigando el castillo, aunque a un ritmo más pausado. Ya habían lanzado sus mejores tiros.

Algún ocasional par de bolas aulló desde Tejadura sobre sus cabezas. Más tarde supe que las arrojaba Silencioso, a quien los Tomados le habían enseñado la forma de hacerlo.

Lo peor parecía haber pasado. Excepto los tres escapados que estaba persiguiendo Elmo, habíamos contenido el despliegue. El Renco se alejó para unirse a la caza de los tres. Susurro regresó a Tejadura para reabastecer su almacén de trucos desagradables, pluma patrulló por encima del castillo, picando ocasionalmente cuando sus habitantes salían para luchar contra las últimas llamas consumidoras. Había regresado una relativa paz.

Sin embargo, nadie descansaba. Los cuerpos habían sido arrastrados dentro. Todos nos preguntábamos si habrían reunido los suficientes como para traer al Dominador.

Pero estaban preparando algo más ahí dentro.

Un grupo de criaturas apareció sobre la muralla, sujetando un artilugio que apuntaron colina abajo. Pluma picó.

¡Bam! El humo hirvió a su alrededor, iluminado desde dentro. Se bamboleo. ¡Bam! Y luego ¡Bam! de nuevo. Y tres veces más. Y después del último ya no pudo mantenerse. La alfombra estaba en llamas un cometa arqueándose hacia arriba, hacia fuera, hacia lejos, y hacia abajo al interior de la ciudad. Se produjo una violenta explosión allá donde cayó. Al cabo de un momento una salvaje conflagración asoló el muelle. El fuego se esparció rápidamente por entre los apiñados edificios.

Susurro había salido de Tejadura y golpeaba el castillo negro en cuestión de minutos, con el maligno polvo que fundía y el fuego que quemaba la propia materia de la fortaleza. Había una intensidad en su vuelo que traicionaba su furia por la caída de Pluma.

Mientras tanto, el Renco interrumpió su caza de los escapados para ayudar a combatir el fuego en el Coturno. Con su ayuda quedó controlado en cuestión de

horas. Sin él hubiera podido arder todo el distrito.

Elmo agarró a dos de los fugitivos. El tercero desapareció por completo. Cuando se reanudó la caza con la ayuda de los Tomados, no pudo hallarse ninguna huella.

Susurro mantuvo su ataque hasta que agotó sus recursos. Eso fue mucho después del amanecer. La fortaleza se parecía ahora más a un gigantesco montón de escoria que a un castillo, pero no había sucumbido. Un Ojo, cuando efectuó una inspección por los alrededores buscando más herramientas, me dijo que había montones de actividad dentro.

ENEBRO: LA CALMA

Eché un sueño de dos horas. El Teniente permitió que la mitad de las tropas y los trabajadores hicieran lo mismo, luego la otra mitad. Cuando desperté hallé pocos cambios, excepto que el Capitán había enviado a Bolsillos a establecer un hospital de campaña. Bolsillos había estado en el Coturno, intentando ganarse amigos dispensando atención médica gratuita. Examiné el hospital, hallé sólo un puñado de pacientes y la situación bajo control, fui a comprobar los trabajos de asedio.

El Teniente había reparado el hueco en la empalizada y la trinchera. Había ampliado ambas cosas, con la intención de llevarlas a todo alrededor, pese a la dificultad en la otra ladera. Estaban en construcción nuevas y más poderosas armas de proyectiles.

No estaba contento con confiar en los Tomados para reducir el lugar. No confiaba en ellos para que hicieran lo necesario.

En algún momento durante mi breve sueño llegaron nuevos reclutas escogidos entre los prisioneros de Arrope. Pero el Teniente no permitió que los civiles se marcharan. Los puso a reunir tierra mientras estudiaba un lugar para construir una rampa.

—Será mejor que duermas un poco —sugerí.

—Necesito conducir el rebaño —dijo. Tenía una visión. Su talento había permanecido sin utilizar durante años. Deseaba esto. Yo sospechaba que consideraba a los Tomados una irritación, pese a la formidable naturaleza del castillo negro.

—Es tu espectáculo —dije—. Pero no te va a servir de mucho si golpean y estás demasiado agotado para pensar claramente.

Estábamos comunicándonos a un nivel más allá de las palabras. El cansancio nos tenía a todos fragmentados y hendidos, y ni nuestros pensamientos ni nuestras acciones ni nuestras palabras se movían lógicamente o linealmente. Asintió con un gesto seco.

—Tienes razón. —Examinó la ladera—. Parece que todo va bien. Bajaré al hospital. Haz que alguien me avise si ocurre algo.

La tienda del hospital era el lugar más cercano a la sombra. Era un día claro, brillante, intenso, que prometía ser desacostumbradamente caluroso. Me gustó. Estaba cansado de tiritar.

—Lo haré.

El Teniente estaba en lo cierto acerca de que las cosas iban bien. Normalmente así ocurre cuando los hombres saben lo que hay que hacer.

Desde el punto de vista del Renco, que se encargaba de nuevo de la patrulla del aire, la ladera debía de parecer como un hormiguero pisoteado. Seiscientos hombres de la Compañía estaban supervisando los esfuerzos de diez veces ese número de

hombres de la ciudad. El camino que conducía colina arriba llevaba tanto tráfico que estaba siendo destruido. Pese a la excitación de la noche y la falta de sueño, hallé a los hombres con un espíritu excelente.

Llevaban tanto tiempo de marcha, sin hacer nada más, que habían desarrollado una gran reserva de energía violenta. Ahora estaba saliendo al exterior. Trabajaban con una furia que se contagiaba a la gente del lugar. Ésta parecía complacida de participar en una tarea que requería los esfuerzos concentrados de miles de personas. Algunos de los más meditativos mencionaban que Enebro no había montado un esfuerzo comunal tan importante desde hacía generaciones. Un hombre sugirió que por eso la ciudad se había deteriorado. Creía que la Compañía Negra y su ataque contra el castillo negro serían la gran medicina para un cuerpo político moribundo.

Ésa, sin embargo, no era la opinión mayoritaria. Los prisioneros de Arrope en particular se resentían de ser usados como fuerza de trabajo. Representaban un fuerte potencial de problemas.

Me han dicho que siempre debo mirar la oscura barriga del mañana. Es posible. Tienes muchas menos probabilidades de sentirte decepcionado de esa forma.

La excitación que esperaba no se materializó durante días. Las criaturas del castillo parecían haber cerrado su agujero tras ellas. Disminuimos ligeramente el ritmo, dejamos de trabajar como si todo tuviera que estar hecho antes de mañana.

El Teniente completó la circunvalación, incluida la ladera de atrás, haciendo un bucle alrededor de la excavación de Un Ojo. Luego rompió la empalizada delantera y empezó a construir su rampa. No usó muchos manteletes, porque la había diseñado para proporcionar su propia protección. Se alzaba empinada en nuestro extremo, con escalones contruidos con la piedra de los edificios demolidos. Los equipos de trabajo en la ciudad estaban derribando ahora estructuras que habían quedado arruinadas por el fuego que siguió a la caída de pluma. Había más materiales que podían ser usados en el asedio. El equipo de Arrope estaba salvando todo lo posible para usarlo en los nuevos alojamientos planeados para los lugares despejados.

La rampa se alzaría hasta que rebasara seis metros el castillo, luego descendería hasta la muralla. La obra fue más rápido de lo que esperaba. Lo mismo que el proyecto de Un Ojo. Halló una combinación de conjuros que convertían la piedra en algo lo bastante blando como para ser trabajado con facilidad. Pronto alcanzó un punto debajo del castillo.

Entonces topó con el material que se parecía a la obsidiana. Y no pudo más lejos. Así que empezó a extenderse hacia los lados.

El propio Capitán vino a ver. Me había estado preguntando qué había estado haciendo. Se lo pregunté.

—Buscando formas de mantener a la gente ocupada —me dijo. Se puso a caminar erráticamente de un lado para otro. Sin darnos cuenta, nos encontramos vagando sin rumbo tras efectuar un giro repentino y fuimos a inspeccionar algo aparentemente trivial—. La maldita Susurro me está convirtiendo en un gobernador militar.

—¿Hum?

—¿Qué, Matasanos?

—Yo soy el Analista, ¿recuerdas? Voy a tener que registrar todo esto en alguna parte.

Frunció el ceño, observó un barril de agua puesto a un lado para los animales. El agua era un problema. Buena parte de ella tenía que ser subida para aumentar la poca que recogíamos durante las lluvias ocasionales.

—Me tiene recorriendo la ciudad. Haciendo lo que deberían de hacer el Duque y los padres de la ciudad. —Pateó una piedra y no dijo más hasta que empezó a rodar—. Supongo que me las arreglo bastante bien. No hay nadie en la ciudad que no esté trabajando. No se les paga nada por ello, pero están trabajando. Incluso hay gente con proyectos que desean llevar a cabo mientras hagamos trabajar a la gente. Los Custodios me están volviendo loco. No puedo decirles que es posible que todas sus acciones sean inútiles.

Capté una nota extraña en aquello. Subrayaba una sensación que ya había tenido, la de que estaba deprimido acerca de lo que estaba ocurriendo.

—¿Por qué eso?

Miró alrededor. No había nadie del lugar a alcance auditivo.

—Es sólo una suposición. Nadie lo ha planteado con palabras. Pero creo que la Dama planea saquear las Catacumbas.

—A la gente no va a gustarle eso.

—Lo sé. Tú lo sabes; yo lo sé; incluso Susurro y el Renco lo saben. Pero nosotros no damos las órdenes. Se habla de lo corta de dinero que está la Dama.

En todos los años que llevamos a su servicio nunca ha fallado un día de paga. La Dama jugaba lealmente en eso. Las tropas recibían su paga, fueran mercenarios o regulares. Sospecho que las distintas unidades podían tolerar unos poco retrasos. Es casi una tradición para los comandantes atornillar un poco a sus tropas ocasionalmente.

De todos modos, a la mayoría de nosotros no nos importaba demasiado el dinero. Tendíamos gustos baratos y limitados. Supongo que sin embargo las actitudes podían llegar a variar si tuviéramos que pasarnos sin él.

—Demasiados hombres en armas en demasiadas fronteras —meditó el Capitán—. Demasiada expansión demasiado rápida durante demasiado tiempo. El imperio no puede resistir la tensión. El esfuerzo en el Túmulo devora sus reservas. Y sigue haciéndolo. Si vence al Dominador, espera que cambien las cosas.

—Quizá cometimos un error, ¿eh?

—Quizá muchos. ¿De cuál estás hablando?

—De venir al norte, cruzando el Mar de las Tormentas.

—Sí. Lo he sabido desde hace años.

—¿Y?

—No podemos salirnos de ello. Todavía no. Algún día, quizá, cuando nuestras

órdenes nos lleven de vuelta a las Ciudades Joya, o a algún otro lugar donde podamos abandonar el imperio sin dejar de sentirnos en un país civilizado. —Casi había un anhelo sin fondo en su voz—. Cuanto más tiempo paso en el norte, menos deseo terminar mis días aquí, Matasanos. Pon eso en tus Anales.

Le había hecho hablar, algo realmente sorprendente. Me limité a gruñir, esperando que siguiera llenando el silencio. Lo hizo.

—Estamos corriendo con la oscuridad, Matasanos. Sé que en realidad eso no importa. Lógicamente. Somos la Compañía Negra. No somos buenos ni malos. Somos simplemente soldados que alquilan sus espadas. Pero estoy cansado de que nuestro trabajo revierta a fines retorcidos. Cuervo tuvo la idea correcta allá en Hechizo. Salió como quien le persigue el diablo.

Entonces surgió una noción que había estado en la parte de atrás de mi cabeza desde hacía años. Una que nunca había tomado en serio, sabiendo que era quijotesca.

—Eso no contribuye a nada, Capitán. También tenemos la opción de ir en el otro sentido.

—¿Eh? —Pareció regresar de cual fuera el lejano lugar que lo había arrastrado y me miró realmente—. No seas estúpido, Matasanos. Eso es un juego de tontos. La Dama aplasta a cualquiera que lo intente. —Clavó un tacón en el suelo—. Como si fuera un bicho.

—Sí. —*Era* una idea estúpida, a varios niveles, el menor de los cuales no era que no pudiéramos permitirnos el otro lado. No puedo imaginarnos en el papel de Rebeldes. La mayoría de los Rebeldes eran tipos idiotas, estúpidos o ambiciosos que esperaban dar un bocado a lo que tenía la Dama. Linda era la excepción más sobresaliente, y era más símbolo que sustancia, y en realidad un símbolo secreto.

—Ocho años desde que el cometa estuvo en el cielo —dijo el Capitán—. Conoces las leyendas. No caerá hasta que el Gran Cometa esté ahí arriba. ¿Quieres intentar sobrevivir veintinueve años huyendo de los Tomados? No, Matasanos. Aunque nuestros corazones estuvieran con la Rosa Blanca, no podríamos hacer esa elección. Es un suicidio. Salirse del imperio es la única forma.

—Ella irá tras nosotros.

—¿Por qué? ¿Por qué no debería sentirse satisfecha con lo que ha conseguido de nosotros estos diez años? No somos ninguna amenaza para ella.

Pero sí lo éramos. Una gran amenaza, aunque sólo fuera porque sabíamos de la existencia de la reencarnación de la Rosa Blanca. Y estaba seguro de que, una vez abandonáramos el imperio, o Silencioso o yo divulgaríamos ese secreto.

Por supuesto, la Dama no sabía lo que sabíamos nosotros.

—Esta charla es un ejercicio de futilidad —dijo el Capitán—. Será mejor que no sigamos hablando de ello.

—Como quieras. Dime qué estamos haciendo aquí.

—La Dama viene esta noche. Susurro dice que iniciaremos el asalto tan pronto como los auspicios sean los correctos.

Miré hacia el castillo negro.

—No —dijo—. No va a ser fácil. Puede que no sea posible, ni siquiera con la ayuda de la Dama.

—Si pregunta por mí, dile que he muerto. O algo —dije.

Eso ganó una sonrisa.

—Pero Matasanos, ella es tu...

—Cuervo —restallé—. Sé cosas sobre él que podrían hacer que nos mataron a todos. También las sabe Silencioso. Sácalo de Tejadura antes de que ella llegue aquí. Ninguno de los dos se atreve a enfrentarse al Ojo.

—Por eso yo tampoco. Porque sé que tú sabes algo. Vamos a tener que correr nuestros riesgos, Matasanos.

—Correcto. Así que no pongas ideas en su cabeza.

—Espero que ella te haya olvidado desde hace tiempo, Matasanos. Tan sólo eres otro soldado.

ENEBRO: LA TORMENTA

La Dama no me había olvidado. Ni siquiera un poco. Poco después de medianoche un hosco Elmo me despertó.

—Susurro está aquí. Te reclama, Matasanos.

—¿Eh? —No había hecho nada para suscitar su ira. No desde hacía semanas.

—Te quieren en Tejadura, Ella te quiere. Susurro está aquí para llevarte.

¿Han visto alguna vez a un hombre adulto sufrir un desvanecimiento? Yo no. Pero estuve cerca. También puede que estuviera cerca de sufrir un ataque al corazón. Mi presión sanguínea debió de subir hasta las nubes. Durante dos minutos me sentí presa del vértigo e incapaz de pensar. Mi corazón era una ametralladora. Mis entrañas se retorcían de miedo. Sabía que ella iba a arrastrarme a una sesión con el Ojo, que ve todos los secretos enterrados en la mente de un hombre. Y sin embargo no podía hacer nada por eludirla. Era demasiado tarde para echar a correr. Deseé haber abordado el barco a Pradoval con Prestamista.

Como un hombre encaminándose al cadalso, subí a la alfombra de Susurro, me instalé detrás de ella y me sumí en mis pensamientos mientras nos alzábamos y avanzábamos a través de la fría noche hacia Tejadura.

Mientras pasábamos por encima del Río Puerto, Susurro dijo:

—Debiste de causar una buena impresión ahí atrás hace tiempo, médico. Eres la primera persona por la que preguntó cuando llegó aquí.

Hallé la suficiente presencia de ánimo como para preguntar:

—¿Por qué?

—Sospecho que porque quiere que su historia sea registrada de nuevo. Como hizo durante la batalla en Hechizo.

Alcé la vista de mis manos, sorprendido. ¿Cómo podía haber sabido aquello? Siempre había imaginado a los Tomados y a la Dama como tremendamente incommunicativos entre ellos.

Lo que ella decía era cierto. Durante la batalla en Hechizo la Dama me había arrastrado con ella para que los acontecimientos de la jornada fueran registrados tal como habían ocurrido. Y no pidió ningún trato especial. De hecho, insistió en que yo escribiera las cosas tal como las veía. Apenas había el más débil aliento de una insinuación de que esperaba ser derribada en algún momento y de que, cuando eso ocurriera, esperaba ser maltratada por los historiadores. Deseaba que existiera al menos una crónica neutral. Yo no había pensado en aquello durante años. Era una de las anomalías más curiosas que había observado acerca de ella. No le importaba lo que la gente pensaba de ella, pero le asustaba el que las crónicas fueran bastardizadas para convenir a los fines de alguien distinto.

De aquello brotó la más minúscula chispa de esperanza. Quizá *deseara* realmente

mantener un registro. Quizá yo *podiera* salirme de aquello. Si podía mantenerme lo bastante flexible como para evitar el Ojo.

El Capitán se reunió con nosotros cuando nos posamos en la muralla norte de Tejadura. Una ojeada a las alfombras allí me dijo que todos los Tomados estaban a mano. Incluso Jornada, que había esperado que permaneciera en el Túmulo. Pero Jornada tenía una deuda que saldar. Pluma había sido su esposa.

Una segunda mirada me dijo que el Capitán estaba silenciosamente lleno de disculpas acerca de mi situación, que había cosas que deseaba decir pero que no se atrevía. Le dediqué un breve encogimiento de hombros, esperé que pudiéramos hablar un momento más tarde. No pudimos. Susurro me condujo directamente desde la muralla a presencia de la Dama.

No había cambiado ni un ápice desde que la había visto por última vez. El resto de nosotros habíamos envejecido terriblemente, pero ella permanecía con sus eternos veinte años, radiantemente espléndida con su sorprendente pelo negro y sus ojos en los que un hombre podía hundirse y morir. Era, como siempre, un punto focal de fascinación de tal magnitud que no podía ser descrito físicamente. Una descripción detallada sería inútil de todos modos, puesto que lo que veía no era la auténtica Dama. La Dama que tenía ese aspecto no había existido desde hacía cuatro siglos, si había existido alguna vez.

Se levantó y acudió a saludarme, con una mano extendida. No pude apartar los ojos de ella. Me recompensó con la ligeramente burlona sonrisa que tan bien recordaba, como si compartiéramos un secreto. Toqué ligeramente su mano, y me sorprendió hallarla cálida. Lejos de ella, cuando se hubo desvanecido de mi mente excepto como un distante objeto de temor, como un terremoto, sólo pude pensar en ella como algo frío, muerto y mortal. Más parecida a un zombi letal que a una persona viva que respirara y que incluso fuera posiblemente vulnerable.

Sonrió una segunda vez y me invitó a tomar asiento. Lo hice, sintiéndome grotescamente fuera de lugar en medio de una compañía que incluía a todos menos uno de los grandes males del mundo. Y el Dominador estaba allí en espíritu, arrojando su fría sombra.

Yo no estaba allí para contribuir, eso resultaba obvio. El Capitán y el Teniente hablaron por la Compañía. El Duque y el Custodio Hargadón estaban allí también, pero contribuyeron poco más que yo. Los Tomados llevaron la conversación, interrogando al Capitán y al Teniente. Sólo en una ocasión se dirigieron a mí, y fue el Capitán, que preguntó acerca de mis capacidades de tratar a los heridos en la lucha.

Por lo que pude ver la reunión tenía un solo punto. El asalto estaba previsto para el amanecer del día siguiente al próximo. Continuaría hasta que el castillo negro fuera destruido o perdiéramos nuestra capacidad de atacar.

—El lugar es un agujero en el fondo de la nave del imperio —dijo la Dama—. Tiene que ser taponado o todos nos ahogaremos. —No suscitó protestas del Duque o de Hargadón, que lamentaban ambos el haber solicitado ayuda. El Duque se sentía

ahora impotente dentro de su propio dominio, y Hargadón no se sentía mucho mejor. El Custodio sospechaba que sería retirado completamente de circulación una vez terminara la amenaza del castillo. Pocos de la Compañía y ninguno de los Tomados se habían tomado la molestia de ocultar su desdén hacia la extraña religión de Enebro. Tras haber pasado mucho tiempo entre la gente, yo podía decir que ésta se la tomaba tan en serio únicamente como los Inquisidores, los Custodios y unos pocos fanáticos insistían en considerarla.

Sin embargo, esperaba que la Dama se lo tomara con lentitud si tenía intención de hacer cambios. Con tanta lentitud que la Compañía pudiera encaminarse hacia otra parte antes de que ella empezara. Te inmiscuyes con la religión de la gente y te inmiscuyes con fuego. Incluso la de la gente a quien no le importa demasiado. La religión es algo que se martillea pronto en la vida y nunca desaparece por completo. Y tiene poderes que van más allá de todo lo racional.

* * *

La mañana después del día siguiente. Guerra total. Un esfuerzo absoluto de erradicar el castillo negro. Todos los recursos de la Dama, los Tomados, la Compañía y Enebro serían dedicados a este fin, durante tanto tiempo como fuera necesario.

La mañana después del día siguiente. Pero eso no funcionaba así. Nadie le había dicho al Dominador que se suponía que debía esperar.

Lanzó el primer golpe seis horas antes del momento previsto, cuando la mayoría de la tropa y todos los trabajadores civiles estaban durmiendo. Mientras el único Tomado que patrullaba era Jornada, que era el menor de los secuaces de la Dama.

Empezó cuando una de esas cosas como vejigas saltó por encima de la muralla y llenó el hueco que quedaba en la rampa del Teniente. Al menos un centenar de criaturas salieron en tromba del castillo y lo cruzaron.

Jornada estaba alerta. Había captado algo extraño en el castillo y esperaba problemas. Descendió rápidamente y bañó a los atacantes con el polvo que fundía.

¡Bam! ¡Bam–bam–bam! El castillo lo golpeó de la forma en que lo había hecho a su esposa. Hizo fintas en el aire, eludiendo lo peor, pero no pudo evitar el borde de cada restallido, y cayó humeante, su alfombra destruida.

El golpeteo me despertó. Despertó a todo el campamento, porque empezó al mismo tiempo que las alarmas y las ahogó por completo.

Salí a la carga del hospital, vi las criaturas del castillo hormiguar descendiendo la rampa del Teniente. Jornada no había detenido más que a un puñado. Estaban envueltas en aquel resplandor protector con el que Un Ojo se había encontrado una vez antes. Se dispersaron, corriendo por entre una tormenta de proyectiles de los hombres que montaban guardia. Cayeron unas pocas más, pero no muchas. Empezaron a extinguir luces, supongo que porque sus ojos estaban más adaptados a la oscuridad que los nuestros.

Los hombres corrían por todos lados, arrastrando sus ropas mientras se dirigían hacia el enemigo o se alejaban de él. Los trabajadores se habían dejado llevar por el pánico y dificultaban en gran manera la respuesta de la Compañía. Muchos fueron muertos por nuestros hombres, irritados de encontrarlos en su camino.

El Teniente cargó a través del caos aullando órdenes. Primero hizo que sus baterías de armas pesadas fueran preparadas y apuntadas hacia los escalones. Envió mensajeros a todas partes, ordenó que cada balista, catapulta, mandrón y trebuchet se situaran en posición para poder disparar contra la rampa. Aquello me desconcertó sólo hasta que la primera criatura del castillo se encaminó de vuelta a casa con un cuerpo bajo cada brazo. Una tormenta de proyectiles la golpeó, desgarró los cuerpos en pedazos, la redujo a pulpa y casi la enterró. El Teniente hizo que los trebuchets lanzaran barriles de aceite que se estrellaron contra los escalones y prendieron cuando fueron arrojadas tras ellos bolas de fuego. Mantuvo el aceite y el fuego volando por el aire. Las criaturas del castillo no podrían atravesar las llamas.

Muy bien por mis ideas de que el Teniente estaba malgastando el tiempo construyendo máquinas inútiles.

El hombre conocía su trabajo. Era bueno. Su preparación y su rápida respuesta fueron más valiosas que cualquier otra cosa hecha por la Dama o los Tomados aquella noche. Mantuvo la línea en los momentos críticos.

Empezó una loca batalla en el momento en que las criaturas se dieron cuenta de que tenían cortado su regreso. Atacaron salvajemente, intentando alcanzar las máquinas. El Teniente hizo seña a sus suboficiales y trajo el grueso de toda su mano de obra disponible. Tenía que hacerlo. Aquellas criaturas eran más que un oponente para cualesquiera dos soldados, y se beneficiaban además de la protección del resplandor.

Aquí, allá, un valiente ciudadano de Enebro agarró un arma caída y saltó a la refriega. La mayoría pagaron el precio definitivo, pero su sacrificio ayudó a mantener al enemigo lejos de las máquinas.

Era evidente para todo el mundo que si las criaturas escapaban con dichos cuerpos nuestra causa estaba perdida. Pronto nos enfrentaríamos cara a cara con su amo en persona.

Las parejas de bolas empezaron a llegar sobre nuestras cabezas desde Tejadura, salpicando la noche con un terrible color. Luego los Tomados se dejaron caer en medio de la noche, y el Renco y Susurro depositaron cada uno un huevo que desencadenó un fuego que se alimentaba de la materia misma del castillo. El Renco eludió varios ataques del castillo, picó hacia un lado y otro, trajo su alfombra al suelo cerca de mi hospital, que ya estaba lleno de pacientes. Yo había tenido que retirarme allí para hacer el trabajo por el que me pagaban. Mantuve los faldones de la tienda que miraban colina arriba abiertos para poder ver.

El Renco abandonó su corcel aéreo, avanzó colina arriba con una larga espada negra que brillaba malignamente a la luz de la ardiente fortaleza. Irradiaba un

resplandor no muy distinto del que protegía a las criaturas del castillo. Éste, sin embargo, era mucho más poderoso que el de ellas, como quedó demostrado cuando se lanzó al ataque contra ellas. Sus armas no pudieron alcanzarle. Se abrió camino saizando a través de ellas como si fueran pura manteca.

Las criaturas, por aquel entonces, habían masacrado al menos a quinientos hombres. La mayoría eran trabajadores, pero la Compañía también había sufrido un buen vapuleo. Y ese vapuleo siguió un tiempo después de que el Renco hiciera dar un giro al sentido de la marea, porque sólo podía ocuparse de las criaturas una a una. Nuestra gente se esforzó en mantener al enemigo contenido hasta que el Renco pudiera llegar a él.

Respondieron intentando abrumar al Renco, cosa que consiguieron con cierto éxito, lanzándose quince o veinte de las criaturas sobre él y manteniéndolo clavado por puro peso corporal. El Teniente desvió temporalmente el fuego de las máquinas, golpeó aquella acumulación hasta que consiguió romperla, y el Renco pudo ponerse de nuevo en pie.

Fracasado aquel plan, una bandada de criaturas se agruparon e intentaron abrir brecha por el oeste. No sé si planeaban escapar o tenían intención de dar la vuelta y golpear por detrás. La docena que lo consiguieron se encontraron con Susurro y una densa caída del polvo fundidor. El polvo mató a media docena de trabajadores por cada criatura del castillo, pero detuvo la carga. Sólo cinco criaturas sobrevivieron.

Esas cinco se encontraron inmediatamente con el portal de otro lugar que expedía el helado aliento del infinito. Todas perecieron.

Mientras tanto, Susurro estaba luchando por ganar altitud. Un tamborileo de bangs la persiguió cielo arriba. Era mejor voladora que Jornada, pero aún así no pudo evitar ser alcanzada. Tuvo que descender posándose finalmente más allá de la fortaleza.

Dentro del propio castillo las criaturas usaban sus látigos de nueve colas, extinguiendo los fuegos iniciados por Susurro y el Renco. La estructura había empezado a adquirir un aspecto patético, tanta de su sustancia se había visto consumida ya. La oscura y terrible gracia de las semanas anteriores había desaparecido. Ahora era una gran masa informe oscura y vítrea, y parecía imposible que ninguna criatura pudiera sobrevivir dentro de ella, pero lo hacían, y proseguían la lucha. Un puñado salió a la rampa e hizo algo que arrancó negros bocados de la conflagración del Teniente. Todas las criaturas en la ladera corrieron de vuelta a casa, sin que ninguna olvidara cargar al menos con un cadáver.

La puerta de hielo se abrió de nuevo, y su aliento cayó sobre los escalones. Los fuegos murieron al instante. Una veintena de criaturas murieron también, reducidas a polvo por los proyectiles del Teniente.

Las cosas en el interior adquirieron un cariz que yo había anticipado con temor desde que había visto estrellarse a Pluma. Dirigieron su retumbante conjuro hacia la ladera.

Si no era la cosa que nos había perseguido al Teniente, a Elmo, a Un Ojo y a mí aquel mismo día, era un primo cercano. No hubo muchos destellos ni humo cuando la usaron sobre la ladera, pero aparecieron enormes agujeros, a menudo con sangrante pulpa aplastada en su fondo.

Todo aquello ocurrió tan rápidamente, tan dramáticamente, que nadie tuvo realmente tiempo de pensar. No dudo de que incluso la Compañía hubiera echado a correr si los acontecimientos se hubieran prolongado lo suficiente como para permitir pensar. Tal como fueron las cosas, en medio de su confusión, los hombres sólo tuvieron oportunidad de representar los papeles para los que se habían estado preparando desde que llegaron a Enebro. Mantuvieron su terreno y, demasiado a menudo, murieron.

El Renco se lanzó por la ladera como un pollo enloquecido, cacareando y persiguiendo a las criaturas que no habían muerto en los escalones. Había una veintena de éstas, la mayoría rodeadas por soldados furiosos. Algunas de las criaturas fueron muertas por su propio bando, porque aquellos nudos formaban unos blancos tentadores para el conjuro retumbante.

Grupos de criaturas aparecieron en las almenas, reuniendo dispositivos parecidos al que les habíamos visto intentar usar antes. Esta vez no había ningún Tomado encima para dejarse caer y crear el infierno entre ellos.

No hasta que el loco Jornada apareció corriendo más allá del hospital, con aspecto cruelmente vapuleado, y robó la alfombra del Renco.

Siempre había creído que un Tomado no podía usar el vehículo de otro. Al parecer no era así, porque Jornada hizo elevarse la cosa y se lanzó de nuevo sobre el castillo, dejando caer polvo y otro huevo de fuego. El castillo lo derribó de nuevo, y pese al tumulto oí al Renco aullar y maldecirle por ello.

¿Han visto alguna vez a un niño trazar una línea recta? Ninguna es demasiado recta. Algo tan tembloroso como la mano de un niño trazó una línea incierta desde Tejadura hasta el castillo negro. Colgó contra la noche como una improbable cuerda de tender la ropa, oscilante, de color indeterminado, iridiscente. Su punta provocó chispas en el material como obsidiana, como el choque del pedernal y el acero amplificado diez mil veces, generando un resplandor actínico demasiado intenso para mirarlo directamente. Toda la ladera se vio bañada por una loca luz azulada.

Dejé a un lado mis instrumentos y salí para observar mejor, porque en lo más profundo de mis entrañas sabía que la Dama anclaba el otro extremo de aquel garabato, tras haber entrado en las listas por primera vez. Ella era la grande, la más poderosa, y si el castillo podía llegar a ser reducido, suyo era el poder que lo conseguiría.

El Teniente debía de estar distraído. Por unos pocos segundos sus fuegos disminuyeron. Media docena de criaturas del castillo subieron los escalones, arrastrando dos y tres cadáveres cada una. Un grupo de sus compatriotas salió para enfrentarse al Renco, que se había lanzado acaloradamente en su persecución. Supuse

que habrían conseguido entrar unos doce cuerpos. Puede que algunos todavía no hubieran perdido por completo la chispa de la vida.

Volaron fragmentos de la masa del castillo allá donde la línea de la Dama lo tocó, cada uno llameando con una luz brillante. Pequeñas grietas carmesíes aparecieron contra el negro y se abrieron lentamente. Las criaturas que reunían los dispositivos se retiraron, fueron reemplazadas por otras que intentaron disminuir los efectos del ataque de la Dama. No tuvieron suerte. Varias fueron derribadas por proyectiles de las baterías del Teniente.

El Renco alcanzó la cabecera de la escalera y se detuvo recortado contra el resplandor de una sección del castillo aún en llamas, con la espada alzada muy en alto. Un gorgojo gigante, si me perdonan la contradicción. Es una cosa pequeña, pero se irguió enorme en aquel momento. Aulló:

—¡Seguidme! —y cargó rampa abajo.

Para mi eterna sorpresa, los hombres le siguieron. Cientos de hombres. Vi a Elmo y a los restos de su compañía rugir, lanzarse y desaparecer. Incluso docenas de osados ciudadanos decidieron tomar parte.

Parte de la historia de Chozo de Castañas se había divulgado recientemente, sin nombres ni nada parecido, pero con un fuerte énfasis en toda la riqueza que él y Cuervo habían reunido. Evidentemente, la historia había sido plantada para este momento, cuando podía ser necesaria una gran cantidad de efectivos para dominar el castillo. En los minutos siguientes la llamada de la riqueza condujo a más de un hombre del Coturno a subir aquellos escalones.

Abajo en el otro lado del castillo Susurro alcanzó el campamento de Un Ojo. Un Ojo y sus hombres, por supuesto, estaban preparados, pero todavía no habían tomado parte en nada. Su operación minera se había visto interrumpida una vez resultó seguro que no había forma de rodear o romper la sustancia del castillo.

Susurro trajo consigo uno de aquellos huevos de fuego, lo plantó contra la obsidiana dejada al descubierto por la mina de Un Ojo. Se apartó y dejó que royera el bajo vientre de la fortaleza.

Eso, supe más tarde, había formado parte del plan durante algún tiempo. Había efectuado algunos vacilantes vuelos para llevar su tullida alfombra cerca de Un Ojo para poder llevarlo a cabo.

Viendo a los hombres penetrar en el castillo, viendo las murallas abandonadas y rotas por la Dama, viendo los fuegos arder sin ser controlados, decidí que la batalla era nuestra y todo había terminado excepto el llanto. Volví al hospital y reanudé el cortar y el coser, limitándome a sacudir la cabeza ante los hombres para los que no había nada que hacer. Deseé que Un Ojo no estuviera al otro lado del risco. Siempre había sido mi principal ayudante, y lo echaba en falta. Aunque no podía quejarme de la habilidad de Bolsillos, no tiene el talento de Un Ojo. A menudo había un hombre más allá de mi ayuda que hubiera podido ser salvado con un poco de magia.

Un aullar y un ulular me dijeron que Jornada estaba de vuelta, de regreso de su

último aterrizaje forzoso y lanzándose una vez más contra sus enemigos. Y no lejos después de él avanzaron los elementos de la Compañía que habían permanecido estacionados en el Coturno. El Teniente acudió al encuentro de Arrope y le impidió lanzarse contra la rampa. En vez de ello, ocupó el perímetro y empezó a rodear aquellos trabajadores que pudo hallar lo suficientemente cerca de la acción. Empezó a poner de nuevo las cosas en su sitio.

El arma ¡bam! había seguido golpeando durante todo el tiempo. Ahora empezó a vacilar. El Teniente maldijo con voz fuerte el hecho de que no hubiera alfombras para arrojar huevos de fuego.

Había una. La de la Dama. Y yo estaba seguro de que ella conocía la situación. Pero no abandonaba su cuerda de luz iridiscente. Debía de pensar que era más importante.

Allá abajo en la mina el fuego roía el fondo de la fortaleza. Lentamente se iba expandiendo un orificio. Un Ojo dice que hay muy poco calor asociado con esas llamas. En el momento en que Susurro lo consideró oportuno, condujo a sus fuerzas al interior de la fortaleza.

Un Ojo dice que había considerado realmente ir también, pero que tuvo una mala sensación al respecto. Contempló a la multitud penetrar a la carga, trabajadores incluidos, luego se dirigió a nuestro lado. Se me unió en el hospital y me puso al corriente mientras trabajaba.

Momentos después de su llegada la parte trasera del castillo se colapso. La tierra retumbó. Un largo rugir rodó hacia abajo a lo largo de los trescientos metros de la ladera trasera. Muy espectacular, pero de muy poco efecto. Las criaturas del castillo ni siquiera se mostraron molestas por ello.

Partes de la muralla delantera se estaban derrumbando también, rotas por el incesante ataque de la Dama.

Seguían llegando miembros de la Compañía, acompañados por asustadas formaciones de los hombres del Duque e incluso algunos Custodios ataviados como soldados. El Teniente los incluyó en sus líneas. No permitió a nadie entrar en el castillo.

Extrañas luces y fuegos, aullidos y ruidos de todas clases, y terribles, terribles olores brotaban de aquel lugar. No sé lo que ocurría ahí dentro. Quizá nunca llegue a saberlo. Estoy seguro de que casi nadie volvió de ahí.

Se inició un extraño, profundo, casi inaudible gemir. Me hizo estremecer antes de que lo captara de forma consciente. Ascendió de tono con extrema deliberación, mucho más rápidamente de volumen. Pronto estremeció todo el risco. Procedía de todas partes a la vez. Al cabo de un tiempo pareció adquirir significado, como un habla increíblemente lenta. Pude detectar un ritmo, como palabras tensadas a lo largo de minutos.

Un pensamiento. Un único pensamiento. El Dominador. Estaba llegando.

Por un instante creí poder interpretar las palabras. «Ardath, zorra». Pero se

alejaron, expulsadas por el miedo.

Goblin apareció en el hospital, nos miró, pareció aliviado al descubrir a Un Ojo allí. No dijo nada, y yo no tuve ninguna oportunidad de preguntarle qué había estado haciendo recientemente. Regresó a la noche, despidiéndose con un gesto de la mano.

Silencioso apareció unos pocos minutos más tarde, con aspecto lúgubre. Silencioso, mi socio en nuestros conocimientos culpables, al que no había visto desde hacía más de un año, al que había echado en falta durante mi visita a Tejadura. Parecía más alto, más delgado y más pálido que nunca. Asintió con la cabeza, empezó a hablar rápidamente en el habla de los sordos.

—Hay un barco en el muelle que ondea una bandera roja. Ve ahí inmediatamente.

—¿Qué?

—Ve al barco con la bandera roja inmediatamente. Párate tan sólo para informar a los demás de la vieja Compañía. Son órdenes del Capitán. No deben ser desobedecidas.

—Un Ojo...

—Lo he captado, Matasanos —dijo—. ¿Qué demonios es esto, Silencioso?

Silencioso siguió con sus signos.

—Habrá problemas con los Tomados. Este barco partirá hacia Pradoval, donde será preciso atar los cabos sueltos. Aquellos que saben demasiado deben desaparecer. Ven. Reuniremos a los viejos hermanos y partiremos.

No había muchos viejos hermanos por los alrededores. Un Ojo y yo nos apresuramos a advertir a todos los que pudimos encontrar, y en quince minutos una pequeña multitud nos encaminábamos hacia el puente del Río Puerto, tan desconcertados los unos como los otros. Yo no dejaba de mirar atrás. Elmo estaba dentro del castillo. Elmo, que era mi mejor amigo. Elmo, que podía ser tomado por los Tomados...

LA HUIDA

Noventa y seis hombres se presentaron a bordo según lo ordenado. Una docena eran hombres a los que no había sido dirigida la orden, pero que no podían ser echados. Faltaban un centenar de hermanos de los viejos días, antes de que cruzáramos el Mar de las Tormentas. Algunos habían muerto en las laderas. Algunos estaban dentro del castillo. Algunos no habíamos conseguido localizarlos. Pero ninguno de los que faltaban eran hombres que tuvieran algún conocimiento peligroso, excepto Elmo y el Capitán.

Yo estaba allí. Silencioso, Un Ojo y Goblin estaban allí. El Teniente estaba allí, más desconcertado que nadie. Arrope, Otto, Lamprea... La lista seguía y seguía. Todos estaban allí.

Pero Elmo no estaba, y el viejo no estaba, y hubo una amenaza de motín cuando Silencioso pasó la voz de partir sin ellos.

—Órdenes —fue todo lo que dijo, y eso en el lenguaje de dedos que muchos de los hombres no podían seguir, aunque lo habíamos estado usando desde hacía años. Era un legado que Linda había dejado a la Compañía, un modo de comunicación útil en una persecución o en el campo de batalla.

En el momento en que el barco emprendió su andadura, Silencioso extrajo una carta sellada marcada con el signo del Capitán. Silencioso reunió a todos los oficiales en la cabina del contramaestre. Me dio instrucciones de leer la carta en voz alta.

—Tenías razón respecto a los Tomados, Matasanos —leí—. Sospechan, y tienen intención de actuar contra la Compañía. He hecho todo lo posible por eludirles alquilando un barco para que se lleve a mis hermanos más en peligro a un lugar seguro. No podré unirme a vosotros, puesto que mi ausencia alertaría a los Tomados. No perdáis el tiempo. No espero durar mucho una vez descubran vuestra deserción. Como tú y Goblin podéis atestiguar, ningún hombre se oculta del Ojo de la Dama.

»No sé si esa huida significará alguna esperanza. Os perseguirán, porque conseguirán arrancarme cosas a menos que mis pies sean muy rápidos. Sé lo suficiente como para mantenerlos tras mis huellas...

El Teniente interrumpió:

—¿Qué demonios está ocurriendo? —Sabía que había secretos que compartíamos algunos de nosotros y de los cuales él no participaba—. Diría que hemos ido más allá de jugar a nuestros juegos y ocultarnos cosas los unos de los otros.

Miré a Silencioso, dije:

—Creo que deberíamos decírselo a todos, aunque sólo sea para que haya una posibilidad de que el conocimiento no muera con nosotros.

Silencioso asintió.

—Teniente. Linda es la Rosa Blanca.

—¿Qué? Pero...

—Sí. Silencioso y yo lo hemos sabido desde la batalla en Hechizo. Cuervo fue el primero que se dio cuenta de ello. Por eso desertó. Deseaba llevarla tan lejos de la Dama como fuera posible. Ya sabes lo mucho que la quería. Creo que algunos más lo sospecharon también.

El anuncio no causó una gran conmoción. Sólo el Teniente se mostró sorprendido. Los otros lo habían sospechado.

La carta del Capitán no tenía mucho más que decir. Despedidas. Una sugerencia de que eligiéramos al Teniente para reemplazarlo. Y al final, una nota privada para mí.

—Parece que las circunstancias han dictado un cambio hacia la opción que mencionaste, Matasanos. A menos que podáis superar a los Tomados en vuestro camino al sur. —Pude oír la sardónica risita que acompañó el comentario.

Un Ojo quería saber lo que había sido del cofre del tesoro de la Compañía. Muy, muy atrás en nuestro servicio a la Dama reunimos una fortuna en monedas y gemas. Había viajado con nosotros a lo largo de los años, a través de buenos y malos tiempos..., nuestro secreto seguro definitivo contra el mañana.

Silencioso nos dijo que estaba ahí arriba en Tejadura con el viejo. No había habido ninguna posibilidad de sacarlo.

Un Ojo se derrumbó y se echó a llorar. Aquel cofre significaba más para él que todas las vicisitudes pasadas, presentes o prometidas.

Goblin cayó sobre él. Volaron chispas. El Teniente estaba a punto de echar una mano cuando alguien se asomó por la puerta.

—Será mejor que subáis y veáis esto, chicos. —Había desaparecido antes de que pudiéramos descubrir a qué se refería.

Nos apresuramos hacia la cubierta principal.

El barco estaba a unas buenas dos millas del Puerto, arrastrado por la corriente y la marea. Pero el resplandor del castillo negro nos iluminaba tanto a nosotros como a Enebro con la claridad de un día nuboso.

El castillo formaba la base de una fuente de fuego que se alzaba kilómetros en el cielo. Una enorme figura se retorció en las llamas. Sus labios se movían. Largas y lentas palabras resonaron en el puerto.

—Ardath. Zorra.

Yo había tenido razón.

La mano de la figura se alzó lenta, perezosamente, apuntó hacia Tejadura.

—Consiguieron meter suficientes cuerpos —chilló Goblin—. ¡El viejo bastardo está volviendo!

Los hombres miraban alucinados. Yo también, capaz tan sólo de pensar que habíamos tenido la suerte de escapar a tiempo. En aquel momento no sentía nada por los hombres que habíamos dejado atrás. Sólo podía pensar en mí mismo.

—Ahí —dijo alguien en voz muy baja—. Oh, mirad ahí.

Una bola de luz se formó en la muralla de Tejadura. Se hinchó rápidamente, arrojando muchos colores. Era espléndida, como una gigantesca luna de cristal coloreado girando lentamente. Al menos tenía doscientos metros de diámetro cuando se separó de Tejadura y derivó hacia el castillo negro. La figura de allí tendió la mano hacia el globo, fue incapaz de agarrarlo.

Reí quedamente.

—¿Qué es tan malditamente divertido? —preguntó el Teniente.

—Sólo pensar en lo que debe de sentir la gente de Enebro, mirando todo eso. Nunca habían visto hechicería antes.

La bola de cristal coloreado siguió rodando y rodando. Por un momento presentó un lado que yo no había observado antes. Un lado que era un rostro. El rostro de la Dama. Esos grandes ojos vidriados me miraron directamente, dolieron. Sin pensar, dije:

—No te traicioné. Tú me traicionaste a mí.

Juro por los dioses que hubo alguna forma de comunicación. Algo en los ojos dijo que *ella* había oído, y que le dolía la acusación. Luego el rostro siguió girando, y no lo vi de nuevo.

El globo derivó al interior de la fuente de fuego. Desapareció allí. Creí oír la larga y lenta voz decir:

—Te tengo, Ardath.

—Ahí. Mirad ahí —dijo el mismo hombre de antes, y nos volvimos hacia Tejadura. Y sobre la muralla donde la Dama había empezado a avanzar hacia su esposo había otra luz. Por un momento no pude discernir lo que estaba ocurriendo. Avanzó en nuestra dirección, vacilante, alzándose, cayendo.

—Es la alfombra de la Dama —dijo Silencioso por signos—. La he visto antes.

—Pero ¿quién...? —No quedaba nadie que pudiera hacer volar una. Los Tomados estaban todos sobre el castillo negro.

La cosa empezó a moverse más aprisa, convirtiendo sus ascensos y descensos en un incremento de su velocidad. Vino hacia nosotros, cada vez más aprisa, descendiendo más y más.

—Alguien que no sabe lo que está haciendo —opinó Un Ojo—. Alguien que va a matarse si...

Vino directamente hacia nosotros, ahora a no más de quince metros por encima del agua. El barco había iniciado el gran viraje que le haría rodear el último promontorio rocoso y enfilar hacia mar abierto. Dije:

—Quizá ha sido enviada para que nos golpee. Como un proyectil. Para impedir que huyamos.

—No —dijo Un Ojo—. Las alfombras son demasiado preciosas. Demasiado difíciles de crear y mantener. Y la de la Dama es la única que queda. Destruyela, y entonces incluso ella tendrá que volver andando a casa.

La alfombra estaba a menos de diez metros del agua, creciendo rápidamente de

tamaño, enviando por delante un audible murmullo. Debía de viajar a doscientos cincuenta kilómetros por hora.

Y entonces estuvo sobre nosotros, rasgando el velamen, rozando un mástil, girando con el impacto y alejándose casi un kilómetro. Brotó una ristra de chispas. La alfombra se deslizó como una piedra plana, golpeó de nuevo, rebotó de nuevo, y se estrelló contra la cara de un risco. Las energías de hechicería que gobernaban la alfombra degeneraron a un destello violeta.

Y ningún miembro de la Compañía pronunció ni una sola palabra. Porque cuando la alfombra había atravesado el velamen, habíamos tenido un atisbo del rostro de su ocupante.

El Capitán.

¿Quién sabe lo que estaba haciendo? ¿Intentando unirse a nosotros? Probablemente. Sospecho que fue a la muralla con la intención de inutilizar la alfombra para que no pudiera ser usada en nuestra persecución. Quizá planeaba arrojarlo él luego desde la muralla, para evitar ser interrogado más tarde. Y quizás había visto la alfombra en acción las suficientes veces como para sentirse tentado por la idea de usarla.

No importaba. Había tenido éxito. La alfombra no sería usada para perseguirnos. Él no se vería expuesto al Ojo.

Pero había fracasado en su meta personal. Había muerto en el norte.

Su vuelo y su muerte nos distrajeron mientras el barco seguía el canal hasta que tanto Enebro como el risco norte se hundieron tras el promontorio rocoso. El fuego sobre el castillo negro continuaba, y sus terribles llamas extinguían las estrellas, pero iba reduciéndose lentamente. La proximidad del amanecer disminuía su brillo. Y cuando un gran chillido rodó por encima del mundo, anunciando la derrota de alguien, fuimos incapaces de determinar quién había vencido.

Para nosotros la respuesta no importaba. Seríamos perseguidos tanto por la Dama como por su durante largo tiempo enterrado esposo.

Alcanzamos mar abierto y giramos al sur, con los marinos aún maldiciendo mientras reemplazaban las cuerdas rotas por el paso del Capitán. Los de la Compañía permanecimos muy silenciosos, dispersos por cubierta, a solas con nuestros pensamientos. Y sólo entonces empecé a preocuparme por los camaradas que habíamos dejado atrás.

A los dos días de navegación celebramos un largo servicio. Lloramos a todos los que habíamos dejado atrás, pero especialmente al Capitán. Cada superviviente se tomó un momento para elogiarle. Había sido el cabeza de familia, el patriarca, el padre de todos nosotros.

PRADOVAL: SIGUIENDO EL RASTRO

Buen tiempo y excelentes vientos nos llevaron a Pradoval en un tiempo récord. El capitán del barco se sintió complacido. Había sido bien pagado por anticipado por su trabajo, pero estaba ansioso por lanzar un manifiesto sobre nuestro mal temperamento. No habíamos sido los mejores pasajeros precisamente. A Un Ojo le aterraba el mar, era una gran víctima del mareo, e insistía en que todo el mundo estuviera tan aterrado y mareado como él. Él y Goblin no dejaron de pincharse el uno al otro, aunque el Teniente amenazó con arrojarlos a los dos a los tiburones. El Teniente estaba de un humor tan terrible que lo tomaron medio en serio.

De acuerdo con los deseos del Capitán, elegimos al Teniente como nuestro comandante, y Arrope se convirtió en su segundo. Ese puesto hubiera debido recaer en Elmo... No llamamos al Teniente Capitán. Parecía estúpido con nuestras fuerzas tan disminuidas. No quedábamos los suficientes ni siquiera para organizar una buena pandilla callejera.

La última de las Compañías Libres de Khatovar. Cuatro siglos de hermandad y tradición reducidos a esto. Una pandilla en plena huida. No tenía sentido. No parecía correcto. Las grandes gestas de nuestra pasada hermandad merecían lo mejor de sus sucesores.

El cofre del tesoro se había perdido, pero los Anales habían conseguido de algún modo hallar su camino a bordo. Suponía que Silencioso los había traído. Para él eran casi tan importantes como para mí. La noche antes de que entráramos en el puerto de Pradoval, leí a la tropa unos párrafos del Libro de Woeg, que hizo la crónica de la Compañía después de su derrota y casi destrucción en la lucha a lo largo del Horno, en Norsele. Sólo ciento cuatro hombres sobrevivieron aquella vez, y la Compañía había tenido que retirarse.

No estaban preparados para ello. El dolor estaba demasiado fresco. Lo dejé correr a media lectura.

Fresco. Pradoval era refrescante. Una auténtica ciudad, no un témpano incoloro como Enebro. Abandonamos el barco con poco más que nuestros brazos y la escasa riqueza que teníamos en Enebro. La gente nos miraba temerosa, y había también algo de ansiedad por nuestra parte, porque no éramos lo bastante fuertes como para presentar batalla si el Príncipe local ponía objeciones a nuestra presencia. Los tres hechiceros eran nuestro mayor activo. El Teniente y Arrope tenían esperanzas de usarlos para conseguir algo que nos proporcionara lo necesario para seguir adelante, abordar otro barco con mayores esperanzas de regresar a tierras que conocíamos en la orilla sur del Mar de las Tormentas. Hacer eso, sin embargo, significaba al menos un viaje parcial por tierra firme atravesando territorios pertenecientes a la Dama. Pensé que sería prudente descender un poco más por la costa, confundir nuestro rastro, y

contactar con alguien ahí fuera, al menos hasta que los ejércitos de la Dama se retiraran. Como harían algún día.

La Dama. No dejaba de pensar en ella. Era muy probable que ahora sus ejércitos rindieran obediencia al Dominador.

Localizamos a Prestamista y a Pivote a las pocas horas de llegar a la orilla. Prestamista había llegado tan sólo dos días antes que nosotros, tras enfrentarse a mares y vientos desfavorables durante su viaje. El teniente se enfrentó inmediatamente a Pivote.

—¿Dónde demonios habéis estado, muchacho? —Era seguro que Pivote había convertido su misión en unas vacaciones. Era de ese tipo—. Se suponía que debíais regresar cuando...

—No pudimos, señor. Fuimos testigos de un caso de asesinato. No podemos abandonar la ciudad hasta después del juicio.

—¿Un caso de asesinato?

—Exacto. La muerte de Cuervo. Presta dice que usted ya sabe a que me refiero. Bueno, arreglamos las cosas de modo que ese tipo Cabestro cargara con las consecuencias. Sólo que tenemos que seguir aquí hasta que lo cuelguen.

—¿Dónde está? —pregunté.

—En la cárcel.

El Teniente barbotó y escupió y maldijo mientras los transeúntes miraban nerviosamente a los tipos duros que abusaban los unos de los otros en una variedad de misteriosas lenguas.

Sugerí:

—Deberíamos salir de la calle. Mantenernos a un nivel discreto. Ya tenemos bastantes problemas sin atraer la atención. Teniente, si no te importa, me gustaría charlar con Pivote. Quizás esos otros tipos puedan mostrarte lugares donde escondernos. Pivo, ven conmigo. Vosotros también. —Señalé a Silencioso, Goblin y Un Ojo.

—¿Adónde vamos? —preguntó Pivote.

—Elige tú el sitio. A alguna parte donde podamos hablar. Seriamente.

—Correcto. —Abrió camino, a paso vivo, deseando poner distancia entre él y el Teniente—. ¿Es realmente cierto? ¿Lo que ha ocurrido ahí arriba? ¿La muerte del Capitán y todo lo demás?

—Demasiado malditamente cierto.

Sacudió la cabeza, abrumado ante la idea de la Compañía casi destruida. Finalmente preguntó:

—¿Qué es lo que quieres saber, Matasanos?

—Sólo todo lo que hayas descubierto desde que estás aquí. En especial acerca de Cuervo. Pero también acerca de ese tipo Asa. Y del posadero.

—¿Chozo? Lo vi el otro día. Al menos creo que lo vi. No me di cuenta de que era él hasta más tarde. Iba vestido de forma diferente. Sí. Presta me dijo que escapó. Ese

tipo Asa también. A él creo que sé dónde hallarle. Pero al tipo Chozo, sin embargo... Bueno, si realmente lo quieres, tendrás que empezar a mirar allá donde creo que lo vi.

—¿Te vio él a ti?

Esa idea pilló a Pivote por sorpresa. Al parecer no se le había ocurrido preguntárselo. A veces no es el más brillante de los tipos.

—Creo que no.

Entramos en una taberna concurrida por marineros extranjeros. Los clientes eran un lote políglota tan desharrapado como nosotros. Hablaban una docena de lenguas. Nos acomodamos en una mesa, usamos la lengua de las Ciudades Joya. Pivote no la hablaba bien, pero la entendía. Yo dudaba de que nadie más allí pudiera seguir nuestra conversación.

—Cuervo —dije—. Eso es lo que quiero saber, Pivote.

Nos contó una historia que encajaba bastante con la de Asa, con los bordes tan deshilachados como uno puede esperar de alguien que no ha sido testigo presencial.

—¿Sigues creyendo que fingió su muerte? —preguntó Un Ojo.

—Sí. Quizá sea una corazonada, pero creo que lo hizo. Quizá cuando examinemos el lugar cambie de opinión. ¿Hay alguna forma en que vosotros podáis decir si está en la ciudad?

Unieron sus cabezas, devolvieron una opinión negativa.

—No sin tener algo que haya pertenecido a él —opinó Goblin—. Y no lo tenemos.

—Pivote. ¿Qué hay de Linda? ¿Y del barco de Cuervo?

—¿Eh?

—¿Qué le ocurrió a Linda después de que Cuervo muriera supuestamente? ¿Qué le pasó a su barco?

—No sé nada acerca de Linda. El barco está amarrado en su muelle.

Intercambiamos miradas alrededor de la mesa. Dije:

—Hay que visitar ese barco aunque tengamos que abrirnos camino luchando hasta bordo. Esos papeles de los que os hablé. Asa no supo decir nada de ellos. Quiero que aparezcan. Es lo único que tenemos que puede quitarnos a la Dama de nuestras espaldas.

—Si hay alguna Dama —dijo Un Ojo—. Igual no ha quedado mucho de ella si el Dominador logró salir.

—Ni siquiera pienses en eso. —Por ninguna razón en especial, estaba convencido de que la Dama había vencido. En su mayor parte era más un deseo que un pensamiento, estoy seguro de ello—. Pivote, vamos a visitar ese barco esta noche. ¿Qué hay acerca de Linda?

—Como he dicho, no sé nada de ella.

—Se suponía que debías buscarla.

—Sí. Pero desapareció.

—¿Desapareció? ¿Cómo?

—No cómo, Matasanos —dijo Un Ojo, en respuesta a un vigoroso signo de Silencioso—. El cómo es irrelevante ahora. Cuándo.

—De acuerdo. ¿Cuándo, Pivote?

—No lo sé. Nadie la ha visto desde la noche antes de que muriera Cuervo.

—Bingo —exclamó Goblin con voz suave y maravillada—. Malditos sean tus ojos, Matasanos, tus instintos eran correctos.

—¿Qué? —preguntó Pivote.

—No hay forma alguna de que ella desapareciera anticipadamente a menos que supiera que iba a ocurrir algo.

—Pivote —dije—, ¿comprobaste el lugar donde se alojaban? Dentro, quiero decir.

—Sí. Alguien pasó por ahí antes que yo.

—¿Qué?

—El lugar estaba completamente limpio. Le pregunté al posadero. Dijo que no se habían marchado. Habían pagado por otro mes. Eso me sonó como si alguien supiera que Cuervo había sido localizado y decidiera limpiar su lugar. Imaginé que debía de ser Asa. Desapareció inmediatamente después.

—¿Qué hiciste entonces?

—¿Qué? Imaginé que no querríais a Cabestro de vuelta en Enebro, así que conseguí que lo acusaran del asesinato de Cuervo. Había montones de testigos además de nosotros que los vieron pelear. Los suficientes como para convencer quizás a un tribunal de que vimos realmente lo que habíamos dicho.

—¿Hiciste algo para rastrear a Linda?

Pivote no tenía nada que decir. Se miró las manos. El resto de nosotros intercambiamos miradas irritadas. Goblin murmuró:

—Le dije a Elmo que era una estupidez enviarle a él.

Supongo que sí. En unos pocos minutos nos habíamos encontrado con varios cabos sueltos en las manos que Pivote hubiera debido atar.

—De todos modos, ¿cómo estás tan malditamente preocupado acerca de ello, Matasanos? —preguntó Pivote—. Quiero decir, todo esto me parece un enorme «y qué».

—Mira, Pivo. Te guste o no, cuando los Tomados se volvieron contra nosotros, fuimos empujados al otro lado. Ahora estamos en el bando de la Rosa Blanca. Nos guste o no. Van a venir tras nosotros. La única cosa que tienen los Rebeldes es la Rosa Blanca. ¿Correcto?

—Si hay una Rosa Blanca.

—La hay. Linda es la Rosa Blanca.

—Vamos, Matasanos. Es una sordomuda.

—También es un punto mágico negativo —observó Un Ojo.

—¿Eh?

—La magia no actúa a su alrededor. Observamos claramente allá en Hechizo. Y si

no me equivoco, esa negatividad mágica se hará cada vez más fuerte a medida que se haga mayor.

Recordé haber observado algunas cosas extrañas alrededor de Linda durante la batalla de Hechizo, pero en aquellos momentos no había pensado en ellas.

—¿De qué estás hablando?

—Te lo dije. Algunas personas son negativas. En vez de tener talento para la hechicería, lo tienen en el otro sentido. La magia no funciona a su alrededor. Y cuando piensas en ello, ésa es la única forma en que tiene sentido la Rosa Blanca. ¿Cómo puede una niña sordomuda crecer para desafiar a la Dama o al Dominador en su propio terreno? Apuesto a que la Rosa Blanca original no lo consiguió.

No lo sabía. No había nada en las historias acerca de sus poderes o de su notable ausencia de ellos.

—Esto hace más importante aún el encontrarla.

Un Ojo asintió.

Pivote parecía desconcertado. Era fácil desconcertar a Pivo, decidí. Expliqué:

—Si la magia no funciona a su alrededor, entonces tenemos que encontrarla y permanecer cerca de ella. Así los Tomados no podrán causarnos ningún daño.

—No olvides que tienen ejércitos enteros que pueden enviar tras nosotros —dijo Un Ojo.

—Si tanto nos quieren... Oh, Dios mío.

—¿Qué?

—Elmo. Si no se ha hecho matar. Sabe lo suficiente como para poner a todo el imperio tras nuestro rastro. Quizás incluso como para conducirles hasta Linda.

—¿Qué vamos a hacer?

—¿Por qué me miras a mí?

—Tú eres el que parece saber lo que está ocurriendo, Matasanos.

—Está bien. Supongo que sí. Primero debemos descubrir lo ocurrido a Cuervo y Linda. En especial Linda. Y debemos atrapar a Chozo y a Asa de nuevo, por si saben algo útil. Tenemos que movernos rápido y salir de la ciudad antes de que el imperio se cierre sobre nosotros. Sin alarmar a los locales. Será mejor que tengamos una sentada con el Teniente. Ponerlo todo sobre la mesa para todo el mundo, luego decidir exactamente qué hacer.

PRADOVAL: EL BARCO

El nuestro, aparentemente, era el último barco que había salido de Enebro. aguardamos a que una embarcación posterior trajera noticias. No llegó ninguna. La tripulación de nuestro barco no nos hizo tampoco ningún favor. Se pusieron a largar por toda la ciudad. Nos vimos abrumados por ansiosos locales, gente preocupada por sus familiares en Enebro, y por el gobierno de la ciudad, preocupado porque un grupo de duros refugiados pudieran causar problemas. Arrope y el Teniente se ocuparon de todo ello. La lucha por la supervivencia fue asunto del resto de nosotros.

Los tres hechiceros, Otto, Pivote, Prestamista y yo nos deslizamos por el distrito en sombras de los muelles de Pradoval después de medianoche. Había numerosas patrullas de policía que eludir. Las eludimos con ayuda de Un Ojo, Goblin y Silencioso. Goblin fue especialmente útil. Poseía un conjuro capaz de hacer dormir a los hombres.

—Aquí está —susurró Pivote, señalando el barco de Cuervo. Antes había intentado averiguar cómo se habían pagado los derechos de amarre. No había tenido suerte.

Era un espléndido gran barco con un aspecto de nuevo que la oscuridad no podía ocultar. Sólo las luces normales ardían a bordo: proa, mástil de popa, babor y estribor, y una a la cabecera de la pasarela, donde montaba guardia un único marinero aburrido.

—¿Un Ojo?

Sacudió negativamente la cabeza.

—No puedo decirlo.

Sondeé a los otros. Ni Silencioso ni Goblin detectaron tampoco nada digno de mención.

—De acuerdo, Goblin. Haz lo que tengas que hacer. Ésa será la prueba del ácido, ¿no?

Asintió. Si Linda estaba a bordo, su conjuro no afectaría a la guardia.

Ahora que todo el mundo había aceptado mis sospechas de que Cuervo estaba vivo, había empezado a hacerme preguntas a mí mismo. No podía ver ningún sentido en que a aquellas alturas no se hubiera marchado, llevándose su muy caro barco a algún lugar muy lejano. Quizás ahí fuera, a las islas.

Esas islas me intrigaban. Pensé que podríamos apoderarnos de un barco y encaminarnos a ellas. De todos modos, tendríamos que llevar con nosotros a alguien que conociera el camino. Las islas estaban a una apreciable distancia y no había comercio regular con ellas. No se podía llegar hasta ellas al azar.

—Muy bien —dijo Goblin—. No está.

El marinero en el alcázar estaba despatarrado sobre un cómodo taburete, con los

brazos doblados sobre la barandilla y la frente apoyada en los brazos.

—Nada de Linda —dije.

—Nada de Linda.

—¿Alguien más por los alrededores?

—No.

—Vamos entonces. Mantengámonos discretos y movámonos rápido, eso es todo.

Cruzamos el muelle y subimos la pasarela. El marinero se agitó. Goblin lo tocó y se quedó como muerto. Goblin fue a proa, luego a popa, encargándose de los hombres de guardia. Volvió asintiendo con la cabeza.

—Otros ocho hombres abajo, todos dormidos. Me ocuparé de ellos. Tú sigue adelante.

Empezamos con la cabina más grande, suponiendo que sería la del propietario. Lo era. Estaba a popa, donde normalmente suele estar la cabina del capitán, y estaba dividida en secciones. En una de ellas hallé cosas que indicaban que había sido ocupada por Linda. En el lado de Cuervo encontré ropa sucia desechada hacía algún tiempo. Había polvo suficiente como para indicar que nadie había visitado la cabina en semanas.

No hallamos los papeles que buscaba.

Encontramos dinero. Una cantidad más bien sustanciosa. Estaba hábilmente escondido, pero el sentido de Un Ojo para esas cosas es Infalible. El cofre rebosaba de plata.

—No creo que Cuervo vaya a necesitarlo si está muerto —dijo Un Ojo—. Y si no lo está..., bien, entonces ya pensaremos algo. Sus antiguos compañeros están en estado de necesidad.

Las monedas eran extrañas. Tras estudiarlas, reconocí por qué. Eran idénticas a las monedas que Chozo había recibido en el castillo negro.

—Huele esas cosas —le dije a Un Ojo—. Son del castillo negro. Ve si hay algo malo en ellas.

—No. Son tan buenas como el oro —rió.

—Hum. —No sentí ningún escrúpulo apoderándome del dinero. Cuervo lo había obtenido por medios deshonestos. Eso solucionaba el asunto. No tenía procedencia, como dicen en Enebro—. Esperad aquí. Tengo una idea. —Retrocedí a las luces de proa, desde donde podía observar el muelle a través del cristal de la ventana.

Se apiñaron junto a mí y el cofre.

—¿Qué? —preguntó Goblin.

—¿Por qué conformarnos con el dinero? ¿Por qué no tomar todo el maldito barco? Si Cuervo está muerto, o incluso si finge que está muerto, ¿qué va a decir al respecto? Podemos convertirlo en nuestro cuartel general.

A Goblin le gustó la idea. Así que a Un Ojo no. Sobre todo porque los barcos tenían que ver con el agua.

—¿Qué hay de la tripulación? —preguntó—. ¿Qué hay del capitán de puerto y su

gente? Nos echarán la ley encima.

—Quizá. Pero creo que podemos manejarlo. Si ocupamos el barco y encerramos a la tripulación en él, no habrá nadie que pueda quejarse. Si nadie se queja, ¿por qué debería mostrar interés el capitán de puerto?

—No toda la tripulación está a bordo. Algunos están fuera en la ciudad.

—Los agarramos cuando vuelvan. Demonios, hombre, ¿qué mejor forma de prepararnos para poder huir apresuradamente? ¿Y qué mejor lugar que aguardar a que Cuervo se presente?

Un Ojo dejó de poner objeciones. Es esencialmente perezoso. También estaba aquel brillo en su ojo que decía que estaba pensando por delante de mí.

—Mejor hablarlo con el Teniente —dijo—. Él sabe de barcos.

Goblin conocía bien a Un Ojo.

—No me mires como si estuvieras pensando en convertirte en un pirata. Ya he tenido toda la aventura que deseaba. Quiero irme a casa.

Siguieron con esto, y empezaron a alzar las voces, y hubo que callarlos.

—Ya nos preocuparemos dentro de unos días acerca de las posibilidades —gruñí—. Podemos preocuparnos más tarde de lo que tengamos que hacer más tarde. Mirad. Tenemos ropa que perteneció a Linda y a Cuervo. ¿Podéis hallarlos ahora?

Juntaron sus cabezas. Tras un poco de discusión, Goblin anunció:

—Silencioso cree que puede. El problema es que tiene que hacerlo como un perro. Encontrar el rastro y seguirlo por todos los lugares donde fue Cuervo. Justo hasta que murió. O hasta que no lo hizo. Si no lo hizo, justo hasta donde esté ahora.

—Pero eso... Demonios, estás hablando de un rastro de un par de meses.

—La gente pasa mucho tiempo sin moverse de sitio, Matasanos. Silencioso puede saltarse eso.

—Sigue sonando lento.

—Es lo mejor que podemos ofrecerte. A menos que él acuda a nosotros. Lo cual tal vez no pueda hacer.

—Está bien. Está bien. ¿Qué hay del barco?

—Pregúntale al Teniente. Veamos si podemos encontrar tus malditos papeles.

No había papeles. Un Ojo fue incapaz de detectar nada escondido en ninguna parte. Si yo quería rastrear los papeles, tendría que empezar con la tripulación. Alguien tenía que haber ayudado a Cuervo a sacarlos.

Abandonamos el barco. Goblin y Prestamista hallaron un buen lugar desde el cual podían vigilarlo. Silencioso y Otto se ocuparon del rastro de Cuervo. El resto de nosotros regresamos y despertamos al teniente. Creyó que apoderarnos del barco era una buena idea.

Nunca le gustó mucho Cuervo. Creo que eso lo motivó más que cualquier otra consideración práctica.

PRADOVAL: EL REFUGIADO

Los rumores y las historias increíbles corrían rápidamente por Pradoval. Chozo supo del barco procedente de Enebro a las pocas horas de su llegada. Se sintió anonadado. ¿La Compañía Negra en plena huida? ¿Aplastada por sus amos? Aquello no tenía sentido. ¿Qué infiernos estaba ocurriendo ahí arriba?

Su madre. Sal. Sus amigos. ¿Qué había sido de ellos? Si la mitad de las historias eran ciertas, Enebro era una pura desolación. La batalla contra el castillo negro había consumido la ciudad.

Deseó desesperadamente encontrar a alguien, preguntar acerca de su gente. Luchó contra la urgencia. Tenía que olvidar su hogar. Conociendo a aquel Matasanos y su gente, todo aquello podía ser un truco para hacerle salir a la luz.

Permaneció durante todo un día escondido, en su habitación alquilada, debatiéndose, hasta que se convenció a sí mismo de que no debía hacer nada. Si la Compañía estaba en plena huida, se marcharía de nuevo. Pronto. Sus antiguos amos estarían buscándola.

¿Irían los Tomados tras él también? No. No tenían nada contra él. Sus crímenes no les importaban. Sólo los Custodios lo querían... Se preguntó acerca de Cabestro, pudriéndose en prisión, acusado de la muerte de Cuervo. No comprendía aquello en absoluto, pero estaba demasiado nervioso para investigar. La respuesta no era significativa en la ecuación de la supervivencia de Chozo de Castañas.

Después de su día de aislamiento decidió reanudar su búsqueda de un negocio. Buscaba algún tipo de sociedad en una taberna, tras decidir mantenerse en lo que conocía.

Tenía que ser un lugar mejor. Uno que no le condujera a dificultades financieras de la forma en que lo había hecho El Lirio. Cada vez que recordaba El Lirio sufría momentos de añoranza y nostalgia, de insondable soledad. Había sido un solitario toda su vida, pero nunca había estado solo. Su exilio estaba lleno de dolor.

Caminaba por una estrecha calle en sombras, ascendiendo penosamente colina arriba en el barro dejado por la lluvia nocturna, cuando algo captado por el rabillo del ojo puso estremecimientos en las profundidades de su alma. Se detuvo y se volvió tan rápidamente que derribó a otro peatón. Mientras ayudaba al otro hombre a levantarse de nuevo, disculpándose profusamente, miró a las sombras de un callejón.

—La conciencia me juega malas pasadas, supongo —murmuró, tras separarse de su víctima. Pero sabía que no era así. Lo había visto. Había oído pronunciar suavemente su nombre. Acudió a la boca del hueco entre dos edificios. Pero lo que fuera no le había esperado.

Una manzana más tarde rió nerviosamente, intentando convencerse de que después de todo había sido un truco de su imaginación. ¿Qué demonios podían estar

haciendo las criaturas del castillo en Pradoval? Habían sido barridas por completo... Pero los tipos de la Compañía que habían huido hasta allí no lo sabían seguro, ¿verdad? Habían huido antes de que terminara la lucha. Tan sólo esperaban que sus jefes hubieran vencido, porque el otro bando todavía era peor que el suyo.

Estaba siendo estúpido. ¿Cómo podía haber llegado hasta allí la criatura? Ningún capitán de barco vendería jamás un pasaje a una cosa como aquélla.

—Chozo, te estás preocupando tontamente por nada. —Entró en una taberna llamada El Rubí, regentada por un hombre llamado Selkirk. El casero de Chozo los había recomendado a ambos.

Su conversación fue fructífera. Chozo convino en regresar la tarde siguiente.

* * *

Chozo compartía una cerveza con su socio en perspectiva. Su proposición parecía beneficiosa, porque Selkirk parecía satisfecho con las condiciones y ahora estaba intentando dorarle la píldora para acabar de cerrar el trato.

—El negocio nocturno subirá de nuevo una vez la gente deje de estar asustada —dijo.

—¿Asustada?

—Sí. Han desaparecido algunas personas por el vecindario. Cinco o seis la semana pasada. Después de oscurecer. No del tipo que normalmente agarran las patrullas de leva. Así que últimamente la gente se ha quedado en sus casas. No hemos tenido el tráfico nocturno habitual.

La temperatura pareció descender cinco grados. Chozo permaneció sentado rígido como una tabla, los ojos vacíos, el antiguo miedo deslizándose a su través como una procesión de serpientes. Sus dedos se alzaron hasta el amuleto oculto debajo de su camisa.

—Hey, Castañas, ¿qué ocurre?

—Así es como empezó en Enebro —dijo, sin darse cuenta de que estaba hablando—. Sólo que únicamente eran los muertos. Pero también los deseaban vivos. Si podían conseguirlos. Tengo que irme.

—¿Chozo? ¿Qué demonios ocurre?

Se arrancó momentáneamente de sus pensamientos.

—Oh. Lo siento, Selkirk. De acuerdo. Tenemos un trato. Pero primero he de hacer algo. Algo que necesito comprobar.

—¿Qué?

—No tiene nada de ver contigo. Con nosotros. Estamos listos para cerrar el trato. Mañana traeré mi dinero y podemos ir juntos a la gente necesaria para cerrar legalmente el trato. Simplemente tengo algo que hacer esta noche.

Salió del lugar prácticamente corriendo, no seguro de lo que podía hacer o dónde empezar, ni siquiera de si suposición tenía algún viso de cordura. Pero estaba seguro

de que lo que había ocurrido en Enebro volvería a ocurrir en Pradoval. Y de una forma mucho más rápida si eran las propias criaturas las que estaban recolectando.

Tocó de nuevo su amuleto, preguntándose hasta qué punto le ofrecía protección. ¿Era poderoso? ¿O tan sólo una promesa?

Se apresuró a la casa donde tenía su habitación, donde la gente fue paciente con sus preguntas, sabiendo que era de fuera de la ciudad. Preguntó acerca de Cuervo. El asesinato había sido la comidilla de toda la ciudad, con un policía extranjero acusado del hecho por sus propios hombres. Pero nadie sabía nada. No había habido testigos de la muerte de Cuervo excepto Asa. Y Asa estaba en Enebro. Probablemente muerto. La Compañía Negra no desearía que se convirtiera en un testigo contra ellos.

Dominó un impulso de contactar con los supervivientes. Puede que también lo desearan fuera del camino.

Estaba a sus propios recursos en esto.

El lugar donde había muerto Cuervo parecía un lugar adecuado por donde empezar. ¿Quién sabía dónde estaba? Asa. Pero Asa no estaba disponible. ¿Quién más? ¿Cabestro?

Sus entrañas se anudaron. Cabestro representaba todo lo que había temido allá en casa. Aquí estaba en una jaula, pero todavía seguía siendo un símbolo. ¿Podría enfrentarse al hombre?

¿Querría el hombre decirle algo?

Encontrar a Cabestro no fue ningún problema. La prisión no se había movido de sitio. Hallar el coraje de enfrentarse a él, incluso desde el otro lado de unos barrotes, era otro asunto. Pero toda aquella ciudad se extendía ahora bajo una sombra.

La tortura desgarraba a Chozo. La culpabilidad lo destrozaba. Había hecho cosas que lo habían dejado incapaz de soportarse a sí mismo. Había cometido crímenes para los cuales no había condena posible. Sin embargo había algo...

—Eres un estúpido, Chozo de Castañas —se dijo a sí mismo—. No te preocupes por ello. Pradoval puede ocuparse de sí misma. Simplemente márchate a otra ciudad.

Pero algo más profundo que la cobardía le dijo que no podía huir. Y no sólo de sí mismo. Una criatura del castillo negro había aparecido en Pradoval. Dos hombres que habían tenido tratos con el castillo habían venido aquí. Eso no podía ser coincidencia. Supongamos que se trasladaba a otro sitio. ¿Iba a impedir eso que las criaturas aparecieran de nuevo, fuera donde fuese?

Había hecho un trato con un demonio. A un nivel visceral, tenía la sensación de que la red en la que había quedado atrapado debería de ser soltada hilo a hilo.

Trasladó al cobarde Chozo cotidiano a un trono muy en la parte de atrás de sus ojos y situó delante al Chozo que había perseguido a Cuervo con Krage y finalmente había matado a su atormentador.

No recordó la patraña que usó para abrirse camino entre los guardias, pero finalmente consiguió ver a Cabestro.

El Inquisidor no había perdido nada de su espíritu. Se acercó a los barrotes

barbotando, maldiciendo y prometiendo a Chozo una muerte muy larga y dolorosa.

Chozo contraatacó.

—No vas a poder castigar a nadie excepto quizás a alguna cucaracha de aquí dentro. Cállate y escucha. Olvida quién eras y recuerda quién eres ahora. Soy la única esperanza que te queda de poder salir de aquí. —Chozo estaba asombrado. ¿Se sentiría la mitad de firme sin los barrotes que los separaban?

El rostro de Cabestro se volvió inexpresivo.

—Adelante. Habla.

—No sé cuánto habrás oído aquí dentro. Probablemente nada. Te pondré al corriente. Después de que abandonaras Enebro, el resto de la Compañía Negra llegó allí. Se apoderaron de la ciudad. Su Dama y su séquito acudieron a la ciudad. Atacaron el castillo negro. No sé cuál fue el resultado de su acción. Lo que ha llegado hasta aquí suena como si la ciudad hubiera sido arrasada. Durante la lucha algunos de los tipos de la Compañía se apoderaron de un barco y huyeron bajo la suposición de que sus amos iban a volverse contra ellos. Ignoro por qué.

Cabestro se lo quedó mirando fijamente, meditando.

—¿Ésa es la verdad?

—Por todo lo que he oído de segunda mano.

—Fueron esos bastardos de la Compañía Negra los que me metieron aquí. Me engañaron. Sólo tuve una pelea con Cuervo. Infiernos, él casi me mató a *mí*.

—Ahora está muerto. —Chozo describió lo que Asa había visto—. Tengo una idea de lo que lo mató y por qué. Lo que necesito saber es dónde ocurrió. Para poder estar seguro. Dímelo, e intentaré sacarte de aquí.

—Sólo lo sé aproximadamente. Sé donde tropecé con él y la dirección que tomaron él y Asa cuando se fueron. Eso debería de dar una idea bastante aproximada. ¿Por qué quieres saberlo?

—Creo que las criaturas del castillo han plantado algo en Cuervo. Como una semilla. Creo que es por eso por lo que murió. Como el hombre que trajo la semilla original a Enebro.

Cabestro frunció el ceño.

—Sí —dijo Chozo—. Suena exagerado. Pero escucha esto. El otro día vi a una de las criaturas cerca de donde estoy. Vigilándome. ¡Espera! Sé cuál es su aspecto. Me he encontrado antes con ellas. También está desapareciendo gente. No demasiada todavía. No la suficiente como para causar una gran alarma. Pero sí la suficiente como para asustar a la población.

Cabestro se retiró a la parte de atrás de su celda, se sentó en el suelo, apoyó la espalda contra la pared. Se mantuvo inmóvil durante más de un minuto. Chozo aguardó nervioso.

—¿Cuál es tu interés, posadero?

—El pago de una deuda. Cabestro, la Compañía Negra me mantuvo prisionero durante un tiempo. Averigüé mucho acerca de ese castillo. Era mucho peor de lo que

nadie podía imaginar. Era una especie de portal. A través del cual una criatura llamada el Dominador estaba intentando entrar en este mundo. Yo contribuí al crecimiento de esa cosa. Ayudé a que alcanzara el punto donde atrajo a la Compañía Negra y a sus amigos hechiceros. Si Enebro ha sido destruida, es tanto culpa mía como de cualquier otro. Ahora el mismo destino amenaza Pradoval. Puedo hacer algo para detenerlo. Si puedo encontrarlo.

Cabestro rió quedamente. La risita aumentó de intensidad. Se convirtió en una carcajada.

—¡Entonces púdrete aquí! —gritó Chozo, y se dispuso a marcharse.

—¡Espera!

Chozo se volvió.

Cabestro contuvo su risa.

—Lo siento. Todo esto es tan incongruente. Y tú tan justo y recto. Quiero decir, creo realmente que hablas en serio. De acuerdo, Chozo de Castañas. Te diré algo. Y si consigues sacarme de aquí, puede que no te arrastre de vuelta a Enebro.

—Ya no existe ningún Enebro al que arrastrarme, Cabestro. Los rumores dicen que la Dama planeaba saquear las Catacumbas después de terminar con el castillo negro. Ya sabes lo que significa eso. Una rebelión total.

El humor de Cabestro se desvaneció.

—Sigue el Camino a Temblosa abajo, pasado el mojón de los treinta kilómetros. A la izquierda, en el primer camino que conduce a una granja, bajo un roble muerto. Camina al menos diez kilómetros. Más allá de las granjas. Es un paraje selvático. Será mejor que vayas armado.

—¿Armado? —Chozo exhibió una gran sonrisa cohibida—. Chozo de Castañas nunca ha tenido los redaños suficientes para aprender a usar un arma. Gracias.

—No me olvides, Chozo. Mi juicio empieza la primera semana del próximo mes.

—Correcto.

* * *

Chozo desmontó y empezó a conducir la mula alquilada cuando alcanzó el punto estimado de los diez kilómetros del Camino a Temblosa. Recorrió otro kilómetro. El camino era poco más que un sendero de caza, que serpenteaba a través de un áspero paisaje densamente cubierto de árboles de madera dura. No vio ninguna evidencia de que el hombre hubiera recorrido alguna vez aquel camino. Extraño. ¿Qué habían estado haciendo Cuervo y Asa allí? No podía pensar en ninguna razón que tuviera sentido. Asa había afirmado que estaban huyendo de Cabestro. Si era así, ¿por qué no habían seguido bajando por el Camino a Temblosa?

Sus nervios se tensaron. Tocó el amuleto, el cuchillo oculto en su manga. Se había decidido y había comprado dos buenas armas cortas, una para su cinturón y otra para manga.

Hacían poco por alentar su confianza.

El sendero giraba colina arriba, hacia un arroyo, discurría a su lado durante varios cientos de metros, y desembocaba en un amplio claro. Chozo casi penetró en él. Era un hombre de ciudad. Nunca antes había estado en un paraje más selvático que el Recinto.

Algún sentido innato de cautela lo detuvo al borde del claro. Se dejó caer sobre una rodilla, apartó la maleza, maldijo suavemente cuando la mula le empujó con su hocico.

Sus sospechas eran ciertas.

Un gran montículo negro se alzaba ahí delante. Ya era del tamaño de una casa. Chozo contempló los rostros congelados en gritos de terror y agonía.

Un lugar perfecto, ahí fuera. Creciendo tan aprisa, estaría completo antes de que nadie lo descubriera. A menos que fuera por accidente. Y el descubridor accidental tenía muchas posibilidades de pasar a formar parte de su masa.

El corazón de Chozo martilleaba. Lo que más deseaba era correr de vuelta a Pradoval y gritar a los cuatro vientos en medio de la calle avisando del peligro para la ciudad. Había visto suficiente. Sabía lo que había venido a averiguar. Era el momento de marcharse.

Avanzó lentamente. Dejó caer las riendas de la mula, pero ésta le siguió, interesada en la alta hierba. Chozo se acercó cuidadosamente al montículo negro, paso a paso. No ocurrió nada. Lo rodeó.

La forma de la cosa se hizo más evidente. Sería idéntica a la fortaleza que dominaba Enebro, excepto la forma en que sus cimientos se hundían en la tierra. Su puerta miraría al sur. Un sendero bien apisonado conducía a un bajo agujero allí. Otra confirmación a sus sospechas.

¿De dónde habían venido las criaturas? ¿Vagaban por el mundo a voluntad, ocultas en el borde de la noche, vistas tan sólo por aquéllos que comerciaban con ellas?

Al regresar al lado desde el cual se había acercado tropezó con algo.

Huesos. Huesos humanos. Un esqueleto: cabeza, brazos, piernas, con parte del pecho desaparecido. Aún vestido con los harapos que había visto llevar a Cuervo un centenar de veces. Se arrodilló.

—Cuervo. Te odié. Pero también te quise. Fuiste el peor villano que jamás haya conocido. Y el mejor amigo que haya tenido nunca. Me hiciste empezar a pensar como un hombre. —Las lágrimas llenaron sus ojos.

Buscó recuerdos de su infancia, finalmente halló la plegaria para el paso de los muertos. Empezó a cantar con una voz que nunca había sabido cómo entonar una melodía.

La hierba susurró sólo una vez, justo al límite de lo audible. Una mano se cerró sobre su hombro. Una voz dijo:

—Chozo de Castañas.

Chozo dejó escapar un grito y fue en busca del cuchillo en su cinturón.

PRADOVAL: RASTRO CALIENTE

No pasé una buena noche tras visitar el barco de Cuervo. Fue una noche de sueños. O de pesadillas, si lo prefieren. O de terrores que no me atreví a mencionar cuando desperté, porque los otros ya tenían bastantes problemas y miedos.

Ella vino a mí en mi sueño, como no había hecho desde nuestras deprimentes retiradas cuando los Rebeldes se cerraban sobre Hechizo, hacía tanto tiempo. Vino, un resplandor dorado que tal vez no fuera un sueño en absoluto, porque parecía estar allí en la habitación que compartía con otros cinco hombres, iluminándolos a ellos y a la habitación mientras yo permanecía tendido allí con el corazón martilleando, mirando incrédulo. Los otros no respondieron, y más tarde no estuve seguro de si no lo habría imaginado todo. Había sido igual con las visitas de antes.

—¿Por qué me abandonaste, médico? ¿Acaso te traté menos que bien?

Desconcertado, confuso, grazné:

—Era correr o ser muerto. No hubiéramos huido si hubiéramos tenido otra posibilidad. Te servimos fielmente, a través de azares y horrores más grandes que cualquier otro al que se hubiera enfrentado la Compañía en su historia. Marchamos hasta los confines de la tierra por ti, sin quejarnos. Y cuando llegamos a la ciudad Enebro, y gastamos la mitad de nuestras fuerzas atacando el castillo negro, supimos que íbamos a ser recompensados siendo destruidos.

Aquel maravilloso rostro se formó en la nube dorada. Aquel maravilloso rostro tenso por la tristeza.

—Susurro planeó eso. Susurro y Pluma. Por razones propias. Pero Pluma ha desaparecido y Susurro ha sido disciplinada. En cualquier caso no hubiera permitido un crimen así. Vosotros erais mis instrumentos elegidos. No permitiría que ninguna maquinación de los Tomados os hiciera ningún daño. Volved.

—Es demasiado tarde, Dama. Los dados están lanzados. Se han perdido demasiados hombres buenos. Nuestro ánimo ha desaparecido. Nos hemos hecho viejos. Nuestro único deseo es volver al sur, para descansar al cálido sol y olvidar.

—Volved. Hay mucho que hacer. Sois mis instrumentos elegidos. Os recompensaré como ningún soldado ha sido recompensado nunca.

No pude detectar ningún asomo de traición. Pero ¿qué significaba eso? Su edad era enorme. Había engañado a su esposo, que era mucho más difícil de engañar que yo.

—Es demasiado tarde, Dama.

—Vuelve, médico. Tú, si no los demás. Necesito tu pluma.

No sé por qué dije lo que dije a continuación. No era lo más juicioso, si realmente se sentía al menos un poco benévola hacia nosotros.

—No haremos ninguna otra cosa para ti. Porque somos viejos y estamos cansados

y deseamos salimos de esta guerra. No nos pondremos contra ti. Si tú no te pones contra nosotros.

La tristeza irradió entre el resplandor.

—Lo siento. Lo siento realmente. Eras uno de mis favoritos. Una efímera que me intrigaba. No, médico. Eso no puede ser. No puedes permanecer neutral. Nunca has podido. Debes estar conmigo o contra mí. No hay término medio.

Y con eso la nube dorada se desvaneció, y yo me sumí en un profundo sueño..., si alguna vez había estado despierto.

Desperté sintiéndome descansado pero preocupado, al principio incapaz de recordar la visita. Luego volví bruscamente a la consciencia. Me vestí aprisa, corrí hacia el Teniente.

—Teniente, debemos movernos rápido. Vencimos. Ella va a ir tras nosotros.

Pareció sobresaltado. Le hablé de la visión nocturna. Lo tomó con reservas hasta que le dije que ella había hecho lo mismo antes, durante la larga retirada y la serie de encuentros que habían llevado a las fuerzas rebeldes hasta las puertas de Hechizo. No quería creerme, pero no se atrevía a hacer otra cosa.

—Entonces sal y encuentra a ese Asa —dijo—. Arrope, nos trasladamos a ese barco esta noche. Matasanos, pasa la noticia. Partimos en cuatro días, encontréis a Cuervo o no.

Barboté una protesta. El tema crítico ahora era encontrar a Linda. Linda era nuestra esperanza. Pregunté:

—¿Por qué cuatro días?

—Nos tomó cuatro días llegar hasta aquí desde Enebro. Buenos vientos y buen mar todo el camino. Si la Dama partió cuando tú la rechazaste, no puede llegar aquí más rápido que nosotros. Así que te concedo todo este tiempo. Luego levaremos anclas. Aunque tengamos que salir a mar abierto luchando.

—Muy bien. —No me gustaba, pero él era el hombre que tomaba las decisiones. Lo habíamos elegido para que hiciera eso—. Lamprea, busca a Pivote. Tenemos que encontrar a Asa.

Lamprea se apresuró a alejarse como si tuviera la cola en llamas. Trajo a Pivote en cuestión de minutos. Pivo protestó porque todavía no había comido, todavía no había tenido sus ocho horas de sueño.

—Cállate, Pivo. Tenemos el culo metido en un avispero. —Me expliqué, aunque no era necesario—. Agarra algo frío y come por el camino. Nos vamos a buscar a Asa.

Lamprea, Pivote, Un Ojo y yo salimos a la calle. Como siempre, atrajimos un montón de atención de los comerciantes matutinos, no sólo porque veníamos de Enebro, sino porque Un Ojo era una auténtica rareza. Nunca habían visto a un hombre negro en Pradoval. La mayoría ni siquiera habían oído hablar de que existieran negros.

Pivote nos condujo un par de kilómetros a través de retorcidas calles.

—Imagino que se esconderá en la misma zona que antes. La conoce. No es muy brillante, así que no se le habrá ocurrido mudarse a otro sitio porque vosotros hayáis llegado a la ciudad. Probablemente tan sólo planea mantener bajada la cabeza hasta que nos marchemos. Debe imaginar que seguiremos nuestro camino.

Su razonamiento parecía juicioso. Y demostró serlo. Entrevistó a unas cuantas personas a las que había conocido en el transcurso de anteriores investigaciones y rápidamente descubrió que Asa estaba oculto en la zona. Aunque nadie sabía exactamente dónde.

—Nos ocuparemos de eso en seguida —dijo Un Ojo. Se detuvo en un umbral y realizó unos cuantos trucos mágicos baratos que eran todo luz y espectáculo. Eso atrajo la atención de los arrapiezos más cercanos. Las calles de Pradoval están siempre atestadas de niños.

—Desaparezcamos —les dije a los demás. Debíamos de ser intimidantes a los ojos infantiles. Nos dirigimos calle arriba y dejamos que Un Ojo atrajera a su multitud.

Les ofreció a los chicos lo que esperaban. Por supuesto. Y quince minutos más tarde se reunió con nosotros, seguido por un séquito de gorgojos callejeros.

—Lo tengo —dijo—. Mis pequeños colegas nos mostrarán dónde.

A veces me sorprende. Hubiera apostado que odiaba a los niños. Quiero decir, cuando los menciona, lo cual es aproximadamente una vez al año, es en el contexto de lo sabrosos que son asados o hervidos.

Asa estaba escondido en una madriguera típica de los barrios bajos de todo el mundo. Una auténtica trampa de ratas en caso de incendio. Supongo que el tener dinero no había cambiado sus hábitos. Al contrario que el viejo Chozo, que se había vuelto loco cuando había tenido dinero que gastar.

Sólo había una salida, la misma por la que habíamos entrado. Los niños nos siguieron. No me gustó, pero ¿qué podíamos hacer?

Entramos en la habitación que Asa llamaba su hogar. Estaba tendido en un jergón en una esquina. Otro hombre, que apestaba a vino, estaba tendido cerca en medio de un charco de vómito. Asa estaba enroscado en una pelota, roncando.

—Es hora de levantarte, corazón. —Lo sacudí suavemente.

Se puso rígido bajo mi mano. Sus ojos se abrieron bruscamente. Se llenaron de terror. Hice presión hacia abajo cuando intentó ponerse en pie.

—Te hemos pillado de nuevo —dije.

Tragó ansiosas bocanadas de aire. No consiguió emitir ninguna palabra.

—Tómalo con calma, Asa. Nadie va a hacerte daño. Sólo queremos que nos muestres dónde cayó Cuervo. —Retiré mi mano.

Rodó lentamente sobre sí mismo, nos miró como un gato acorralado por una jauría de perros.

—Siempre decís que sólo queréis algo. —Protestó.

—Sé amable, Asa. No queremos mostrarnos desagradables. Pero lo haremos si es

necesario. Tenemos cuatro días antes de que la Dama llegue aquí. Debemos encontrar a Linda antes de entonces. Tú puedes ayudarnos. Lo que hagas después es asunto tuyo.

Un Ojo bufó suavemente. Tuvo visiones de Asa con la garganta abierta de lado a lado. Imaginó que el hombrecillo no merecía nada mejor.

—Sólo tenéis que bajar por el Camino a Temblos. Girad a la izquierda en el primer camino de granja pasado el mojón de los treinta kilómetros. Dirigíos al este hasta que lleguéis al lugar. Son unos doce kilómetros. El camino se convierte en un sendero. No os preocupéis por eso. Simplemente seguid adelante y llegaréis allí. — Cerró lo ojos, rodó sobre sí mismo y fingió roncar.

Hice una seña a Lamprea y Pivote.

—Ponedlo en pie.

—¡Hey! —Fue casi un gañido—. Ya os lo he dicho todo. ¿Qué más queréis?

—Quiero que vengas con nosotros. Sólo por si acaso.

—¿Por si acaso qué?

—Por si acaso mientes; quiero echarte la mano encima en seguida.

—No creemos que Cuervo está muerto —añadió Un Ojo.

—Yo lo vi.

—Viste algo —contraataqué—. No creo que fuera Cuervo. Adelante. —Lo agarramos por los brazos. Le dije a Lamprea que se ocupara de conseguirnos caballos y provisiones. Envié a Pivote a comunicarle al Teniente que no volveríamos hasta mañana. Le di a Lamprea un puñado de monedas de plata del cofre de Cuervo. Los ojos de Asa se desorbitaron ligeramente. Reconoció la acuñación, si no la fuente inmediata.

—No podéis arrastrarme de un lado para otro —protestó—. No tenéis ningún poder sobre mí. Cuando salgamos a la calle todo lo que tengo que hacer es ponerme a gritar y...

—Y desearás no haberlo hecho —dijo Un Ojo. Hizo algo con las manos. Un suave brillo violeta formó una telaraña entre sus dedos, se coaguló en algo parecido a una serpiente que se deslizó por encima y por debajo de sus dedos—. Este pequeño amigo de aquí puede arrastrarse al interior de tu oreja y devorar tus ojos desde dentro. No podrás gritar lo bastante fuerte o lo bastante aprisa como para impedir que te lo lance.

Asa tragó saliva y se mostró más dócil.

—Todo lo que quiero es que nos muestres el lugar —dije—. Aprisa. No tenemos mucho tiempo.

Asa se rindió. Esperaba lo peor de nosotros, por supuesto. Había pasado demasiado tiempo en compañía de villanos peores que nosotros.

Lamprea tenía los caballos en menos de media hora. Pivote necesitó otra media hora para reunirse con nosotros. Tratándose de Pivote, se demoró más de lo preciso, y cuando apareció Un Ojo le lanzó una mirada tal que palideció y medio dejó caer su

espada.

—Adelante —gruñí. No me gustaba la forma en que la Compañía se estaba enroscando sobre sí misma, como un animal herido lamiéndose el flanco. Inicé un rápido trote, esperando mantener a todo el mundo demasiado cansado y ocupado como para hacerse preguntas.

Las direcciones de Asa demostraron ser exactas y fáciles de seguir. Me sentí complacido, y cuando él lo vio pidió permiso para volverse.

—¿Por qué estás tan ansioso por permanecer lejos de este lugar? ¿Qué hay ahí fuera que te asusta tanto?

Se necesitó un poco de presión, con Un Ojo conjurando de nuevo su serpiente violeta, para soltar las mandíbulas de Asa.

—Vine ahí fuera inmediatamente después de regresar de Enebro. Porque vosotros no me creíais acerca de Cuervo. Pensé que quizá tuvierais razón y que de alguna forma me hubiera engañado. Así que deseaba ver cómo podía haber sucedido. Y...

—¿Y?

Nos miró de uno en uno, estimó nuestro talante.

—Hay otro de esos *lugares* ahí fuera. No estaba aquí cuando él murió. Pero ahora sí está.

—¿Lugares? —pregunté—. ¿Qué tipo de lugares?

—Como el castillo negro. Hay uno ahí en el sitio donde él murió. Justo en medio del claro.

—Es un truco —gruñó Un Ojo—. Intenta meternos en algo. Voy a degollar a ese tipo, Matasanos.

—No, no lo vas a hacer. Lo dejarás tranquilo. —Durante el siguiente kilómetro interrogué a fondo a Asa. No me dijo nada más de importancia.

Lamprea cabalgaba delante, puesto que era un soberbio explorador. Levantó una mano. Me uní a él. Señaló boñigas de caballo en el sendero.

—Estamos siguiendo a alguien. No muy atrás. —Desmontó, removié las boñigas con un palo, recorrió semiagachado un poco más del camino—. Monta algo grande. Una mula o un caballo de tiro.

—¡Asa!

—¿Eh? —El hombrecillo casi chilló.

—¿Qué hay ahí delante? ¿Adónde se encamina ese tipo?

—No hay nada ahí delante. Que yo sepa. Quizá sea un cazador. Venden mucha caza en los mercados.

—Quizá.

—Seguro —dijo Un Ojo, sarcástico, jugando con su serpiente violeta.

—¿Qué te parece si ponemos un poco de silencio a la situación, Un Ojo? ¡No! Quiero decir para que nadie nos oiga acercarnos. Asa. ¿Cuánto falta para llegar?

—Unos tres kilómetros, calculo. ¿Por qué no me dejáis marchar ahora? Así podré volver a la ciudad antes del anochecer.

—No. Tú vas adonde vayamos nosotros. —Miré de reojo a Un Ojo. Estaba haciendo lo que había pedido. Podíamos escucharnos los unos a los otros, pero eso era todo—. Monta, Lamprea. Sólo es un individuo.

—¿Pero qué individuo, Matasanos? Supón que es una de esas cosas arrastrantes. Quiero decir, si ese lugar en Enebro tenía todo un batallón que había brotado de la nada, ¿por qué no debería tener algunos este lugar?

Asa emitió una serie de sonidos que indicaban que había estado albergando los mismos pensamientos. Lo cual explicaba por qué estaba ansioso por volver a la ciudad.

—¿Viste algo cuando estuviste aquí, Asa?

—No. Pero vi que la hierba estaba pisoteada como si algo fuera y viniera por ahí.

—Presta atención cuando llegemos allí, Un Ojo. No quiero sorpresas.

Veinte minutos más tarde Asa me dijo:

—Ya casi estamos. Quizá doscientos metros arroyo arriba. ¿Debo quedarme?

—Deja de hacer preguntas estúpidas. —Miré a Lamprea, que señaló un rastro. Alguien seguía todavía delante de nosotros—. Desmontad. Y dejaos de chácharas. A partir de aquí hablaremos con los dedos. Tú, Asa, no abras la boca para nada. ¿Entendido?

Desmontamos, extrajimos nuestras armas, avanzamos a cubierto del conjuro de Un Ojo. Lamprea y yo alcanzamos el claro primero. Sonreí, hice seña a Un Ojo de que avanzara, señalé. Él también sonrió. Aguardamos un par de minutos, luego nos adelantamos, nos detuvimos detrás del hombre y sujetamos su hombro.

—Chozo de Castañas.

Chilló e intentó sacar un cuchillo, intentó echar a correr al mismo tiempo. Pivote y Lamprea lo detuvieron y lo trajeron de vuelta. Por aquel entonces yo ya me había arrodillado allá donde estaba arrodillado él, examinando los huesos dispersos.

PRADOVAL: EL CLARO

Alcé la vista a Chozo. Parecía resignado.

—Te atrapamos antes de lo que esperabas, ¿eh?

Balbuceó algo. Pude extraer poco sentido a lo que dijo porque estaba hablando de varias cosas a la vez. Cuervo. Las criaturas del castillo negro. Sus posibilidades de emprender una nueva vida. Sus problemas.

—Tranquilízate, Chozo. Estamos de tu lado. —Le expliqué la situación, diciéndole que teníamos cuatro días para encontrar a Linda. Halló difícil creer que la chica que había trabajado en El Lirio de Hierro pudiera ser la Rosa Blanca de los Rebeldes. No discutí con él, simplemente presenté los hechos—. Cuatro días, Chozo. Luego la Dama y los Tomados pueden estar aquí. Y te garantizo que ella te buscará a ti también. Ahora saben que falseamos tu muerte. Ahora probablemente han interrogado ya a la gente suficiente como para tener una idea de lo que pasó en Enebro. Estamos luchando por nuestras vidas, Chozo. —Contemplé el gran montículo negro y dije a nadie en particular—: Y esta cosa no nos ayuda malditamente en nada.

Examiné de nuevo los huesos.

—Lamprea, ve lo que puedes sacar de esto. Un Ojo, tú y Asa repasad exactamente lo que él vio ese día. Paso a paso. Pivote, tú interpreta a Cuervo para ellos. Chozo, ven aquí conmigo.

Tanto Asa como Chozo hicieron lo indicado. Chozo, aunque estremecido por nuestro regreso a su vida, no parecía presa del pánico. Lo observé mientras Lamprea examinaba el suelo centímetro a centímetro. Chozo parecía haber crecido, haber hallado en sí algo que no había tenido la oportunidad de encontrar en el estéril suelo de Enebro.

Susurró:

—Mira, Matasanos, no sé nada acerca de todo eso de la Dama viniendo y de que tenéis que encontrar a Linda. Ni me importa. —Señaló el montículo negro—. ¿Qué piensas hacer sobre esto?

—Una buena pregunta. —Chozo no tenía que explicar lo que significaba. Significaba que el Dominador no había aceptado su derrota final en Enebro. Había hecho su apuesta por anticipado. Tenía otro portal desarrollándose aquí, y creciendo rápido. Asa tenía razón temiendo a las criaturas del castillo. El Dominador sabía que tenía que apresurarse, aunque dudaba que esperara ser encontrado tan pronto—. No hay mucho que *podamos* hacer, cuando piensas bien en ello.

—Pero tenéis que hacer algo. Mira, lo sé. Tuve tratos con esas cosas. Lo que nos hicieron a mí y a Cuervo y a Enebro... Demonios, Matasanos, no puedes dejar que pase de nuevo aquí.

—No he dicho que no deseara hacer algo. He dicho que no puedo. No le pides a un hombre con una navaja de bolsillo que tale un bosque y construya una ciudad. No dispone de las herramientas.

—¿Quién dispone de ellas?

—La Dama.

—Entonces...

—Tengo mis límites, amigo. No voy a dejarme matar por Pradoval. No voy a dejar que mi gente sea barrida por una gente a la que no conozco. Quizá tengamos una deuda moral. Pero no creo que sea tan grande como eso.

Gruñó, comprendiendo sin aceptar. Yo estaba sorprendido. Sin que hubiera dicho demasiado, tuve la sensación de que Chozo había iniciado una cruzada. Un gran villano intentando comprar su redención. No le culpaba en lo más mínimo por ello. Pero podía hacerlo sin la Compañía y sin mí.

Observé a Un Ojo y a Asa recorrer con Pivote siguiendo todo lo que había hecho Cuervo el día que murió. Desde donde estaba sentado no podía ver ningún fallo en la historia de Asa. Esperaba que Un Ojo tuviera una visión mejor. Si había alguien que pudiera hallar el ángulo adecuado era él. Era tan bueno con la magia de escenario como con la auténtica hechicería.

Recordé que Cuervo había sido también bastante bueno con los trucos. Había hecho aparecer cuchillos de la nada. Pero tenía otros trucos con los que había entretenido a Linda.

—Mira aquí, Matasanos —dijo Lamprea.

Miré. No vi nada anormal.

—¿Qué?

—Cruzando la hierba en dirección al montículo. Casi ha desaparecido ya, pero está ahí. Como un rastro. —Mantuvo separadas las hojas de hierba.

Me tomó un tiempo verlo. Sí, el más débil atisbo de algo brillante, como el rastro viejo del paso de un caracol. Un escrutinio más detenido mostró que debió de empezar más o menos allá donde había estado el corazón del cadáver. Fue preciso un poco de trabajo para poder discernirlo, porque los carroñeros habían desgarrado los restos.

Examiné la mano desprovista de carne. Los anillos seguían en los dedos. También había diversos pertrechos de metal y varios cuchillos esparcidos por los alrededores.

Un Ojo trabajó por encima de Lamprea sobre los huesos.

—¿Y bien? —pregunté.

—Es posible. Con un poco de mala orientación y magia de escenario. No podría decirte cómo lo hizo. Si lo hizo.

—Tenemos el cuerpo —dije, señalando los huesos.

—Es él —insistió Asa—. Mirad. Todavía lleva sus anillos. Y ésta es la hebilla de su cinturón, y la espada y los cuchillos. —Pero una sombra de duda se arrastró en su voz. Estaba empezando a decantarse hacia mi lado.

Y yo seguía preguntándome por qué el hermoso barco nuevo no había sido reclamado.

—Lamprea. Mira alrededor en busca de signos de alguien que fuera en otra dirección. Asa. ¿Has dicho que te fuiste tan pronto como viste lo que estaba ocurriendo?

—Sí.

—Bien. Dejemos de preocuparnos por eso e intenta imaginar lo que ocurrió aquí. Simplemente mira, este hombre muerto tenía algo que se convirtió en eso. —Señalé el montículo. Me sorprendió que tuviera tan poco problema en ignorarlo. Supongo que puedes acostumbrarte a cualquier cosa. Había desfilado alrededor del grande en Enebro hasta perder ese frío temor que me había aferrado durante un tiempo. Quiero decir, si los hombres pueden acostumbrarse a los mataderos, o a mi trabajo —soldado o cirujano—, entonces pueden acostumbrarse a cualquier cosa.

—Asa, tú estuviste con Cuervo. Chozo, él vivió en tu casa durante un par de años, y tú fuiste su socio. ¿Qué se trajo de Enebro que pudiera haber nacido a la vida y convertirse en eso?

Sacudieron las cabezas y miraron los huesos. Les dije:

—Pensad intensamente. Chozo, tenía que ser algo que tuviera cuando lo conocisteis. Dejó de subir a la colina mucho tiempo antes de que se encaminara al sur.

Pasaron uno o dos minutos. Lamprea había empezado a abrirse camino a lo largo del borde del claro. Yo tenía pocas esperanzas de que pudiera hallar huellas tanto tiempo después del hecho. No era un hombre de los bosques, pero conocía a Cuervo.

De pronto Asa jadeó.

—¿Qué? —restallé.

—Todo está aquí. Todo el metal, ¿sabes? Incluso sus botones y todo lo demás. Excepto una cosa.

—¿Qué?

—El collar que llevaba. Sólo lo vi un par de veces... ¿Qué ocurre, Chozo?

Me volví. Chozo estaba aferrándose el pecho encima del corazón. Su rostro estaba tan blanco como el mármol. Intentó buscar palabras que no querían salir. Empezó a arrancarse la camisa.

Pensé que estaba sufriendo un ataque. Pero cuando tendí la mano hacia él para ayudarlo se abrió la camisa y agarró algo que llevaba alrededor del cuello. Algo que colgaba de una cadena. Intentó arrancarlo por pura fuerza. La cadena no se rompió.

Le obligué a sacársela por encima de la cabeza, se la arrebaté de sus rígidos dedos, se la tendí a Asa.

Asa palideció un poco.

—Sí. Ésa es.

—Plata —dijo Un Ojo, y miró significativamente a Lamprea.

Ése también opinaba lo mismo. Y puede que tuviera razón.

—¡Lamprea! Ven aquí.

Un Ojo tomó la cosa, la alzó a la luz.

—Una buena artesanía —murmuró, luego la arrojó al suelo y saltó como una rana fuera de su hoja de lirio de agua. Mientras trazaba un arco en el aire, ladró como un chacal.

Destelló una luz. Me di la vuelta. Dos criaturas del castillo estaban de pie al lado del montículo negro, inmovilizadas a medio paso, en el acto de correr hacia nosotros. Chozo maldijo. Asa chilló. Pivote pasó rápidamente por mi lado y hundió hasta la empuñadura su hoja en un pecho. Yo hice lo mismo, tan confundido que ni siquiera recordé las dificultades que había tenido en nuestro anterior encuentro.

Ambos golpeamos al mismo tiempo. Ambos retiramos rápidamente nuestras armas.

—El cuello —jadeé—. Busca la vena en el cuello.

Un Ojo estaba en pie de nuevo, listo para la acción. Me dijo más tarde que había captado movimiento con el rabillo del ojo, había saltado justo a tiempo para eludir algo lanzado contra él. Sabían a quién atacar primero. Quién era el más potente.

Lamprea vino desde atrás cuando las cosas empezaron a moverse, añadió su hoja a la confrontación. Lo mismo hizo Chozo, para mi sorpresa. Saltó a la refriega con un cuchillo de un palmo de largo, se agachó, se lanzó contra los corvejones.

La cosa fue breve. Un Ojo nos había proporcionado el momento que necesitábamos. Fueron testarudos al respecto, pero murieron. El último en caer miró a Chozo, sonrió y dijo:

—Chozo de Castañas. Serás recordado.

Chozo empezó a temblar.

—Te conocía, Chozo —dijo Asa.

—Es uno a quien le entregué cuerpos. Todas las veces menos una.

—Espera un minuto —señalé—. Sólo una criatura escapó de Enebro. No parece probable que fuera el que tú conocías... —Me detuve. Había observado algo inquietante. Las dos criaturas eran idénticas. Incluso una cicatriz que cruzaba su pecho cuando retiré sus oscuras ropas. La criatura que el Teniente y yo habíamos arrastrado colina abajo tras haberla matado delante de la puerta del castillo tenía una cicatriz idéntica.

Mientras todos los demás sufrían los temblores *post* ataque, Un Ojo preguntó a Lamprea:

—¿Viste algo plateado alrededor de Huesos Viejos? ¿Cuando comprobaste la primera vez?

—Uh...

Un Ojo alzó el collar de Chozo.

—Puede que se pareciera a esto. Fue lo que lo mató.

Lamprea tragó saliva y rebuscó en un bolsillo. Sacó un collar idéntico al de Chozo, excepto que las serpientes no tenían ojos.

—Ajá —dijo Un Ojo, y alzó el collar de Chozo a la luz—. Ajá. Fueron los ojos. Cuando el momento fue el correcto. El momento y el lugar.

Yo estaba más interesado en qué otra cosa podía salir del montículo negro. Arrastré a Lamprea hacia el lado, hallé la entrada. Parecía como la entrada a una choza de barro. Supongo que no se convertiría en una auténtica puerta hasta que el lugar hubiera crecido lo suficiente. Señalé las huellas.

—¿Qué te dicen?

—Me dicen que hay mucho ajetreo aquí y que deberíamos marcharnos. Hay más de ellos.

—Sí.

Nos reunimos con los demás. Un Ojo estaba envolviendo el collar de Chozo con un trozo de tela.

—Volvemos a la ciudad. Voy a sellar esto en algo hecho de acero y a hundirlo en el puerto.

—Destruyelo, Un Ojo. El mal siempre halla su camino de vuelta. El Dominador es un ejemplo perfecto.

—Sí. De acuerdo. Si puedo.

La acometida de Elmo al interior del castillo negro acudió a mi mente mientras lo organizaba todo para salir de allí. Había cambiado de opinión acerca de pasar la noche fuera de Pradoval. Podíamos recorrer la mayor parte del camino de vuelta antes de que cayera la noche. Pradoval, como Enebro, no tenía murallas ni puertas. No podíamos quedar encerrados fuera.

Dejé que Elmo descansara en la parte de atrás de mi cabeza hasta que el pensamiento madurara. Cuando lo hizo, me sentí estupefacto.

Un árbol asegura su reproducción enviando un millón de semillas. Una seguramente sobrevivirá, y crecerá un nuevo árbol. Imaginé una horda de luchadores entrando de las entrañas del castillo negro y hallando amuletos de plata por todas partes. Los imaginé llenándose los bolsillos.

Tenía que ser así. Aquel lugar estaba condenado. El Dominador debió de saberlo antes incluso que la Dama.

Mi respeto hacia el viejo diablo creció. El hábil bastardo.

No fue hasta que estuvimos de vuelta en el Camino a Temblosa que pensé en preguntarle a Lamprea si había visto alguna evidencia de que alguien hubiera abandonado el claro por otro camino.

—No —dijo—. Pero eso no significa nada.

—No perdamos el tiempo parlotando —dijo Un Ojo—. Chozo, ¿no puedes hacer que esa maldita mula tuya vaya un poco más aprisa?

Estaba asustado. Y si él lo estaba, yo aún lo estaba más.

PRADOVAL: RASTRO ARDIENTE

Llegamos a la ciudad. Pero juro que pude captar algo que olisqueaba nuestro rastro antes de que alcanzáramos la seguridad de las luces. Regresamos a nuestros alojamientos sólo para descubrir que la mayoría de los hombres no estaban en ellos. ¿Adónde habían ido? A apoderarse del barco de Cuervo, supe.

Lo había olvidado. Sí. El barco de Cuervo... Y Silencioso estaba tras el rastro de Cuervo. ¿Dónde estaría ahora? ¡Maldita sea! Más pronto o más tarde Cuervo lo conduciría al claro... Una forma de descubrir si Cuervo lo había abandonado, por supuesto. También una forma de perder a Silencioso.

—Un Ojo. ¿Puedes localizar a Silencioso?

Me miró de una forma extraña. Estaba cansado y deseaba dormir.

—Mira, si sigue todos los movimientos de Cuervo, terminará llegando a ese claro.

Un Ojo gruñó y exhibió varios espectaculares gestos de disgusto. Luego revolvió en su saco mágico en busca de algo que se parecía a un dedo disecado. Lo llevó a un rincón y pareció comunicarse con él, luego regresó para decir:

—He establecido una línea hasta él. Lo encontraré.

—Gracias.

—De nada, bastardo. Tendría que hacerte venir conmigo.

Me senté junto al fuego, con una gran cerveza en las manos, y me sumí en mis pensamientos. Al cabo de un rato le dije a Chozo:

—Tenemos que volver ahí fuera.

—¿Eh?

—Con Silencioso.

—¿Quién es Silencioso?

—Otro miembro de la Compañía. Un hechicero. Como Un Ojo y Goblin. Está tras el rastro de Cuervo, siguiendo cada uno de los movimientos que hizo desde el momento en que llegó. Imaginé que podría rastrearlo, o al menos decir por sus movimientos si estaba planeando engañar a Asa.

Chozo se encogió de hombros.

—Si hay que hacerlo, hay que hacerlo.

—Hum. Me asombras, Chozo. Has cambiado.

—No lo sé. Quizás hubiera podido hacerlo todo el tiempo. Simplemente sé que esta cosa no puede ocurrir de nuevo, a nadie más.

—Sí. —No mencioné mis visiones de cientos de hombres saqueando amuletos de la fortaleza en Enebro. No necesitaba saber eso. Tenía una misión. No podía hacer que sonara imposible.

Fui abajo y pedí al posadero más cerveza. La cerveza me vuelve soñoliento. Tenía una noción. Una posibilidad. No la compartí con nadie. Los otros no se hubieran

sentido complacidos.

Al cabo de una hora hice una pausa y me arrastré a mi habitación, más intimidado por el pensamiento de regresar a aquel claro que por lo que esperaba conseguir ahora.

* * *

El sueño tardó en llegar, con o sin cerveza. No podía relajarme. Intentaba tenderme y atraerla hacia mí. Lo cual no significaba nada en absoluto.

Era una débil y estúpida esperanza el que ella regresara tan pronto. Yo la había rechazado. ¿Por qué debería hacerlo? ¿Por qué no debería olvidarme hasta que sus secuaces me atraparan y me llevaran encadenado hasta ella?

Quizás *hay* una conexión a un nivel que no comprendo. Porque desperté de mi somnolencia, pensando que necesitaba visitar los urinarios de nuevo, y descubrí aquel resplandor dorado colgando encima de mí. O quizá no desperté, sino sólo soñé que lo hacía. No puedo estar seguro. Siempre parece todo tan onírico en retrospectiva.

No aguardé a que ella tomara la iniciativa. Empecé a hablar. Hablé rápido y le dije todo lo que necesitaba saber acerca del montículo en Pradoval y acerca de la posibilidad de que las tropas hubieran llevado cientos de semillas procedentes del castillo negro.

—¿Me dices esto cuando estás decidido a ser mi enemigo, médico?

—No quiero ser tu enemigo. Seré tu enemigo tan sólo si no me dejas otra opción.

—Abandoné el debate—. No podemos manejar esto. Y tiene que ser manejado, de alguna forma. Todo esto tiene que ser manejado. Ya hay suficiente maldad en el mundo tal como es. —Le dije que habíamos descubierto un amuleto sobre un ciudadano de Enebro. No dije ningún nombre. Le dije que lo dejaríamos allá donde estuviéramos seguros de que ella lo encontraría cuando llegara a Pradoval.

—¿Llegar a Pradoval?

—¿No estás de camino hacia aquí?

Una ligera sonrisa, secreta, perfectamente consciente de que yo estaba echando el anzuelo. Ninguna respuesta. Sólo una pregunta.

—¿Dónde estarás?

—Lejos. Muy lejos de aquí.

—Quizá. Veremos. —El globo dorado se desvaneció.

Había cosas que todavía deseaba decir, pero no tenían nada que ver con el problema que nos ocupaba. Preguntas que deseaba formular. No lo hice.

La última mota dorada me dejó con un susurrado:

—Te debo una, médico.

* * *

Un Ojo entró poco antes del amanecer, con un aspecto mucho peor que de costumbre. Silencioso le seguía a pocos pasos, también en un estado lamentable.

Había estado tras el rastro de Cuervo sin descanso. Un Ojo dijo:

—Lo alcancé justo a tiempo. Otra hora y se hubiera encaminado fuera. Lo convencí a que aguardara hasta que se hiciera de día.

—Muy bien. ¿Quieres despertar a los demás? Saldremos pronto; deberíamos poder estar de regreso antes del anochecer.

—¿Qué?

—Pensé que estaba muy claro. Tenemos que volver ahí fuera. Ahora. Hemos gastado ya uno de nuestros días.

—Hey, hombre. Estoy agotado. Moriré si haces que...

—Duerme en la silla. Ése ha sido siempre uno de tus grandes talentos. Dormir en cualquier parte, en cualquier momento.

—Oh, mi doliente trasero.

Una hora más tarde nos encaminábamos Camino a Temblosa abajo, con Silencioso y Otto añadidos al grupo. Chozo insistió en venir, aunque yo estaba dispuesto a excusarlo. Asa decidió que quería venir también. Quizá porque pensaba que Chozo extendería un paraguas de protección. Había empezado a hablar de una misión como había hecho Chozo, pero un sordo podría oír la falsedad en su tono.

Esta vez fuimos más rápidos, y Chozo tenía un auténtico caballo. Llegamos al claro al mediodía. Mientras Silencioso olisqueaba los alrededores, di un vistazo más atento al montículo.

Ningún cambio. Excepto que las dos criaturas muertas habían desaparecido. No necesitaba los ojos de Lamprea para ver que habían sido arrastradas a través del agujero de entrada.

Silencioso se abrió camino alrededor del claro hasta un punto casi idéntico a aquél donde el rastro de la criatura entraba en el bosque. Entonces levantó un brazo, señaló. Me apresuré, y no tuve que leer la danza de sus dedos para saber lo que había encontrado. Su rostro revelaba la respuesta.

—Lo encontraste, ¿eh? —pregunté con más entusiasmo del que sentía. Había empezado a aceptar que Cuervo estaba muerto. No me gustaba lo que implicaba el esqueleto.

Silencioso asintió.

—¡Hey! —llamé—. Lo encontramos. Marchémonos. Traed los caballos.

Los otros se reunieron a nuestro alrededor. Asa parecía un poco demacrado. Preguntó:

—¿Cómo lo hizo?

Nadie tenía una respuesta. Varios de nosotros se preguntaron de quién era el esqueleto que yacía en el claro y como había llegado a llevar el collar de Cuervo. Me pregunte como el plan de Cuervo para desaparecer había encajado tan limpiamente con el del Dominador para sembrar un nuevo castillo negro.

Sólo Un Ojo parecía tener humor suficiente para hablar, y lo que brotó de sus labios fue una queja.

—Si seguimos esto no vamos a volver a la ciudad antes de que oscurezca —dijo. Dijo mucho más, sobre todo acerca de lo cansado que estaba. Nadie le prestó atención. Incluso aquellos de nosotros que habíamos descansado estábamos agotados.

—Abre camino Silencioso —dije—. Otto, ¿quieres ocuparte de su caballo? Un Ojo, sitúate en la retaguardia. Así no se producirá ninguna sorpresa desde atrás.

El sendero ni siquiera era sendero durante un tiempo, sólo un asomo de indicios entre la maleza. Estábamos sin aliento cuando interceptamos un sendero de caza. Cuervo también debió de estar exhausto, porque había girado hacia ese sendero y lo había seguido cruzando una colina, a lo largo de un arroyo, subiendo otra colina. Luego había girado hacia otro sendero menos hollado que corría a lo largo de un risco, hacia el Camino a Temblosos. Durante las siguientes dos horas hallamos varias de esas bifurcaciones. Cada vez Cuervo había tomado el que se dirigía más directamente al oeste.

—El bastardo se encaminó de vuelta al camino principal —dijo Un Ojo—. Hubiera podido imaginar, ir en la otra dirección, y ahorrarnos todo ese recorrido por entre la maleza.

Los hombres le gruñeron. Sus quejas eran ásperas. Incluso Asa arrojó una mirada ceñuda por encima del hombro.

Cuervo había tomado el camino largo, de eso no había ninguna duda. Supuse que habríamos recorrido al menos quince kilómetros antes de llegar a una cresta del risco y ver terreno despejado que descendía hasta el camino principal. A nuestra derecha había un cierto número de granjas. En la distancia allá delante se extendía la bruma azul del mar. El paisaje era en su mayor parte pardo, porque el otoño había descendido sobre Pradoval. Las hojas estaban cayendo. Asa señaló un bosquecillo de arces y dijo que estarían realmente hermosos dentro de otra semana. Extraño. Uno no piensa que tipos como él tengan sentido de la belleza.

—Ahí abajo. —Otto señaló un grupo de edificios a algo más de un kilómetro al sur. No parecían una granja—. Apuesto a que es una posada junto al camino —dijo—. ¿Apostáis algo a que es ahí donde se encaminó?

—¿Silencioso?

Asintió, pero a regañadientes. Deseaba atenerse al rastro para estar seguro. Montamos, le dejamos hacer a pie lo que faltaba hacer. Yo, por mi parte, había tenido ya bastante de patear la tierra.

—¿Qué te parece si nos quedamos ahí? —preguntó Un Ojo.

Observé el sol.

—Estoy pensándomelo. ¿Hasta qué punto crees que es seguro el lugar?

Se encogió de hombros.

—Sale humo de la chimenea ahí abajo. No parece que tengan problemas todavía.

Parecía como si leyera mi mente. Yo había estado examinando las granjas junto a las que pasábamos, buscando indicios de que las criaturas del montículo estuvieran haciendo incursiones por los alrededores. Todas las granjas habían parecido pacíficas

y activas. Supongo que las criaturas confinaban sus depredaciones a la ciudad, donde causaban menos excitación.

El rastro de Cuervo llegaba al Camino a Tembloso a menos de un kilómetro más arriba de los edificios que Otto había considerado que eran una posada. Busqué indicadores, no pude calcular cuánto más al sur de los veinte kilómetros estábamos. Silencioso hizo un gesto, señaló. Cuervo había girado realmente al sur. Seguimos adelante, y pronto pasamos el mojón de los veinticinco kilómetros.

—¿Hasta cuán lejos piensas seguirle, Matasanos? —preguntó Un Ojo—. Apuesto a que te encuentras a Linda aquí fuera y simplemente sigues andando.

—Sospecho que él lo hizo. ¿Cuán lejos está Tembloso? ¿Alguien lo sabe?

—Trescientos noventa y cinco kilómetros —respondió Pivote.

—¿Terreno difícil? ¿Posibilidad de encontrarse con problemas en el camino? ¿Bandidos y cosas así?

—No que yo haya oído —dijo Pivo—. Sin embargo, hay montañas. Algunas difíciles de cruzar. Se necesita un tiempo para hacerlo.

Hice algunos cálculos. Digamos tres semanas para cubrir esa distancia, sin apretar. Cuervo no podía apretar, con Linda a su lado, y los papeles.

—Un carro. Tuvo que disponer de un carro.

Silencioso había montado también. Llegamos rápidamente al edificio. Otto demostró que tenía razón. Era definitivamente una posada. Una chica salió mientras desmontábamos, nos miró con los ojos muy abiertos, volvió a entrar corriendo. Supongo que nuestro aspecto no debía de ser muy tranquilizador. Aquéllos que no parecíamos duros parecíamos más bien desagradables.

Un hombre gordo y preocupado salió estrangulando un delantal. Su rostro era incapaz de decidir si deseaba permanecer enrojecido o pálido.

—Buenas tardes —dije—. Queríamos comer algo y un poco de forraje para los animales.

—Vino —dijo Un Ojo apenas aflojó su cincha—. Necesito ahogarme en un barril de vino. Y un colchón de plumas.

—Supongo —dijo el hombre; su habla resultaba difícil de seguir. La lengua que se habla en Pradoval es un dialecto de la hablada en Enebro. En la ciudad no era difícil de seguir, gracias a las relaciones constantes entre Pradoval y Enebro. Pero este hombre hablaba un dialecto campesino con un ritmo alterado— que podéis pagar.

Saqué dos de las monedas de plata de Cuervo, se las tendí.

—Hazme saber cuando hayamos superado este límite. —Até las riendas a la barra de la entrada, subí las escaleras, le di una palmada en el brazo al pasar—. No te preocupes. No somos bandidos. Soldados. Seguimos a alguien que pasó por aquí hace un cierto tiempo.

Me recompensó con un incrédulo fruncimiento de ceño. Era evidente que no servíamos al Príncipe de Pradoval.

La posada era agradable, y aunque el hombre gordo tenía varias hijas, todo el mundo se comportaba. Después de comer y de que la mayoría se hubieran retirado a descansar, el posadero empezó a relajarse.

—¿Me responderás a algunas preguntas? —quise saber. Deposité una moneda de plata sobre la mesa—. Puede que tus respuestas valgan algo.

Se sentó delante de mí, me miró con los ojos entrecerrados sobre una gigantesca jarra de cerveza. Había vaciado aquel monstruo al menos seis veces desde nuestra llegada, lo cual explicaba las medidas de su cintura.

—¿Qué es lo que queréis saber?

—El hombre alto que no habla. Está buscando a su hija.

—¿Eh?

Señalé a Silencioso, que se había acomodado cerca del fuego, sentado en el suelo, doblado hacia adelante en su sueño.

—Una chica sordomuda que pasó por aquí hace un cierto tiempo. Probablemente conduciendo un carro. Puede que se encontrara con alguien aquí. —Describí a Cuervo.

Su rostro se puso blanco. Recordaba a Cuervo. Y no deseaba hablar de él.

—¡Silencioso!

Despertó de su sueño como picado por una avispa. Le envié un mensaje con los dedos. Sonrió desagradablemente. Le dije al posadero:

—No lo parece mucho, pero es un hechicero. Así es como están las cosas. El hombre que estuvo aquí quizá te dijo que volvería y te degollaría si decías nada. Eso es un riesgo remoto. Por otra parte, Silencioso, aquí, puede lanzar unos cuantos conjuros y hacer que tus vacas se sequen, tus campos se agosten, y tu cerveza y tu vino se vuelvan agrios.

Silencioso hizo uno de esos pequeños trucos perversos que tanto les divierten a él, a Un Ojo y a Goblin. Una bola de luz derivó por la sala común como un cachorrillo curioso, hurgando en las cosas.

El posadero me creyó lo suficiente como para no desear desafiar mi baladronada.

—De acuerdo. Sí. Estuvieron aquí. Tal como has dicho. Viene un montón de gente por aquí a lo largo de todo el verano, de modo que no les hubiera prestado mucha atención excepto porque, como dices, la chica era sorda y el hombre era un caso especial. Ella llegó por la mañana, como si hubiera viajado toda la noche. En un carro. Él llegó por la tarde, a pie. Se acomodaron ahí en una esquina. Se marcharon a la mañana siguiente. —Miró mi moneda—. Ahora que lo pienso, pagaron con las mismas curiosas monedas que vosotros.

—Sí.

—Venían de muy lejos, ¿eh?

—Sí. ¿Adónde iban?

—Al sur. Camino abajo. Por las preguntas que oí formular al hombre, imagino que se encaminaban a Humero.

Alcé una ceja. Nunca había oído hablar de ningún lugar llamado Humero.

—Costa abajo. Pasado Tembloso. Toma el Camino a Aguja fuera de Tembloso. El Camino a Retazos. En alguna parte al sur de Retazos hay un cruce donde puedes encaminarte al oeste. Humero se halla en la península de Salada. No sé exactamente dónde. Sólo lo que he oído a los viajeros.

—Hum. Un largo camino. ¿A qué distancia crees que está?

—Veamos. Trescientos cincuenta y ocho kilómetros a Tembloso. Alrededor de trescientos más a Aguja. Retazos se halla a unos doscientos noventa de Aguja, creo. ¿O quizás a trescientos noventa? No lo recuerdo exactamente. Ese cruce debe de estar a otros ciento cincuenta al sur de Retazos, luego Humero. No sé lo lejos que puede estar eso. Al menos otros doscientos. Quizá trescientos, cuatrocientos. Vi un mapa una vez, ese hombre me lo mostró. La península destaca como un pulgar.

Silencioso se nos unió. Sacó un trozo de papel y una diminuta pluma con punta de acero. Hizo que el posadero lo describiera todo de nuevo. Trazó un tosco mapa que ajustó a medida que el hombre gordo le decía que se parecía o no al mapa que había visto. Silencioso trasteó con una columna de cifras. Terminó con una estimación de más de mil quinientos kilómetros de Pradoval. Tachó el último dígito, luego escribió la palabra *días* y un signo más. Asentí.

—Probablemente un viaje de cuatro meses como mínimo —dije—. Más si pasan mucho tiempo descansando en cualquiera de esas ciudades.

Silencioso trazó una línea recta desde Pradoval hasta la punta de la península de Salada, escribió: *600 mll. est. a 6 nds. = 100 hrs.*

—Sí —dije—. Sí. Por eso el barco no partió. Tenía que darle una delantera. Creo que tendremos que hablar con la tripulación mañana. Gracias, posadero. —Empujé la moneda hacia él—. ¿Ha ocurrido algo extraño por aquí últimamente?

Una débil sonrisa distendió sus labios.

—No hasta hoy.

—No. Me refiero a vecinos desapareciendo o cosas así.

Sacudió negativamente la cabeza.

—No. A menos que contemos a Verrugoso. No se le ha visto desde hace un tiempo. Pero eso no es extraño.

—¿Por qué?

—Es un cazador. Opera en el bosque al este. Principalmente por las pieles, pero a veces me trae caza cuando necesita sal o algo. No suele venir regularmente, pero ahora ya hace un cierto tiempo que no se le ve. Normalmente viene a principios de otoño, para buscar provisiones para el invierno. Creí que era él cuando vuestro amigo cruzó la puerta.

—¿Eh? ¿Qué amigo?

—El que estáis siguiendo. El que iba con la hija de éste.

Silencioso y yo intercambiamos una mirada. Dije:

—Será mejor que no cuentes con ver a Verrugoso de nuevo. Creo que está

muerto.

—¿Qué te hace decir eso?

Le hablé un poco acerca de Cuervo fingiendo su propia muerte y dejando un cuerpo que había sido confundido con el suyo.

—Una mala cosa eso. Sí. Una mala cosa hacer algo así. Espero que lo atrapéis. — Sus ojos se entrecerraron ligeramente—. Espero que no forméis parte de esa pandilla que bajó de Enebro, ¿eh? Todo el mundo que se encamina al sur habla de cómo... — La furiosa mirada de Silencioso le hizo callar.

—Voy a dormir un poco —dije—. Si ninguno de mis hombres se ha levantado todavía, despiértame a la primera luz.

—Sí, señor —dijo el posadero—. Y te prepararé un buen desayuno, señor.

PRADOVAL: PROBLEMAS

Y un buen desayuno tomamos. Le di al posadero otra moneda de plata como propina. Debió de considerarme loco.

Casi un kilómetro camino arriba Un Ojo señaló un alto.

—¿Simplemente vas a dejarlos así? —preguntó.

—¿A quiénes?

—A esa gente. El primer Tomado que llegue aquí descubrirá todo lo que hicimos.

Mi corazón dio un vuelco. Sabía a lo que se refería. Había pensado en ello antes. Pero era incapaz de dar la orden.

—No importa —dije—. Todo el Mundo en Pradoval va a saber que nos hemos marchado.

—Todo el mundo en Pradoval no sabe a dónde nos dirigimos. No me gusta la idea más que a ti, Matasanos. Pero tenemos que cortar el rastro en alguna parte. Cuervo no lo hizo. Y nosotros vamos tras él.

—Sí. Lo sé. —Miré a Asa y Chozo. Tampoco se lo estaban tomando bien. Asa, al menos, imaginaba que él sería el próximo.

—No podemos llevarlos con nosotros, Matasanos.

—Lo sé.

Giró en redondo, empezó a volver sobre sus pasos. Solo. Ni siquiera Otto se le unió, y Otto tenía muy poca conciencia.

—¿Qué va a hacer? —preguntó Asa.

—Usar su magia para hacerles olvidar —mentí—. Sigamos. Podrá alcanzarnos.

Chozo no dejó de lanzarme miradas. Supongo que se parecían a las que debió de lanzarle a Cuervo cuando descubrió que Cuervo estaba en el negocio de los cadáveres. No dijo nada.

Un Ojo nos alcanzó una hora más tarde. Estalló en una carcajada.

—Se habían ido —dijo—. Toda la bendita gente, con todos sus perros y su ganado. A los bosques. Malditos campesinos. —Se rió de nuevo, casi histéricamente. Sospeché que se sentía aliviado.

—Han pasado dos días y un poco más —dije—. Apresurémonos. Cuanto antes partamos, mejor.

Alcanzamos las afueras de Pradoval cinco horas más tarde, sin habernos apresurado tanto como hubiera deseado. Cuando entramos en la ciudad nuestro paso se hizo más lento. Creo que todos lo captamos. Finalmente me detuve.

—Pivo, tú y Asa id por ahí y ved lo que podéis escuchar. Esperaremos en aquella fuente de ahí. —No había niños por las calles. Los adultos que vi parecían aturdidos. Aquellos que se cruzaban con nosotros se apartaban tanto como les era posible.

Pivo estuvo de vuelta en dos minutos. No había perdido el tiempo.

—Problemas graves, Matasanos. Los Tomados llegaron aquí esta mañana. Gran jaleo en los muelles.

Miré en aquella dirección. Un fantasma de humo se elevaba hacia el cielo en aquel lugar, como si señalara los residuos de un gran incendio. El cielo al oeste, en la dirección hacia la que soplaba el viento, tenía un aspecto sucio.

Asa regresó un minuto más tarde con la misma noticia y más.

—Ha habido una gran pelea con el Príncipe. Algunos dicen que todavía no ha terminado.

—No puede haber sido una pelea muy grande —dijo Un Ojo.

—No sé —murmuré—. Ni siquiera la Dama puede estar en todas partes a la vez. ¿Cómo demonios llegaron tan rápido hasta aquí? Ya no tienen alfombras.

—Por tierra —dijo Chozo.

—¿Por tierra? Pero...

—Es más corto que por mar. El camino es más directo. Si cabalgas duro, día y noche, puedes hacerlo en dos días. Cuando era chico solían hacer carreras. Se interrumpieron cuando el nuevo Duque se hizo con el poder.

—Supongo que no importa. Bien. ¿Y ahora qué?

—Descubramos lo que ha pasado —dijo Un Ojo. Murmuró—: Si ese bastardo de Goblin se ha hecho matar, le retorceré el cuello.

—Muy bien. Pero ¿cómo lo hacemos? Los Tomados nos conocen.

—Yo iré —se ofreció voluntario Chozo.

No se pueden imaginar miradas más duras que las que lanzamos a Chozo de Castañas. Se estremeció por un momento. Luego:

—No dejaré que me atrapen. De todos modos, ¿por qué deberían fijarse en mí? No me conocen.

—Muy bien —dije—. Movámonos.

—Matasanos...

—Debemos confiar en él, Un Ojo. A menos que quieras ir tú mismo.

—No. Chozo, si lo estropeas me ocuparé de ti aunque tenga que hacerte volver de la tumba.

Chozo sonrió débilmente, se marchó. A pie. No mucha gente cabalga por las calles de Pradoval. Hallamos una taberna y nos aposentamos en ella, dos hombres en la calle para vigilar. El sol se había puesto antes de que Chozo regresara.

—¿Y bien? —pregunté, pidiendo otra jarra de cerveza.

—No son buenas noticias. Vuestra gente está atrapada. Vuestro Teniente desamarró el barco. Veinte, veinticinco de los vuestros resultaron muertos. El resto partió con el barco. El Príncipe perdió...

—No todos ellos —dijo Un Ojo, y señaló con un dedo por encima de su jarra—. Alguien te siguió, Chozo.

Chozo se volvió, aterrado.

Goblin y Prestamista estaban de pie en la puerta. Presta no estaba en muy buen

estado. Entró cojeando y se derrumbó en una silla. Comprobé sus heridas. Goblin y Un Ojo intercambiaron miradas que tal vez significaran algo, pero que probablemente significaban tan solo que se alegraban de verse.

Los demás clientes de la taberna empezaron a desaparecer. La noticia de quiénes éramos se había difundido. Sabían que había mala gente persiguiéndonos.

—Siéntate, Goblin —dije—. Pivo, tú y Otto id a buscar caballos de refresco. — Les di la mayor parte del dinero que tenía—. Y también todas las provisiones que podáis adquirir. Creo que nos espera un largo viaje. ¿No es así, Goblin?

Asintió.

—Oigámoslo.

—Susurro y el Renco aparecieron esta mañana. Venían con cincuenta hombres. Hombres de la Compañía. Buscándonos. Hicieron tanto ruido que los oímos llegar. El Teniente envió aviso a todos los que estaban en tierra. Algunos no consiguieron subir a bordo a tiempo. Susurro se encaminó hacia el barco. El Teniente tuvo que largar amarras. Dejamos diecinueve hombres atrás.

—¿Qué estáis haciendo aquí?

—Me ofrecí voluntario. Salté por la borda desde más allá de la punta, nadé hasta la orilla, regresé para esperaros. Se suponía que debía deciros dónde encontraros con el barco. Tropecé con Presta por accidente. Estaba remendándolo un poco cuando vi a Chozo husmeando por ahí. Lo seguimos hasta aquí.

Suspiré.

—Se encaminan a Humero, ¿eh?

Se mostró sorprendido.

—Sí. ¿Cómo lo sabes?

Se lo expliqué brevemente.

—Presta —dijo—, será mejor que les digas lo que sabes. Presta fue atrapado en la orilla. Es el único superviviente que pude encontrar.

—Esto es una aventura privada de los Tomados —dijo Presta—. Se presentaron aquí de improviso. Se suponía que debían de estar en alguna otra parte. Imaginé que era una oportunidad de desquitarse, supongo, ahora que no estamos en la lista de los favoritos de la Dama.

—¿Ella no sabe que están aquí?

—No.

Dejé escapar una risita. Pese a la gravedad de la situación, no pude evitarlo.

—Entonces van a encontrarse con una sorpresa. La vieja zorra no va a tardar en aparecer también. Tenemos otro castillo negro creciendo aquí.

Varios de ellos me miraron de reojo, preguntándose cómo podía saber lo que estaba haciendo la Dama. No le había explicado mi sueño a nadie excepto al Teniente. Terminé de informar a Prestamista.

—Puedes viajar, pero tómatelo con calma. ¿Cómo descubriste todo eso?

—Tembloroso. Hablamos un poco antes de que intentara matarme.

—¿Tembloroso? —bufó Un Ojo—. ¿Qué demonios?

—No sé lo que los Tomados les dijeron. Pero estaban excitados. Querían nuestros culos. Los muy mamones. La mayoría de ellos resultaron muertos a causa de eso.

—¿Muertos?

—El Príncipe..., se puso furioso de que los Tomados fueran por ahí como si la ciudad les perteneciera. Hubo una gran pelea con el Renco y nuestros chicos. Nuestros chicos fueron prácticamente barridos. Quizá lo hubieran hecho mejor si antes hubieran podido descansar.

Curioso. Hablábamos como si aquellos hombres y nosotros no nos hubiéramos convertido de algún modo en mortales enemigos. Y en mi caso sintiéndome amargado hacia los Tomados por haber hecho que me volviera contra ellos.

—¿Dijo algo Tembloroso acerca de Enebro?

—Sí. Tuvieron un auténtico baño de sangre a la antigua ahí arriba. No quedó mucho de nada. Contándonos a nosotros, la Compañía se vio reducida a seiscientos hombres cuando la Dama terminó con el castillo. Muchos más hombres resultaron muertos en los tumultos que siguieron, cuando ella vació las Catacumbas. Toda la maldita ciudad se volvió loca, con ese Hargadón liderando la revuelta. Nuestros hombres se vieron atrapados en Tejadura. Entonces la Dama perdió los estribos. Aplastó lo que quedaba de la ciudad.

Sacudí la cabeza.

—El Capitán adivinó lo de las Catacumbas.

—Jornada se hizo cargo de lo que quedaba de la Compañía —dijo Goblin—. Se suponía que debían marcharse con el botín tan pronto como lo hubieran reunido. La ciudad estaba tan destruida que no había ninguna razón para quedarse.

Miré a Chozo. Es imposible imaginar un rostro más pálido. El dolor y las preguntas se retorcían en su interior. Deseaba saber algo sobre su gente. No se atrevía a hablar por miedo de que alguien pudiera acusarle.

—No es culpa tuya, hombre —le dije—. El duque pidió a la Dama que acudiera antes de que tú te implicaras en ello. Hubiera ocurrido no importa lo que tú hubieses hecho.

—¿Cómo puede la gente hacer cosas así?

Asa le lanzó una mirada extraña.

—Chozo, eso es una tontería. ¿Cómo pudiste hacer tú todo lo que hiciste? La desesperación, eso es todo. Todo el mundo está desesperado. Hace locuras.

Un Ojo me lanzó una mirada de ¿qué hay acerca de eso? Incluso Asa podía pensar a veces.

—Presta. ¿Dijo algo Tembloroso acerca de Elmo? —Elmo seguía siendo mi mayor pesar.

—No. No pregunté. No tuvimos mucho tiempo.

—¿Cuál es el plan? —quiso saber Goblin.

—Nos dirigiremos al sur cuando Pivo y Otto vuelvan con los caballos y las

provisiones. —Un suspiro—. Van a ser tiempos duros. Tengo quizás un par de levas. ¿Qué hay de vosotros, chicos?

Catalogamos nuestros recursos. Dije:

—Tenemos problemas.

—El Teniente envió esto. —Goblin depositó un saquito sobre la mesa. Contenía cincuenta monedas de plata del castillo del botín de Cuervo.

—Eso ayudará. Pero tendremos que seguir rezando.

—Yo tengo algo de dinero —ofreció Chozo—. Bueno, bastante. Está allá donde vivía.

Le miré fijamente.

—No tienes que participar. Tú no formas parte de esto.

—Sí formo.

—Desde que te conozco no has dejado de intentar huir...

—Ahora tengo algo por lo que luchar, Matasanos. Lo que le hicieron a Enebro. No puedo dejarlo pasar.

—Yo tampoco —dijo Asa—. Todavía tengo la mayor parte del dinero que me dio Cuervo después de que asaltáramos las Catacumbas.

Miré en silencio a los demás. No respondieron. La decisión era cosa mía.

—De acuerdo. Id a buscarlo. Pero no os demoréis. Quiero marcharme tan pronto como pueda.

—Puedo alcanzaros por el camino —dijo Chozo—. No veo por que Asa no pueda también. —Se levantó. Tendió tímidamente la mano. Vacilé tan sólo un momento.

—Bienvenido a la Compañía Negra, Chozo.

Asa no hizo el mismo ofrecimiento.

—¿Crees que volverán? —preguntó Un Ojo después de que se hubieron ido.

—¿Qué opinas tú?

—Nada. Espero que sepas lo que estás haciendo, Matasanos. Podrían poner a los Tomados tras nuestro rastro si los cogen.

—Sí. Podrían. —De hecho, contaba con ello. Se me había ocurrido otra perversa idea—. Tomemos otra ronda. Va a ser la última durante largo tiempo.

LA POSADA: HUYENDO

Para mi *gran* sorpresa, Chozo nos alcanzó a quince kilómetros al sur de Pradoval. Y no iba solo.

—¡Por todos los santos! —oí gritar a Un Ojo en la retaguardia, y—: Matasanos, ven y mira esto.

Fui hacia atrás. Y ahí estaba Chozo. Con un grimoso Cabestro.

—Le prometí que lo sacaré si podía —dijo Chozo—. Tuve que sobornar a algunas personas, pero no fue difícil. En estos momentos todo el mundo se preocupa sólo por sí mismo.

Miré a Cabestro. Él me miró.

—¿Y bien? —dije.

—Chozo me dio su palabra, Matasanos. Supongo que estoy con vosotros. Si me lleváis. No tengo ningún otro lugar adonde ir.

—Maldita sea. Si aparece Asa, perderé mi fe en la naturaleza humana. También hará volar en pedazos una idea que tengo. De acuerdo, Cabestro. Qué demonios. Simplemente recuerda que no estamos en Enebro. Ninguno de nosotros. Estamos huyendo de los Tomados. Y no tenemos tiempo de discutir acerca de quién hizo qué o a quién. Si quieres pelea, guárdala para ellos.

—Tú eres el jefe. Simplemente ponme al corriente de las cosas. —Me siguió de vuelta a la cabeza de la columna—. No hay mucha diferencia entre tu Dama y alguien como Krage, ¿no?

—Es un asunto de proporción —dije—. Quizá tengas tu oportunidad más pronto de lo que crees.

* * *

Silencioso y Otto salieron trotando de la oscuridad.

—Lo hicisteis bien —dije—. Los perros ni siquiera ladraron. —Había enviado a Silencioso porque dominaba bien a los animales.

—Todos han vuelto de los bosques y están metidos en sus camas —informó Otto.

—Bien. Adelante. En silencio. Y no quiero que nadie sufra daño. ¿Entendido? ¿Un Ojo?

—Te he oído.

—Goblin. Prestamista. Chozo. Vosotros vigilad los caballos. Haré una señal con una linterna.

Ocupar la posada fue más fácil que planearlo. Pillamos a todo el mundo dormido porque Silencioso había atontado a sus perros. El posadero despertó bufando y resoplando y aterrado. Lo llevé escaleras abajo mientras Un Ojo vigilaba a todos los

demás, incluidos algunos viajeros que se encaminaban al norte y que representaban una complicación, pero que no causaron ningún problema.

—Siéntate —le dije al hombre gordo—. ¿Quieres té o cerveza por la mañana?

—Té —croó.

—Marchando. Bien. Hemos vuelto. No esperábamos hacerlo, pero las circunstancias han dictado un viaje por tierra. Quiero usar tu posada un par de días. Tú y yo necesitamos llegar a un acuerdo.

Lamprea trajo un té tan fuerte que apestaba. El hombre gordoapuró una taza del tamaño de las jarras en las que bebía su cerveza.

—No quiero hacer daño a nadie —proseguí, tras dar yo también un sorbo a mi taza—. Y te pagaré. Pero si lo quieres de este modo, tendrás que cooperar.

Gruñó.

—No quiero que nadie sepa que estamos aquí. Eso significa que ningún cliente puede marcharse. La gente que pase por aquí tiene que ver que las cosas parecen normales. ¿Lo captas?

Era más listo de lo que parecía.

—Estás esperando a alguien. —Ninguno de los hombres había imaginado aquello, no lo creo.

—Exacto. Alguien que te hará lo que esperas que yo te haga, sólo por estar aquí. A menos que mi emboscada funcione. —Tenía una loca idea. Podía hundirse si Asa me fallaba.

Creo que me creyó cuando afirmé que no tenía segundos planes para su familia. Por ahora. Preguntó:

—¿Es el mismo alguien que causó todo el tumulto en la ciudad ayer?

—Las noticias viajan aprisa.

—Las malas noticias sí.

—Sí. El mismo alguien. Mataron a unos veinte de los míos. También reventaron parte de la ciudad.

—Eso he oído. Como he dicho, las malas noticias viajan aprisa. Mi hermano fue una de las personas a las que mataron. Estaba en la guardia del Príncipe. Un sargento. Sólo uno de nosotros consiguió nunca nada. Fue muerto por algo que lo devoró, he oído. Pura hechicería.

—Sí. Es una mala cosa. Peor que mi amigo que no habla. —No sabía quién iría tras de nosotros. Estaba contando con que alguien lo hiciera, con Asa señalando el camino. También imaginaba que la persecución se desarrollaría rápidamente. Asa les diría que la Dama estaba camino de Pradoval.

El hombre gordo me miraba cautelosamente. El odio destellaba detrás de sus ojos. Intenté dirigirlo.

—Voy a matarle.

—Muy bien. ¿Lentamente? ¿Como a mi hermano?

—No lo creo. Si no es rápido y por sorpresa, ganará él. O ella. En realidad son

dos. No sé cuál vendrá. —Imaginaba que podíamos ganar mucho tiempo si podíamos eliminar a uno de los Tomados. La Dama estaría malditamente ocupada durante un tiempo con castillos negros con sólo dos pares de manos para ayudarla. También tenía una deuda emocional que pagar, y un mensaje que aclarar.

—Déjame alejar a mi esposa y los chicos —dijo—. Yo me quedaré contigo.

Deslicé mi mirada hacia Silencioso. Hizo un ligero gesto de asentimiento con la cabeza.

—Muy bien. ¿Qué hay de tus huéspedes?

—Los conozco. Se quedarán sin causar problemas.

—Bien. Ve a ocuparte de lo tuyo.

Se fue. Entonces tuve que enfrentarme con Silencioso y los demás. No había sido elegido para el mando. Estaba dejándome llevar por el impulso como el oficial de mayor graduación presente. Durante un tiempo las cosas se pusieron tensas. Pero ganó mi punto de vista.

El miedo es un motivador maravilloso. Motivó a Goblin y a Un Ojo como ninguna otra cosa que jamás hubiera visto. También motivó a los hombres. Prepararon todos los trucos que pudieron imaginar. Trampas. Escondites desde los cuales podía lanzarse un ataque, cada uno disimulado con un conjuro de ocultación. Armas preparadas con atención fanática.

Los Tomados no son invulnerables. Son simplemente duros de alcanzar, y todavía más cuando están preparados para enfrentarse a problemas. Viniera quien viniese.

Silencioso fue a los bosques con la familia del posadero. Regresó con un halcón que domesticó en un tiempo récord, y lo envió a patrullar el camino entre Pradoval y la posada. Así estaríamos avisados anticipadamente.

El posadero preparó platos aliñados con veneno, aunque le advertí que los Tomados raramente comían. Pidió consejo a Silencioso acerca de sus perros. Tenía toda una jauría de mastines salvajes y deseaba utilizarlos en la acción. Silencioso les halló un lugar en el plan. Hicimos todo lo que pudimos, y luego nos sentamos a esperar. Cuando terminó mi turno, fui en busca de algo de descanso.

Ella vino. Apareció casi en el momento mismo en que cerré los ojos. Por un momento me sumí en el pánico, intentando borrar de mi mente mi localización y mis planes. ¿Pero para qué? Ya me había localizado. Lo que había que ocultar era la emboscada.

—¿Has reconsiderado las cosas? —preguntó—. No puedes rechazarme. Te deseo, médico.

—Entonces, ¿por qué enviaste a Susurro y al Renco? ¿Para hacernos volver al redil? Mataron a la mitad de nuestros hombres, perdieron la mayoría de los suyos, destrozaron la ciudad, y no hicieron ni un solo amigo. ¿Es así como piensas conseguir que volvamos?

Ella no había tomado parte en nada de aquello, por supuesto. Prestamista había dicho que los Tomados estaban actuando por su cuenta. Deseaba ponerla furiosa y

distraerla. Deseaba saber su reacción.

Dijo:

—Se supone que tenían que encaminarse de vuelta al Túmulo.

—Seguro que sí. Sólo que siguen sus propios planes cada vez que se les antoja, para saldar cuentas con diez años de antigüedad.

—¿Saben dónde estás?

—Todavía no. —Ahora tenía la sensación de que ella tampoco podía localizarme exactamente—. Estoy fuera de la ciudad, escondido.

—¿Dónde?

Dejé que rezumara una imagen.

—Cerca del lugar donde está creciendo el nuevo castillo. Era el lugar más cercano que pudimos encontrar. —Imaginé que era imperativo un poco de verdad. De todos modos, deseaba que ella supiera el regalo que pensaba dejar.

—Quédate donde estás. No atraigas la atención. Llegaré pronto.

—Eso imaginé.

—No tientes mi paciencia, médico. Me diviertes, pero no eres invulnerable. Estos días mi temperamento está exaltado. Esta vez Susurro y el Renco han tentado demasiado su suerte.

La puerta de la habitación se abrió. Un Ojo dijo:

—¿Con quién estás hablando, Matasanos?

Me estremecí. Estaba al otro lado del resplandor, sin verlo. Yo estaba despierto. Respondí:

—Con mi amiga —y reí quedamente.

Un instante más tarde soporté un momento de intenso vértigo. Algo pareció desgajarse de mí, dejando un aroma a la vez de regocijo y de irritación. Me recuperé, hallé a Un Ojo arrodillado junto a mí, con el ceño fruncido.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

Sacudí la cabeza.

—Parece como si me hubieran vuelto la cabeza del revés. No puede haber sido esa cerveza. ¿Qué demonios pasa?

Frunció suspicazmente el ceño.

—El halcón de Silencioso ha vuelto. Vienen. Baja conmigo. Necesitamos reajustar el plan.

—¿Vienen? ¿Varios?

—El Renco y nueve hombres. Eso es lo que quiero decir, necesitamos reajustar el plan. En estos momentos las posibilidades parecen demasiado buenas para el otro bando.

—Sí. —Debían de ser hombres de la Compañía. La posada no les engañaría. Las posadas son los ejes de la vida tierra adentro. El Capitán las usaba con frecuencia para atraer a los Rebeldes.

Silencioso no tenía mucho que añadir, excepto que teníamos tan sólo el tiempo

que necesitarían nuestros perseguidores para cubrir diez kilómetros.

—¡Hey! —La vieja idea repentina. De pronto *supe* por qué los Tomados habían venido a Pradoval—. ¿Tienes un carro y su tiro? —le pregunté al posadero. Todavía no sabía su nombre.

—Sí. Lo utilizo para traer provisiones de Pradoval, del molino, del cervecero. ¿Por qué?

—Porque los Tomados están buscando esos papeles por los que hemos venido hasta aquí. —Tuve que revelar su procedencia.

—¿Los mismos que desenterramos en el Bosque Nuboso? —preguntó Un Ojo.

—Sí. Mirad. Atrapaalmas me dijo que en ellos está el auténtico nombre del Renco. También incluyen los papeles secretos del hechicero Bomanz, donde supuestamente se halla codificado el auténtico nombre de la Dama.

—¡Huau! —dijo Goblin.

—Exacto.

—¿Qué tiene que ver esto con nosotros? —preguntó Un Ojo.

—El Renco quiere recuperar su nombre. Supongamos que ve a un puñado de gente y un carro abandonar este lugar. ¿Qué imaginará? Asa le engañó diciéndole que estaban con Cuervo. Asa no sabe todo lo que hemos estado haciendo.

Silencioso intervino por signos.

—Asa está con el Renco.

—Correcto. Hizo lo que yo deseaba. Bien. El Renco imagina que estamos huyendo con los papeles. En especial si dejamos flotar unos cuantos indicios a nuestro alrededor.

—Ahora lo capto —dijo Un Ojo—. Excepto que no tenemos hombres suficientes para llevarlo a cabo. Sólo Cabestro y el posadero, al que Asa no conoce.

—Creo que será mejor que dejemos de hablar y empecemos a actuar —dijo Goblin—. Se están acercando.

Llamé al hombre gordo.

—Tus amigos del sur tienen que hacernos un favor. Diles que es su única posibilidad de salir de aquí con vida.

LA POSADA: EMBOSCADA

Los cuatro meridionales temblaban y sudaban. No sabían lo que estaba ocurriendo, ni les gustaba lo que veían. Pero habían llegado al convencimiento de que la cooperación era su única esperanza.

—¡Goblin! —grité escaleras arriba—. ¿Todavía no puedes verles?

—Casi. Cuenta hasta cincuenta, luego suéltalos.

Conté. Lentamente, obligándome a mantener un ritmo acompasado. Estaba tan asustado como los meridionales.

—¡Ahora!

Goblin bajó a toda prisa la escalera. Todos fuimos precipitadamente al establo, donde aguardaban los animales y el carro; salimos de allí a la carrera, nos precipitamos al camino, y salimos aullando hacia el sur como ocho hombres tomados por sorpresa. Detrás de nosotros el grupo del Renco se detuvo momentáneamente, intercambió una serie de palabras, luego se lanzó tras nosotros. Observé que el Renco marcaba el ritmo. Bien. Sus hombres no se mostraban ansiosos por enfrentarse a sus antiguos compañeros.

Yo mantenía la retaguardia, detrás de Goblin y Un Ojo y el carro. Un Ojo conducía. Goblin mantenía su montura directamente al lado del carro.

Subimos a toda prisa una curva ascendente donde el camino trepaba por una colina boscosa al sur de la posada. El posadero había dicho que el bosque se extendía a lo largo de kilómetros. Se había adelantado con Silencioso y Cabestro y los hombres que los meridionales pretendían ser.

—¡Hey! —gritó alguien mirando hacia atrás. Un trozo de tela roja se agitó a nuestro paso. Un Ojo se puso en pie en el carro, mirando fijamente las roderas mientras se preparaba. Goblin se le acercó. Un Ojo saltó.

Por un momento no creí que lo consiguiera. Goblin casi falló. Los pies de Un Ojo se arrastraron por el polvo. Luego trepó a la montura, se quedó sentado sobre su estómago detrás de su amigo. Me miró con ojos furiosos, desafiándome a que sonriera.

Sonreí de todos modos.

El carro golpeó el tronco preparado, saltó hacia arriba, se retorció. Los caballos chillaron, patearon, no pudieron retenerlo. Carro y caballos cayeron fuera del camino, se estrellaron contra los árboles, con los animales relinchando de dolor y de terror mientras el vehículo se desintegraba. Los hombres que habían hecho volcar el carro desaparecieron inmediatamente.

Espoleé mi montura hacia adelante, pasando a la de Goblin y Un Ojo y la de Prestamista, les grité a los meridionales, les hice señas de seguir adelante, seguí cabalgando a toda prisa.

A medio kilómetro más allá giré al sendero del que me había hablado el hombre gordo, me metí en el bosque lo suficiente como para no ser visto, me detuve lo suficiente para que Un Ojo pudiera sentarse bien. Luego dimos la vuelta apresuradamente, nos encaminamos a la posada.

Por encima de nosotros el Renco y su grupo llegaron al lugar donde yacía el destrozado carro, con los animales relinchando todavía.

Y empezó.

Gritos. Chillidos. Hombres muriendo. Siseos y aullar de conjuros. No creo que Silencioso tuviera una oportunidad, pero se había ofrecido voluntario. Se suponía que el carro distraería al Renco lo suficiente como para que el masivo ataque cayera sobre él.

El resonar proseguía todavía, apagado por la distancia, cuando alcanzamos campo abierto.

—No puede haber ido todo mal —exclamé—. La cosa sigue todavía.

No me sentía tan optimista como pretendía. No deseaba que la cosa siguiera tanto. Deseaba un golpe rápido, algo que le doliera fuerte al Renco, y luego desaparecer, causarle el daño suficiente como para hacerle retirarse a la posada a lamerse sus heridas.

Metimos los animales en el establo y nos encaminamos a nuestros escondites. Murmuré:

—¿Sabéis? No estaríamos ahora aquí si Cuervo lo hubiera matado cuando tuvo la oportunidad. —Hacía mucho tiempo, cuando yo había ayudado a capturar a Susurro, cuando ella intentaba llevar al Renco a su bando. Cuervo había tenido una fantástica oportunidad de acabar con él. No había sido capaz, aunque tenía cuentas que arreglar con los Tomados. Su compasión volvía para atormentarnos a todos.

Prestamista fue a la cochinera, donde había instalado una tosca balista ligera construida como parte de nuestro primitivo plan. Goblin lanzó un conjuro débil que hizo que Prestamista se pareciera a los demás cerdos. Yo deseaba que se mantuviera fuera de la acción si era posible. Dudaba que la balista pudiera ser usada.

Goblin y yo subimos escaleras arriba para vigilar el camino y la cresta del risco al este. Una vez se retirara, cosa que no había hecho cuando se suponía que debía hacerlo, Silencioso lo haría en la dirección tomada por los meridionales, a través del bosque hasta aquella cresta, para observar lo que ocurría en la posada. Mi esperanza era que algunos de los hombres del Renco fueran tras los meridionales. Eso no se lo había dicho a ellos. Esperaba que tuvieran el suficiente buen sentido como para seguir corriendo.

—¡Hey! —dijo Goblin—. Ahí está Silencioso. Lo consiguió.

Los hombres aparecieron brevemente. No pude decir quién era quién.

—Sólo tres de ellos —murmuré. Eso significaba que cuatro no lo habían conseguido—. ¡Maldita sea!

—Tuvo que funcionar —dijo Goblin—. De otro modo no estarían ahí.

No me sentí tranquilizado por aquello. No había tenido muchas oportunidades de mando en campaña. No había aprendido a enfrentarme a los sentimientos que se producen cuando sabes que algunos hombres han resultado muertos intentando cumplir tus órdenes.

—Ahí vienen.

Los jinetes abandonaron el bosque, ascendieron por el Camino a Tembloso entre las cada vez más largas sombras.

—Cuento seis hombres —dije—. No. Siete. No deben de haber ido tras los meridionales.

—Parece como si todos estuvieran heridos.

—El elemento sorpresa. ¿Está el Renco con ellos? ¿Puedes decirlo?

—No. Ése... Ése es Asa. Demonios, el que está en el tercer caballo es el viejo Chozo, y el posadero es el penúltimo.

Ligeramente positivo, entonces. Tenían la mitad de las fuerzas que habían tenido antes. Yo sólo había perdido a dos de los siete comprometidos.

—¿Qué hacemos si el Renco no está con ellos? —preguntó Goblin.

—Aceptar lo que nos venga. —Silencioso había desaparecido de la cresta.

—Ahí está el Renco, Matasanos. Delante del posadero. Parece como si estuviera inconsciente.

Aquello era mucho esperar. Pero no parecía como si el Tomado fuera una baja definitiva.

—Bajemos.

Miré a través de la rendija de una contraventana mientras entraban en el patio. El único miembro no herido del grupo era Asa. Tenía las manos atadas a la silla, los pies a los estribos. Uno de los hombres heridos desmontó, liberó a Asa, lo mantuvo apuntado con un cuchillo mientras ayudaba a los demás. Era evidente toda una variedad de heridas. Chozo parecía como si no estuviera vivo. El posadero estaba en mejores condiciones. Sólo parecía haber sido vapuleado a conciencia.

Hicieron que Asa y el hombre gordo desmontaran al Renco de su animal. Casi me hundí entonces. Al Tomado le faltaba la mayor parte del brazo derecho. Tenía varias heridas adicionales. Pero, por supuesto, se recuperaría si permanecía protegido por sus aliados. Los Tomados son duros.

Asa y el hombre gordo se dirigieron hacia la puerta. El Renco colgaba como una cuerda mojada. El posadero que cubría a Asa abrió la puerta.

El Renco pareció despertar.

—¡No! —chilló—. ¡Trampa!

Asa y el posadero lo dejaron caer. Asa empezó a patearle, con los ojos cerrados. El posadero silbó chillonamente. Sus perros salieron a la carrera del establo.

Goblin y Un Ojo se lanzaron. Yo salté fuera y fui hacia el Renco mientras éste intentaba ponerse en pie.

Mi hoja mordió el hombro del Renco por encima del muñón de su brazo derecho.

El puño de su otro brazo se alzó y se clavó en mi barriga.

El aire estalló fuera de mí. Casi perdí el sentido. Caí de rodillas en el suelo, con la sensación de que estaba echando las tripas por la boca, sólo vagamente consciente de lo que me rodeaba.

Los perros se lanzaron contra los hombres del Renco, lacerándolos salvajemente. Varios se lanzaron contra el Tomado. Éste los martilleó con su puño, y cada golpe dejaba un animal muerto.

Goblin y Un Ojo cargaron, lo golpearon con todo lo que tenían. Dispersó sus conjuros como agua de lluvia, golpeó a Un Ojo, se volvió hacia Goblin.

Goblin echó a correr. El Renco se lanzó tras él, tambaleante, con los mastines supervivientes lanzando dentelladas a sus espaldas.

Goblin corrió hacia la cochinera. Se lanzó de bruces al suelo antes de alcanzarla, se retorció débilmente en el lodo. El Renco llegó tras él, con el puño alzado para el remate.

La flecha de la balista de Prestamista partió en dos su esternón, se asomó un metro por su espalda. Se quedó allí tambaleante, un hombrecillo harapiento vestido de color pardo agarrando la flecha clavada en su pecho. Toda su voluntad pareció enfocarse en eso. Goblin se alejó arrastrándose. Dentro de la cochinera, Presta volvió a montar la balista y colocó otra jabalina en la ranura.

¡Tump! Ésta atravesó al Renco de parte a parte y cayó al suelo al otro lado, a varios metros de distancia. Lo derribó. Los perros se lanzaron contra su garganta.

Recuperé la respiración. Busqué mi espada. Fui vagamente consciente de un chillido en medio de un grupo de moreras a lo largo de un canal a unos cincuenta metros al norte. Un perro solitario trotaba arriba y bajo exhibiendo los dientes. Asa. Se había protegido en el único escondite disponible.

Sentí de nuevo los pies debajo de mi cuerpo. El hombre gordo ayudó a Un Ojo a ponerse en pie, luego tomó un arma caída. Los tres nos acercamos al Renco. Estaba tendido en el lodo, ligeramente retorcido de lado, su máscara deslizada a un lado de modo que podíamos ver el arruinado rostro que había ocultado. No podía creer lo que estaba ocurriendo. Hizo un débil gesto hacia los perros.

—Todo por nada —le dije—. Los papeles no han estado aquí desde hace meses.

Y el posadero:

—Esto es por mi hermano. —Esgrimió su arma. Estaba tan vapuleado, su cuerpo estaba tan rígido, que no pudo hacer mucho con ella.

El Renco intentó devolver el golpe. Ya no le quedaban fuerzas. Se dio cuenta de que iba a morir. Después de todos aquellos siglos. Tras haber sobrevivido a las Rosas Blancas, y a la furia de la Dama después de haberla traicionado en la batalla de Rosas y en el Bosque Nuboso.

Sus ojos rodaron hacia arriba y pareció perder el sentido, y supe que estaba gritando pidiendo ayuda.

—Hay que matarlo rápido —dije—. Está llamando a la Dama.

Pinchamos y cortamos y tajamos. Los perros enseñaron los dientes y mordieron. No había forma de que muriera. Incluso cuando nos quedamos sin energías, todavía brillaba en él una chispa de vida.

—Arrastrémoslo a la parte delantera.

Lo hicimos. Y vi a Chozo, tendido en el suelo junto con otros hombres que habían sido hermanos de la Compañía Negra. Alcé la vista a la luz que se desvanecía por momentos, vi acercarse a Silencioso, seguido por Lamprea y Otto. Sentí un aturdido placer ante el hecho de que aquellos dos hubieran sobrevivido. Habían sido grandes amigos durante tanto tiempo como podía recordar. No podía imaginar a uno sobreviviendo sin el otro.

—Cabestro ha caído, ¿eh?

El posadero dijo:

—Sí. Él y ese Chozo. Hubieras debido verlos. Saltaron al camino y arrancaron al hechicero de su caballo. Cabestro fue quien le cortó el brazo. Entre ellos mataron a cuatro hombres.

—¿Cabestro?

—Alguien le partió la cabeza. Como quien abre un melón con un hacha.

—¿Pivote?

—Fue pisoteado hasta morir. Pero lo hizo pagar caro.

Me dejé caer al lado de Chozo. Un Ojo hizo lo mismo.

—¿Cómo te atraparon? —le pregunté al posadero.

—Demasiado gordo para correr aprisa. —Consiguió esbozar una débil sonrisa—. Nunca pretendí ser un soldado.

Sonreí también.

—¿Qué piensas, Un Ojo? —Una mirada me dijo que no había nada que yo pudiera hacer por Chozo.

Un Ojo sacudió la cabeza.

Goblin dijo:

—Dos de esos tipos todavía están vivos, Matasanos. ¿Qué quieres que hagamos?

—Llévalos dentro. Los remendaré un poco. —Eran hermanos. El que los Tomados los hubieran retorcido y convertido en enemigos no los hacía menos merecedores de mi ayuda.

Silencioso se nos acercó, con un aspecto como si fuera más alto a la luz el atardecer. Hizo signos:

—Una maniobra digna del Capitán, Matasanos.

—Sí. —Miré a Chozo, más emocionado de lo que creía que debería estar.

Un hombre yacía delante de mí. Se había hundido más bajo que lo que yo nunca había llegado a ver. Luego había luchado para abrirse camino hacia arriba, hacia arriba, y se había convertido en alguien valioso. Un hombre mucho mejor que yo, porque él había localizado su estrella polar moral y había seguido su rumbo guiándose por ella, aunque le había costado la vida. Quizás, aunque sólo fuera un

poco, había pagado su deuda.

Hizo otra cosa haciéndose matar en una lucha que yo no consideraba que fuera suya. Se había convertido en una especie de santo patrón mío, un ejemplo para los días por venir. Había establecido un alto estándar en sus últimos días.

Abrió los ojos antes del final. Sonrió.

—¿Lo conseguimos? —preguntó.

—Lo conseguimos, Chozo. Gracias a ti y a Cabestro.

—Bien. —Aún sonriendo, volvió a cerrar los ojos.

—Hey, Matasanos —gritó Lamprea—. ¿Qué quieres hacer con ese gusano de Asa?

Asa estaba aún en las moreras, gritando y pidiendo auxilio. Los perros tenían rodeado el lugar.

—Clávale un par de jabalinas —murmuró Un Ojo.

—No —dijo Chozo en un susurro apenas audible—. Dejadlo. Era mi amigo. Intentó volver, pero lo atraparon. Dejadlo.

—Muy bien, Chozo. ¡Lamprea! Sácalo de ahí y suéltalo.

—¿Qué?

—Ya me has oído. —Miré de nuevo a Chozo—. ¿De acuerdo, Chozo?

No dijo nada. No podía. Pero estaba sonriendo.

Me puse en pie y dije:

—Al menos alguien murió de la forma que deseaba. Otto. Ve a buscar una maldita pala.

—Oh, Matasanos...

—Ve a buscar una maldita pala y ponte a trabajar. Silencioso, Un Ojo, Goblin, dentro. Tenemos que hacer planes.

La luz ya casi había desaparecido. Según la estimación del Teniente faltaban pocas horas antes de que la Dama alcanzara Pradoval.

EN MARCHA

—Necesitamos descansar —protestó Un Ojo.

—No descansaremos hasta que estemos muertos —contesté—. Ahora estamos en el otro bando, Un Ojo. Hicimos lo que los Rebeldes no pudieron. Lo hemos hecho con el Renco, el último de los Tomados originales. Ella se lanzará tras nosotros con todas sus fuerzas tan pronto como haya resuelto el problema de ese alevín del castillo negro. Tiene que hacerlo. Si no lo hace rápido, todos los Rebeldes en diez mil kilómetros a la redonda se sentirán tentados a intentar algo. Sólo quedan dos Tomados, y sólo Susurro vale algo.

—Sí. Lo sé. Sé lo que deseas. No pueden detenerse los deseos de un hombre, Matasanos.

Contemplé el collar que había llevado Chozo. Tenía que dejárselo a la Dama, pero la plata en él podía convertirse en algo que salvara la vida en el largo camino que nos aguardaba. Hice de tripas corazón y empecé a arrancar los ojos de las serpientes.

—¿Qué demonios estás haciendo?

—Voy a dejar eso con el Renco. Dejaré que se alimenten de él. Imagino que lo harán.

—¡Ja! —dijo Goblin—. Irónico. Adecuado.

—Pensé que sería un interesante giro de la justicia. Devolverlo al Dominador.

—Y la Dama tendrá que destruirlo. Me gusta.

A regañadientes, Un Ojo se mostró de acuerdo.

—Supuse que así sería. Id a ver si han enterrado a todos los demás.

—Sólo han pasado diez minutos desde que volvieron con los cuerpos.

—Está bien. Id a ayudar. —Me levanté y fui a comprobar los hombres que había remendado. No sabía si todos los que Lamprea y Otto habían traído de vuelta del lugar de la emboscada estaban muertos cuando llegaron aquí. Ciertamente lo estaban ahora. Pivote llevaba muerto largo rato, aunque me lo habían traído para que lo examinara.

Mis pacientes respondían bien. Uno estaba lo suficientemente consciente como para mostrarse asustado. Le palmeé el brazo y cojeé fuera.

Ya tenían a Pivo bajo tierra, al lado de Chozo y Cabestro y el muchacho del Renco que habían enterrado antes. Sólo quedaban dos cadáveres por enterrar. Asa estaba cavando. Todos los demás estaban de pie y miraban. Hasta que me vieron observarles con ojos furiosos.

—¿Qué hemos obtenido? —le pregunté al hombre gordo. Le había hecho despojar a los cadáveres de todos los objetos de valor.

—No demasiado. —Me mostró un sombrero lleno de todo un surtido de cosas.

—Toma lo necesario para cubrir los daños.

—Vosotros lo necesitaréis más que yo.

—Has perdido un carro y los caballos, sin mencionar los perros. Toma lo que necesites. Siempre puedo robarle a alguien que no me caiga bien. —Nadie sabía que había tomado la bolsa de Chozo. Su peso me había sorprendido. Sería mi reserva secreta—. Toma un par de caballos también.

Sacudió negativamente la cabeza.

—No voy a dejarme atrapar con los animales de alguien una vez se haya asentado el polvo y el Príncipe empiece a buscar chivos expiatorios. —Seleccionó unas pocas monedas de plata—. Ya tengo lo que deseaba.

—Muy bien. Será mejor que te ocultes en los bosques durante un tiempo. La Dama vendrá aquí. Es peor que el Renco.

—Lo haré.

—Lamprea. Si no vas a cavar, ve a preparar los caballos. ¡Aprisa! —Hice un gesto a Silencioso. Entre ambos arrastramos al Renco a la sombra de un árbol en la parte delantera. Silencioso pasó una cuerda por uno de sus miembros. Yoforcé los ojos de la serpiente garganta abajo del Tomado. Lo izamos. Giró lentamente a la helada luz de la luna. Me froté las manos y lo estudié.

—Tomó su tiempo, muchacho, pero al fin alguien se hizo cargo de ti. —Durante diez años había deseado aquello. Había sido el más inhumano de los Tomados.

Asa se me acercó.

—Todos enterrados, Matasanos.

—Bien. Gracias por la ayuda. —Me dirigí al establo.

—¿Puedo ir con vosotros?

Me eché a reír.

—Por favor, Matasanos. No me dejéis aquí, donde...

—No me importa un ápice lo que hagas, Asa. Pero no esperes que me preocupe por ti. Y no intentes ningún truco. Te mataré sin el menor remordimiento tan pronto como intentes algo.

—Gracias, Matasanos. —Corrió a ensillar apresuradamente otro caballo. Un Ojo me miró y sacudió la cabeza.

—Todo el mundo a caballo. Vayamos al encuentro de Cuervo.

* * *

Aunque fuimos aprisa, no estábamos a más de treinta kilómetros al sur de la posada cuando algo golpeó mi mente como el mazazo de un puño. Una nube dorada se materializó, irradiando furia.

—Has agotado mi paciencia, médico.

—Tú agostaste la mía hace mucho tiempo.

—Lamentarás este asesinato.

—He exultado con él. Es la primera cosa decente que he hecho a este lado del

Mar de las Tormentas. Ve a buscar tus huevos del castillo. Déjame tranquilo. Estamos en paz.

—Oh, no. Sabrás de mí de nuevo. Tan pronto como le cierre la última puerta a mi esposo.

—No apures tu suerte, vieja bruja. Estoy dispuesto a salirme del juego. Empuja demasiado, y aprenderé tellekurre.

Aquello la dejó desconcertada.

—Pregúntale a Susurro lo que perdió en el Bosque Nuboso y esperaba recuperar en Pradoval. Luego reflexiona en lo que un Matasanos furioso podría hacer con ello si supiera dónde encontrarlo.

Hubo un momento vertiginoso cuando se retiró.

Descubrí que mis compañeros me miraban de una forma extraña.

—Sólo le estaba diciendo adiós a mi chica —les expliqué.

* * *

Perdimos a Asa en Temboso. Pasamos un día allí, preparando el siguiente tramo de nuestro viaje, y cuando llegó el momento de marcharnos Asa no apareció por ninguna parte. Nadie se molestó en buscarle. En recuerdo de Chozo le deseé suerte. A juzgar por su pasado, probablemente la había tenido, y toda mala.

* * *

Mi adiós a la Dama no fue definitivo. Tres meses después del día siguiente a la caída del Renco, mientras descansábamos antes de enfrentarnos a la última cadena montañosa entre nosotros y Humero, la nube dorada me visitó de nuevo. Esta vez la Dama fue menos beligerante. De hecho, pareció ligeramente regocijada.

—Mis saludos, médico. Creí que tal vez desearas saber, en beneficio de tus Anales, que la amenaza del castillo negro ya no existe. Todas las semillas han sido localizadas y destruidas. —Más regocijo—. No hay forma alguna de que mi esposo pueda alzarse de nuevo a menos que sea exhumado. Está aislado, completamente incapaz de comunicarse con sus simpatizantes. Un ejército permanente ocupa el Túmulo.

No pude pensar en nada que decir. No era menos de lo que había esperado que consiguiera, y había deseado que lo hiciera, porque era el mal menor y, sospechaba, todavía estaba poseída por un destello que no estaba comprometido con la oscuridad. Había mostrado su contención en varias ocasiones cuando hubiera podido dar rienda suelta a su crueldad. Quizá si seguía sin cambiar, podría derivar hacia la luz antes que hacia las sombras.

—Interrogué a Susurro —dijo—. Con el Ojo. No te mezcles, Matasanos.

Nunca antes me había llamado por mi nombre. No había regocijo en ella ahora.

—¿Mezclarme?

—Con esos papeles. Los de la chica.

—¿Chica? ¿Qué chica?

—No te hagas el inocente. Lo sé. Dejaste un rastro mucho más ancho de lo que creías. E incluso los hombres muertos responden a las preguntas de alguien que sabe cómo formularlas. Los de vuestra Compañía a los que pude encontrar me contaron la mayor parte de la historia cuando regresé a Enebro. Si quieres vivir el resto de tus días en paz, máatala. Si tú no lo haces, lo haré yo. Junto con todos los que estén cerca de ella.

—No sé en absoluto de qué me estás hablando.

De nuevo regocijo, pero lleno de dureza. Un regocijo maligno.

—Sigue con tus Anales, médico. Estaremos en contacto. Te tendré al corriente de los avances del imperio.

Desconcertado, pregunté:

—¿Por qué?

—Porque me divierte. Compórtate. —Se desvaneció.

* * *

Llegamos a Humero, tres cuartos muertos de cansancio. Hallamos al Teniente y al barco y —¡eureka!— a Linda, que vivía a bordo con la Compañía. El Teniente había aceptado un empleo con la policía privada de un agente mercantil. Añadió nuestros nombres a la nómina tan pronto como estuvimos recuperados.

No encontramos a Cuervo. Cuervo había eludido la reconciliación o la confrontación con sus antiguos camaradas burlándose de nuevo de nosotros.

El destino es una zorra inconstante llena de ironía. Después de todo por lo que había pasado, de todo lo que había hecho, de todo a lo que había sobrevivido, la mañana misma en que llegó el Teniente resbaló en una plataforma de mármol de unos baños públicos, se abrió la cabeza, cayó al agua y se ahogó.

Me negué a creerlo. No podía ser verdad, después de lo que había hecho en el norte. Investigué. Sondeé. Busqué. Pero había docenas de personas que habían visto el cadáver. El testigo más fiable de todos, Linda, estaba absolutamente convencida. Al final tuve que ceder. Esta vez nadie oiría mis dudas.

El propio Teniente afirmaba haber visto y reconocido el cadáver cuando las llamas de la pira se habían alzado a su alrededor la mañana de su llegada. Era allí donde había encontrado a Linda y la había traído al amparo de la Compañía Negra.

¿Qué podía decir yo? Si Linda lo creía, tenía que ser cierto. Cuervo nunca le mentiría a ella.

Diecinueve días después de nuestra llegada a Humero hubo otra llegada, que explicó la nebulosa observación de la Dama acerca de interrogar tan sólo a aquéllos a los que pudo hallar cuando regresó a Enebro.

Elmo entró en la ciudad con setenta hombres, muchos de ellos hermanos de los

viejos días, a los que había sacado subrepticamente de Enebro mientras todos los Tomados estaban ausentes excepto Jornada, y Jornada estaba en un estado tal de confusión debido a las conflictivas órdenes de la Dama que le permitió ignorar el auténtico estado de las cosas en Pradoval. Me siguió costa abajo.

Así, en dos años, la Compañía Negra había cruzado a lo ancho el mundo, desde el más cercano este al más lejano oeste, cerca de seis mil kilómetros, y en el proceso había estado a punto de ser destruida, y había hallado un nuevo propósito, una nueva vida. Ahora éramos los campeones de la Rosa Blanca, una miserable broma de un núcleo para la fuerza que la leyenda destinaba a derrotar a la Dama.

No creía ni una palabra de aquello. Pero Cuervo había dicho quién era Linda, y ella al menos estaba dispuesta a representar su papel.

No podíamos hacer más que intentarlo.

Alcé un vaso de vino en la cabina del capitán. Elmo, Silencioso, Un Ojo, Goblin, el Teniente y Linda alzaron los suyos. Arriba, los hombres se preparaban para partir. Elmo había traído el cofre con el tesoro de la Compañía. No teníamos ninguna necesidad de trabajar. Propuse mi brindis:

—Por los veintinueve años.

Veintinueve años. Según la leyenda, ése es el tiempo que debería transcurrir antes de que el Gran Cometa regresara y la fortuna sonriera a la Rosa Blanca.

Respondieron:

—Por los veintinueve años.

Creí detectar el más débil asomo de algo dorado en la comisura de mis ojos, sentí la más débil insinuación de regocijo.

Fin

Nota sobre el autor

Dejando al margen figuras tan peculiares como **Clark Asthon Smith** y **Lord Dunsany**, **Tolkien** y **Howard** han acuñado dos maneras incuestionables, e imitadas hasta el infinito, de escribir fantasía. Junto a ellos, únicamente dos nombres más han sobresalido por la personalidad de su producción en el mismo campo: **Fritz Leiber** y **Glen Cook**. Por todo ello, se hace difícil presentar a este notable veterano de la pluma sin caer en la hagiografía.

Glen Cook nació en Nueva York en 1944. A los cuatro años la familia se trasladó a Indiana. Ésta fue la primera de sus mudanzas. Como buen trotamundos, ha ido estableciendo su hogar en Columbus, Rocklin, California y la propia carretera. En Missouri se tomó un respiro para licenciarse en Psicología. Después obtuvo trabajo en General Motors. Actualmente, vive en St. Louis, en una vieja y sombría mansión rodeada de árboles con su esposa Carol —a la que conoció en un taller literario—, dos hijos, cinco gatos y una biblioteca que rondará los diez mil ejemplares. Y, para pavor de sus vecinos, una guitarra eléctrica con la cual intenta interpretar sus canciones preferidas de *rock and roll*.

Cook es un hombre alto, aficionado a vestir chillonas camisas de cuadros. Escondida entre su sempiterna perilla, luce una sonrisa escéptica. Se ha ido ganando el respeto del público con la misma facilidad con la que ha perdido pelo y acumulado quilos. Pese al imparable éxito de sus novelas, la decisión de dedicarse por completo a la literatura se ha producido hace muy poco.

Apenas hubo conseguido la estabilidad laboral, el joven **Cook** decidió empezar a escribir «por higiene mental». Desde entonces, no ha cejado en su empeño. A lo largo de los últimos treinta años, el escritor norteamericano ha publicado cuarenta novelas y veintitrés relatos. Merced a tan ingente producción, se ha labrado una sólida reputación. Actualmente, es considerado como el rey de la «fantasía oscura». Dos constantes aparecerán a lo largo de sus escritos: la brujería y ese omnipresente acabado de corte marcial, muy duro y vigoroso.

Una de las características del neoyorkino es la exploración. Por lo general, su innata curiosidad le ha llevado a buscar siempre universos consistentes en los que ambientar sus historias. Si es costumbre generalizada —y legítima— entre los escritores prolongar con nuevas entregas sus títulos más exitosos, **Cook** ha seguido otras sendas. Mediante relatos de extensión media ha tanteado las posibilidades argumentales que los diferentes escenarios le permitían. Caso de hallarse satisfecho, él escribía una y hasta dos novelas con un mismo eje temático e idéntico telón de fondo antes de entregar al editor. Por ello, muchas de sus series arrancan con dos títulos en el mismo año.

Resultaría hazaña imposible resumir aquí y ahora los principales lances de sus

novelas. No obstante, sí que debe señalarse que muchos de los aciertos en estética y ambientación, incluso en personajes, de su emblemática Compañía Negra disfrutaron de los hallazgos realizados en otra serie: *Darkwar. The Garret Files*, más peculiar y exigente para el público, aunque llena de originalidad, y *La Compañía Negra* han sido las series donde ha dado lo mejor como escritor. Al toque de magia oscura que ha presidido su labor literaria ha unido un tono más «militarista». Lejos de princesas elfas, príncipes prometidos, grandes palacios y mundos de ensueño —cuidado, no es que renuncie a ello— **Cook** ha preferido un acercamiento más terrenal: un grupo de mercenarios envueltos en toda suerte de fregados, batallas, apuros y lances fantásticos para ganarse su honesto jornal teniendo como única herramienta el acero. Ellos serán nuestros ojos.

Hasta ahora, sus libros se habían editado con notable éxito en catorce países, bueno, gracias al que tienes en tus manos ya son quince, entre los que destacan Alemania, Italia, Inglaterra, Francia, Suecia, Japón, Brasil, Noruega, Polonia, República Checa y Rusia. De hecho, existe un juego de cartas llamado *Tonk* —se juega con los cincuenta y dos naipes del póquer— que se ha inspirado en sus novelas. No deja de ser curioso que los países donde su obra ha sido acogida con mayor fervor sean aquellos que poseen una potente tradición literaria de «narrativa bizarra» — como las sagas nórdicas: Noruega o Suecia, especialmente—. Casi inexplicable es el caso de Rusia. **Cook** ha sido uno de los autores norteamericanos más leídos y publicados en la antigua Unión Soviética.



GLEN COOK. (nacido el 9 de julio de 1944) es un escritor contemporáneo estadounidense de ciencia ficción y fantasía, conocido sobre todo por su saga de fantasía, La Compañía Negra. Cook reside en la actualidad en San Luis, Misuri.

El amor de Glen Cook por la escritura comenzó en la escuela y ya en el instituto escribía artículos ocasionales para el periódico escolar. Tras terminar el instituto, Cook pasó algún tiempo en la marina para, posteriormente, ingresar en la universidad, lo que le dejó escaso tiempo para la escritura. Cook comenzó a escribir de manera seria mientras trabajaba para General Motors en una planta de ensamblado de automóviles, desempeñando un trabajo que era «difícil de aprender, pero sin apenas esfuerzo mental» y alcanzando cifras de hasta tres libros escritos al año.

Cook también es bastante conocido por su saga sobre Garrett P. I. que cuenta las peripecias del duro detective Garret, y la saga Dread Empire, buena muestra de los primeros trabajos publicados de Cook.

Actualmente Cook está retirado de su puesto en GM y vive con su esposa, Carol, y sus hijos (Justin, Chris y Mike) en San Luis. Aunque ahora puede dedicarse a tiempo completo a su carrera de escritor, piensa que era más productivo mientras ocupaba su antiguo puesto.